

MARIEL RUGGIERI

POR ESA BOCA

*Él daría lo que fuera
por volver a besarla.*



Dedicatoria
Capítulo I
Capítulo II
Capítulo III
Capítulo IV
Capítulo V
Capítulo VI
Capítulo VII
Capítulo VIII
Capítulo IX
Capítulo X
Capítulo XI
Capítulo XII
Capítulo XIII
Capítulo XIV
Capítulo XV
Capítulo XVI
Capítulo XVII
Capítulo XVIII
Capítulo XIX
Capítulo XX
Capítulo XXI
Capítulo XXII
Capítulo XXIII
Capítulo XXIV
Capítulo XXV
Capítulo XXVI
Capítulo XXVII
Capítulo XXVIII
Capítulo XXIX
Capítulo XXX
Capítulo XXXI
Capítulo XXXII
Capítulo XXXIII
Capítulo XXXIV
Capítulo XXXV
Capítulo XXXVI
Capítulo XXXVII
Capítulo XXXVIII
Epílogo
Acerca de Cute ediciones

Dedicatoria

Dedicado a Sylvia, en agradecimiento por haberme
prestado su fantasía para jugar un ratito.

Mariel

Capítulo I

Asquerosamente lunes y tan húmedo como un sauna, aquel cuatro de noviembre prometía ser un completo fastidio. Al menos para Verónica, que rogaba por una tregua mientras se apresuraba a alcanzarle un café a su jefe. Tambaleándose en sus altísimas sandalias intentaba mantener el nivel de la taza, ya que al Dr. Ordóñez no le gustaba que se derramara en el plato.

“Caprichos de dentista —pensó Verónica—. No todos podemos tener tu pulso, Pokerface”.

Lo llamaba así porque siempre la miraba raro, y era difícil deducir por su expresión qué era lo que estaba pensando.

—Aquí tiene, Doctor. Su café.

—Gracias, querida.

—Con permiso —y al volverse para cerrar la puerta, lo sorprendió observándola una vez más, con esa cara de vaya a saber qué.

“Tregua, Pokerface, por favor”, volvió a suplicar en silencio. Y cuando miró el reloj, supo que se había cumplido su deseo al menos hasta el día siguiente. No tenía ganas de cambiarse por lo que silenciosamente tomó su bolso y se retiró de puntillas, sin hacer ruido.

Ya en la calle, sonrió aliviada. Aun ese bochornoso día de noviembre, con las calles atestadas de peatones y vehículos, era más soportable que la mirada inescrutable y las continuas exigencias del Dr. Ordóñez.

No tenía prisa. Faltaba todavía una hora para el comienzo de su clase de inglés, y eso le daba un margen de tiempo que utilizaría para estudiar. Se preparaba para rendir el examen final en esos días.

“Mataría por algo fresco. Aire acondicionado, una gaseosa con hielo...”, pensó resoplando. Así que se dirigió a una cafetería que solía frecuentar para merendar en un caos de hojas y libros, sin el peligro del viento traicionero. Aunque ese día parecía no correr ni una tímida brisita.

Antes de abrir la puerta, observó su imagen reflejada en el cristal.

“Parezco mayor —se dijo—. Bah, en realidad soy mayor”.

El día anterior había cumplido dieciocho y ella creía percibir una diferencia, al

menos en su estado de ánimo...

Al caer en la cuenta de que desde el interior la observaban, se sonrojó. No era para nada vanidosa, más bien solía escapar a los espejos. Tenía la vaga sospecha de que las personas se volvían a mirarla pero jamás se atrevió a comprobarlo.

No se sentía especialmente guapa, pero lo cierto es que lo era. Alta y esbelta, su silueta destacaba por sus perfectas proporciones. Quizás un par de kilos de más hubiesen armonizado su figura, pero afortunadamente su carne era del tipo inteligente: se acumulaba exactamente allí donde hacía falta, donde las miradas masculinas confluían y ya no querían marcharse. Al menos hasta notar su rostro sorprendente.

Verónica era simplemente hermosa, del tipo de belleza clásica que jamás pasaba de moda; dueña de una sonrisa capaz de lograr lo que fuera, de unos soñadores y enormes ojos grises y de una cabellera color castaño digna de una publicidad.

Todos la veían como una chica de portada de revista, pero ella era bastante dura juzgando su apariencia; se veía demasiado delgada, torpe, pálida. Aunque ese día, pensándolo bien, no le parecía tan así...

Mientras entraba al gélido local, se dijo que su imagen, producto de las imposiciones del Dr. Ordóñez, por fin se iba adecuando a su edad. ¿O sería que su edad se iba ajustando a su atuendo? Como fuera, se sentía adulta, segura, y más sabia desde hacía unas horas. Estaba estudiando para rendir sus últimos exámenes y graduarse del secundario, tenía un trabajo, una carrera por comenzar, y muchos planes.

Falda negra tubo, blusa blanca y tacos aguja, por primera vez le parecieron apropiados para esta nueva etapa. Así que en esta ocasión no corrió al baño a ponerse su jean y su camiseta de los Rolling Stones. Nada de lenguas ni zapatillas deportivas. Mantuvo su cola de caballo en su lugar, tomó sus anteojos con cero graduación y se los colocó en la punta de la nariz. Ahora sí.

Verónica Sandoval, la eficiente asistente del Dr. Ordóñez, la futura arquitecta bilingüe, la independiente joven con flamantes dieciocho, se instaló en el sitio de siempre y en lugar de un refresco, ordenó un helado de frutilla con chispitas de chocolate.

Era difícil abandonar viejos hábitos.

“Aún vive una niña en mí”, pensó divertida.

—Ya lo traigo, Verónica —le dijo el mesero sonriendo.

“Qué chica tan linda. Si yo tuviese veinte años menos... —pensó—. Si tuviese veinte años menos, ella no habría ni nacido. Confirmado, soy un viejo verde”.

—Gracias, Mario.

Luego observó sus papeles sobre la mesa, y suspiró.

—Y ahora, verbos irregulares... al ataque.

Normalmente él no iba a la oficina de nadie por temas relacionados a su trabajo. Las reuniones siempre se hacían en su territorio.

Allí cerraba los tratos, allí hacía los negocios. Trasladarse a tierras ajenas implicaba estar en posición de desventaja. Él acostumbraba a ser quien marcaba el campo, y también los tantos. Y le gustaba jugar de local.

En esta ocasión sin embargo, debió hacer una concesión y salir del World Trade Montevideo. Un antiguo empleado suyo había montado su estudio de arquitectura en el

Centro, y lo estaba inaugurando justamente un lunes a las cinco de la tarde.

Alex se preguntó si lo inapropiado del día y de la hora era a propósito para que fueran pocos los asistentes. Igual no dejaba de ser un acierto, porque la minúscula oficina estaba atestada de gente.

Para colmo de males, el aire acondicionado aún no había pasado por el mantenimiento correspondiente, así que no enfriaba prácticamente nada. ¿Quién iba a esperar este calor propio de enero, en pleno noviembre?

Era un compromiso imposible de soslayar, sino no hubiese ido. Gaspar Verdi había colaborado con él en un par de proyectos importantes, y ahora intentaba independizarse. Necesitaba el apoyo de su presencia.

Mientras el ambiente se caldeaba, los ánimos de Alex también. Se acercó a una pequeña ventana e intentó que un poco de aire entrara en sus pulmones... Así estaba mejor. Mientras inspiraba con los ojos cerrados, escuchó una voz a sus espaldas. Era Gaspar.

— ¿Novedades sobre “aquello”, Alex? —preguntó.

“Vaya pregunta inoportuna en momento inoportuno”, pensó molesto. Gaspar sabía que él quería olvidarse de aquello, y sin embargo no perdía oportunidad de recordárselo.

Dudaba de sus intenciones. Con respecto a ese temita, Alex dudaba de todo y de todos...

—No —respondió secamente. Y luego intentó cambiar el rumbo de la conversación—. Imagino que estarás más que feliz con tu nuevo estudio, Gaspar. Te felicito por la iniciativa; sé que tendrás éxito.

—Eso espero, siempre y cuando tú dejes de acaparar el mercado. Alguna migaja tuya podré tomar, creo yo... —respondió sonriendo.

Alex también sonrió y levantó su vaso de plástico lleno de refresco a temperatura de sopa, en señal de brindis.

Afortunadamente todo terminó muy rápido, y luego de echar un vistazo a los últimos proyectos de su ahora colega y competidor, tanto él como sus colaboradores, Fernando Torres y Marcos Lombardo, pudieron escapar del bendito compromiso.

La principal avenida era un hervidero de gente, y Alex cayó en la cuenta de que no era tan malo el aire acondicionado de la oficina de Gaspar; hacía calor de verdad. Sin protestar, acompañó a Marcos que, con la desesperación pintada en el rostro, se metió en el primer café que encontró. El pobre llevaba encima algunos kilos de sobrepeso, y sufría como nadie el calor y la humedad.

Alex sostuvo la puerta para que pasara también Fernando, y la mantuvo abierta cortésmente mientras entraba una señora con un carrito de bebé, luego otra dama bastante mayor, y detrás dos niñas igualitas peleándose por quién pasaba primero.

Movió la cabeza y suspiró, pero su sonrisa se mantuvo intacta. ¡Qué día por Dios! Aún sostenía la puerta cuando elevó su mirada y la vio. Se quedó como hipnotizado observándola.

En ese instante, Verónica llevaba a su boca la cucharita de helado, y le pasaba la lengua distraídamente mientras murmuraba “freeze... froze... frozen...”.

Antes de la siguiente cucharada, ella acusó recibo de la ola de calor que entraba por la puerta abierta, instintivamente dirigió su mirada hacia allí, y se encontró con unos brillantes y hermosos ojos que la observaban sin pestañear.

Sólo duró un instante esa confluencia de miradas. Verde la de él, gris la de ella. Verde contra gris. El verde ganó la partida, y ella bajó la vista mientras sus mejillas cambiaban súbitamente de color. Verde, gris... y rosa, a tono con el helado que se derretía

al igual que ella.

“Es el hombre más hermoso que vi en mi vida. Y me está mirando a mí...”. La invadió una sensación de vacío en el estómago, como si se estuviese hamacando muy alto. De pronto se moría de vergüenza y le ardían las mejillas, pero no tenía idea de por qué. Sabía que no debía mirar, pero no pudo resistirlo.

La puerta estaba cerrada, y él se estaba acomodando junto a otras personas en una mesa cercana. Mientras lo hacía, cesó de mirarla y ella pudo observarlo con comodidad.

“Qué guapo es... Y qué alto. Debe medir como uno noventa. Veinticinco años quizás. Ojos verdes, divinamente verdes. Pero lo que más me atrae de ese rostro es esa boca increíblemente sensual...”. Continuó con ese tour de miradas por su cuerpo y se quedó súbitamente sin aliento. “Por Dios, es perfecto. Camisa blanca, pantalón gris de vestir. Cuelga el saco en la silla. Cuelga el... ¿bolso? No, es esa especie de morral que lleva cruzado en el pecho. Seguro que tiene la laptop allí. Aún de pie mira hacia mí y por una milésima de segundo no me pilla mirándolo también...”.

Verónica no sabía qué hacer. Intentó torpemente disimular el efecto que le producía ese hombre. Haciendo como que leía, observaba por el rabillo del ojo todos sus movimientos. Se dio cuenta de que él titubeaba antes de tomar asiento, y hacía poner de pie a uno de sus amigos para cambiarle el lugar.

Su corazón latía deprisa, pues tenía la certeza de que ese movimiento tenía que ver con ella. Nunca le había pasado algo así con nadie. Este desconocido la alteraba. Era de esperar, pues era muy atractivo, con su privilegiada estatura, su cuerpo atlético y su rostro bello y masculino. Pero lo que realmente la descolocaba era su forma de sonreír, con la boca y también con los ojos, dejándole en claro que el asunto era con ella, y nada más que con ella. No sabía cómo, pero él hacía desaparecer todo lo que había alrededor de ambos, sin hacer absolutamente nada. Era algo... ¿mágico, quizás? Parecía algo sobrenatural y un poco la asustaba. Sabía que no podía mirar, sabía que no debía hacerlo, pero era inevitable. Había perdido el control de su voluntad.

“Lo que me faltaba. Ahora sí me atrapa observándolo y sonrío. Dios, qué sonrisa. El helado se hace agua y yo también. Soy tonta. Tonta, tonta, tonta. No puedo dejar de mirarlo a los ojos, y noto que se divierte. ¡Se ríe de mí! Debe llevar un clicker para contar las chicas que se hacen pis al verlo y otro para las que se desmayan a su paso. ¿Sabes algo, hombre lindo? No te voy a dar el gusto de que te sigas riendo a mi costa”.

Y aprovechando que un mesero la retiró de su campo visual, tomó sus cosas y se escabulló. Solía pagar en cuanto le llevaban el pedido, así que esta era su oportunidad de escaparse conservando lo que le quedaba de dignidad.

Saludó a Mario con los ojos, porque iba más que cargada. En una mano llevaba los libros, en la otra el bolso y en la boca un par de hojas. La puerta estaba abierta, lo que contribuyó con su silenciosa retirada. Caminó rápido. Debía recomponerse antes de ir a su clase. Necesitaba serenarse. Y también precisaba aire fresco, porque ¿era ella o hacía más calor que antes?

“Maldito hombre lindo. Me divierte imaginar su asombro al ver la mesa vacía. Tendrá que buscar otra tonta para incomodarla con sus divinos ojos verdes y su sonrisa Colgate”.

Faltaban tres minutos para que sonara el timbre de entrada. Suspiró y acomodó como pudo hojas y libros bajo el brazo, se echó el bolso al hombro y corriendo se mezcló entre los cientos que salían del trabajo a esa hora.

Verónica no supo lo que estaba pasando en ese mismo segundo a sus espaldas.

Cuando el mesero que les estaba tomando la orden se marchó, Alex se preparó para continuar el juego de miradas con la hermosa chica pero... No estaba. Ni ella, ni sus cosas. Observó la cuchara enterrada en el helado medio derretido y el recuerdo de su lengua rosa hizo estragos en su mente acalorada. Corrió hacia la puerta, miró a un lado y al otro y lo único que pudo ver fue un mar de gente. Parecían hormigas alienadas. Resignado, regresó a la cafetería. Se quedó de pie junto a la puerta. Sus amigos lo observaban con el ceño fruncido. No entendían nada.

Él tampoco lo entendía. No se explicaba esa sensación de pérdida, ese desencanto, esa frustración. Y tampoco se explicaba cómo había podido desaparecer así, tan rápido. No había logrado hablarle para pedirle su número de teléfono. Ni siquiera sabía si era mayor de edad. En un principio le pareció veinteañera a pesar de su atuendo de Barbie Secretaria, pero luego dudó. Ahora ya no importaba. Ya nada importaba porque se había marchado y ya no la volvería a ver.

Mario, el mesero que aseaba la mesa ahora vacía, observó al joven que no quitaba los ojos del recipiente del helado y parecía atormentado. No era para menos; instantes antes estaba como hipnotizado mirando a Verónica, y en un segundo, ella se le había escapado.

Él había sido testigo de esa especie de juego de seducción que había ocurrido entre ellos. Sintió pena por el hombre, y se acercó para darle una mano, pensando en cuánto le gustaría poder estar en sus zapatos.

— ¿Busca a Verónica? —le preguntó.

Alex se quedó sin habla.

“Se llama Verónica. Verónica. La Barbie se llama Verónica”. No alcanzaba a articular palabra, sólo repetía su nombre en su mente como un tonto. Trataba de asimilar la inesperada información, y ni reparó en que hasta el mesero notó su evidente interés en ella.

—Se acaba de ir —comentó Mario.

“Ja, qué novedad. ¿Por qué pensabas que salí corriendo a la calle? Obvio que se acaba de ir. Pero si sabes su nombre, quizás sepas algo más...”.

—¿Sabe dónde puedo encontrarla? —preguntó Alex sin siquiera intentar disimular su ansiedad.

—Sí. Viene a La Escala todos los lunes, miércoles y a veces también los viernes. Llega siempre a la misma hora y realiza aquí su tarea de inglés. Es encantadora ¿verdad? —le dijo al joven, pero él no le respondió.

“Encantadora... vaya si lo es. Así que viene en días alternados a esta hora. Bueno, algo es algo. Te voy a encontrar, Verónica. Y esta vez no te vas a escapar, te lo aseguro”.

Le dio las gracias al mesero, regresó a su lugar y se preparó para ser el blanco de unas cuantas bromas.



Capítulo II

Tres veces en la misma semana al maldito Centro. Todo un récord. Odiaba ir al Centro. Demasiado cemento del siglo pasado y del actual en una mixtura de dudoso buen gusto atentaba contra su estética. Y además le traía malos recuerdos...

Todo era distinto desde su castillo vidriado con vista al mar. Bendito World Trade. Pero desde el lunes, no hacía más que pensar en Verónica y deseaba fervientemente volver a verla.

Incluso llegó a soñar con ella. Se sentía como si estuviese bajo el efecto de un hechizo. Todo le recordaba a la hermosa chica. Helados, colas de caballo, ojos grises, alguien hablando en inglés, mejillas arreboladas. Tenía grabada a fuego su dulce mirada y su boca perfecta.

El miércoles fue una espera estéril. La Barbie no dio señales de vida. Mario, el mesero, parecía un niño regañado. Cada vez que Alex lo miraba con el reproche pintado en el rostro, el pobre se iba haciendo más pequeño y ponía cara de circunstancia.

El viernes decidió volver a intentarlo. Apenas entró, Mario lo atajó y le dijo casi sin respirar:

—Vino. Vino, tomó su helado y se fue. Yo intenté que se quedara más, pero no hubo caso. No sé por qué vino más temprano. Lo siento.

Alex maldijo para sí. La suerte le era esquiva, y él no estaba acostumbrado a eso. Generalmente todo le salía a pedir de boca. Bueno, no todo. Tenía un asunto pendiente que era un dolor de cabeza y prometía ponerse peor aún. Pero en ese momento, lo único que le interesaba era encontrar a la Barbie. Lo haría a como diera lugar.

Le tendió su tarjeta a Mario y le pidió que ni bien Verónica pusiese un pie allí, lo llamara al móvil. Deslizó también un billete junto a la tarjeta. El mesero hizo el intento de rechazarlo, pero la mirada de Alex no admitía más que síes.

Quedaron en eso.

Pero el lunes, a la hora señalada, y sin que mediara llamada alguna de Mario, Alex estaba en el lugar de la primera vez, observando la puerta con una ansiedad apenas disimulada. Miraba esa puerta como si le fuese la vida en ello. La tercera es la vencida, se dijo. Y continuó aguardando.

Esperar... Esperar era su karma en esta vida.

Al principio no preguntó nada y tampoco nadie se hizo cargo de decirle cosa alguna. Más bien lo evitaban. Papá estaba triste. Jandira, su niñera, se mostraba más cariñosa que de costumbre. Todo muy raro.

Pasaba largas horas esperando, con su pequeña nariz pegada a la ventana. Miraba el cielo, miraba el mar. Nada.

Cuando llegó la abuela de Uruguay, él supo que su mamá no volvería. Lloró sólo una vez. Luego, nunca volvió a derramar una lágrima por su madre. Pero el abandono le hizo más daño de lo que hubiera querido admitir, y jamás logró perdonarla.

Ya en su vida adulta, mantenía con ella una relación distante, una cortante tirantez que se dejaba entrever cuando le decía madre con un dejo de ironía.

Cecilia Grimaldi era una actriz y bailarina sin suerte, tan bella como hueca, que encontró en Ian Vanrell, un diplomático uruguayo que iniciaba su carrera, su forma de atraer todas las miradas. De familia adinerada y antepasados relacionados con la nobleza holandesa, él era el candidato ideal para hacerla destacar de alguna forma. Su protagónico iba a ser el de “Señora Embajadora”. Lo que nunca sospechó fue que el Señor Embajador iba a ser destinado a la devastada Habana, donde no podría lucirse jamás, a no ser que en una fiesta, disfrazada de Estatua de la Libertad, asesinara a Fidel con su corona puntiaguda.

Le fue imposible huir. Su cárcel fue un embarazo no buscado, que le puso en brazos a un pequeño rubio de ojos verdes que sí destacaba donde quiera que fuese. Y para no aburrirse tanto colaboraba con el ballet de Tropicana, elaborando complicadas coreografías que nadie se atrevía a objetar. Cinco años soportó el martirio. Un buen día le dijo al pequeño Alexander: “Debo irme”, y así sin más se marchó de gira con Tropicana.

Alex la volvió a ver ya de adolescente, fuera de Cuba, y comprobó que era como la recordaba: una mujer muy fría, incapaz de querer a nadie que no fuese ella misma. Y al dinero, claro.

Él se crió con un padre cariñoso pero triste, con Jandira y con las esporádicas visitas de su autoritaria abuela paterna que lo único que hacía era alterar sus rutinas. A los doce, su vida dio un giro radical cuando Ian pasó a desempeñar funciones en el consulado uruguayo en Miami. De la austeridad al consumo extremo, su lucha fue lograr el equilibrio, un término medio que mantuviera su esencia intacta.

Lo logró. Cuando él ingresó a la Universidad, Ian se retiró de la vida diplomática y regresó a su tierra.

Cecilia vivía a dos horas del campus, pero casi no tenían contacto. Al parecer, ninguno de los dos lo necesitaba, así que se quedó prácticamente solo en los Estados Unidos.

A los veintidós ya era arquitecto, y en una visita a su padre radicado definitivamente en Uruguay, se enamoró de la dulce mediocridad de un país en lento crecimiento.

Ian era dueño en Montevideo de una importante inmobiliaria, con un par de sucursales en Punta del Este y Punta del Diablo. Gracias a la constancia y la visión para los negocios de Alex, en poco tiempo abrieron una empresa constructora, editaron una revista de decoración y adquirieron una cadena de locales de venta de muebles de diseño y accesorios. En cinco años la empresa creció hasta contar con un plantel de más de quinientos empleados.

Todo había comenzado de una forma muy simple: Alex consiguió un inversor, y construyó un edificio de apartamentos en un terreno frente a La Brava, en Punta del Este. Lo hizo en un solar que su abuelo le había dejado, junto con una hermosa mansión en Punta

Ballena.

Su primera obra en Uruguay no le redituó dinero, pero sí la propiedad del pent-house de ese monumento de once pisos de cara al mar, y una reputación que podría cotizar en bolsa.

Su gusto exquisito, su don de gentes y su atractivo personal lo hicieron muy popular y le abrieron muchas puertas. Pronto lo convocaron para proyectar el primer resort de propiedad vacacional a minutos del aeropuerto de Laguna del Sauce, que ganó un premio internacional por lograr combinar perfectamente la tecnología de una vivienda inteligente, con el magnífico entorno. La armonía de las formas y el confort para quienes habitaran sus obras eran para Alex conceptos fundamentales en lo que a su profesión se refería.

Luego de tan auspicioso comienzo fueron llegando infinitos proyectos, tanto en el Este como en Montevideo. No solamente diseñaba; también construía y su padre vendía. Una cosa llevó a la otra y de a poco fue creando necesidades y elaborando soluciones para las mismas.

De esa forma surgió la compra de una cadena de locales de muebles de diseño a la que renovaron y refundaron con el nombre de Innova. Le adosaron una colección de cortinados y otros accesorios decorativos, para lograr el acabado integral que él deseaba en cada proyecto, y así también nació Bambalinas. El cambio de firma significó un rotundo éxito, e inmediatamente ambos sellos se asociaron al apellido Vanrell y marcaron tendencia.

Su madre no quiso permanecer ajena al imperio que Alex estaba creando. Ni bien se enteró de que los negocios prosperaban, abandonó a su tercer marido y regresó a Montevideo.

Hizo lo imposible para hacerse de algo y lo logró: Vanrell Art & Design fue lo que le tocó en suerte. Dirigir la revista era algo que Cecilia hacía muy bien, y lo único que él le reconocía a la mujer que le dio la vida y luego se la arruinó.

Una vez, en terapia, le dijeron que creaba hogares para otros, porque tenía miedo de crear el propio y que se desmoronara como un castillo de arena. En parte era así; se empeñaba en concretar ideales de vida más que en construir viviendas. Para él, un proyecto comenzaba con un sueño, y terminaba con galletitas en el horno y niños jugando. Se encargaba de idear, construir, vender y decorar inmuebles a medida. Creaba hogares, como le explicó el terapeuta. Sus proyectos preferidos tenían que ver con comprar viejas viviendas medio derruidas, reformarlas integralmente, mostrarlas al mundo y luego encontrar el comprador ideal. Tenía una visión global de cada proyecto, y no se detenía hasta darle cuerpo. ¿Un intento para reconstruir su hogar de la niñez? Quizás...

Pero a nivel consciente al menos, no lo necesitaba. En su vida había mantenido dos relaciones significativas. La primera con una periodista ambiciosa que le presentó su madre en Miami, que terminó por incompatibilidad de caracteres. Ella odiaba todo lo que él amaba.

Y la segunda... mejor no hablar de la segunda. Todo había terminado demasiado mal. Era una mujer diez años mayor y la relación finalizó abruptamente, por un penoso hecho que lo había marcado, lo continuaba torturando, y lo peor era que no sabía el alcance que podía tener en el futuro.

No le faltaron candidatas para reincidir, pues las mujeres literalmente se arrojaban a sus pies, pero él se mostraba reticente. De todos modos, su vida amorosa no experimentaba mayores inconvenientes. Cuando necesitaba “interactuar socialmente” sólo tenía que decir quiero y ahora, y asunto solucionado. Difícilmente una mujer se podía resistir a ese hombre

tan guapo, de sonrisa fácil pero mirada triste. Ninguna había logrado penetrar la fortaleza que rodeaba su alma, pues se distraían con su cuerpo estupendo, bien formado, armonioso.

Alex era apenas consciente de lo que provocaba, y cuando lo ponderaban él hacía referencia a las ventajas de “Las tres G: Ganancias, Genética y Gimnasio”, quitándole trascendencia al asunto. Los halagos lo ponían realmente incómodo.

Su excepcional atractivo se extendía a su cautivadora forma de hablar, pues su español casi siempre neutro, a veces se alteraba con un leve acento cubano que lo hacía irresistible. Esa cadencia en el hablar sumado a su apostura y su poder hacía que fuese considerado como uno de los solteros más codiciados de la high society local. Así que a sus casi veintinueve años se encontraba solo, pero realizado profesionalmente, y disfrutaba de la vida y de sus múltiples intereses y pasatiempos sin preocuparse de nada más. Era rico, muy pero muy rico, pero nadie hubiese sospechado en qué medida, porque no solía ostentar. Invertía astutamente tanto en ladrillos como en la bolsa. Había apostado y había ganado.

Pero ese día, una semana después de haberla visto por primera vez, se encontraba hecho un manojo de nervios en ese pequeño café en el Centro, esperando a una chica con la que jamás había hablado, con la esperanza de un encuentro cercano de cualquier tipo.

Los minutos pasaban y nada. Su BlackBerry vibró en el bolsillo y se distrajo de su ansiosa espera. “Alex, te acabo de enviar los papeles de la demanda. Hay una propuesta para no llegar a juicio, pero creo que no te va a gustar nada la cifra. Lo siento”. El mensaje de su abogado no era nada alentador, pero no esperaba otra cosa.

Guardó el móvil con un gesto de fastidio, y continuó esperando...

“Basta Pokerface. Hoy ya tuve suficiente con tu preciosa idea de adelantar los turnos de todos los pacientes para poder irte antes a ver el partido. Varias llamadas telefónicas, cancelaciones, cambios de citas, mil y un trastornos... ¿Para qué? para que cayera una emergencia y al Señor Pesos le brillaran los ojitos, se olvidara del maldito juego y literalmente le arrancara las muelas al pobre paciente”.

“Al final, me estoy yendo más tarde que nunca”, pensaba Verónica mientras se cambiaba de ropa rápidamente. Jeans, zapatillas deportivas y remera de algodón con la leyenda “Later, baby”.

“Sí, fanática de E. L. James. Quién pudiese vivir un amor así... Para un amor de novela, ya tengo en mente a mi protagonista. No te olvido, hombre lindo. Difícilmente vuelva a encontrarte en mi camino, pero no te olvido. Te recordé el martes, el miércoles, el jueves... Te recordé cada día de la semana. Y el viernes, cuando sólo pasé un minuto por La Escala porque mi clase comenzaba más temprano, también pensé en ti y me pregunté si tendría la suerte de volver a verte. Todo el fin de semana formaste parte de mis fantasías más secretas. Basta, Vero. Hoy tienes prueba, y muy poco tiempo para estudiar”.

—Verónica, esto va para largo, se puede retirar —gritó Ordóñez en ese preciso instante.

“Ni que lo digas, Pokerface. Ya me estaba retirando. Tengo tiempo para un refresco en La Escala y un repaso general. Malditos verbos irregulares”.

En menos de un minuto llegó a la cafetería, empujó la puerta y lo vio.

Intentando mantener la calma se dirigió a su lugar de siempre, pero estaba ocupado.

Un pequeño desvío y sin querer terminó sentada a un par de metros de él, pero de perfil. Lista para ordenar su bebida, Verónica levantó la mirada sólo para ver que no era el mesero quien se erguía a su lado.

“Es él... ¡Oh! Mierda. Hombre lindo aquí estás. No puede ser. El corazón galopa en mi pecho... Madre mía ¿y ahora qué hago? Se ve tan guapo, de pie a mi lado con su saco en una mano y el café en la otra. Veo que se derrama un poco en el plato y pienso que al Dr. Ordóñez no le gustaría nada. Me estoy volviendo loca. Calla corazón, o te va a oír”.

—¿Me puedo sentar o me vas a hacer pasar el mal momento de tener que volver a mi mesa con taza y todo?

—No. Sí. Es decir, te puedes sentar y no tienes que volver a tu mesa con taza y... todo.

“Se sienta. Derrama más café pero ni se inmuta. No deja de mirarme. Me tiende la mano y se la estrecho. No tengo ni tiempo de sorprenderme por la formalidad, porque un escalofrío me recorre entera. Su sonrisa desaparece por un segundo, pero sólo por un segundo. ¿Habrá sentido lo mismo?”

—Soy Alex.

—Verónica.

—Lo sé.

“¿Lo sabe? ¿Cómo lo sabe? Me lee la mente”.

—Me lo dijo el mesero la semana pasada, cuando te fuiste precipitadamente.

“Lo observo confundida. Y cuando me doy cuenta de que mi huida lo afectó, siento ganas de aplaudir, pero disimulo”.

—También me contó que con suerte podía encontrarte el miércoles, o el viernes. Parece que la suerte llegó al tercer intento.

“Está bromeando conmigo. No creo que haya venido el miércoles y mucho menos el viernes, que yo estuve aquí aunque, claro, mucho más temprano. No debo preguntar. No. No debo, pero se me escapa en un susurro”:

—¿Por qué?

La respuesta llega rápido, como un latigazo.

—Porque quiero conocerte.

“Listo, qué manera de simplificar las cosas, hombre. Y qué acento tan sexy.

¿Centroamericano quizás? Siento que la sangre se me agolpa en las sienes y creo que me voy a desmayar. Lo miro y pestañeo. No sé qué decir”.

Y Vero no acotó nada. Sólo se limitó a observarlo.

Alex, a su vez, tampoco podía quitarle los ojos de encima...

Se moría de ganas de comerle la boca, pero sabía que “conocerla” llevaba necesariamente implícito un intercambio de palabras previo. Además, tenía una duda que lo inquietaba demasiado...

—¿Qué edad tienes? —preguntó de pronto, sabiendo que era una falta de educación preguntarle eso a una dama. Pero ésta no era una dama, era una “damita” en todo caso.

Tenía que saberlo antes de continuar, porque ahora que la tenía cerca, le parecía aún más joven de lo que había creído al verla por primera vez.

Verónica se lo dijo y él sonrió instantáneamente.

“¡Dieciocho! Gracias a Dios es mayor de edad”, pensó aliviado.

Y anticipando sin querer sus lujuriosas intenciones, se escapó de sus labios un “menos mal” que casi lo hace ruborizar.

—Los cumplí el tres —añadió ella. Por suerte no había registrado su torpeza.

—Feliz cumpleaños —fue lo único que atinó a decir Alex, y luego deseó golpearse a sí mismo por eso.

Conocer la edad de Verónica causó un efecto dominó en sus barreras, y con ellas cayeron su prudencia y su hombría de bien. Sus deseos comenzaron a inquietarse bajo la mesa...

La observó reír. Era verdaderamente bella, con su cabello suelto y su boca perfecta. Hacía exactamente una semana que soñaba con esa boca. Tenía todo lo que él admiraba en una mujer. Y gloriosos dieciocho años.

“Dios, estoy perdido”, pensó de pronto.

Verónica miró el reloj y no disimuló su pesar cuando dijo:

—Debo irme, llego tarde a mi clase de inglés.

—Te llevo —ofreció él inmediatamente.

—Claro que no. Es aquí cerca —aclaró Vero buscando en su bolso dinero para pagar... nada. Se sintió una tonta cuando se dio cuenta de que no había consumido nada.

Se puso de pie. Alex la imitó, y muy cerca y con más énfasis del que hubiese deseado, le dijo:

—Quiero volver a verte.

Ella no respondió, al menos no con palabras. Pero su mirada lo decía todo.

—Déjame tu número de móvil —pidió esperanzado.

—No tengo móvil.

—¿No tienes móvil? —repitió Alex, incrédulo.

¿Cómo era posible que no lo tuviese? ¿Sería que no tenía interés en verlo de nuevo y por eso no quería darle el número? El sólo hecho de pensarlo lo hacía sentir muy mal.

Pero perder la conexión con él, estaba más que alejado de las intenciones de Verónica.

“Aunque no lo creas, no tengo móvil. Si lo tuviese, mi abuela no me dejaría en paz, me perseguiría el día entero”.

—Es una larga historia —murmuró ella, y de pronto encontró muy interesantes las puntas de sus zapatillas de lona. No podía mirarlo a los ojos porque se le aflojaban las piernas.

“Me pide el teléfono de línea. ¿Le doy el del consultorio? No, mejor no. Al Dr. Ordoñez no le gusta que reciba llamadas personales. Está muy atento a ello. ¿El de casa, entonces? No, mala idea. Mi terrible abuela haría miles de preguntas indiscretas”. Los pensamientos de Verónica se sucedían sin control. Tenía que encontrar la forma de no perder el contacto.

—¿Por qué no me das el tuyo? —preguntó mientras tomaba un lápiz y abría el cuaderno en la última página.

Mientras anotaba, Alex no le quitaba los ojos de encima.

—¿Me vas a llamar, verdad? —le dijo, mientras buscaba su mirada.

“Obvio que te voy a llamar. Obvio”. pensó ella, pero sólo se limitó a asentir.

—¿El viernes está bien?

—¿Recién el viernes? —quiso saber Alex con un dejo de decepción en su voz.

—Es que hasta el sábado no puedo. El viernes tengo examen de Filosofía, y tengo sólo cuatro días para estudiar. Ni siquiera vendré a trabajar.

—¿Tú trabajas? —murmuró él, extrañado.

—Sí, en un consultorio. Soy un poco asistente, un poco recepcionista...

“No dice nada pero no deja de observarme. Hombre lindo, me muero por quedarme

hablando contigo y continuar jugando a mirarnos, pero llego tarde a la prueba. Haciendo un último esfuerzo levanto el rostro y le digo”:

—De verdad, debo irme.

“Mis piernas traicioneras no dejan de temblar, pero él no parece notarlo. Sólo me observa de una forma tan especial...”

—Está bien —concedió Alex, finalmente—. Y por favor, no dejes de llamarme.

—Lo haré, en serio.

“Llevo tres minutos de retraso. No quiero irme pero tengo que hacerlo. No sé por qué, pero sigo un impulso: le doy un beso en la mejilla y salgo corriendo sin mirar atrás. No me reconozco. ¿De dónde salió tanta audacia? Yo no soy así”.

Ya en la calle, Verónica miró por la ventana y vio que Alex continuaba tal como ella lo había dejado. Luego lo observó sonreír mientras tomaba un billete y lo ponía sobre la mesa. No quería irse, pero no podía faltar al maldito examen.

“Oh, luz verde, debo correr. E inventar un buen justificativo para esta llegada tarde. Pero no me importa. Nada me importa”. Entró al aula jadeando por el esfuerzo, y realizó la prueba lo mejor que pudo.

Teniendo en cuenta que hacia un rato había conocido al hombre de sus sueños, no le fue del todo mal.



Capítulo III

La semana más larga de sus vidas transcurrió lentamente. Él se aturdió de trabajo, tratando de no pensar. Durante el día funcionaba bastante bien, pero cuando caía la noche no podía dejar de recordar a Verónica. La imaginó de mil maneras; temblando entre sus brazos, envolviéndolo con sus cabellos, gimiendo sudorosa...

Regresó el miércoles a la cafetería, aun sabiendo que no la iba a encontrar. Mario, el mesero, lo miraba sonriendo. Incluso se acercó e intentó devolverle el incentivo, pero una sola mirada de Alex lo regresó a su lugar.

Esperó, consciente de que era en vano. Cuando terminó su tercer café, pagó y se fue. Mientras conducía a su casa, se preguntó si ella también pensaba en él.

Lo cierto es que era así.

Vero pensaba día y noche en Alex, y le costaba mucho concentrarse en los estudios. Se sorprendió escribiendo su nombre en el margen de sus cuadernos, como hacía a los catorce. Cada vez que lo recordaba, sentía mariposas aleteando en su estómago. Ahora sabía a qué se referían con esa expresión.

Asombrosamente, el viernes rindió el examen y le fue bastante bien. Un nueve, por tratarse de una de sus materias más odiadas no estaba nada mal. Le quedaba un solo examen y se graduaría.

Al mediodía, cuando regresó con el resultado, su abuela le comunicó que el Dr. Ordóñez la había llamado para ver si podía ir en la tarde. “Qué fastidio —pensó—. No respeta ni mis días de permiso”.

Mientras iba en el autobús al consultorio, decidió que no esperaría a última hora para llamar a Alex como había planeado; lo llamaría ni bien llegara. Y sería maravilloso poder verlo a la salida del trabajo, antes de ir por el resultado de la prueba de inglés. Ojalá... Con intentarlo no perdería nada. Sólo debía controlar las mariposas de su vientre que no la dejaban en paz. Al final, el tener que ir al consultorio en forma inesperada podría favorecerla porque no tendría que andar escondiéndose de su fisgona abuela para poder llamarlo. Se preguntó si ella cambiaría su forma de cuidarla, ahora que había cumplido dieciocho.

Violeta, según Verónica, era terrible. Tenía sesenta y nueve años y era, más que un ángel guardián, un dragón de ojos amarillos. Y no por su aspecto, ya que era la quintaescencia de la elegancia y belleza madura, sino por su carácter. Su actitud hacia Verónica oscilaba entre una indulgencia malcriante y una sobreprotección extrema.

En cierto modo era entendible. Perdió a su hija Isabel cuando Vero tenía cuatro y Luciano, catorce. Con sus nietos a su cuidado, hizo lo que pudo. Y también tuvo que cargar con su dolor y el de su esposo por la muerte de su gran tesoro, de la cual jamás logró reponerse del todo.

Isabel Ruiz y Felipe Sandoval se conocieron en el secundario, y se casaron ni bien egresaron a pesar de la firme oposición de Violeta. Al poco tiempo llegó Luciano, pero su nacimiento no les impidió seguir estudiando juntos, trabajando juntos o disfrutando de viajes de aventura, que era lo que más les gustaba hacer. Felipe llevaba adelante la empresa paterna, relacionada a la industria automotriz e Isabel era escribana.

Cuando nació la niña, creyeron tocar el cielo con las manos. Era un verdadero ángel. Querían llamarla Angelina, pero Violeta puso el grito en el cielo. Desde hacía “siglos”, al menos una de las mujeres de la familia tenía la V como inicial en generaciones alternadas. Y como segundo nombre María.

Y Verónica no iba a interrumpir la tradición familiar. A los tres meses fue bautizada como Verónica María. Se veía preciosa con su vestido blanco y su pequeña cofia. ¿Quién iba a sospechar que crecería como una atea inconvertible, para desesperación de su devotísima abuela?

Al poco tiempo, la dicha familiar fue abruptamente truncada por el accidente aéreo que se llevó a los intrépidos Isabel y Felipe, que regresaban de su enésima luna de miel.

Violeta hizo lo posible por darles un hogar a sus nietos. Estoicamente siguió adelante, pero su marido no soportó la pena y murió poco después.

Una cuenta más para su rosario de lágrimas, pero tenía que seguir adelante por la niña.

Luciano, ya adolescente, estuvo poco tiempo con ellas. A los veinte se fue a vivir con su familia paterna a Estados Unidos, donde se graduó como piloto aeronáutico y luego se empleó en American Airlines.

Era un chico muy callado, que sólo dulcificaba su expresión cuando miraba a su hermosa hermanita. Estaba enojado, muy enojado con la vida. La muerte de sus padres lo sorprendió en plena adolescencia, cuando una actitud desafiante era su estado de ánimo habitual. Y así permaneció durante mucho tiempo, hasta que su carrera le impuso disciplina y logró doblegar su temperamento explosivo.

Sabía que su elección profesional debía tener relación directa con la tragedia, pero no dejaba que eso lo afectara. Amaba los aviones desde siempre, y volando sentía que demostraba lo fuerte que era.

Verónica en cambio, adquirió una persistente fobia a volar. Jamás pudo subir a un avión, ni siquiera a las pequeñas avionetas que su hermano adoraba.

Luciano lo intentó. Razonó con ella, la animó, le pagó la terapia, pero todo sin resultados. El solo hecho de estar cerca de un avión le ponía los pelos de punta. Había aprendido con el tiempo a dejar de temer por la vida de Luciano, pero en lo que a ella concernía, jamás despegaría sus pies de la tierra.

Finalmente él se resignó, y dejó de intentar que su hermana venciera esa resistencia que limitaba la frecuencia con que se veían. Es que Vero era realmente terca, y cualquier

intento de convencerla estaba condenado al fracaso.

No era sólo un miedo irracional a repetir la tragedia lo que impedía cualquier traslado por aire. Al ser tan pequeña, apenas recordaba a sus padres y al hecho en sí. Sin embargo le quedó grabado en su corazón el dolor de su abuela y el cambio de Luciano, y su inconsciente relacionó los viajes en avión con el profundo dolor de los que amaba.

De todas formas tuvo una infancia feliz. A medida que crecía su belleza aumentaba, pero ella sólo lo notaba en las miradas de admiración de la gente. Verónica no se sentía bella. Se veía demasiado frágil, desvalida... Si hubiese creído en los milagros, probablemente habría orado de rodillas por un buen par de senos.

No necesitó de plegaria alguna. Festejó sus quince con una esplendorosa delantera, producto de sus hormonas que acababan de despertar y del poder de su mente, según ella creía.

No tardaron en acosarla los chicos, atraídos como moscas al dulce. Nunca fue más allá de besos y caricias más o menos atrevidas, porque no lograron conmoverla lo suficiente, ni siquiera como para desafiar las prohibiciones de la puritana Violeta.

A medida que crecía, las preocupaciones de su abuela aumentaban en forma proporcional a su belleza. Afortunadamente para ella, su nieta no tenía cabal conciencia de su atractivo ni de lo que provocaba a su alrededor con su sola presencia. Mejor así, pues creía que la vanidad era un pecado que servía a otros peores, como la lujuria.

Con su propia hija había tenido serios inconvenientes espantando mocosos con cabecitas acaloradas. Y Verónica era dos veces más bella que Isabel. No quería ni pensarlo...

La mantuvo niña todo lo que pudo. Ella le elegía la ropa, incluso le confeccionaba prendas que la hicieran parecer más pequeña de lo que era.

Por eso, la adolescencia de Verónica fue como un castigo para Violeta. De un día para otro, la crisálida se transformó en mariposa a pesar de sus intentos por mantener el capullo intacto.

Continuaba luciendo su cara de muñeca, pero sus rasgos se afinaron. Se marcó su cintura y las redondeadas caderas se convirtieron en la pesadilla de la pobre abuela.

Había heredado la estatura de su familia paterna, y Violeta deseó muchas veces tener la potestad de ponerle una pesa en la cabeza, para que no continuara creciendo. Si además de bella iba a ser alta, no lograría que pasara desapercibida jamás...

Cuando pasó el metro setenta, Violeta se resignó. Sí, definitivamente Vero tenía todo lo que había que tener para que los chicos se golpearan la cabeza contra la pared al verla. Lo único que le faltaba era que intentase modelar, por lo que la adolescencia de la pobre chica se vio empañada por una abuela que casi no le permitió ver televisión e intentaba afearla por todos los medios posibles.

Verónica no tenía ni la más mínima intención de modelar. Nunca se le hubiese pasado por la mente algo así, pero no era lo que se dice una chica fácil de llevar. Lo que tenía de guapa lo tenía de obcecada. “La indomable” solía llamarla Violeta. Su dulce niña se transformó de pronto en una joven con una personalidad avasallante y una rebeldía a flor de piel, que contradecía todas sus indicaciones y la desafiaba continuamente.

No fueron pocas las discusiones con respecto a su forma de vestir que Violeta sencillamente odiaba. Verónica tenía un estilo indefinido pero muy suyo.

Sus eternas zapatillas deportivas de lona, sus jeans destrozados, y “ese horrible arete en el ombligo” volvían loca a Violeta. Muy a su pesar tenía una nieta hermosa... bueno, sería genial poder lucirla.

Pero Vero se empeñaba en contradecir los deseos de su abuela a como diera lugar. No quería parecer una tonta muñequita, así que imprimía sus propias camisetas con los diseños más osados solo para molestarla. Tenía una especialmente ofensiva con un dibujo del muñequito del juego “el ahorcado”, y debajo se leía GRANDMA... Violeta suspiraba cada vez que la veía con ella, y se santiguaba tres veces.

Pero Vero reía... Adoraba verla alterada, por eso rasgaba sus jeans, los manchaba y luego los desflecaba.

Y también para disgustarla, ponía especial dedicación en alborotar su largo cabello que le llegaba a las caderas, cada vez que tenían visitas.

El vientre al aire era su sello personal y la desesperación de la pobre abuela. Ni en pleno invierno Verónica se cuidaba de cubrirlo. Lo del piercing le costó varios sermones pero no le importó.

Ella no era como Violeta, y quería dejarlo en claro al mundo. Odiaba la doble moral de su abuela, que se jactaba de tener un nieto Don Juan, y a ella quería guardarla en una cajita.

Se burlaba de su pacatería, de su eterna actitud de víctima, de su devoción a esos “amigos imaginarios” como ella llamaba a los santos a los que Violeta encomendaba su vida y la de los suyos.

Vero era atrevida, irreverente, y rebelde. Pero también era muy noble, generosa, y divertida. Sus amigas la adoraban... Era el alma de las fiestas, y su cara de ángel lograba imposibles que ni los santitos de Violeta conseguían. Además bailaba como los dioses.

Violeta no tenía idea de quién había heredado esa gracia en los movimientos. Tenía la teoría de que los seres humanos eran un conjunto de virtudes y defectos genéticamente adquiridos y que por supuesto, la mayoría de estos últimos siempre provenían de la “otra rama” de la familia. Por eso no entendía, cómo siendo todos los Sandoval y también los Ruiz prácticamente unos negados para la danza, Verónica había nacido con ese don del infierno. Si en vez del baile se le hubiese dado el canto, quizás podría formar parte del coro de la iglesia, y se acercaría de una vez por todas al Altísimo... Pero no. No era así. “Y si lo fuese, no sería ella”, pensó en más de una ocasión.

Verónica, no se hacía preguntas. Simplemente vivía.

Y últimamente se rebelaba con Violeta sólo en ocasiones, para no perder la costumbre, porque muy dentro de sí se sentía más sosegada. Había comenzado a madurar. Su cuerpo y su mente por fin habían adquirido la misma coordinación que al bailar. Estaba a gusto con ella misma. Había encontrado su estilo, por eso se sentía cómoda en sus distintos roles: estudiante, asistente del Dr. Ordóñez, chica despreocupada, joven reflexiva, mujer muy pero muy sexy. Mujer deseando que... No sabía bien qué. Todo, quizás. Amar, ser amada. Sentir... Su erotismo incipiente estaba ligado a un príncipe sin rostro que le quitaba el aliento, que la hacía mujer, que la hacía estremecer con sus caricias...

En las últimas semanas, el rostro de ese príncipe iba tomando forma. Presentía que Alex iba a hacerla vibrar como jamás lo había imaginado, ni siquiera en sus fantasías más eróticas.

En eso pensaba Verónica mientras escuchaba la vibración del torno del Dr. Ordóñez, y levantaba el tubo para llamar a Alex.

—Hola.

—Alex, soy Verónica.

Él esperaba el llamado. Lo había estado esperando todo el día, pero aun así se le secó la boca.

—Verónica...

—¿Te encuentras bien?

—Sí, sí, estoy bien. ¿Has aprobado Filosofía?

Ella se sorprendió de que él recordara de qué asignatura se trataba.

—La he aprobado. Con nueve.

—Felicitaciones.

Verónica maldijo para sí cuando el Dr. Ordóñez, inoportuno como siempre, interrumpió la llamada:

—Verónica, por favor, alcánceme más gasas.

—Enseguida, Doctor —y luego susurró—. Alex, debo irme.

—Está bien —aceptó él resignado, pues había escuchado que alguien la llamaba—.

Verónica ¿hay posibilidades de que hoy te vea?

Le adivinó el pensamiento. Sí, sí, sí, gritó su alma, pero Alex oyó sólo un suspiro.

—Bueno, ¿a las seis, en La Escala? —preguntó ella, bajito.

—Allí estaré.

Verónica colgó y se tocó las mejillas. Ardían. Tenía que hacer algo con ello, sino jamás podría tener una conversación normal con él.

Y la tarde transcurrió muy lentamente. Cuando estaba a punto de salir a encontrarse con Alex, apareció su abuela por el consultorio, con la intención de llevarla a merendar y luego pasar a buscar el resultado del examen de inglés. Mierda. Como siempre, Violeta derribando sus castillos, pinchándole los globos, pisándole las flores. No podía hacer nada. Tenía que avisarle a Alex.

Le dijo a Violeta que tenía labial en los dientes, y ni bien la vio correr al baño, marcó el número.

Contestador. Le dejó el mensaje, ¿qué más podía hacer?

—Alex. Soy Verónica. Me surgió un imprevisto y no podré encontrarme contigo.

Lo siento. Te llamo en cuanto pueda, y arreglamos para mañana ¿sí? Perdón de nuevo, de veras quería ir.

Iba a decir “verte” pero no se atrevió. Sólo esperaba que él recibiera el mensaje y no se enojara por el plantón.

“No te enfades, hombre lindo, que la que tiene que sufrir a Violeta todos los días soy yo...”.

Alex no respondió el llamado porque en ese preciso instante, mientras se dirigía por la rambla hacia el Centro, le contaba por teléfono a Fernando de su próximo encuentro con Verónica.

No podía creer en su buena suerte; no sólo lo había llamado, cosa que él deseaba pero no tenía muchas esperanzas de que sucediese, sino que ese mismo día la vería y no el siguiente como habían previsto. Eso siempre que el maldito atasco en el tráfico lo dejara llegar a tiempo.

“Con calma, amigo” le había recomendado Fernando. Se conocían desde hacía seis años, y era su hombre de confianza en la vida, y en los negocios. Brillante ingeniero, mejor amigo y consejero.

Ni bien cortó con él, su BlackBerry le anunció el mensaje. Lo ignoró, porque

afortunadamente el tránsito comenzó a fluir, y se concentró en eludir todo lo que se pusiera a su paso para poder llegar a la hora prevista. Su ansiedad tenía que ver con las imperiosas ganas de verla, más que con llegar un poco tarde.

Como no estaba enterado de que la cita se había frustrado, entró a La Escala con el corazón en la mano. La vio en el lugar de siempre, y se dio cuenta de que le costaba respirar. Esa chica le quitaba el aliento.

Era más hermosa de lo que recordaba. Vestía como la primera vez, sólo que con el cabello suelto. Por un momento volvió a quedar paralizado en la puerta, encandilado por su belleza igual que aquel caluroso día.

Verónica no había reparado en él aún, por lo que Alex se dio el gusto de devorarla con la mirada, sin sentirse torpe como un novato. Jamás le había pasado algo así con una mujer. Y definitivamente nunca creyó que le sucedería con una chica tan joven... Él era un hombre de mundo, de varios mundos. Estaba acostumbrado a tratar con mujeres bellas, pero Verónica tenía algo especial. Era más que hermosa... Recordó el beso que le plantó en la mejilla al despedirse el otro día, y sonrió. Fue un gesto inocente e impulsivo, pero él quedó en llamas. Se preguntó cómo reaccionaría si ella fuese deliberadamente provocativa... Nuevamente sintió que ardía.

Mientras se dirigía hacia ella, notó su cara de asombro. Los enormes ojos grises se abrían como platos, y sacudía la cabeza negando disimuladamente.

Alex no entendía nada, hasta que vio a la elegante señora sentarse frente a Verónica. Se desvió entonces de su camino, y se sentó muy cerca sin dejar de observarla. Ella se apartó el cabello y realizó el clásico gesto de “teléfono” llevándose la mano al oído.

Captó perfectamente el mensaje y revisó su BlackBerry. Allí estaba. Escuchaba y la miraba extasiado. Cuando sus ojos se encontraron, él asintió dándole a entender que había comprendido lo sucedido.

Verónica respiró aliviada. Parecía que la comunicación gestual se les daba bien. Y ni qué decir de la comunicación visual...

Su mirada involuntariamente se dirigía hacia Alex una y otra vez, tanto era así que Violeta hizo el ademán de darse la vuelta, pero ella la distrajo tomándola de las manos y diciéndole lo feliz que estaba por el inesperado regalo de su visita.

Hablaba con su abuela, pero su atención no se apartaba ni un minuto de Alex.

“Qué guapo está. Por suerte no parece enojado. Es más, sonrío y creo que se está divirtiendo viéndome en apuros. Hombre malo. Lindo, pero malo. Si algún día conoces a Violeta, si mi abuela te llegara a pillar, ahí me reiría yo, y a carcajadas. Es que es de temer esta mujer. Me quiere con locura, nunca mejor dicho, porque a veces me asfixia. No sé qué me dice Violeta ahora, veo que su boca se mueve y sólo sonrío y digo que sí con la cabeza, porque todo mi ‘yo’ está contigo, Alex. Y mi ‘ello’ también, porque tengo fuego en el estómago y también más abajo... Lamentablemente mi ‘súper yo’ está aquí, frente a mí, importunándome como de costumbre”.

Violeta continuaba hablando, criticando a su hermana gemela, a su vecina, a su nieto Luciano que no la llamaba con la frecuencia que a ella le hubiese gustado. Ni su difunto marido se salvaba cuando ella estaba en plan de quejas. Y mucho menos se salvaba Verónica. Violeta tenía todo un repertorio armado que comenzaba desaprobando su forma de vestir, continuaba con el piercing de su ombligo y como no podía ser de otra manera su reciente tatoo en el hombro, se llevaba la palma en la letanía de reproches.

Verónica oía a su abuela, pero no la escuchaba. Toda su atención continuaba enfocada en Alex. Descaradamente dejó de mirarlo a los ojos, y ahora observaba su boca, y

luego su mentón tan masculino con la barba incipiente. Y al llegar a su nuez de Adán, se detuvo...

“Me muero por morderlo allí... Imagino su perfume, el sabor de su piel, continúo mirando el hueco de su garganta a través de su camisa desprendida en el primer botón, su pecho que adivino duro como piedra bajo la tirantez de la ropa. La mesa detiene mi exploración visual y regreso a sus ojos que parecen preguntar si me gusta lo que veo. Adiós audacia, bienvenido rubor. Lo veo jugar con su telefonito y sigo observándolo sin más cuidado que intentar que no se dé cuenta Violeta. Tiene las pestañas tan largas... Hacen sombra en sus mejillas de tan largas que son. No se ha afeitado, y se ve más que masculino. De pronto se pone de pie, y se dirige a nuestra mesa. Me revuelvo ansiosa. Oh Dios mío, se está acercando ¿qué hago? Pasa por mi izquierda y súbitamente se inclina para atarse los cordones de las zapatillas, a unos centímetros de mis piernas que justo en este momento se retuercen involuntariamente por su cercanía”.

Violeta observó a Alex distraídamente, y mencionó algo sobre el cuidado que hay que tener de no pisarse los cordones, cosa que en Verónica era algo corriente, pero ella ya no la escuchaba porque el hombre que tenía a sus pies estaba haciendo estragos en su cuerpo sin siquiera tocarlo.

Alex permaneció allí sólo un instante, y luego se marchó sin mirar atrás.

Ella sintió pena y alivio al mismo tiempo. Era una tortura tenerlo tan cerca, pero a la vez era tan excitante. Sabía que debía llamarlo y que no podía hacerlo desde su casa porque quedaría el número marcado y su abuela lo notaría. Ya se las arreglaría, no sabía cómo, pero lo haría.

Cuando se estaban por ir, Verónica introdujo la mano en su bolso para tomar el dinero y se encontró con una BlackBerry entre sus cosas. ¡Alex le había dejado un teléfono! Se precipitó al baño murmurando una excusa, para descubrir que se trataba de su teléfono.

“Toco, toco, toco, no sé ni lo que estoy haciendo, pero se ve que lo hago bien porque leo: “Verónica: te llamo esta noche a las nueve en punto. No atiendas ninguna llamada hasta esa hora, y no te preocupes, que no timbrará. Sólo tenlo muy cerca de tu cuerpo porque está en modo vibro.” Vibro. Vibro toda yo, vibra mi cuerpo, vibra mi alma. Qué chico inteligente. No puedo esperar a que sean las nueve, Dios mío. Vuelvo a la mesa con Violeta, con la sonrisa pintada en el rostro y ella me mira con desconfianza. Muy pegadito a mi corazón, en el bolsillo interno de mi chaqueta, llevo la BlackBerry de mi hombre lindo que mañana veré cueste lo que cueste”.



Capítulo IV

El dormitorio de Verónica era digno de una princesa. En el centro, una gran cama con dosel destacaba entre el resto del mobiliario. Contaba con ventana y balcón con vista al jardín, y un pequeño baño. Estaba situado en la planta alta de la vieja casona familiar que cada vez parecía más vieja, y más grande. Era demasiado para dos personas, pero tanto Violeta como Verónica amaban esa casa, por asociarla a momentos felices vividos en familia. Sabían que lo mejor sería deshacerse de ella, y mudarse a un cómodo departamento, pero la casona tenía algo. Quizás tenía que ver con la pequeña huerta o el jardín repleto de lavanda y romero. O la galería vidriada. O la señorial escalera.

No era un tema económico. Sus padres quizás presintieron la tragedia porque dejaron un fideicomiso que Violeta dosificaba inteligentemente. Además, con el seguro que les pagó la compañía aérea, habían comprado un departamento que arrendaban para tener un ingreso extra.

De todos modos, Verónica no quería depender de ese dinero y mucho menos rendirle cuentas a su abuela. Emplearse en el consultorio del Dr. Ordóñez fue una forma de solventar sus pequeños gastos, y el part time le resolvía el tema del tiempo libre para seguir estudiando.

No pasaban apuros, pero no podían permitirse grandes desembolsos como el que sería necesario para refaccionar la casona. Lo importante era no dejar que se deteriorara más, y mantenerla limpia y calefaccionada.

“En una casa más pequeña, Violeta y yo, terminaríamos matándonos”, pensaba Verónica tendida en el suelo de su dormitorio, con las piernas sobre la cama, mientras observaba una pequeña mancha de humedad en el techo.

Su pelo suelto cubría casi toda la alfombra. Vestía un pijama rosa corto, y como siempre, estaba descalza. Sobre su corazón tenía la BlackBerry de Alex que en toda la tarde no había cesado de vibrar, pero ella, obediente, la ignoraba.

Cuando a la hora señalada la llamada llegó, Verónica se sobresaltó tanto que el globo que estaba haciendo con el chicle le explotó en el rostro. En la pantalla se veía la palabra “CASA”.

—¿Hola? —dijo intentando deshacerse del chicle adherido a su nariz.

—¿Cómo estás, Verónica?

Su voz profunda, con un leve acento que no lograba identificar, fue como un bálsamo para su ansiedad.

—Ahora bien. Siento lo que pasó esta tarde.

—No te preocupes —rió Alex—, me divertí mucho viéndote pasar apuros.

—¿De verdad?

—Sí, de verdad.

—Pues casi me muero de un ataque cuando te acercaste a la mesa.

—Yo también, sobre todo cuando vi tus piernas debajo...

Un escalofrío la recorrió mientras recordaba que esa tarde no se había cambiado, y cuando se encontraron en La Escala aún llevaba la falda negra.

“No me digas eso, o de verdad me voy a morir, pero de placer...” pensó. Paladeaba cada una de sus palabras.

—¿Aún estás ahí?

—Aún estoy —murmuró.

—¿Quién era la dama que te acompañaba?

—Mi abuela Violeta. Llegó sin avisar al consultorio. Ella... suele hacer ese tipo de cosas.

—¿Qué cosas? —preguntó Alex, intrigado.

—Eso, invadirme. Es imprevisible, un verdadero dolor de cabeza.

—Quizás no sea eso, quizás sólo quiera cuidarte y sorprenderte.

—¡Ja!, se ve que no conoces a Violeta.

Alex rió abiertamente. Pero esa risa duró sólo los dos segundos que le llevó darse cuenta de cuán adolescente era Verónica.

Súbitamente se sintió viejo a sus 28 años, y una sombra gris opacó la alegría que sentía al hablar con ella.

—No conozco a Violeta, y en realidad tampoco sé nada de ti. Me gustaría saber muchas cosas, pero te las preguntaré mañana ¿de acuerdo?

—Bueno... mañana.

—¿Dónde te gustaría ir? —le preguntó.

A Verónica se le iluminó el rostro cuando respondió sin titubear:

—Al parque de diversiones.

—Ok. ¿A qué hora te paso a buscar y por dónde? —dijo Alex mientras se recuperaba de la elección de Verónica. “Madre mía, no es una adolescente, es una niña. Me siento fatal. Un corruptor de menores. Un asqueroso pedófilo. Debería terminar con todo esto ahora mismo pero es tan endiablidamente bella. Tan sensual, encantadora, única...” pensó.

—No me pases a buscar. Nos encontramos en la entrada de la Rueda Gigante. A las siete.

Alex sonrió.

—¿No me harás subir a ese cacharro, verdad?

—Ya veremos —y osada agregó—, si te tomo de la mano ¿tendrás miedo igual?

—Si me tomas de la mano, no sé qué puede pasar —respondió él sin titubear.

Repentinamente se dio cuenta de que Verónica ni era una niña, ni era una tonta. Era una mujer joven jugando con fuego.

Ella se quedó helada con la respuesta.

“Estoy pisando terreno desconocido. Cuidado, Vero. Este no es uno de los chicos con los que sueles tratar, que se derriten espionando tu escote. Este es un hombre. Tengo que andar con cuidado. Me gusta tanto, pero tanto”.

Desde la cocina, se oyó la voz de Violeta gritando:

—Verónica, ¡es la tercera vez que te llamo para cenar!

—Alex, tengo que cortar.
Ya podía escuchar los pasos de su abuela por la escalera.
—Adiós, Alex —susurró.
—Hasta mañana. A las siete. En la Rueda Gigante... de tu mano, Vero.
Pero ella no lo oyó, porque el teléfono se quedó sin batería y rápidamente lo escondió debajo de su almohada, justo cuando Violeta entraba a la habitación.
—Verónica ¿no me oyes?
—Sí, lo hago, pero no encuentro mis pantuflas.
—Será porque no tienes pantuflas. Si siempre vas descalza pese a mis recomendaciones. Estás muy extraña, querida.
—Ideas tuyas, Violeta —respondió saliendo con la cabeza en alto, mientras su corazón repetía: Alex, Alex, Alex, una y otra vez.

“Falta una hora para mi cita con Alex y aún no sé qué me voy a poner. Tengo muy claro que falda no. Después de su observación sobre mis piernas debajo de la mesa, me sentiría más que incómoda. Me inclino por mis jeans preferidos, pero no quiero parecer una teen. Ya sé. Jeans pero con tacos. Sandalias, grandes plataformas, a ver... éstas. Son perfectas. Qué bien me veo. ¡Y qué alta! Igual creo que no le llego ni a la nariz a mi hombre lindo. En realidad quisiera llegar a su boca con la mía. Oh... su boca. ¿Me besaré? Si lo hace ¿qué debo hacer? No quiero parecer desesperada; creo que lo mejor será rechazarlo suavemente y decirle que tenemos que conocernos mejor antes de eso. Sí, eso haré si intenta besarme. Está decidido. Tengo un poco de miedo, pero eso me excita. Es un sentimiento ambiguo. Por un lado quiero gustarle, enloquecerlo, quitarle el aliento cuando me vea. Por otro, temo no saber qué hacer una vez que lo provoque. No quiero pensar más. Que pase lo que tenga que pasar. Que fluya”.

Alex llegó demasiado temprano a la cita. Es que estaba trepando por las paredes de la ansiedad.

Y allí, parado en la entrada de la Rueda Gigante no se sentía mejor. Estaba peor, por el lugar, por haber llegado media hora antes de lo acordado, por la multitud de niños pegoteados de algodón de azúcar que no paraban de gritar... Nunca le había gustado esa “nube rosa”. Sólo de pensar en “rosa” su corazón se aceleró, pues acudieron a su mente los recuerdos de Verónica vestida de Barbie Secretaria, con su helado de fresa, y su lengua también rosada e inquieta... Aún no había llegado y él ya estaba a punto de ebullición.

Cuando la vio acercarse, sintió que se mareaba. Ella caminaba hacia él, inconsciente de las miradas que la seguían, y Alex sintió deseos de matarlos a todos. Nunca se había sentido tan posesivo con una mujer. Y jamás se había sentido tan deslumbrado.

Verónica encandilaba con su belleza, y él estaba seguro de que no podría apartar los ojos de esa piedra que brillaba en su ombligo

—¡Hola! —saludó ella alegremente— ¿Llego en hora? Uf, menos mal. El autobús se retrasó y creí que llegaría tarde...

El esfuerzo por parecer despreocupada e informal dio sus frutos.

Alex intentó mantener la mirada concentrada en su rostro, pero no pudo. La recorrió descaradamente con la mandíbula apretada. Por un segundo también apretó los puños, pero luego sonrió y la besó en la mejilla.

—Estás preciosa.

Verónica se ruborizó y murmuró “Gracias”. Con ese simple comentario sobre su apariencia, él dio por tierra con sus intenciones de no demostrar sus sentimientos para no parecer demasiado descarada.

Sin querer, se escapó de sus labios un inesperado “Tú también” que iluminó el rostro de Alex con una sonrisa. Él no agradeció el cumplido, lo tomó como una broma y le guiñó un ojo.

Esa forma que tenía de sonreír de lado, como un niño pícaro la dejó temblando. Y su forma de hablar... Se miró las uñas, tratando de componerse. Ésta iba a ser una noche bastante complicada si dejaba que él la siguiera afectando así.

Caminaron en silencio por un rato. Los chicos que se cruzaban miraban a Verónica con admiración y deseo. Alex tomó su mano en un gesto posesivo, haciendo un intento de apartarla de todos. Había gente por doquier. Estaba claro que no habría privacidad esa noche.

Cuando le preguntó qué deseaba hacer, ella se encogió de hombros “Estar contigo —pensó—. Nada más estar contigo”.

Pero dijo simplemente:

—Me gustaría comer algo. Yo invito.

Alex la miró divertido... “¿Yo invito?”. Nunca le había pasado algo así con una mujer. Y menos con una jovencita con un piercing en el ombligo. Hizo como que se dejaba invitar, y se sentaron en las mesas al aire libre, en una terraza con vista al mar.

Él pidió sólo un refresco y ella otro, y pizza.

—¿Tú no comes? —preguntó sorprendida.

—No, pero veo que tú sí.

—Sí, como. Mmm... qué rico.

Él la miró comer, extasiado. No podía apartar los ojos de esa boca. Adoraba mirarla. Ella mordió la porción de pizza, y al alejarla el queso se estiró... Con naturalidad, se las arregló para terminar el bocado. Ese gesto de niña golosa lo enloqueció.

—Cuéntame de ti —pidió Alex.

Y ella le contó. Le habló de su presente, de sus planes de futuro...

Alex se sorprendió gratamente cuando descubrieron que compartían intereses ¿Futura arquitecta como él?

También le habló de su pasado. Continuaba sorprendiéndolo con su triste historia. Más que con la trágica pérdida de sus padres, se conmovió al verla intentar minimizar el trauma que seguro debió experimentar. Se dio cuenta de que no era de las que gustan victimizarse y llamar la atención de esa forma ¿Para qué? No necesitaba hacer ni decir nada. Jamás pasaría desapercibida.

—Basta de hablar de mí. Dime algo de tu vida. Ni siquiera sé tu apellido ni tú el mío —pidió Verónica.

Intercambiaron apellidos y él, obediente, le contó a qué se dedicaba. Pero se lo explicó muy someramente, sin entrar en detalles. Le mencionó que trabajaba en una constructora. Ella también estaba encantada de coincidir en eso, y preguntó en cuál.

—Vanrell Construcciones —respondió, sin faltar a la verdad.

—¿Vanrell? —repitió ella levantando una ceja. Con razón el apellido le había parecido familiar. Estaba relacionado con la constructora que era dueña de la mitad de los proyectos que se estaban desarrollando en la ciudad.

—Sí, trabajo en la empresa de mi familia. Soy... uno de los arquitectos.

No quería contarle que era su empresa, y la dejó creer que era un empleado con ciertos privilegios. En cierto modo era verdad.

“Debe ser un niño rico, de esos que no hacen nada, que tiene un lugar en ese monstruo de empresa, sólo por ser portador del apellido. En fin, nadie es perfecto”, pensó algo decepcionada.

Del tema laboral pasaron a algo que a ella la tenía más que intrigada. Ese acento tan caribeño. Y él le habló de su infancia en Cuba, de su adolescencia en Miami, y sin querer se encontró hablándole de su madre. No sabía por qué lo hacía. Era un tema que jamás tocaba con nadie, y definitivamente no era algo de lo que quisiera hablar con esa chica, y sin embargo le contó todo.

Tampoco se victimizó. Más bien se sintió identificado con Verónica, pues ambos se criaron sin madre desde la primera infancia, y quiso compartirlo con ella. Necesitaba encontrar más puntos de confluencia, necesitaba acercarse como fuera a esta princesa que tenía frente a él, y lo miraba con tristeza mientras escuchaba su historia.

—Bien. Ya sabemos algo el uno del otro. Hablemos de temas más alegres —sugirió él sonriendo—. ¿Deseas algo más, un helado quizás?

Ella sacudió la cabeza, y mientras buscaba en su bolso el dinero para pagar, él ya estaba de pie dejando un billete en la mesa.

“Demasiada propina —pensó Vero—. Qué despilfarro”. Además, ella invitaba.

No dijo nada, porque aún estaba conmovida por la historia de Alex, pero tomó nota mentalmente de que la próxima pagaría ella. Eso contando con que hubiese próxima... ¿la habría? En lo que a ella le concernía, se sentía tan atraída hacia él que le gustaría que esa noche no acabara jamás. ¿Pero sentiría él lo mismo?

Lo cierto es que Alex tenía que hacer grandes esfuerzos por no tomarla en sus brazos y perderse en su boca... Pero estaba decidido a mantener bajo control sus instintos esa noche. No quería asustarla. Creía que ella no tenía mucha experiencia. ¿O sí?

—¿Has tenido novio? —preguntó sin mirarla mientras caminaban sin rumbo por el parque.

—¿Cómo sabes que no lo tengo ahora? —bromeó ella.

—¿Lo tienes y eres una chica mala?

—¿Por qué una chica mala?

—Porque sabes que esto es una cita y que quiero volver a verte, que quiero...

Una familia numerosa pasó entre ellos y Alex no pudo continuar. La interrupción fue oportuna; no era el momento aún de comerla a besos y todo parecía conducir a eso.

Verónica estaba completamente ruborizada.

“No sé por qué me meto en estos juegos de palabras que después no sé cómo continuar sin ponerme a temblar de arriba abajo, como ahora. No debo jugar así, a menos que desee... lo que estoy deseando”.

Disimuló lo afectada que estaba diciendo:

—Tren fantasma. Quiero entrar. Porfa.

Alex no logró decirle que no. Malditas las ganas que tenía de entrar allí, pero era imposible negarse, cuando ella se lo pedía haciendo ese mohín con su boca hermosa.

Vero río al verlo tan enorme en el pequeño carrito. Como pudo se acomodó a su lado, y tocarlo se hizo inevitable. Trató de ignorar el contacto, pero se sintió muy inquieta, no sabía qué hacer.

El sacudón que dio inicio al viaje por el oscuro túnel la distrajo, y comenzó a disfrutar de las sorpresas que aparecían por doquier.

Gritó, y luego rió como una niña. En todo el recorrido de tres minutos, Alex no le quitó los ojos de encima. Se sentía perturbado por su belleza. “Estoy perdido. Completamente perdido. No me importa que hace un mes lucía dos trenzas y el uniforme del colegio. No me importa que me provoque y luego se esconda. No me importa nada, más que estar con ella, y lograr que sea mía... algún día”.

El siguiente juego, las sombrillas voladoras, lo dejaron mareado y tambaleante.

—Estoy demasiado viejo para esto.

Ella sonrió, culpable, y lo ayudó a bajar tomándolo de la mano.

“No estás viejo, hermoso, no lo estás. Eres perfecto, perfecto. Estás tan guapo de jeans y camiseta. Me gustas tanto”.

Más adelante él tuvo su oportunidad de reivindicarse en el tiro al blanco. Primero jugó ella, y no atinó ni una. El no vio su intento, estaba demasiado ocupado haciendo frente con la mirada a todos los que pasaban y se derretían observando el trasero de Verónica, que estaba inclinada sobre una barra mientras trataba de apuntar. Los mirones se alejaron muy serios. Alex era demasiado grande como para que alguien se metiera en líos con él, ni siquiera por ver ese bello trasero.

Cuando le llegó el turno, casi con los ojos cerrados obtuvo un osito de peluche para ella. Se sintió bastante tonto, pero a Verónica parecía gustarle.

Riendo y bromeando, caminaron cerca del lago... Estaba poco iluminado y ya no había tanta gente.

Verónica se sentía extrañamente excitada, audaz, como si hubiese bebido. La mirada de Alex la envalentonaba y no pudo evitar provocarlo.

—Ey, no intentarás aprovecharte de mí en esta oscuridad.

La reacción inmediata de él no fue la que ella esperaba, pues sólo le quitó el peluche y lo mantuvo en alto, fuera de su alcance.

—Dámelo.

—No.

—Sí.

—Tómalo tú.

Verónica dudó. Estaba a un paso del abismo. No debió decir lo que dijo. No sabía cómo continuar el juego. No tenía experiencia alguna, sólo un instinto salvaje que estaba naciendo en su estómago y no sabía qué hacer para controlarlo.

Hizo el intento de quitarle el muñeco, y pasó lo inevitable: se encontró temblando en sus brazos. No había una sola parte de su cuerpo que no estuviera en contacto con el de Alex. Sentía su erección contra su vientre, pero no hizo ni un sólo gesto para apartarse.

“Oh Dios. Bésame Alex. Bésame por favor. Es lo que estaba deseando. ¿Por qué no lo hace?” Vero abrió los ojos y se encontró con su mirada. Él tomó su rostro entre sus manos y le rozó los labios con los suyos. “Me está haciendo desear, me desespera. Apenas es un roce, y yo quiero un beso, y lo quiero ya”.

Alex estaba disfrutando inmensamente el hecho de tenerla entre sus brazos.

Observaba su hermoso rostro a centímetros del suyo, se deleitaba con su deseo, con las ganas de ser besada que ella no ocultaba, y se contenía, lo demoraba a propósito. Jugaba con sus labios, apenas los tocaba.

“Qué bella eres, por Dios. Y tu aliento huele a vainilla ¿quién puede oler así tan rico luego de haber comido pizza? Sólo tú, Vero, sólo tú...”.

Y luego ya no pudo contenerse más. Cerró los ojos e introdujo la lengua en su boca.



Capítulo V

El ansiado beso fue como una ola en el mar. Se inició tímido y cauteloso, y fue tomando fuerza hasta que los envolvió completamente inundándolos de pasión, para luego culminar muy suave, muy tiernamente...

Verónica nunca había recibido un beso tan intenso. Hasta entonces había sido besada muy torpemente, por un par de chicos que estaban más preocupados por pasar a tocarle los senos que por el beso en sí.

Lo de Alex fue diferente. Ella supo al fin lo que se siente al ser besada por un hombre de verdad, un hombre apremiado por el deseo.

Y colaboró de muy buen grado, por cierto. Ni bien sintió la lengua de Alex invadiendo su boca, sintió que se derretía por dentro. Un candente río de lava parecía correr por sus venas y le correspondió con el mismo ardor.

Fue un largo beso. Cuando se detuvieron para tomar aire, él la miró y con mucha ternura le besó la nariz, la frente, y luego regresó a su boca.

Esta vez le comió esa boca de tal forma que ella no pudo contener un gemido, y echó la cabeza hacia atrás ofreciendo mejor sus labios mojados. La invitación fue aceptada y él continuó explorándola fuera de control.

La besó hasta que le dolieron los labios y luego continuó con su cuello perfecto, lamiendo y mordiendo sin poder contenerse, alentado por los apasionados jadeos de Verónica.

Sus manos no estaban quietas mientras disfrutaba del beso. Recorrían la espalda y la cintura de la joven, erizándole la piel, haciendo que se retorciera y se apretara más contra su cuerpo.

Eso ya no era un beso, era una tormenta de pasión, y no se sabe en qué habría terminado si un grupo de jóvenes algo ebrios no hubiesen pasado cantando alegremente.

La interrupción fue oportuna; se separaron súbitamente, como si el contacto los quemara.

Alex la miró conteniendo el aliento. La tomó de la mano y por un atajo la condujo por los verdes jardines. Pasaron por la fuente de aguas danzantes y finalmente llegaron a la avenida.

Ninguno de los dos decía nada. Ya no había juegos, ni provocaciones. La realidad era tan fuerte, que ambos se dieron cuenta de que eso no sólo no terminaría allí, sino que tenía todo para seguir creciendo y arrastrarlos hacia la más intensa de las pasiones.

Verónica se detuvo y miró su reloj.

“Pero qué tarde es. Violeta va a matarme” pensó, nerviosa.

—Alex, debo irme. Le prometí a mi abuela que llegaría antes de las once, y si no lo hago la tendré encima sermoneando hasta mañana.

“Encima de ti quisiera estar yo” se dijo él, apenas sorprendido de la vulgaridad de sus pensamientos. Es que ella le despertaba los instintos más básicos y las emociones más sublimes a la vez.

—Bien, este es mi coche. Sube, te llevo a tu casa. Y no acepto un no, te lo advierto.

Estaba demasiado serio y Verónica andaba con cautela. No sabía si había hecho o dicho algo que lo hubiese molestado. Ojalá que no. No quería perderlo, y hubiese hecho cualquier cosa para complacerlo. ¿Cualquier cosa? Humm. No lo sabía. No estaba acostumbrada a sentirse así. Necesitaba estar sola y poner en orden sus pensamientos. Y también precisaba urgentemente hablar con su prima Natalia.

—No tendrás un no —le dijo y de inmediato se arrepintió porque él la miró de una forma que la hizo temblar. Para diluir la tensión buscó desesperadamente algo que decir que no pudiera interpretarse en otro sentido, a la luz de lo que habían experimentado hacía minutos.

—Lindo coche —susurró a ver si con eso regresaba el Alex de hacía un rato, aunque apenas si lo había mirado. Sólo notó que era negro y brillante.

La respuesta de él fue un “pip pip” al oprimir el botón de la alarma.

“Carajo. ¿Y ahora qué? Ah, ¡ya sé!”

—Alex, tu BlackBerry. Muerta, pero aquí está.

Cuando él la tomó, le rozó sin querer la mano, y allí estaba de nuevo; la increíble sensación se apoderó de ellos instantáneamente.

—¿Por qué no tienes móvil, Verónica? —preguntó de pronto Alex.

Qué bueno. Una oportunidad de salir de esa situación tan incómoda. No parecía tan enojado ahora. ¿Volvería a ser dulce y encantador? ¿Qué era lo que le había hecho para que cambiara así? ¿En qué clase de bruja se había convertido?

—Porque si lo tuviese, mi abuela no me dejaría en paz. Tendría varias dosis de Violeta al día, sería más de lo que podría soportar, y entonces...

No pudo terminar. Alex no se lo permitió.

—¿Te gustó?

Ella no respondió. No estaba segura de a qué se refería ¿a la BlackBerry, a su abuela o qué? ¿Si le gustó qué cosa?

Él insistió.

—Que te besara... ¿te gustó, Verónica? —y mientras decía eso la arrinconaba entre la puerta del coche y su cuerpo.

—Sí.

Eso, simplemente eso, para qué decir más. Y vaya si le gustó.

—¿Quieres que lo repita? —le preguntó Alex a un centímetro de su boca.

Ella cerró los ojos. Esa cercanía era peligrosamente deliciosa...

—Sí.

Y su corazón gritaba “Ahora, ahora, ya”.

Alex se retiró de improviso. Verónica abrió los ojos frustrada. Él continuaba mirándola con deseo.

—Entonces hazlo tú. Bésame tú ahora.

“Oh. Que yo lo bese. Madre mía ¿Cómo hago?”

Se acercó despacio, colocó sus manos en los hombros de Alex y se elevó sobre las

puntas de los pies. Ni haciendo eso llegaba a su boca. Y él no bajaba la cabeza, no la ayudaba en nada... Sólo la miraba entre sus largas pestañas, respirando agitado.

Verónica se preguntó si continuaría enojado... Vaciló, no sabía qué hacer. Inesperadamente Alex la tomó por debajo de las axilas como si fuese una niña, la elevó a veinte centímetros del suelo hasta ponerla a su altura, y le mordió el labio inferior.

Verónica le echó ambos brazos al cuello y esta vez fue ella quien introdujo la lengua, atrevida... Y lo besó una y otra vez. Ávidamente, desesperadamente. Él pareció complacido. Sonrió y la dejó en el suelo. Abrió la puerta para que subiera, y también subió él. Le hizo el gesto para que se abrochara el cinturón de seguridad, le acarició la mejilla, y arrancó mientras Verónica intentaba volver a respirar en forma normal.

Todo el camino permaneció serio. Ella compartió su silencio.

Alex se sentía confundido. Por un lado estaba en la gloria. Esta mujer lo ponía de cabeza. Pero al mismo tiempo lo hacía sentir vulnerable.

“Puede hacer conmigo lo que quiera y creo que lo sabe. Podría masticarme y escupirme luego. Lo que quiera. No sé si me gusta sentirme así... ¿A quién quiero engañar? Me gusta, me enloquece todo lo que me hace sentir, incluso esta inseguridad que me pone furioso. ¿Qué voy a hacer contigo, Princesa? ¿Cómo voy a hacer para contenerme si tú no me ayudas? Quiero que continúe. No quiero apresurarte, no quiero asustarte. Pero te deseo, y cómo te deseo...”, pensaba Alex.

—Es allí, en la verja verde. Aquí está bien. Gracias por traerme.

No se animaba a mirarlo, pero él la tomó del mentón y la giró hasta quedar frente a frente. Le besó la nariz mientras preguntaba:

—¿Te veo mañana?

“Ay, no puedo. Pero no quiero que te enojés, corazón.”.

—Nnnno. No puedo mañana; vienen mi tía y mi prima como todos los domingos a pasar el día en casa. Lo siento...

—¿Seguro que no podrás escabullirte un ratito para mí?

“Me mira con esa cara de niño pícaro y estoy perdida. Mataría a mi familia y la enterraría en el jardín para poder verte. Pero Violeta resucitaría sólo para gritarme al oído lo desconsiderada que soy... ¡Violeta! Dios mío, la hora que es...”.

Él entendía que Verónica no era una de sus locas amigas de la noche. Era casi una niña que estaba a jugando a ser mujer, con las restricciones propias de su edad. Pero todo valía la pena, sólo por una mirada de esos ojos grises y un beso de esa boca...

—El lunes, entonces...

—... a las siete, en La Escala —completó ella.

Él asintió.

“Bésame de nuevo, Alex, por favor” rogó Verónica en silencio.

Pero él no lo hizo. Sólo bajó, le abrió la puerta y trató de no mirarla mientras descendía, a pesar de que Verónica intentaba desesperadamente captar su atención.

“Sé lo que quieres, mi cielo. Pero si te beso ahora, estaremos perdidos los dos. Vete ya, antes de que te secuestre y te ate a mi cama...” pensó Alex, y sonriendo de lado, subió al coche y arrancó. Ella corrió por el sendero, y entró sin mirar atrás. Estaba bastante avergonzada por el desplante.

Por eso no vio que el coche se detuvo, y no sólo esperó a que ella ingresara a la casa. Permaneció allí hasta que la luz del piso superior se apagó, y todo quedó oscuro y en silencio.

—Audi.
—No sé.
—Honda, entonces.
—Nati, ya te lo dije: no lo sé.
—No puedo creerlo, Verónica.
—Pues créelo. No sé de qué marca ni de qué modelo era el coche.
—Entonces háblame más de él...
—¿Qué quieres que te diga?
—Todo. Hasta ahora sólo me has dicho: “Conocí a alguien. Es muy guapo y me ha besado. Estoy en las nubes.”

—Bien, pregunta.
—¿Cómo es? Descríbelo en detalle, Vero, por favor.
—Oh, es muy alto, bastante más que yo. Tiene el cabello castaño y los ojos verdes. Es... atlético. Huele muy bien. Es gentil. En realidad es adorable, Natalia. Un sueño de hombre.

—Wow, que excitante. ¿Y ha sido un beso de lengua?
—Pues... sí.
—¿Te acostarás con él?
—¡Natalia! Apenas lo conozco. Hace unas semanas no sabía ni que existía. Además, no es un chico, es un hombre de veintiocho años. Tengo que andar con cuidado; no es del tipo que se pueda manejar fácilmente.

—¿Cuándo lo verás de nuevo?
De pronto sonó el teléfono y Verónica se apresuró a contestar, para escapar a las preguntas de su curiosa prima.

—¡Hola!
—¿Verónica?
—Alex.
No podía creer que fuese él.
—¿Puedes hablar?
—Sí... No... Sí.
—¿Sí o no?
—Un poco. ¿Cómo has conseguido el número?
—Sé dónde vives ¿recuerdas? No necesité un detective para encontrarte, miré en el directorio, y me bastaron un par de llamados...

—¿Un par?
—Ajá. No le atiné a la primera. Acabo de hablar con una niña, tu vecina.
—¿Hablaste con Sofi?
—Sí. Así me dijo que se llamaba. Me preguntó si yo era “el novio de Vero, el de la bici”. ¿Quién es tu novio, el de la bici? Seguro que no soy yo porque no tengo ninguna bici.

“Oh. Estoy en apuros. ¿Pero quién se cree que es? ¿Qué derecho tiene a interrogarme con ese tono de reproche? Andrés es sólo un compañero de estudios. Que imaginación tiene esa niña. Es por la entrometida de su madre. ¿Así que mi novio? Quizás se lo deje creer... Me gusta la idea de ponerlo celoso.”

—Un amigo —respondió, enigmática.

Alex resopló.

“Un amigo. Ya me lo decía yo, es demasiado bella para... Carajo” pensó. Los celos lo ahogaban. No soportaba la idea de que alguien la tocara como él lo había hecho la noche anterior, de que alguien la besara como él la besó. Recordó el sabor de su boca y su excitación creció...

“Y ahí vamos de nuevo. Ni en mi adolescencia me hice tantas. Tengo que dejarlo. Más gimnasio, esa es la solución. Y duchas frías. Y matar a ese idiota de la bici. Y secuestrarla, desnudarla y darle duro hasta que el Arsenal salga campeón de la liga”, pensó, ofuscado.

—Ey, Alex ¿estás ahí? —preguntó Vero, consciente del poder que ejercía sobre él.

“Está celoso. Puedo notarlo. Sólo escucho su respiración agitada, pero intuyo que está celoso. Muy. Si tuviese una diosa interior como Anastasia, la de Cincuenta sombras de Grey, seguro estaría dando saltitos. Pero lo único que tengo en mi interior es una puntada en el estómago, de los nervios que me produce el provocarlo. Hombre bello, respira, respira. Qué sádica soy. Disfruto de mi poder de mujer aunque en el fondo sé que soy pequeña a su lado”.

—Estoy aquí. Y cuando digo aquí me refiero a aquí, Verónica.

—¿Qué quieres decir? —su sonrisa de satisfacción desapareció al instante.

—Que estoy afuera, y veo cómo te acercas a la ventana...

—¡Oh!—exclamó ella a punto de colapsar, cuando comprobó que así era.

Alex podía adivinar la expresión del rostro de Verónica. La imaginaba sorprendida y confusa, y ese pensamiento le provocó una sonrisa.

—Sal un momento, por favor. Así me cuentas lo de tu amigo, el de la bici.

Estaba feliz por haber recobrado el control de la situación.

—Alex, no puedo... —susurró angustiada— Están todos aquí, mi prima, su abuela, la mía. En serio, no puedo.

—Verónica, el asunto es así: no tengo problemas en bajar del coche y tocar el timbre de tu casa. Es decir, o sales, o entro.

—No me hagas esto... por favor.

Escuchó atónita como él cortó la comunicación.

“Maldito. Lo que tienes de lindo lo tienes de malvado y autoritario. Si no te deseara tanto, te odiaría. Tengo que pensar rápido porque le creo cuando me dice que vendrá... Madre mía, tendré que salir de alguna forma”.

—¿Era él? —le preguntó Natalia ansiosa.

—Sí. Está afuera. Y si no salgo ahora, tocará el timbre. Nati, no quiero pensar cómo les explicaré a las urracas esto.

—Uy, Vero. Estás en un aprieto. Te cubriré pero no estoy segura de si estoy haciendo bien. Este hombre parece un obsesivo profesional. Yo sé de esto, lo leí en...

No tenía tiempo para escuchar los conocimientos de Natalia sobre la psiquis humana. Además, cursar primer año de Psicología no la hacía una autoridad en la materia, precisamente. Sí podía reconocerle que era muy lista, y pensaba rápido.

—Margarita y Violeta, Vero y yo saldremos un rato al parque, a tomar aire... ¿está bien?

—Natalia, somos abuela y tía. Ya te he dicho que no nos llames por los nombres de pila, un poco de respeto por favor —pidió su abuela Margarita, mirándola por encima de los anteojos.

—Es que allí sentadas en la glorieta, parecen dos hermosas flores, señoras —fue la

rápida respuesta.

“Chica lista” pensó Vero.

—Oh, váyanse ya. Son dos niñas muy maleducadas —parecían enojadas, pero ambas sonreían. Eran gemelas idénticas y muy unidas estas “urracas” con nombre de flor.

Verónica sabía que no había tiempo para cambiarse de ropa. Antes de salir se miró en el espejo y se ruborizó. Una mini de jean y zapatillas deportivas no parecían apropiadas para ir al encuentro del hombre que la traía de cabeza.

En la verja, con una mirada cómplice se separó de su prima. Natalia echó a andar muy erguida, rumbo al parque. Pero enseguida se dio la vuelta para mirar la parte trasera del vehículo. Lo que ella suponía: BMW. ¡Modelo X6! Vaya máquina. Y luego muy disimuladamente observó a Alex recostado en el frente del coche. ¡Wow! Ídem. ¡Vaya máquina, por Dios! Su prima no había exagerado.

Pero tanto Alex como Verónica permanecían ajenos a las miradas de admiración de Natalia, que se marchó sonriendo.

—Estás loco —afirmó ella ni bien lo tuvo cerca.

—Sube —le ordenó.

Verónica obedeció. No tenía opción. Le molestaba no tenerla. No se daba cuenta de que por más alternativas que tuviera, siempre iba a elegir la que lo acercara más a él.

—¿Quién carajo es el de la bicicleta? —espetó secamente.

—Ya te lo dije. No es mi novio, es Andrés, un compañero del colegio. Y además no es asunto tuyo —le respondió, envalentonada, mirándolo a los ojos.

Él no dijo nada; se limitó a poner el coche en marcha.

—¿Dónde vamos? No puedo estar aquí mucho tiempo. Mi abuela... —se interrumpió.

La mirada de Alex hacía que sus explicaciones no tuviesen valor alguno.

—A algún lugar donde pueda besarte hasta que ambos perdamos el sentido.

“Oh, mi Dios. Sí. Al diablo con Violeta. Llévame adonde tú quieras. Hazme lo que quieras. Me falta el aire, tengo la vista nublada, y el corazón se me sale por la boca. Bésame y llévate. Es tuyo, mi amor”.

Verónica no lograba articular palabra alguna. Permanecía pegada a su asiento mirándose las manos, luchando por componerse, para retomar el control de su respiración, el control de su vida...

Alex detuvo el coche en la arboleda y observó a su alrededor. No había nadie. Se desabrochó el cinturón e hizo lo mismo con el de ella. Verónica lo miraba con los ojos como platos y parecía asustada.

Él sonrió. “No temas, que no vas a la boca del lobo, mi cielo. Vienes a mi boca, que es más o menos lo mismo, porque lo que quiero hacer es comerte, Caperucita...”, pensó.

Y para “comerla mejor” le tomó el rostro y pudo observar cómo el miedo se transformaba en deseo. Se apoderó de sus labios que se ofrecían, tentadores... La besó, y una vez más se maravilló de sus propias sensaciones.

Las lenguas se entrelazaban ansiosamente una y otra vez, en un torbellino de apasionada locura. La boca de Alex olía a menta, y Verónica deseaba que ese beso no terminara jamás. Él le lamió los labios sensualmente y a ella le dolieron los pezones. Reparó de pronto en que llevaba una camiseta ajustada, e involuntariamente sus manos pasaron de las mejillas de Alex a cruzarse sobre sus senos. El notó el repentino repliegue, y la tomó de las muñecas, separándole los brazos del pecho. Le miró los senos con descaro y Verónica cerró los ojos. Le besó las manos, primero una, luego la otra, pero lo que en

realidad quería era besarle los pechos, primero uno, luego el otro, luego ambos...

“Me vuelves loco, Verónica Sandoval”, se dijo, mientras la erección que mantenía apretada en sus pantalones ya comenzaba a dolerle...

Sin poder controlarse condujo la mano de Verónica allí, y la retuvo contra su voluntad, porque el primer impulso de ella fue retirarla, como si eso quemara.

—Esto es lo que tú me haces... —susurró excitado.

Verónica no podía creer lo que estaba sucediendo. Nunca había tocado a ningún hombre allí. Sentía que no debía hacerlo, pero no pudo contenerse y apretó...

Repentinamente Alex le quitó la mano y se la besó. También le besó los párpados y le acarició el cabello. Ella se sintió en el cielo. Tocarle había sido muy excitante, pero la ternura que él le demostraba la conmovía.

—Lo siento. No quiero apresurarte a nada, Vero —dijo él al recuperar la cordura.

—No lo haces. Nunca hago nada que no quiera.

“No es cierto, Alex. Tú me llevas donde deseas. Haces conmigo lo que te sale de los... Te odio. Te deseo. Cuando tú me tocas, ya no soy yo.”

—Te llevaré de regreso.

Al llegar a la esquina de su casa, divisó a Natalia en el borde de la acera, ajustándole los patines a Sofi.

Alex detuvo el coche justo frente a ellas, y ambas lo observaron sonriendo. Se sentían cómplices de esta “escapada romántica”. Sofi parecía encantada. Creía que el nuevo novio de Verónica superaba ampliamente al de la bici.

Él inclinó la cabeza hacia ellas, en señal de saludo.

—Mañana a las siete, ya sabes dónde —le dijo a Verónica—. Y mientras tanto, nada de chicos con bicis, ¿ok? —simulaba seriedad, pero sus ojos estaban sonriendo.

Verónica asintió y bajó rápido. Lo observó alejarse y se sentó junto a las chicas. La esperaba una larga sesión de preguntas, lo sabía. Y se preparó para mentir un poquito.



Capítulo VI

Verónica se aplicó el rímel y pestañeó. Volvió la cabeza a un lado y al otro. Perfecto. De esa forma destacaban más sus espléndidos ojos grises.

En la boca, sólo un brillo color durazno, que esperaba que no permaneciera demasiado allí. Sin querer recordó los besos de Alex y se dio cuenta de que no necesitaba más maquillaje. El rubor ya estaba listo. Vestía el “uniforme” asignado por el Dr. Ordóñez. No quiso cambiarse, sólo para lucir las piernas ante él.

“Casi me muero cuando vi tus piernas debajo de la mesa”, le había dicho el viernes. Y ella estuvo a punto de tragarse el chicle por el sofocón que le causó el escucharlo.

Giró sobre sí misma sin dejar de mirarse al espejo de la recepción del consultorio. Sobre altos tacos como agujas se veía estupenda, lo sabía. “Qué feo, Verónica. Nunca fuiste vanidosa y ahora...”, se reprochó. Es que quería verse hermosa para él.

Todo su mundo había comenzado a girar en torno a Alex. Miró sus senos bajo la blusa, segura de que habían sido creados así de suaves y redondos para que calzaran perfecto en las manos de él. Era lo que había soñado, lo que había esperado desde que dejó de ser niña. Él la había hecho estremecer como nadie. Nunca se había sentido tan deseada...

Estaba por entrar a La Escala, cuando se sintió jalada desde atrás. Alex la había tomado de la muñeca, la había hecho girar, y en una fracción de segundo Vero estaba en sus brazos. La besó en plena boca, antes de que ella pudiese decir nada.

Allí estaban ambos besándose muy descaradamente en medio de la acera. La gente que pasaba, no podía evitar observar el espectáculo; unos con una sonrisa, otros con franca envidia.

Treinta largos segundos con la lengua de Alex en la garganta, sin previo aviso, era más de lo que las piernas de Verónica podían soportar. Tuvo que aferrarse a él para no caer.

—Humm... Hola, hola mi cielo.

—Ho-ho-hola —tartamudeó ella totalmente fuera de su eje.

—Vamos. Andando.

“Sí señor mandón. Donde me digas. Ahí voy”.

Y comenzaron a caminar de la mano hacia la rambla costanera. Atardecía en Montevideo y el paisaje era magnífico. Una luz muy especial iluminaba los espejados edificios, y el sol estaba a punto de hundirse en el mar...

—¿Quieres un helado, pero uno realmente bueno, Vero?

Qué dulce era, qué endiabladamente encantador estaba hoy.

—Ajá.

El local estaba atestado, por eso se sentaron en el borde del muelle, cada uno con su helado de cucurucho. Ella había elegido frutilla, como siempre. Él pidió vainilla. Verónica no pudo dejar de sonreír cuando recordó a Christian Grey, el protagonista de Cincuenta sombras... y sus famosos polvos vainilla. También recordó otras cosas del libro, lo que le añadió color a sus mejillas.

Ese día hablaron mucho. A Alex se le iluminó el rostro contándole sobre el principal proyecto que tenía entre manos. Se trataba del Sky Blue, un monumental edificio, el más alto de la ciudad.

Estaba feliz por romper la marca, y dedicaba casi todo su tiempo a ultimar los detalles para poder dar el final de obra.

Verónica lo escuchaba extasiada. Amaba todo lo que tuviese que ver con el diseño de estructuras. Pero lo que más le gustaba era lo relacionado a los detalles de terminación. Y los complementos que hacían que la simple mampostería se transformara en una obra de arte. Siempre se había inclinado hacia la carrera de Arquitectura, pero últimamente dudaba, pues la decoración de interiores la atraía mucho.

Era una chica brillante en los estudios, pero su verdadero talento no tenía que ver con eso. Durante años había tomado clases de danza aún en contra de los deseos de su abuela y era un regalo para la vista verla bailar. Alex no se sorprendió cuando ella se lo contó. Ese maravilloso cuerpo, de torneadas y perfectas piernas tenía un porqué entonces, además de la genética. Recordó sus famosas “Tres G”, y se dijo que en este caso, con dos, bastaba y sobraba. A esta chica no le faltaba absolutamente nada...

En un momento en que él le estaba explicando la razón de que en la master suite del pent-house del Sky Blue hubiese dos baños independientes, ella tomó conciencia de lo guapo que se veía cuando el entusiasmo por su actividad lo invadía. Tenía un rostro bellissimo, y su sonrisa de lado lo hacía más que encantador. La mandíbula cuadrada con barba incipiente la tenía hipnotizada, y su nuez de Adán que se movía cuando hablaba, la estaba matando.

Sin saber muy bien lo que estaba haciendo se inclinó y lamió la salada piel de su garganta. La saboreó ante la atónita mirada de él, y luego muy tranquilamente continuó chupando su helado rosa.

“¿Pero qué diablos...? Ay, niña traviesa, no sabes lo que estás haciendo. ¿O sí lo sabes y lo estás disfrutando? Juegas conmigo y yo soy un tonto que me dejo. Oh, me dejo porque me gusta, me vuelve loco estar contigo, Verónica”, reconoció Alex para sí.

Decidió ignorar el gesto, pero ya le pagaría con su propia medicina.

—¿Está bueno tu helado de fresa?

—Mmm... sí. Delicioso. ¿Quieres un poco?

—Sí.

Y mientras ella se esmeraba por tomar un trozo con la pequeña cuchara, él se aproximó y le lamió los labios.

La venganza fue más dulce de lo que esperaba pues Verónica, sorprendida, le estampó el cucurucho en medio del pecho.

Alex ríe abiertamente. Se lo tenía merecido y le venía bien para enfriar sus ardores. Más no duró demasiado el alivio. Los intentos de Verónica por limpiarlo... esa pequeña mano que frotaba su pecho lo estaba matando. Y lo mismo le pasaba a ella.

“Qué torpe soy. Mira lo que he hecho. Torpe y tonta. A ver cómo lo arreglo. Oh, qué maravillosa sensación tocarlo. Qué ganas de acariciar su piel ¿le gustará que lo haga?

¿Cómo saberlo cuando sólo sonrío y no dice nada...? Ah, me adivina el pensamiento...”.

Alex se desprendió el botón de la camisa para que ella pudiera tocarlo. Su mano pegajosa acarició el pecho suave y duro a la vez. Cuando se encontró con el rosario de cuentas que él siempre llevaba bajo la ropa, se sorprendió y no pudo evitar sonrojarse.

“Es religioso mi hombre bello... Violeta tiene razón cuando me llama su sacrílega nieta porque el efecto de este objeto sagrado sobre su cuerpo sensual, me hace sentir en llamas”.

Él también estaba ardiendo. Observaba cada movimiento de Verónica, deleitándose con las señales de lo excitada que estaba. Cuando ella se pasó la lengua por los labios, casi pierde el control. Se contuvo porque se dio cuenta de que ella no tenía intención de provocarlo, simplemente estaba experimentando... Y de pronto supo que era virgen y que él sería el primero... Se estremeció de sólo imaginarlo.

Verónica parecía fascinada con la piel de Alex. Sus inhibiciones habían quedado atrás, y continuó acariciándolo. Su respiración se hacía cada vez más pesada.

Él estaba al borde del abismo, estaba llegando a un punto de no retorno por lo que tuvo que apartar la mano que no daba muestras de querer interrumpir la caricia.

Y lo hizo porque estaba al límite y porque Gaspar Verdi, el colega que había inaugurado su estudio a pocas manzanas de allí, se presentó de pronto saludando efusivamente.

—Tú por aquí otra vez... qué extraño. ¿Cómo estás, compañero?

Alex le tendió la mano, sin soltar con la otra la de Verónica.

—Ya ves... tú sabes bien cuánto me agrada el Centro. Permíteme presentarte a Verónica Sandoval... Él es Gaspar Verdi, mi actual competencia.

Ella lo miró e inclinó la cabeza en señal de saludo. Alex continuaba sosteniendo su mano pegajosa y no daba señales de querer soltarla.

—Un verdadero placer, Verónica.

Pronunció esas palabras de cortesía de una forma algo atrevida. Alex no pudo dejar de notar cómo Gaspar observaba a Vero con admiración. Él sabía que su belleza hechizaba, pero igual tenía ganas de partirla el rostro por mirarla así. Un instinto de posesión salvaje comenzó a apoderarse de él. Visiblemente molesto, se puso de pie y atrajo a Verónica tomándola de la cintura. Prácticamente la adhirió a su cuerpo en una clara señal de que era suya, pero Gaspar ni se inmutó. Continuaba babeando sin poder quitarle los ojos de encima.

—Bien, nosotros ya nos íbamos —dijo Alex con un tono helado. Y allí Gaspar pareció recuperar su capacidad de raciocinio.

—¿Ya? No se vayan... los invito a un trago.

Verónica observó a Alex, y lo notó algo tenso. Se dio cuenta de que estaba celoso, pues su amigo la miraba intensamente. Qué tonto resultó su hombre lindo... si ella no tenía ojos más que para él.

Pero el domingo había probado el dulce, había disfrutado mucho al acicatear sus celos, y estaba muy tentada a repetirlo.

—No bebo —se apresuró a responder— pero no tengo problema en acompañarlos.

—Estupendo —comentó Gaspar, satisfecho. Sabía que la chica estaba con Alex, pero estaba tan subyugado por su belleza, que lo único en que pensaba era en retenerlos para poder continuar contemplándola.

Alex dudó. No quería quedar mal delante de ella comportándose como un troglodita. Seguramente debía comenzar a acostumbrarse a lo que su hermosa Barbie provocaba en los hombres. Él mismo era un ejemplo de ello... Vamos, que era un hombre

evolucionado, seguro de sí. Si no podía soportar que admiraran a su chica, no debería haberse relacionado con una tan guapa, se dijo para convencerse.

Se instalaron en una mesa en los exteriores de un bar, a la sombra de un jacarandá centenario. Gaspar pidió una cerveza, y ellos ordenaron refrescos cola. El silencio era agobiante, y Verónica decidió romper el hielo.

—¿Así que eres colega de Alex, Gaspar? —preguntó.

—Digamos que sí. También soy arquitecto, pero no puedo competir con un gigante como Vanrell Construcciones, así que deberé conformarme con lo que ellos descarten, como una hiena —añadió en un tono amigable, pero por detrás se podía adivinar cierto resentimiento.

Alex lo observó y luego volvió el rostro hacia el mar. Estaba visiblemente incómodo. Le importaban tres pepinos las inseguridades profesionales de Gaspar. Si fuera por él, ya se hubiesen ido, pero quería pasar esta especie de prueba, sin que Verónica notara lo posesivo que se sentía con respecto a ella.

—No creo que sea así —murmuró sin mirarlo—. Tú ya tienes tu propia cartera de clientes y te irá muy bien.

—¿Lo crees así, Alex? Ojalá tengas razón, pero temo que no va a ser fácil competir con ustedes. A propósito... ¿cómo llevas eso de la competencia, Verónica? Porque te diré que mi amigo, aquí presente, despierta atracciones fatales...

Alex lo observó incrédulo. ¿Cómo se atrevía a mencionar siquiera...? Porque eso era una clara alusión al asunto de Sabrina. Tenía ganas de golpearlo.

—No tengo dudas de ello —concedió Verónica con sencillez—, pero como recién nos estamos conociendo, no he tenido que lidiar con eso aún.

—Oh, es cuestión de tiempo. Alex no sólo acapara los mejores proyectos, sino también a las mujeres más guapas. Tú eres la prueba de ello. Por favor, Alex. No pongas esa cara, hombre. Sólo estaba bromeando.

“Bromeando... —pensó él, al borde de perder el control— Si no fuera porque caería en el fango a los ojos de Vero, te tomaría del cogote y te arrojaría al mar, maldito bocón. No sabía que tenía un enemigo en ti, Gaspar. No sólo deseas a mi chica, sino que también siembras cizaña entre nosotros... Nunca creí que serías capaz de mencionar algo sobre... Diablos. Tengo que controlarme”.

—Tus bromas son de mal gusto, Gaspar. Muy poco apropiadas para esta conversación así que es mejor que te las reserves —musitó entre dientes.

—Vamos, Alex. No seas tonto. A veces eres tan niño que no puedo creer el imperio que has...

—Ya cállate. Mejor nos vamos ahora —dijo furioso, poniéndose de pie.

—¿He dicho algo que...? —preguntó Gaspar haciéndose el inocente. Había notado que Alex estaba muy interesado en interrumpir la conversación con urgencia. No tenía muy claro por qué tenía esa necesidad de provocarlo. Nunca se había sentido así con respecto a Alex, que lo había ayudado tanto. Nunca... hasta ese momento. Y todo por Verónica. No le había envidiado su éxito, pero ahora sí lo hacía con su novia. Ni siquiera sabía que tenía una. Alex se había vuelto muy cauteloso con las mujeres, desde ese asunto con Sabrina. Había sido toda una sorpresa encontrarlo en pleno día tomado de la mano con una chica tan joven y tan esplendorosamente bella.

Ninguno de los tres dijo nada. Permanecieron en un silencio bastante incómodo, mientras Alex buscaba un billete en su cartera y Verónica se ponía de pie.

—Alex, si he dicho alguna cosa que... Bueno, lo siento —murmuró Gaspar, y

parecía sincero.

Lo cierto era que no le convenía enemistarse con Alex Vanrell. Había intentado halagarlo, pero él lo había tomado a mal. Quién sabe por qué no quiso que hiciese referencia a sus logros como empresario. ¿Verónica tendría idea de la dimensión de su fortuna? Era sólo una niña, seguro que nada sabía. Y por la expresión del rostro de Alex, al parecer debía continuar así, ignorando lo poderoso que era, y también los serios problemas que estaba enfrentando por ello.

—No, está todo bien, Gaspar. Es que tenemos que irnos ya —Alex continuaba decidido a que ella no notara lo lunático que podía ser cuando estaba así de furioso.

Verónica estaba algo confundida. Sabía que algo lo molestaba pero no se daba cuenta de qué era. Sólo sabía que una maravillosa tarde se había transformado en... eso.

Se separaron de Gaspar y caminaron por el muelle tomados de la mano.

Alex permanecía silencioso y pensativo. Ella intentó bromear con él, pero no consiguió sacarlo de su ostracismo.

—Te llevo a tu casa —le dijo él de pronto.

Verónica fue presa de una súbita tristeza. Alex parecía deseoso de deshacerse de ella. Su humor se había vuelto sombrío, y estaba segura de que no podía ser por las bromas de su amigo. Después de todo se habían despedido bastante amigablemente, incluso se habían dado la mano...

No, debía ser por culpa de ella. Temía aburrirlo. Sabía que era un hombre de mundo y presentía que debía conocer muchas mujeres, tal como había mencionado Gaspar. Bellas damas perfumadas, con carteras LV, sofisticadas como él y fatalmente atraídas por su encanto. Ella olía a frutilla, y llevaba un bolsito rosa que desentonaba con su atuendo. Se sintió muy mal.

Caminaron hacia el BMW en silencio.

Ella no durmió bien esa noche... soñó con rosarios de cuentas negras, helados de vainilla rosa, y atardeceres multicolores bajo un gran jacarandá. Despertó sobresaltada y se volvió a dormir con la sensación de haber apoyado su mejilla sobre el pecho de un hombre que sonreía de lado, le acariciaba el cabello y la llamaba suya...



Capítulo VII

“Al fin viernes. Vaya semana”, pensó Alex mientras se dirigía a su oficina en el piso veintidós del World Trade Montevideo. Iba vestido informalmente con jeans, camiseta negra de manga corta con cuello en V, y zapatillas.

Bajo el brazo llevaba el clásico casco blanco de obra y cruzado en el pecho, el morral con su laptop. Recostado de lado en la pared del ascensor se miró al espejo y suspiró. Estaba algo alterado. La semana había sido bastante difícil. Un sorpresivo viaje a Buenos Aires, un obrero herido, una importación atrasada. Y una pelea con Verónica.

Verónica. Estaba instalada en su cabeza las veinticuatro horas del día y no parecía querer salir de allí. No había un momento en que no la tuviese presente. Al despertarse en la mañana era lo primero en que pensaba, y antes de caer rendido a la noche, también era su último pensamiento.

Estaba loco por ella. Amaba cada gesto, su inocente mirada, su mano inquieta, su inteligencia incisiva, su inesperada audacia, esa cara de niña buena, ese cuerpo de niña mala...

“¿Qué voy a hacer contigo, Verónica? ¿Y qué voy a hacer conmigo? Tengo que concentrarme”, se dijo mientras salía del ascensor e ingresaba a la antesala de su oficina.

—Buen día, Miriam.

—Buen día, arquitecto. ¿Cómo le fue en Buenos Aires?

—Todo bajo control. El proyecto sigue en pie.

—Cuánto me alegro.

—¿Alguna llamada, Miriam?

—Sí arquitecto, lo ha llamado la señora Violeta de Ruiz.

—¿Violeta de Ruiz?— repitió incrédulo.

—Y ha dicho que esperaba que usted le devolviese la llamada. Cuando le pregunté el número, me dijo que no me preocupara, que usted lo tenía más que presente. También lo ha llamado el Dr. Marcos, por el asunto de Sabrina Lemos...

No le permitió continuar. No era un día para pensar en Sabrina; ya tenía suficientes problemas.

—Está bien, Miriam. Gracias.

Ingresó en la oficina, dejó sus cosas en el escritorio y se sentó pensativo. Giró la silla, quedando de frente a la ventana y la increíble vista del puerto que solía distraerlo y darle paz. ¡Cuántas veces había oteado el horizonte de niño a la expectativa de que su madre regresara a casa! Y ahora que la tenía en su vida, rara vez tenía contacto con ella.

Tenía poca experiencia con figuras maternas. Una madre abandonica, una abuela distante y ni una sola tía lo hacían un novato en todo lo que hacía al cuidado, protección y cariño de una mujer mayor. Y aún sin desearlo, se encontró recordando a Sabrina. Al principio sólo fue su empleada, pero luego... Fue en un pequeño hotel del Centro donde estuvieron juntos por primera vez, muy cerca de La Escala. Maldito ese día... Cuando todo comenzó, había sido estupendo. Ella le llevaba diez años, y él halló en sus brazos la contención que le había faltado toda la vida. Si no se hubiese obsesionado con el tema del embarazo y lo que vino después, quizás aún estaría con ella. Se estremeció de sólo pensarlo. Esa mujer había resultado una verdadera pesadilla, y sospechaba que continuaría siéndolo por mucho tiempo.

Pero afortunadamente su presente pertenecía a una chiquilla terca, que tenía una abuela sobreprotectora y obsesiva.

Violeta. Tenía que llamar a Violeta.

La primera vez que habló con Violeta, no entendió a qué se había referido Verónica cuando le advirtió que su abuela era terrible. A él le pareció encantadora.

Eso fue el martes. Maldito martes lluvioso. Pasó la mañana entera tratando de llamar a Verónica a su casa y nadie respondió.

Bastante inquieto, envió a Charlie, su asistente, a comprar un móvil. No importaba el modelo, sólo que cumpliera su función y tuviese conexión a Internet, e hizo que se lo llevara al consultorio. Sabía la dirección porque le había quedado grabado el número el día en que ella le dejó el mensaje en la BlackBerry.

A la media hora, Charlie regresó con el teléfono aún en su caja. Le explicó que la señorita Sandoval no había aceptado el envío, y que cuando él insistió, le cerró la puerta en las narices.

Alex no daba crédito a lo que oía. Resoplando marcó el número del consultorio.

—Consultorio del Dr. Ordóñez, buenos días.

—¿Por qué demonios no aceptaste el móvil que te envié?

—Buenos días Alex —tragó saliva, pero no se amilanó—, es un placer también para mí saber de ti.

—¿Por qué no lo tomaste? —preguntó indignado.

—Ya te dije que no quiero tener un móvil. Y te lo repito: no deseo, no necesito un tonto telefonito. Me las he arreglado muy bien hasta ahora sin ese juguete y pienso seguir así.

Él se dio cuenta de que era mejor cambiar de talante si quería lograr algo.

—Vero, lo necesitas. Lo necesitamos para estar en contacto.

—Estamos en contacto ahora, ¿no?, y sin móvil de por medio, al menos de mi parte.

—Mira, te veré esta noche a las siete ya sabes donde, y llevaré el dichoso telefonito.

Y tú lo tomarás, me darás las gracias, y luego te sentarás en mis rodillas para que te explique cómo funciona, ¿entendido? Y hasta que no lo manejes a la perfección permanecerás sobre ellas, y créeme, te sentirás muy incómoda allí sentada.

Verónica enrojeció de golpe al imaginarse el motivo de su incomodidad al estar sentada en su... en sus rodillas.

Pero el orgullo pudo más.

—No iré, así que te puedes guardar ese móvil para cualquiera que quiera sentarse en tus rodillas a aprender cómo funciona. Estoy segura de que habrá voluntarias.

—Irás.

—Claro que no.

—Claro que sí.

Y colgó, iracundo.

A las siete estaba sentado en el lugar habitual esperándola con la caja del móvil sobre la mesa. A las siete y media, estaba en el mismo sitio, solo y furioso. Pidió la cuenta, y le dejó a Mario, el mesero, el teléfono como propina. El pobre casi se infarta.

A esa misma hora Verónica se dirigía a su casa en autobús. También estaba enojada con Alex. ¿Quién se creía que era para imponerle algo? Maldito egocéntrico, controlador y dominante. Para eso ya tenía a Violeta. Sabía que desafiarlo no era la mejor idea, si quería seguir viéndolo, pero no iba a dejar que... Carajo. El autobús se detuvo justo donde el domingo habían estado comiéndose a besos. Y hoy, en lugar de estar empañando los cristales del coche, estaban en esa incómoda situación.

Tenía ganas de llorar. Tomó su viejo mp3 y cambió la música que venía escuchando. En lugar de La Primavera de Vivaldi, puso El Invierno. Estaba más a tono con su estado de ánimo, tan gris como sus hermosos ojos.

No había terminado de traspasar el umbral cuando escuchó la voz de Violeta:

—¿Quién es Alex, querida?

Oh no. Esto era demasiado para un solo día. Intentó sonreír.

—Es... un amigo. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque tu amigo te ha llamado dos veces en la última media hora. Parecía bastante interesado en hablar contigo.

Verónica no supo qué decir. Si Natalia hubiese estado en esa situación ¿qué hubiese hecho? “Madre mía ¿por qué es todo tan complicado?”, pensó.

—Mira, Violeta, Alex es algo demandante. No tiene importancia. Es un chico que conocí en...

Su abuela la interrumpió.

—Verónica, ese no es un chico. Es un hombre, y bastante agradable por cierto. En realidad diría que es encantador, con su lindo acento cubano.

Mierda. ¿Cómo lo sabía? ¿Cómo diablos sabía que el casi imperceptible tonito de Alex provenía de su infancia en Cuba? Respiró hondo y le pidió a su abuela que le contara con detalles la conversación.

En el primer intento lo había atendido Marta, la señora que hacía las labores en la casa. La segunda vez, fue Violeta quien tomó la llamada. La impresionó esa voz profunda, y ese curioso y atractivo acento.

—Buenas noches... quisiera hablar con Verónica por favor.

—Buenas noches, Verónica no se encuentra. ¿Quién le habla?

—Mi nombre es Alexander Vanrell. Es un placer hablar con usted Violeta.

—¿Nos conocemos, señor Vanrell?

—No, pero Verónica la menciona con frecuencia. He oído muchas cosas sobre usted.

—¿Buenas o malas?

—Ambas.

“Bueno, por lo menos es sincero”, pensó Violeta. Y sonrió. No tenía idea de quién era este Alexander Vanrell, pero iba a averiguarlo en cuanto pudiera. De pronto dijo en voz alta:

—Cuba. Su acento tiene un dejo cubano.

Alex rió.

—Tiene un oído muy fino. Sí, nací en Cuba.

Peligro. ¡Oh oh! Se encendió una luz naranja en la cabeza de Violeta. Verónica estaba en peligro.

Aun así este hombre le resultaba muy agradable.

—Lo sabía. Bien, señor Vanrell...

—Dígame Alex por favor, ya que he tenido el descaro de llamarla Violeta.

Parecía culpable, pero en su voz se adivinaba una sonrisa.

—Está bien, Alex. Ha sido un gusto. ¿Quiere dejarle un mensaje a mi nieta?

—Sí, gracias. Dígale que me llame por favor. Ella tiene mi número.

—¿Eso fue todo, abuela?

—Eso fue todo. Dime qué hay entre ustedes.

Verónica decidió sincerarse.

—Él me gusta... mucho.

—¿Qué edad tiene, Verónica?

—Veintiocho.

Alerta naranja de nuevo en la cabeza de Violeta. Y cuando a Violeta se le encendía la señal de peligro en todo lo que se relacionaba con su nieta, era inevitable que le sucediera uno de sus temidos sermones.

Verónica pensó que definitivamente ese no era su día.

Mientras su abuela la colmaba de advertencias, ella trataba de evaluar si era conveniente llamar a Alex esa noche.

Y Alex se preguntaba por qué carajo Verónica aún no lo había llamado. Lo que sí había recibido era un mensaje de Fernando Torres, su mano derecha. “Alex, no sé dónde estás y por qué no contestas, pero tienes un boleto en el puente aéreo a Buenos Aires, mañana a las siete treinta. Deberás madrugar, lo sé, pero es importante que vayas. Los japoneses quieren retirarse del proyecto Alfa, por el tema de las restricciones, y por el maldito asunto del dólar. Sólo tratan contigo, lo sabes. Bien, pasaré por ti a las seis y te llevaré al aeropuerto”.

Ese asuntito con los japoneses lo tenía hartó. Y además pasaría otro día entero sin ver a Verónica. La extrañaba. Vaya si lo hacía, pero decidió poner paños fríos sobre la tonta pelea del “telefonito”, y darle un margen de tiempo para que ella también lo echara de menos.

Verónica no sólo lo extrañaba, estaba completamente desesperada. Se sentía como una adicta sin su dosis. Intentó llamarlo pero se encontró con la grabación que le indicaba que estaba fuera del área de cobertura.

“Por algo odio estos malditos aparatos”, se dijo. Recordó la pelea del móvil, y le pareció una completa estupidez de su parte el haberse comportado tan arrogante como él. Ojalá nunca hubiese sucedido.

El jueves de mañana llegó al examen de Historia como una zombi. No había pegado un ojo. Aprobó raspando.

Un seis... jamás en su vida había recibido una calificación tan baja. Pero no le importaba. Su mente, su cuerpo y su alma estaban enfocados en una sola dirección: Alex.

Suspirando, se alisó las tablas de su falda a cuadros. Volvía a ser una colegiala cuando rendía los exámenes. Normas del instituto. Pero luego de conocer la pasión de un hombre, de haber sido besada con deseo, de haber tocado... Oh Dios. Se sentía ridícula con el uniforme del cole.

A la salida, estaba intentando colocarse el morral a la espalda cuando lo vio. Alex estaba recostado en una camioneta blanca, en la puerta misma del colegio. Increíblemente guapo, con un seductor traje gris y corbata a tono, era la viva imagen de la elegancia. Toda su formalidad en el atuendo contrastaba con la barba de dos días. Había llegado directo del aeropuerto en un coche arrendado. Marta, la señora que hacía las tareas en la casa de Vero, le había brindado ingenuamente la información que necesitaba.

Verónica se apoyó en el muro, presa de un súbito mareo y en un segundo él estaba a su lado tomándola del brazo.

—¿Estás bien?

Verónica no podía hablar.

Alex la condujo al coche, y lo puso en marcha.

Ella tenía los ojos llenos de lágrimas. Al notarlos, él se detuvo en la arboleda, a la vuelta del colegio.

—No llores, Princesa —le pidió—. No llores...

Ella no podía articular palabra. Quería pedirle disculpas por haber sido tan caprichosa, quería preguntarle quién le había dicho que estaba rindiendo examen en el colegio, quería... Pero no podía. No lograba decir nada, porque tenía el llanto atorado en la garganta.

Una lágrima corrió por su mejilla y Alex, como hipnotizado, la tomó con un dedo. La siguiente, la tomó con sus labios, casi sin rozar su rostro y ella ya no pudo más.

Le echó los brazos al cuello, y besándolo desesperadamente, se montó a horcajadas sobre él, sin importarle más nada.

Se besaron, primero con ternura, luego con pasión, y cuando el deseo de Alex fue evidente entre las piernas de ella, Verónica se apretó contra esa dureza, y movió su cuerpo instintivamente hacia adelante y luego hacia atrás.

Él estaba loco, loco de ganas de perderse en ella, entre sus piernas, entre sus largos cabellos... Necesitaba su boca, su aliento a vainilla, tocar sus senos perfectos, acariciar ese culo adorable que lo traía de cabeza.

No se pudo contener y así lo hizo. Bajo la falda del uniforme rodeó con sus manos las nalgas de Verónica. Ella gimió de placer.

“Por favor, sí... Ay, sí. Así. Me está tocando y yo lo dejo. Sí, mi amor. Tómallo. Es tuyo igual que todo lo demás. Y tú eres mío...”. Sus manos se perdían en el cabello de Alex, y cuando ya no tuvo aire, dejó su boca e inspiró profundo junto a su cuello. Y

finalmente, cumplió su deseo: mordisqueó con suavidad su nuez de Adán y complacida lo escuchó jadear. Lamió su cuello, besó sus párpados, y cuando él le apartó la blusa y deslizó la lengua entre sus senos, ella se mordió el labio para no gritar. Sin poderse contener murmuró entre suspiros: “Sí, mi amor... sí...”.

Alex bebía de su boca cada una de sus palabras...

“Vero, mi vida. Estoy loco por ti. Quiero todo de ti. Quiero tus lágrimas, tu risa, tus besos. Tu preciosa boca en la mía.” pensaba mientras acariciaba sus nalgas redondas y suaves. Las sentía como de terciopelo. Eran perfectas... toda ella era perfecta. Le provocaba oprimirla contra su pene que estaba a punto para ella. Quería quitarle las bragas. La sentía excitada, ardiente. Él mismo estaba perdiendo la cabeza entre los magníficos pechos de ella. “Me enloquece escucharte susurrar cuánto te gusta que te toque... —pensó sin dejar de acariciarla— Y me llamas tu amor... Te quiero, te necesito. ¡Ah!, cómo te deseo, dulzura...”.

La situación se les estaba yendo de las manos. Verónica no daba ninguna señal que pusiera un límite a los avances de Alex. Se le había soltado el pelo, y caía como una sedosa cortina sobre él, sobre su rostro, sobre su pecho. Estaba excitada y se movía contra el tenso cuerpo de él sin poderse controlar, le oprimía los muslos con los suyos, lo tomaba de la nuca y apretaba su rostro contra sus senos. Los pezones le dolían y deseaba desesperadamente la lengua de él en ellos.

Alex había andado por ahí, vaya si lo había hecho. Pero nunca se había sentido así. Estaba a punto de explotar. Se separó y le buscó los ojos, pues quería ver el deseo en su mirada. Y su belleza lo abrumó.

Era la fantasía de cualquier hombre, con su traje de colegiala, ardiente, provocativa. Pero de pronto, el uniforme del colegio que tanto lo excitaba tomó un protagonismo distinto, y lo hizo caer en la cuenta de que estaba manoseando a una adolescente en su coche, a plena luz del día.

Mierda.

Súbitamente la tomó de la cintura, y la devolvió a su asiento. Ambos estaban jadeando.

Ella bajó la vista avergonzada por lo que estuvieron a punto de hacer. Alex trataba de componerse; tomó el volante con las dos manos e intentó regular su respiración. No la miraba, pues tenía miedo a perder nuevamente la cordura, tumbarla allí mismo, y hacerle el amor hasta escucharla gritar su nombre entre gemidos.

—Alex...

—Dime —y le sonrió de lado, como a ella le gustaba tanto. Volvió a quedarse muda, admirándolo sin decir nada.

Se veía tan guapo, despeinado, con la corbata torcida.

Él pensaba lo mismo de los hinchados labios de Verónica, de su hermoso cuello enrojecido por el roce de su barba crecida, de esos enormes ojos grises que ya no vertían lágrimas. Tenían el brillo del deseo que aún no moría.

“Esto recién comienza”, se dijo. Y puso el coche en marcha.

Parecía que hacía siglos que había estado a punto de violarla en el coche. Pero hacía menos de veinticuatro horas de eso.

Pasó toda la tarde con ella. No pisó el estudio, ni siquiera pasó por el Sky Blue. La llevó a comer. La observó comer. Le quitó una miga de la comisura de la boca. Se estremeció cuando instintivamente ella se pasó la lengua por el labio superior al saborear su helado de “fresa”.

Y por fin hablaron. Se dijeron muchas cosas. Él se dio cuenta de que bajo esa dulzura y esa belleza había una joven mujer con carácter.

Ella se dio cuenta de que detrás de esa cara de niño travieso sonriendo de lado, de ese cuerpo hermoso y fuerte que la hacía sentir tan segura, había un hombre posesivo con lo que consideraba suyo.

Ambos entendieron que era inútil luchar contra lo inevitable, y acordaron que esos encontronazos entre los caprichos de ella y el autoritarismo de él no iban a separarlos.

No hubo otra sesión de besos y caricias ese día. Él se encargó de evitarla. No se fiaba de su capacidad de control, y menos se fiaba de la de Verónica, que ya le había demostrado lo ardiente que podía ser.

La dejó en su casa a las seis. Antes de que ella descendiera le dio un rápido beso en la mejilla, y luego la ignoró para no flaquear y partirle la boca con un beso como Dios manda, pues sabía que una cosa llevaría a la otra.

Arrancó de prisa, sin que ella pudiese decirle nada, y la dejó temblando en la acera.

—¡Verónica! ¿Dónde diablos estabas? —preguntó su abuela ni bien entró a la casa.

“Me lo merezco —reconoció para sí—. Estuve todo el día ausente sin avisar. Vamos, Violeta. Descarga tu tormenta de reproches sobre mí, que ha valido la pena, créeme”.

—Lo siento, abuela —la besó, zalamera—. Felicítame: he aprobado Historia y por eso hemos salido a festejar.

—Pues habrás aprobado con doce, si es que ameritó un festejo y una abuela angustiada.

—Eh... no. Fue un seis. Pero muy bien logrado.

—Lo que vas a lograr es sacarme de mis casillas un día de estos, Verónica.

“Lo sé, abuela —pensó—. Es que tienes que entender que ya no soy yo. Soy una muñeca que Alex maneja a su antojo y también esclava de mis propios deseos”.

—... A mí y al Dr. Ordoñez que llamó tres veces preguntando por ti.

—Lo siento —repitió—. Ya le explicaré...

Y con su mejor cara de niña obediente se retiró a su habitación.

Lo que quería Verónica era estar sola. Necesitaba pensar... En realidad quería recordar los intensos momentos vividos con Alex. En su ardiente cabeza repasó cada beso, cada caricia. Acostada en la cama imaginaba que él estaba allí tendido a su lado con la mano bajo su falda, tocándola.

“Oh, una paja mental para distenderme no estaría nada mal...”.

Y menos ahora, que el príncipe de sus sueños no sólo tenía rostro sino también un cuerpazo que ella se moría de ganas de explorar. Y mientras pensaba en ello, se acariciaba allí entre las piernas. E imaginaba que cualquier día su mano sería sustituida por la de Alex, por su boca, por su... Ahh... sería maravilloso verlo desnudo. Bañarse con él.

Qué sensación tan agradable. No podía detenerse. Pensó en su garganta, en la nuez de Adán que lo hacía tan masculino. Recreó el sabor salado de su piel. El gusto a menta de su hábil e inquieta lengua. Su perfume. Su exquisito aroma a hombre mezclado con colonia cara y con el perfume de ella. Y se sintió más mujer que nunca...

Estos pensamientos, junto a su mano que no dejaba de moverse, la llevaron a la

gloria, y conteniendo un gemido, susurró su nombre, una y otra vez...



Capítulo VIII

Violeta. Tenía que llamarla. No podía postergarlo más, sería muy desconsiderado hacia la mujer que crió y educó a la chica de sus sueños.

Se preguntó por qué querría hablar con él. Como se sentía culpable de estar corrompiendo a su nieta, no auguraba nada bueno de esa conversación.

Así que se armó de valor y marcó el número.

Violeta respondió al instante.

—¡Hola! — dijo alegremente.

—¿Qué tal, Violeta? Soy Alex.

—¿Cómo está, querido?

—No tan bien como usted.

“Qué adulator es este joven”, pensó complacida.

—Qué gentil. Alex, como se imaginará quería hablar con usted sobre Verónica.

—¿Ella está bien? ¿Le ha pasado algo?

—Nada de eso. ¿Le importaría que nos veamos? Me gustaría conocerlo.

—Sería un placer. ¿Quiere que vaya ahora a su casa?

—Me encantaría. Lo espero.

Mientras tanto, Verónica estaba en el consultorio, soñando despierta con Alex, y ni se imaginaba que unos minutos más tarde él y su abuela estarían tomando el té.

Sentada en su glorieta, con las bellas glicinas como marco, Violeta aguardaba con el té listo. Esperaba que le gustara el té, pero siendo cubano, dudaba de que así fuera. Mejor, le serviría igual para probar los modales del joven.

Ni bien lo vio, Violeta entendió por qué Verónica ya no era la misma.

Alex tomó la mano que ella le tendía sin saber qué hacer. ¿Debía besarla? Optó por estrechársela y tomar asiento a su lado.

Se miraron de hito en hito. Detenidamente. Evaluándose.

Violeta se dio cuenta de que no estaba ante una alerta naranja. Decididamente era alerta roja, con sirenas y todo.

El joven que tenía sentado frente a ella no sólo era apuesto. Era todo un hombre. Masculino, poderoso. Atractivo en todo sentido.

“Oh, Verónica está perdida”, pensó sofocada. Sabía que si le prohibía algo, ella haría lo contrario. No habría advertencia que valiera. La virtud de su nieta definitivamente tenía los días contados. Había llegado el momento que tanto temía. Evaluó las posibilidades que tenía de conseguirlo a él como aliado. Decidió intentarlo.

Luego de las cortesías de rigor, y el té que resultó muy bienvenido -era una buena señal- se aclaró la garganta, y se acomodó la falda. Y luego comenzó a hablar.

—Se preguntará por qué lo hice venir ¿verdad?

—Así es. Aunque por teléfono me dijo que deseaba conocerme. Y por favor, no me trate de usted.

—Está bien. Quería conocerte porque me interesan todas las amistades de mi nieta.

—Violeta, ambos sabemos que yo no soy una amistad de Verónica.

Ella se movió en la silla, incómoda. Era rápido como un rayo, y demasiado franco para su gusto.

Bueno, podía estar a la altura de las circunstancias, así que decidió hablarle con igual franqueza.

—Tienes razón, basta de eufemismos. Alex, me siento más vieja de lo que soy, tratando de averiguar tus intenciones con respecto a Verónica. Esto no es fácil para mí, lo confieso.

Él asintió. Entendió que ese día su papel era escuchar, más que hablar.

—Lo cierto es que estoy alarmada, querido. Me has impresionado gratamente, pero me doy cuenta de que no eres un chico. Sé que estoy en desventaja con respecto a la influencia que ambos podemos tener sobre mi nieta. Y no quiero que esto se transforme en una lucha de poderes.

—Comprendo...

—Lo que te voy a decir se lo he dicho también a los otros dos chicos...

“¿Qué demonios está...? ¿De qué otros dos chicos está...?”, y un sofocón truncó el pensamiento.

Violeta seguía hablando

—... aunque sabía que no representaban un riesgo para la inocencia de Verónica. Igual consideré que debía advertirles...

Alex tenía el ceño fruncido. Casi no la escuchaba. Lo único que tenía en mente era al hijo de puta de la bici y el otro. ¿Quién carajo sería el otro? Estaba ciego de celos retroactivos, totalmente injustificados.

—... en definitiva, Alex. Quería pedirte que respetes a mi nieta. Ella es sólo una niña y seguirá siéndolo mientras yo esté aquí para cuidarla.

Alex volvió a dirigir la atención a las palabras de Violeta. No le gustaba nada el cariz que estaba tomando la conversación. ¿Qué era lo que quería decir esta mujer? Empezaba a comprender a Verónica cuando la describía como terrible.

—A no ser que me prometas que vas a cuidarla por mí. Es decir, que me prometas que vas a respetar su inocencia, que no la vas a tocar. Si lo haces, yo permitiré que salgas con Verónica de vez en cuando... En fin, les daré un poco de aire. Podrán frecuentarse y no haré preguntas, no tendrán que mentir, podrán incluso estar aquí, estando yo presente, claro.

Uh uh. Ahora entendía. Violeta pretendía que le garantizara la virginidad de Verónica hasta... ¿hasta cuándo? Ella no lo explicó y él tampoco preguntó. La verdad es que sería interesante salir con Vero sin preocuparse de la hora, sin inventar excusas, ni andar escondiéndose.

Además intuyó que si no le prometía lo que ella quería, Violeta le iba a poner las cosas difíciles. Le iba a declarar la guerra, y de una forma u otra, terminaría influyendo negativamente en la incipiente relación.

Lo cierto es que estaba más preocupado por averiguar lo de los otros dos chicos que por las advertencias de Violeta. ¿Por qué Vero le había ocultado que había tenido dos

novios bastante formales? O por lo menos lo suficiente como para que su abuela haya considerado mantener la conversación.

—Bueno, ¿qué me dices, Alex? ¿Estamos de acuerdo?

—Por supuesto.

—Entonces, ¿me prometes que la vas a respetar?

—¿No confía en que Verónica se haga respetar, Violeta?

Ella lo fulminó con la mirada, por lo que él se sintió impelido a responder.

—Sí, lo haré.

—¿Qué harás, querido?

—Prometo que la... respetaré.

Violeta sonrió satisfecha.

No lo hubiese estado tanto si hubiera notado que Alex, en un gesto por demás infantil, cruzaba los dedos dentro de los bolsillos de su pantalón.

“Qué mujer más manipuladora”, pensaba Alex esa noche cuando reflexionaba sobre la extraña conversación con la abuela de Verónica. Por un lado le parecía una verdadera arpía la tal Violeta. Pero por otro, estaba agradecido porque había sido la guardiana de la virginidad de Vero. La había preservado para él.

“Yo seré quien te enseñe a gozar en la cama, hermosa. Veré la expresión de tu rostro en el instante mismo en que me tengas adentro de ti. A la mierda Violeta y sus tonterías”, pensó.

De él no tenía sentido cuidarla, si sólo quería hacerla feliz... No haría nada que ella no quisiera. Esa sería la promesa. Pero prometer no tocarla... diablos, eso sería imposible. Si no podía mantener sus manos apartadas de ella.

Violeta le había pedido discreción. Bien, no se lo contaría a nadie más, además de Verónica. Tenía que hacerlo, sobre todo para saber sobre los otros dos malditos chicos que habían recibido el aleccionador discurso de la abuelita.

Era tarde para llamarla, lo haría al día siguiente. Y también la invitaría a bailar. Pero en ese momento debía abordar un tema que era imposible continuar soslayando: Sabrina.

Se sentó en el sofá y leyó los papeles que Marcos, el abogado de la empresa le había enviado. La cifra era astronómica. Las condiciones del acuerdo para no ir a juicio eran casi un chantaje.

“Sabrina está loca si cree que le daré esa cantidad. No es por el dinero en sí, sino por la sensación de sentirme estafado. Aquí se lee entre líneas que si no se lo doy, iremos a juicio y en el mejor de los casos quedará ante la opinión pública como un hijo de puta. En el peor, me procesarán, mi carrera se arruinará y perderé a Verónica. Maldito el día en que puse los ojos en ella”.

Tomó su móvil y llamó a Marcos.

—Marcos. Soy yo. Sí, lo he leído... ¿Qué quieres que te diga? Ya lo sé. Estoy en un tremendo lío... ¿Qué? ¿Qué has dicho?... ¿Y cómo lo sabe? ¿Un detective?... Mierda. Esa mujer está verdaderamente mal de la cabeza, Marcos. Bien, pensaré en ello, y el lunes lo hablaremos, de acuerdo.

Cuando colgó estaba tan alterado, que estuvo a punto de arrojar su BlackBerry por la ventana. No lo hizo porque recibió un mensaje de... ¿Violeta? ¿Otra lunática? No, eso

era demasiado para un solo día.

Cuando lo abrió, su rostro se iluminó con una sonrisa. Era Verónica desde el móvil de su abuela: “Le he robado el telefonito a Violeta sólo para decirte que te echo de menos. Vero”.

Oh, con qué poco se podía ser feliz. Un simple mensaje de la chica que adoraba, y la noche de pesadilla, se transformó en una de ensueño.

Tenía que responderle: “Y yo a ti. Te echo de menos a ti y a tu maravillosa boca. Daría lo que fuera por besarte ahora. Te necesito”.

Ella respondió al instante: “¿Mi boca y yo te tendremos mañana? De verdad, quisiera verte”.

Se sentía como un adolescente intercambiando mensajitos con su novia, pero lo cierto era que cualquier tipo de contacto con ella, lo hacía tocar el cielo con las manos. “Tu boca y tú me tendrán cuando lo deseen. Mañana y siempre. Iremos a bailar, Princesa. Y espero que tu boca aún me eche de menos, porque pienso besarte hasta hacerte daño. Bórralo todo, y vete a dormir que es tarde, y las niñas buenas deberían estar ya en su cama”.

En su cama... algún día ella dormiría en la suya, y no sería una niña buena, precisamente, se dijo Alex sonriendo.

Se fue a acostar también, sabiendo que soñaría con Verónica, y sólo por eso valdría la pena dormir.

A la mañana siguiente, Vero se mostró sorprendida por la respuesta de Violeta cuando le pidió permiso para salir esa noche.

—No hay problema, querida. ¿Vas con Alex?

¿Cómo mierda sabía? ¿Y por qué no se transformaba en dragón y echaba fuego por la boca como era su costumbre?

—Ehh... sí.

—Bien, sólo te pido que no bebas.

¿Sólo que no beba? ¿Y de lo otro ni hablamos?

Mejor no tentar a la suerte. Era sábado, y la noche prometía.

Asesorada por su prima Natalia, se puso un pantalón negro ajustado, y altísimas botas. Cubría sus senos con un top de un solo hombro, negro también, que le dejaba el ombligo al aire. Se miró al espejo y sonrió. La inscripción del top se veía al revés... Because I can. Otra de las famosas frases de E.L. James, en la boca de su personaje estrella, Christian Grey. ¿Podía? ¿Qué cosa? ¿Resistirse a la sonrisa de Alex? ¿A la exploración de sus manos? ¿A sus propios deseos?

No lo sabía. Lo único que sabía era que esta noche saldría a bailar con él, y que su cuerpo traicionero ya empezaba a dar señales de lo que Alex le provocaba por el mero hecho de existir.

Cuando sonó el timbre su corazón se disparó. Desde su dormitorio escuchó cómo Violeta le abría y lo saludaba amistosamente. Esa no era su abuela.

La mirada llena de admiración y deseo que él le dirigió cuando bajó la excitó.

“Ay, corazón. Si con una mirada haces que tenga ganas de subir a cambiarme las bragas, no quiero ni pensar lo que pasará después. Será una noche muy larga”. Alex se

sentía totalmente subyugado. “¡Qué hermosa está, por Dios! ¡Qué cuerpo tan bello, qué rostro perfecto!”.

Inmediatamente percibió la mirada de Violeta clavada en él y recordó la bendita promesa. Como por arte de magia, sintió ceder su erección. Violeta podía enfriar a cualquiera.

Fueron a tomar algo a una disco de moda. Vero recordó la recomendación de su abuela y sólo pidió un refresco. Alex recordó la promesa que le hizo a Violeta y aun sabiendo que era una estupidez, hizo todo lo posible por mantenerse fuera de la “zona de comodidad” de Verónica. La evitaba, muy a su pesar.

—“Maldita arpía. Voy a exorcizarme de esa bruja. Le diré todo a Verónica”, decidió.

—Cuéntame de tus otros dos novios.

Verónica se atragantó con la bebida.

—¿Mis otros dos qué? Estás loco, yo no he tenido ningún novio.

—Violeta me lo dijo.

—¿Estuviste hablando con Violeta a mis espaldas?

—Ajá.

—Muy bonito... mira, no sé lo que ella te contó, pero te juro que yo no he tenido novio. He salido con un par de chicos, pero nada serio.

—Violeta no lo creyó así. Y consideró bueno advertirme, al igual que lo hizo con esos dos tipos, que mantuviese mis manos y todo lo demás lejos de tu cuerpo.

Verónica se sonrojó. Maldita Violeta. Con razón esos dos pobres chicos, los únicos con los que había compartido unos tímidos besos y caricias, habían huido despavoridos. Pero Alex no lo había hecho. Él aún estaba aquí.

—“No sólo está aquí sino que está bastante celoso otra vez. Oh, me apetece jugar con él. Quiero tentarlo. Se ha mostrado muy distante esta noche, y ahora sé por qué. Violeta puede amedrentar hasta al más valiente, maldita sea.”

—¿Y lo harás? —preguntó atrevida, mientras Alex la conducía a la pista.

—¿Si haré qué cosa?

—Mantener tus manos lejos de mi cuerpo.

Alex se sorprendió de que ella se mostrara tan audaz. Cuando la vio pestañear arrepentida por su osadía, estuvo a punto de compadecerse y cambiar de tema. Quería darle tiempo, porque sabía que ella lo deseaba, pero no si estaba lista para ello. Y también quería controlar sus impulsos. Tenía que estar seguro de que no iba comportarse como un adolescente en su primera vez, terminando antes de comenzar.

—“Mi cielo, no podría mantener mis manos alejadas de tu cuerpo ni que me fuese la vida en ello. No debería morder tu anzuelo, pero tú quieres jugar, y no puedo resistirme... Juguemos, entonces”.

—¿Tú qué crees? —ronroneó, increíblemente seductor.

Y acto seguido, la tomó de la nuca y le mordió los labios. Ella dejó escapar un gemido, y él lo ahogó con su lengua, invadiendo su boca.

Verónica se estaba volviendo loca. Él la oprimía contra su cuerpo para que sintiera cuanto lo excitaba, y ella no se retiró. Por el contrario, se acercó aún más. Alex la arrinconó contra la pared y empujó la pelvis hacia adelante, para que no le quedaran dudas de lo que ella le hacía sentir. Las manos de Verónica le recorrían la espalda ansiosamente. Y la muy descarada se puso de puntillas, para sentir la erección más abajo de su vientre, en su propio sexo. Él lo notó y descendió un poco y luego la elevó presionando más, para que tuviese lo que estaba buscando.

“¿Querías sentirlo, mi amor? Aquí lo tienes, todo tuyo. ¿Ahora qué harás con ello?”, pensaba Alex mientras le mordía el cuello suavemente.

Con una mano le elevó ambos brazos por encima de la cabeza y con la otra le acarició un seno.

Vero estaba descontrolada.

“Oh Dios mío, esto es lo que estaba buscando. Es lo que deseo. Haría cualquier cosa por ti Alex. Cualquier cosa. Sácame de aquí. Quiero tocarte. Quiero acariciarte todo el cuerpo. Quiero tu boca en el mío. Si me sigues haciendo eso perderé el control, lo juro”.

Gemía, jadeaba, se apretaba contra su pene. Le ofrecía su boca... Una vez más, dejaba de ser ella y se transformaba en una hembra. Se sentía primitiva y sensual, y se dejaba hacer...

Súbitamente, consciente de que estaban ofreciendo un espectáculo casi triple equis, Alex la soltó.

Ella se sentía frustrada. Una vez más la había dejado temblando de deseo. Él la abrazó con mucha ternura, la envolvió con sus brazos y le besó la frente.

—Tranquila —susurró.

Luego la alejó un poco y la miró. Tomó el rostro entre sus manos y murmuró sobre su boca:

—¿Eres mía, Verónica?

“Lo soy, toda tuya mi vida, cuando quieras, donde quieras”, pensó ella.

Pero sólo asintió con la cabeza y cerró los ojos. La música de Roberta Flack los envolvía, y permanecieron abrazados, escuchando...

“Strumming my pain with his fingers
Singing my life with his words
Killing me softly with his song
Killing me softly with his song
Telling my whole life with his words
Killing me softly, with his song...”

Eso, eso es lo que ella le estaba haciendo: lo estaba matando, suavemente, pero lo estaba matando.

“Ah Verónica... No sé qué voy a hacer contigo. Estoy enamorado de ti.

Perdidamente enamorado. Y haré lo que sea por tenerte. Faltaré a mis promesas, lidiaré con Violeta, y cuando llegue el momento te llevaré a mi departamento, cerraré la puerta y ya no volveremos a salir de allí”, se dijo, mientras la oprimía entre sus brazos más de la cuenta.

Verónica mientras tanto escondía su rostro en el cuello de él. Estaban tan cerca... Se sentía embriagada por su perfume. Se separó un poco y mientras se apartaba el pelo de la cara, miró sobre el hombro de Alex, y allí, en la oscuridad, se encontró con los ojos del Dr. Ordoñez que la estaba observando con su acostumbrada cara de póker.

Si no hubiese sido por él, esa noche habría sido perfecta.



Capítulo IX

Verónica durmió bastante mal y se despertó peor aún. Tenía la garganta irritada y le dolía la cabeza. Y para colmo de males, su prima Natalia, que la visitaba todos los domingos, parecía un perico. No paraba de hablar.

Bueno, al menos no había recordado aún que la noche anterior salió con Alex, porque si no la hubiese bombardeado a preguntas que Vero no tenía ganas de responder.

¿Qué le podía decir? ¿Que literalmente se derritió en sus brazos? ¿Que en la disco, él la arrinconó contra el muro, y la tocó descaradamente? ¿Que ella no sólo no lo detuvo, sino que lo estimuló para que continuara?

A la luz del día todo se veía diferente. Cuando recordaba que se había comportado como una desvergonzada, frotándose contra el miembro de Alex lascivamente, la sangre se le agolpaba en las sienes y tenía ganas de esconderse debajo de la cama. Pero al mismo tiempo se sentía húmeda y caliente, y sabía que volvería a hacerlo cada vez que él le diera la oportunidad.

Mierda, qué bien la había pasado. Bueno, eso hasta que notó la presencia del Dr. Ordoñez.

Ella no sabía que su jefe frecuentaba discotecas y eso la sorprendió. Pero lo que más le molestó fue que no le quitó los ojos de encima.

No sabía si él había presenciado la escena de desborde vivida con Alex. No podría adivinarlo jamás, porque su rostro no demostraba ni una sola emoción. Era como un gato, imposible saber si estaba contento o triste. Todo un caso.

Si él la vio besándose y tocándose con Alex ¿cómo lo miraría a la cara el lunes en el consultorio? Se sentiría cohibida, tal como se sintió en la disco. Había sido muy difícil continuar con la maravillosa sesión de besos y caricias con el Dr. Ordóñez como espectador.

Parecían confabulados. Estaba visto que entre Violeta y Pokerface no le iban a permitir disfrutar de... ¿cómo llamarlo? No sabía que etiqueta colocarle a su relación con Alex. ¿Podía llamarlo su novio? A Verónica no se le escapó la frase que usó para increparla por lo que Violeta le había contado. “Tus otros dos novios”. ¿Sería que él se consideraba así?

Necesitaba hablarlo con alguien, pero ese alguien no sería su prima. Pensó en llamar a su amiga Yami. Hacía mucho que no hablaba con ella. La última vez que lo hizo, le comentó que “el hombre más atractivo del mundo” la había abordado en La Escala y la había invitado a salir. Yami casi se despatarra al otro lado de la línea. Menuda suerte la de

Vero...

Pero después de eso pasaron muchas cosas, y algunas que no se animaría a confesarle.

No obstante necesitaba hablar con alguien. Haría eso. Cuando su prima se fuese, llamaría a su amiga. Se habían conocido en la academia de danzas de Betzabé, una bailarina que movía las caderas mejor que Shakira. Ahora, en el receso de vacaciones de verano sólo hablaba con Yami por teléfono cuando tenía algún minuto libre.

Mientras iba conociendo a Alex, ese minuto demoraba en aparecer, porque cada instante de ocio se le iba como arena entre los dedos, fantaseando con él, recordando todo lo que habían hecho... Mariposas, cientos de mariposas en el estómago... ¿o no eran mariposas?

Verónica corrió el baño y devolvió todo lo que había almorzado.

Qué mal se sentía.

Violeta le tocó la frente, murmuró algo sobre “siempre con el vientre al aire” y alarmada llamó al médico.

“Uf, lo que me faltaba. Una gripe, justo ahora”, pensó Vero angustiada.

Al atardecer, volaba de fiebre y estaba disfónica. No tenía ni un hilito de voz, así que sería imposible llamar a Yami, imposible levantarse, imposible todo lo que no fuera estar en la cama abatida y llorosa.

Carajo, odiaba estar enferma. ¿Qué haría si Alex viniese a darle la sorpresita de la semana anterior? Se recostó en la almohada malhumorada.

No sabía que no existía ni la más remota posibilidad de que Alex fuese esa tarde. Él pasó el día entero durmiendo como un bebé. Y como no podía ser de otra manera, soñando con Vero.

Soñaba que estaban en la playa Santa María del Mar, en las afueras de La Habana. Verónica emergía del mar alisándose el cabello y parecía una sirena. Su bikini blanco destacaba en su bronceada piel. El piercing de su ombligo brilló con un rayo de sol y lo encandiló. Cuando abrió los ojos ella se encontraba inclinada sobre él y sus senos casi le rozaban el rostro. Sobre su propio pecho, caían frías gotas que se escurrían del cabello de Verónica. Levantó su cara para comerle la boca y se encontró frente a frente con el severo rostro de Violeta...

Se despertó sobresaltado. ¿Qué carajo hacía Violeta allí? Se tapó la cabeza con la almohada e intentó conciliar nuevamente el sueño, con la esperanza de volver a ese exquisito momento que la bruja había interrumpido.

Logró dormirse otra vez, y soñó que estaba encima de ella, adentro de ella, en esa misma cama. Vero gemía y movía la cabeza a un lado y a otro. Arqueaba su cuerpo y sus senos perfectos pedían a gritos que se los chupara, mientras sus largas piernas lo rodeaban y sus manos acariciaban las nalgas de él con deseo...

Y así continuó todo el día, durmiendo y revolviéndose en la cama, inquieto. Cuando despertó se encontró desnudo y desorientado, con toda la ropa de cama en el piso.

Era evidente que había tenido un sueño intranquilo. Y bastante húmedo, como enseguida notó. Debió tomar una ducha fría, tanto para calmar sus ardores como para espabilarse un poco y trabajar en unos renders en su ordenador.

La noche anterior había sido intensa. Después de dejar a Verónica en su casa vio que tenía un mensaje de su amigo Fernando: “Desaparecido, ¿dónde estás? Llámame ahora”.

Alex marcó con un bostezo. Estaba agotado.

—Fernando.

—Por fin das señales de vida. ¿La Barbie te tenía secuestrado?

Alex sonrió. Así se había referido a ella al hablar con sus amigos en más de una ocasión.

—Algo así...

—Alex, te estamos esperando en el Ibiza para tomar algo y no puedes decir que no.

—¿Pero tú te has fijado en la hora?

—¿Y tú desde cuando tienes problemas con trasnochar? Vamos, Alex. Ven ya.

Y así lo hizo. Pero mierda si lo disfrutó. Intentó reír, bebió una copa o dos, soportó las bromas, pero no disfrutó nada. Su mente estaba enfocada en una sola dirección: Verónica.

Un par de chicas se le insinuaron.

Fernando y Marcos habían acordado distraer a Alex del tema de Verónica. No era algo personal. Es más, les parecía bellísima, una presa digna de perseguir hasta cazar. Pero mientras eso no sucediese, el depredador estaba demasiado tenso. Y eso estaba influyendo en el ámbito laboral, porque Alex estaba distraído, desganado... Toda su energía, todo su entusiasmo se concentraban en esa chica, que no parecía demasiado dispuesta a claudicar, a juzgar por la tensión que se respiraba cada vez que se acercaban a él. Era hora de que el jefe descargara un poco de esa energía. Y también que se olvidara un poco del tema de Sabrina. Sabían que eso lo tenía a mal traer.

Sabrina había sido su secretaria por más de seis meses antes de convertirse en su amante. La relación se había mantenido en secreto a instancias de Alex, pero tanto Fernando como Marcos lo habían notado, y luego él se los había admitido.

Era una relación que había empezado bastante tibia, y luego fue adquiriendo intensidad. Al menos de parte de ella.

Alex se sentía cómodo, contenido, y se dejaba llevar. Era como un niño necesitado de afecto. Sabrina lo cuidaba, lo protegía en el trabajo y en la vida. Era su guardiana, y por un tiempo habían vivido juntos en el departamento de ella sin que nadie lo supiera. El problema era que ella se había enamorado perdidamente y comenzó a soñar. La diferencia de edad, en un momento sí importó y fue el principio del fin. Es que sus expectativas de vida no coincidían: ella estaba deseando tener niños, y él era un niño. No quería que un bebé llorón ocupara su lugar, no quería que Sabrina le restara atención. Se reconocía egoísta. Cuando ella le planteó la necesidad de tener un hijo, él le explicó que ni soñaba con ser padre antes de los treinta, y que ni siquiera estaba seguro de querer serlo algún día. Ella no daba crédito a lo que oía. Hasta ese entonces creía que todo iba bien... Si bien continuaban en secreto, Sabrina suponía que era para mantener la magia de la relación. Cuando Alex se negó a darle un hijo, ella se dio cuenta de que jamás la había tomado en serio. Se volvió taciturna y luego se obsesionó. Lo traicionó sin remordimientos al quedar embarazada a propósito.

Él se desequilibró completamente cuando se enteró. Estaba hecho una furia en su oficina, dando grandes zancadas mientras ella le pedía que se calmase. ¿Calmarse? Lo llevaba el diablo. Gritó cuanto disparate se le vino a la mente. Al principio ella escuchaba con los ojos llenos de lágrimas. Tenía 36 años, y creía que esa era la última oportunidad de ser madre. Pero Alex estaba tan enojado... Comenzó a ponerse cada vez más nerviosa mientras lo escuchaba decir maldiciones. Y en un momento se sintió verdaderamente mal. Corrió hacia el baño. Cuando vio la sangre en el inodoro deseó morirse... Luego todo se precipitó. Ella no aceptó que el aborto fue a consecuencia de que el embarazo había sido

ectópico. Directamente prefirió culpar a Alex de su pérdida. Él intentó contenerla pero todo había muerto entre ellos.

Sabrina nunca regresó a la empresa y Alex quiso emplearla en otro lado, incluso ofreció ayudarla a montar su propio negocio de colocaciones, lo que siempre había deseado, pero no hubo caso. Al principio ella se encerró en sí misma y cayó en una profunda depresión. Cuando salió del pozo, lo hizo con sed de venganza. Ingresó una demanda por acoso sexual y daño moral, solicitando un resarcimiento económico con la velada amenaza de ir a juicio. Su versión era que su jefe la había obligado a mantener relaciones sexuales con él para no ser despedida, la había embarazado y luego del aborto ella ya no soportó más y tuvo que renunciar, por lo que se encontraba sin dinero y sin trabajo.

Esa demanda había sido devastadora para Alex.

Y ahora, no contenta con intentar una millonaria indemnización, Sabrina iba por más; amenazaba con llevarlo a juicio, destruir su imagen en los medios y acabar su relación con su nueva novia, de la cual se había enterado por medio de un detective.

Estaban en las instancias finales de la negociación, y eso tenía a Alex muy tenso. Por eso insistieron en que se les uniera en ese antro, conocido porque las posibilidades de llegar sólo e irse acompañado superaban el ochenta por ciento. Allí podría olvidarse de todos sus problemas y también de Verónica, que hasta que no la consiguiera también sería un problema según ellos.

Pero Alex ignoró sistemáticamente cualquier avance. Miraba a su alrededor y todas las chicas le parecían insulsas y tontas. No lograba advertir la belleza femenina que lo rodeaba.

Se puso de pie, hastiado. No sabía qué estaba haciendo allí. Sin Verónica a su lado se sentía fuera de lugar en cualquier sitio.

Sus amigos lo observaron atónitos.

—¿Quién eres y qué has hecho con mi amigo Alex? —le preguntó Marcos sonriendo, para distender un poco.

—Miren chicos, aprecio su esfuerzo por distraerme, pero realmente no estoy interesado.

—¿Ni siquiera en ella?

Alex se volvió y vio a una de sus ex... nada, aproximándose. Era Caroline, una morena deslumbrante que su abuela le había presentado y cada vez que se encontraban, cosa que era bastante seguido ya que frecuentaba la mansión familiar, intentaba seducirlo.

—Maldita sea —murmuró cuando se dio cuenta de que era demasiado tarde para huir.

—¡Alex! Qué placer verte, querido, ¿cómo estás? —le dijo besándole la mejilla mientras se oprimía contra su cuerpo e ignoraba descarada y alevosamente a Fernando y Marcos.

—Nosotros también estamos felices de verte, Caroline —acotó Fernando, irónico. Ella les dirigió una fría mirada y se volvió hacia Alex con una sonrisa.

—Caroline, es un gusto también para mí pero debo irme ya.

—¡Alex! No me puedes decir eso. Si lo haces voy a pensar que es por mí...

“Pues piénsalo porque así es. Qué pesada eres. Y te pegas a mí como una sanguijuela. Tengo que escapar”. Se sintió acorralado por esa horrible mujer. No sólo lo fastidiaba, sino que se sentía en falta con Verónica. Nunca se le había cruzado por la mente ver a Caroline como una candidata a probar sus sábanas, pero imaginó que a Vero no le

gustaría nada que él estuviese allí con ella tan cerca.

Sabía que no tenía cómo enterarse pero... No, definitivamente no se encontraba cómodo en aquella situación.

—En serio, debo irme. Adiós chicos, Caroline...

En un último intento de retenerlo, Caroline se aproximó y con el pretexto de decirle algo, no tuvo mejor idea que introducirle la lengua en su oído.

Alex pestañeó asqueado. La tomó de ambos brazos y la alejó. Y moviendo la cabeza, disgustado, se retiró sin mirar atrás.

“Pero qué pedazo de zorra esta mujer. Ojalá hubiese sido Verónica en lugar de Caroline, con su lengua de terciopelo y su aroma a vainilla”. Se estremeció de sólo pensarlo.

Se durmió fantaseando con que era Vero quien estaba entre sus brazos, desnuda, sudorosa, hermosísima. “Oh Dios, ya no podré vivir sin ella”, fue su último pensamiento antes de quedar profundamente dormido.



Capítulo X

Alex se enteró de que Vero no estaba bien recién el lunes. Le extrañó que el domingo nadie contestara el teléfono, pero no conocía las costumbres de esa casa; quizás lo desconectaban después de determinada hora. Estuvo a punto de aparecerse por allí a las diez de la noche, pero supuso que Violeta no le daría una efusiva bienvenida.

“Maldición, Verónica ¿Por qué eres tan terca y no aceptas un teléfono celular?”, pensó ofuscado.

Decidió esperar al día siguiente y llamar de nuevo. Veinticuatro horas sin escuchar la voz de Vero, sin verla, sin tocarla, era demasiado. Y si no contestaba, se haría presente en la casa, le gustara o no a su terrible abuela.

Para su sorpresa, fue Violeta quien lo llamó el lunes en la mañana.

Miriam, su secretaria, le pasó la llamada interrumpiendo la reunión en la que planificaban la semana, pues se dio cuenta de que esa mujer tenía cierto peso en la vida de su jefe.

—Arquitecto, tiene una llamada de la Sra. Violeta de Ruiz.

Alex se sobresaltó. ¿Otra vez Violeta? ¿Qué promesa querría arrancarle ahora? ¿Qué amenaza se traía entre manos? Lo mejor era averiguarlo lo antes posible. Era de temer esta señora.

—Caballeros, disculpen.

Y se dirigió a su oficina para hablar con privacidad.

—Violeta.

—Buenos días, Alex. Disculpe si estoy interrumpiendo su trabajo... Violeta había olvidado que ya se tuteaban, y él tampoco se lo recordó.

—No hay problema. La escucho.

—Es Verónica... ella no está bien.

—¿Qué? ¿Qué quiere decir con que no está bien?

—Tiene mucha fiebre, la ha visto ya dos veces el médico, pero no mejora. Lo llamo yo, porque ella está muy preocupada por no poder hablarle, la pobre está...

Diablos, si estaba perfecta cuando la dejó en su casa. Su corazón dio un vuelco.

—Violeta, en veinte minutos estoy allí —interrumpió.

Y cortó, saliendo precipitadamente a la calle sin darle explicaciones a nadie.

Ya en camino, marcó el número de su médico de cabecera, y lo citó de inmediato en la casa de Verónica. La imperativa voz de Alex no admitía ninguna réplica. El Dr. Andrade suspendió al instante todas sus consultas, tomó su maletín y salió hacia donde Alex le

indicó.

En realidad, fueron quince, y no veinte los minutos que Alex demoró en atravesar la ciudad y colgarse del timbre de la casa de Vero. Lo hizo en tiempo récord, conduciendo como un loco.

Cuando Violeta le abrió, subió la escalera a grandes zancadas, mientras ella corría detrás intentando detenerlo. Y una mierda. Lo único que quería era ver a Verónica. Encontró la habitación por instinto, ya que nunca había estado allí, y al verla así, desvalida y frágil en su enorme cama, se murió de amor...

Cuando Verónica giró la cabeza y se encontró con Alex en su habitación, su corazón comenzó a latir en forma incontrolable. Se veía enorme desde la cama, junto a sus muebles de muñeca. Y también se veía tan increíblemente guapo, con su camisa blanca y pantalón gris de vestir. En el apuro, no había tomado el saco.

A Vero se le llenaron los ojos de lágrimas. Es que la mirada de él le decía tantas cosas... Era deseo, sí. Ella estaba acostumbrada a esa mirada. Pero también había ternura, y algo más... Se dio cuenta de que Alex estaba preocupado por ella.

—Hola Princesa —le dijo suavemente.

—Alex... —susurró, pues casi no tenía voz.

No preguntó nada, porque nada le importaba más que tenerlo a su lado, en su cama, aunque fuese en esas circunstancias. Además no podía hablar.

Violeta estaba en la puerta observando la escena. Su corazón endurecido por el dolor de toda una vida se ablandó por un momento. Sin saber qué decir, ni qué hacer, se retiró discretamente. Alex ya estaba a cargo, y todo saldría bien.

—¿Cómo te sientes? —le preguntó acariciando su rostro.

—Tan mal como me veo, creo... —y realizaba grandes esfuerzos para hablar.

—No digas nada, Vero.

Y se quedaron así, tomados de la mano. Ella le hablaba con la mirada... “Qué bueno que estás aquí, mi amor. Con sólo verte ya me siento mejor. Te amo, te amo, te amo”.

Él parecía comprender lo que ella sentía. Sentado en el borde de la cama, no dejaba de acariciar su mejilla con el dorso de la mano.

—Tienes algo de fiebre.

“Siempre, siempre que estás conmigo, me siento afiebrada y tiemblo, Alex, eso no es nuevo”, pensó ella.

—Mi cielo, ahora vendrá un médico de mi confianza y te prometo que te sentirás mejor ¿de acuerdo?

Ella asintió.

—Y el sábado iremos a una fiesta tú y yo. Te vestirás como la princesa que eres, y seré la envidia de todos.

—¿Una fiesta? —Vero sólo movía los labios y él se los leía. Conocía muy bien esos labios y qué era lo que transmitían.

—Sí, la fiesta que celebran los Britos Fontanal antes de Navidad. Esta mañana recibí la invitación y tú irás conmigo. Pero ahora, quédate quieta porque si me sigues mirando así me meteré en la cama a tu lado.

Los ojos de Verónica se abrieron como platos.

En ese momento llegó el Dr. Andrade, precedido de Violeta.

Después de examinarla, le indicó unos antibióticos de última generación que llevaba en su maletín. Con tres de esos estaría como nueva. Mientras tanto le recomendaba las tres

“C”.

—Doctor, ¿a qué se refiere con las tres “C”? —preguntó Violeta inocentemente mientras se preparaba para tomar nota.

—Cama, calor y cariño —respondió el médico guiñándole un ojo a Alex, que casi rompe a reír. En eso estaba pensando él, justamente.

Violeta le ofreció un té al simpático doctor, que aceptó complacido. Antes de salir, echó un vistazo a su nieta. Se dijo que Alex no sería tan bestia de propasarse con Verónica en ese estado, así que bajó bastante tranquila.

Y no se equivocaba. La que se iba a propasar era Verónica.

Estaba bastante afiebrada aún. Su tersa frente estaba perlada de sudor. Sólo vestía una camiseta rosa y unas bragas blancas, que unos instantes antes luchaba por ocultar cuando el médico la revisaba.

Alex intentaba apartarle el cabello de los ojos, cuando ella le tomó la mano y la metió debajo de las sábanas.

Él casi se cae al piso de la impresión. No se lo esperaba, mucho menos en ese momento, y de parte de una niña vestida de rosa, en una habitación de Barbie. Pero el gesto lo excitó de tal manera que dejó que ella lo guiara...

Verónica no podía controlar sus movimientos, no podía controlar sus deseos. Permanecieron en silencio sin dejar de mirarse mientras ella presionaba la mano de Alex contra sus bragas.

“Tócame por favor, lo necesito. He imaginado esto una y otra vez. Y ahora estás en mi habitación y yo llevo tan poca ropa... Me estoy quemando por dentro, mi amor. ¿Notarás lo húmeda que estoy a través de las bragas? Quizás deba presionar más, para que lo sientas... Para que sientas cuanto te deseo, Alex. Qué bueno que estás aquí. Continúa tocándome, te lo ruego... así...”.

La mano de Alex ya se movía por su cuenta, acariciándola. Ahora era él quien se sentía afiebrado. Explotaba su cabeza y explotaban sus pantalones con las provocaciones de Verónica.

“Si no fuera porque estás enferma, tendría por lo menos dos dedos dentro de ti, preciosa. Qué caliente estás, casi tanto como yo...”.

La acarició sin dejar de mirarla. La observó morderse el labio y se sorprendió de su propia resistencia. Se moría por apartar las sábanas y quitarle las bragas. Estaba ansioso por besarla entre las piernas, por beber de ella toda su humedad...

“No sabes el morbo que me da pensar que sólo tus dedos han pasado por aquí... ¿Te habrás tocado pensando en nosotros, dulzura? ¿Te habrás tocado pensando en mí?”, pensó, y ya no se pudo contener. Se tendió encima de ella sin quitar la mano, y la besó. Con lengua y todo. Verónica intentó débilmente alejarse, pero no lo logró. Él la exploró hábilmente, con la boca abierta. La boca de ella estaba dentro de la de él. Alex la devoraba enloquecido de pasión.

En eso escucharon unos pasos, y por poco no los pilló Violeta. Cuando pasó el umbral, Alex estaba sentado en la cama con cara de inocente, y Verónica se miraba las uñas distraída. Violeta observó a su nieta y le pareció que tenía la cara húmeda, los labios mojados... No quería creer que ese hombre se había aprovechado de una niña enferma. No, no podía ser. Además, se lo había prometido.

De todos modos, muy resuelta le anunció:

—Alex, Verónica tiene que descansar. Será mejor que te vayas — ¿otra vez lo tuteaba? Esta mujer era la reina de las incoherencias.

Y cuando él se inclinó para besarle la frente, Violeta exclamó:
—¡Aléjate porque te puedes contagiar! Debes ser más cuidadoso.

Ellos se miraron y apenas pudieron contener la carcajada... ¿Contagiarlo? Si fuera por eso Alex estaría muerto. Entre la fiebre por las bacterias y la fiebre que Verónica le causaba, estaría más que muerto. Y sería un placer morir así...

En el coche, de regreso a la oficina, recordó cada uno de los momentos vividos esa tarde. Otra vez cayó en la tentación, y estuvo manoseando a su hermosa Barbie, en la habitación rosa. Y estando enferma. No tenía perdón. Pero esta vez, sus remordimientos duraron muy poco, porque sabía que a ella le había encantado.

Violeta no permitió que se volvieran a ver en toda la semana. Estaba segura de que Alex había besado a su nieta. Si ella no hubiese estado en la cama, y en bragas, no habría sido tan grave.

Ella sabía que algún tipo de contacto tendrían. Pero dadas las circunstancias, con Verónica enferma y casi desnuda, eso era una indecencia imperdonable. Jamás se le cruzó por la mente que era ella quien lo provocaba, que lo buscaba... Admitir eso sería lo mismo que aceptar que su nieta ya era una mujer y eso significaría perderla. Y ese era el mayor temor de Violeta. Adoraba a su nieta.

Pasó toda la semana haciendo el vestido más soñado que se pudiera imaginar para la fiesta del sábado. Esperaba que Verónica estuviese totalmente repuesta, sino no iría.

Su nieta en una fiesta de los Britos Fontanal. Este Alex debía tener dinero. De pronto se dio cuenta de que sabía poco y nada de él. Tomó nota mental: averiguar a qué se dedicaba exactamente, cómo se componía su familia, su pasado amoroso, en fin, todo. No iba a permitir que un tonto niño rico se aprovechara de Verónica. Se sintió algo culpable por pensar así, después de todo había experimentado tanto alivio cuando él llegó con su médico.

Bien, iba a confiar en la palabra de Alex. Y Verónica sería la mujer más hermosa de la fiesta de esos ricachones. La perspectiva la hizo sonreír. Tomó la aguja y continuó trabajando en el bello vestido rosa.

Alex no estaba pensando en el vestido precisamente. Más bien en lo que habría debajo. Estaba impaciente por ver a Verónica. Cómo la extrañaba. Desde el miércoles, cuando por fin ella recuperó la voz, hablaban todos los días pero no era suficiente. Estaba deseando que llegara el sábado para estar con ella. Debía recordarse que iban a una fiesta porque la iba a dejar perdida de tantos besos que planeaba darle. Se la quería comer a besos. Recordó su lengua adorable y por enésima vez en el día experimentó una erección.

Verónica. Hasta su nombre ejercía un extraño embrujo sobre él. De pronto, tuvo una idea, y sonriendo, se dirigió a su joyería de confianza.

Esa noche la llamó.

—Hola mi cielo —le dijo ni bien ella contestó.

—Hola... amor —respondió ella tímidamente.

—¿Me has dicho amor?

—Sí.

—¿Y lo soy?

—Ajá. ¿Y yo soy tu cielo?

Él rió. Era un típico diálogo de enamorados que él jamás soñó establecer con nadie.
—Verónica, tú eres más que eso para mí —murmuró, y hablaba en serio.
—Lo sé.
—¿Así que lo sabes? ¿Y cómo lo sabes? —insistió sonriendo.
—Porque siempre lo veo en tus ojos...
—¿Y también ves cuánto te deseo?
Ella se quedó helada. Una cosa era hablar de eso en el fragor de los momentos de pasión, y otra muy distinta hablarlo en frío y por teléfono.
—No lo sé...—susurró.
—Quizás no he sido lo suficientemente demostrativo —se burló él.
—Quizás... —y ella tomó el guante, dejándolo de una pieza.
Luego ambos rieron. Se sentían felices y enamorados.
—¿Estás lista para mañana?
—Sí, lo estoy. Aunque un poco nerviosa. No conozco a nadie allí.
—Me conoces a mí, y eso es suficiente. Además te presentaré a mi padre.
—¿Qué? ¿Y me lo dices así?
—No, te lo digo así: te presentaré a mi padre y a mi madre. Y quizás también a mi abuela Inés, si va.
—Oh.
—Mi padre estará encantado.
—¿Y tu madre?
Él dudó.
—Pues verás, no tengo idea. No la conozco demasiado y sinceramente me importa poco lo que ella piense.
—No seas tan duro.
—No lo soy.
Se habían puesto serios de pronto.
—Bien, Verónica. Estoy deseando que llegue mañana.
—Yo también. Ya verás, te sorprenderás con el vestido que me está terminando Violeta.
—Estoy seguro, pero es por otro motivo que deseo verte: quiero besarte hasta que digas basta.
“Oh, yo también mi corazón. Necesito tu boca ya”, pensó ella.
—No diré basta jamás.
“Me temo que tendrás que decirlo, Vero. O no sabré cuándo parar. Estoy desesperado por tenerte, Princesa”, pensó mientras su corazón latía de prisa.
—Ya veremos. Hasta mañana, mi cielo.
—Buenas noches...
—¿Sólo buenas noches?
—No... buenas noches, mi amor —le dijo ella riendo. Y agregó: —Que sueñes con un ángel.
Y se cumplió su deseo. Una vez más, Alex pasó la noche entera soñando que Verónica era suya, completamente suya, un sábado a la noche, a la luz de la luna...



Capítulo XI

Qué buen insomnio si me desvelo sobre tu cuerpo, Mario Benedetti. Alex leyó la frase en una página web y se estremeció. Eso sería maravilloso. Él y Verónica cara a cara, cuerpo a cuerpo en una cama, y que el mundo se abriera en dos.

Le daría placer hasta dejarla extenuada y luego la vería dormir entre sus brazos la noche entera. Dudaba de poder conciliar el sueño alguna vez, con ella al lado.

Continuó explorando la web. Sólo usaba Internet por motivos profesionales. Tenía varias personas trabajando en la página de la empresa, en el sitio de decoración, en las redes sociales. Él jamás interactuaba, sólo miraba.

A ver. Redes sociales. Facebook. Siempre le pareció una soberana tontería. ¿A quién le importa qué carajo estás pensando, qué comiste, o si estás triste? Pero esta vez se abrió un perfil con un seudónimo para ver si Verónica estaba allí.

No creía que Marcos Lombardo se fuera a enojar por usar su nombre. Después de todo él tenía su propio perfil con el nombre de Fernando Torres, sin que éste lo supiera.

“Qué niños somos”, rió.

Oh. Allí estaba. Verónica Sandoval. Dulces dieciocho años. Dulces y ardientes dieciocho. Trabaja y estudia. Y está en una relación.

“Espero que te refieras a mí, Verónica Sandoval”, pensó.

Y no había mucho más, ya que su perfil tenía marcado privacidad. Pocos amigos y una sola foto de ella, con un gracioso sombrero y una sonrisa que le llegó al corazón. Una vez más tomó conciencia de lo hermosa que era. Era realmente perfecta. Perfecta para él.

“Sí, estás hecha para mí, Verónica. ¿Te tendré esta noche? ¿Estarás preparada, mi vida?”, se preguntó.

Y como un ladrón, se descargó la foto y la guardó como “Bella” en una carpeta oculta. Se dijo que esa noche debería tomarle fotografías con su teléfono.

Imaginó que estaría hermosa... pero se quedó corto.

Se quedó corto y sin aliento cuando la vio descender por la escalera. Lo primero que vio fueron piernas perfectas. Largas, torneadas, y con un brillo especial. Parecían editadas por Photoshop, pero en vivo y en directo. Nunca había visto piernas iguales a esas.

Se veía sublime con sus sandalias plateadas. Su mirada la fue recorriendo sin ocultar su admiración. Su cintura, sus senos con los cabellos ondulando sobre ellos. Y su rostro. Qué maravilla.

Estupendos ojos grises y largas pestañas. Tenía una mirada que haría derretir a cualquiera. Y una boca tan rosa como su vestido, que invitaba a borrarle el labial con la

lengua.

Estaba más que bella. Estaba exquisita.

Alex temió que Violeta se diese cuenta de sus ardientes pensamientos. Pero ella estaba mirando con admiración a su nieta que descendía con gracia por las escaleras, sonriendo y derrochando encanto.

Verónica sabía lo bien que se veía. Lo sabía porque el espejo se lo había dicho antes, y por la mirada de Alex. No llevaba más accesorios que unos pequeños aretes con circonias, regalo de sus quince. Y un sobre plateado con las llaves, el labial, y la esperanza de tener que usarlo varias veces esa noche.

“Oh Alex. Qué guapo. Estás... ¡uf! Estás para el infarto, corazón. Estás como quieres. Si me vieses Yami, Natalia y Betzabé se caerían de espaldas. Betzabé lo haría con gracia; sólo ella podría despatarrarse con elegancia. Pero aquí estoy. Está para comérselo con ese traje de etiqueta, yo misma parezco una muñeca, y sólo está aquí mi abuela para vernos. Vaya suerte”.

Alex intentaba articular alguna palabra para describir lo bella que estaba, pero no conseguía hilvanar sus ideas. Le daba vueltas la cabeza. No pudo decir más que: “Qué vestido tan bello”, mirando a Violeta con cierto temor.

Vero pareció algo decepcionada pero continuó sonriendo. De pronto, Alex le puso en las manos una caja alargada.

—¿Y esto qué es? — murmuró ella mientras Violeta estiraba el cuello para mirar.

—Ábrelo— ordenó.

Cuando vio de qué se trataba, Verónica abrió también su preciosa boca, asombrada. Qué detalle tan maravilloso: un pequeño dije en forma de V cubierto de diminutas piedras, que luego supo que eran diamantes, colgaba de una fina cadena plateada.

Sólo atinó a murmurar “¡Qué belleza!, gracias” y le ofreció el cuello para que se lo colocara. Antes de hacerlo, Alex le apartó el cabello desde atrás dejando a la vista su preciosa espalda y un tatoo que él jamás había notado. Bajo su omóplato derecho, tenía una pequeña estrella.

“Dios, ya no puedo soportarlo, me estoy muriendo por esta mujer”, pensó.

Violeta tosió sin disimulo, y él se apresuró a abrochar la joya. Antes de irse, metió la mano en su bolsillo y sin decir ni mu, le entregó un estuche a ella.

Estaban subiendo al coche, cuando escucharon la exclamación de Violeta: “¡Oh, Santo Dios y María Santísima!”. Alex le había dado una V idéntica a la de Verónica.

Ella temió que su abuela se infartara. Y supo que con ese obsequio, él ya la tenía comiendo de su mano.

Minutos después estaban en el impresionante Mercedes C200 color plata, casi sin hablarse. Verónica estaba tan nerviosa que no notó que no era el BMW de siempre. Con nervios o sin ellos, nunca se fijaba en esas cosas.

Alex estaba abrumado. Nunca había sentido algo así. Jamás una mujer le había gustado tanto, ni le había inspirado sentimientos tan profundos. La deseaba como un animal en celo. Pero también quería cuidarla, protegerla de todo mal. Incluso de él mismo.

Ni en sus sueños Vero imaginó la magnitud de la fiesta a la que se dirigían. Miró a Alex aterrorizada cuando vio que había alfombra roja, flashes y micrófonos. Carajo, tampoco prestaba atención a las idas y venidas de la alta sociedad, y no tenía idea de quienes eran estos Britos Fontanal o como se llamaran.

Él la tomó de la mano sonriendo y avanzaron acosados por los flashes que los encandilaban.

Una cronista le puso el micrófono a Verónica en la cara, y muy decidida la bombardeó a preguntas:

—Señorita, ¿me dice su nombre? ¿De quién es su vestido? ¿Cuál es la relación que la une a Alexander Vanrell?

Verónica miró a Alex, y éste asintió: le daba piedra libre para responder.

—Bueno... me llamo Verónica, el vestido es mío, y lo otro se lo preguntan a él.

“Chica lista —pensó Alex—. Y muy resuelta. Qué rápido ha salido del paso.”

La cronista pestañeó confundida.

—Me refiero al diseñador. ¿Carolina Herrera? ¿Versace, quizás?

—Nada de eso, me lo hizo mi abuela Violeta —respondió con sencillez, sonriendo al imaginar la cara de su abuela cuando viese eso, si es que alguna vez lo veía.

Era inútil continuar, pensó la pobre cronista. Y se dirigió a Alex, que riendo le soltó un “sin comentarios” como siempre hacía.

Posaron ante los flashes. Se veían magníficos.

Verónica preguntó entre dientes:

—Ey... ¿qué se supone que es esto?

Él la abrazó, y le susurró al oído:

—Esto es nuestra noche perfecta con o sin fiesta, el resto son accesorios.

Y así fue.

Por lo menos mientras estuvieron en la mansión Britos Fontanal. En sus imponentes jardines habían montado una tienda gigante que albergaba no menos de seiscientas personas. El clima era estupendo, y la belleza se veía por doquier, en los objetos decorativos, en la comida magníficamente presentada, en los trajes finísimos y caros.

Pero Alex no quitaba los ojos de su princesa rosa. Y para ella, él era su príncipe azul.

Esa noche, Verónica conoció a los padres de Alex.

Ian le pareció genial. Era un hombre apuesto, de cabello blanco. Tenía alrededor de sesenta, seguramente. Muy guapo. Muy cálido. Cuando Alex los presentó, Ian primero besó la mano de Verónica, y luego, pensándolo mejor, tiró de ella y besó su mejilla. Después miró a su hijo alzando las cejas y disimuladamente le murmuró “cuidado” en inglés, pero a ella no se le pasó el detalle.

Verónica se encontró a gusto de inmediato con el padre de Alex. Y para sorpresa de todos los concurrentes, bailó con él a la perfección el tango “La Cumparsita”, el himno de todos los tangos.

Alex los observaba entre asombrado y divertido. Su padre y su amor. Su diosa perfecta, la más bella de la fiesta. Y qué bien bailaba. Claro que Ian era un experto.

Bailar tango formaba parte de las relaciones públicas en las embajadas en las que había servido. Pero nunca lo había hecho tan a gusto, con una grácil muchachita. El tango ya no lo bailaba nadie menor de cincuenta, pero ella lo hacía y muy bien. Los pasos exactos, los giros perfectos. “Aprobada, Verónica”, pensó Ian.

Es que no tenía más que mirar el brillo en los ojos de su hijo para darse cuenta de que había encontrado a la chica indicada.

Cuando llegó el turno de conocer a Cecilia, Verónica estaba nerviosa. Y se puso peor cuando se sintió examinada de pies a cabeza por la aguda mirada de la elegante mujer.

La madre de Alex era una belleza. Alta, rubia y sexy. Tendría unos cincuenta años, o cincuenta y pico, pero representaba muchos menos. Vestía un vestido negro muy ceñido, abierto hasta el ombligo. Su figura era perfecta. Su elegancia, innata.

Al conocer a los padres de Alex, Verónica entendió de dónde venía tanta apostura. “De aquí sacó Alex lo bello, claro”, se dijo. Un hombre tan guapo como él sólo podía venir de una pareja así. Vero se sintió pequeña y frágil al lado de Cecilia. Se dio cuenta enseguida de que ella les iba a hacer la vida a cuadritos, pero no le importó.

Alex se comportaba con extrema frialdad con su madre, y tenía motivos. Sólo se la presentó por compromiso, y luego no volvieron a hablar con ella en toda la noche.

Tampoco Ian y su ex esposa tuvieron contacto alguno. La relación entre ellos seguía siendo tensa.

La abuela Inés no había asistido. La que sí lo había hecho era Caroline y su lengua viperina.

Se acercó a la pareja por detrás y exclamó:

—¡Qué gusto volver a verte, Alex! Menuda suerte la mía, dos veces en la misma semana...

Alex se volvió con la sonrisa helada. “Otra vez esta zorra. Aquí vamos...”

—Caroline, te presento a mi novia, Verónica. Vero, ella es Caroline, una amiga de la familia —dijo, poniendo énfasis en la palabra amiga.

Pero la venenosa Caroline no se amedrentó.

—Encantada querida. Alex, ¿hasta cuándo vas a seguir presentándonos chicas? Oh, tesoro, te dejaré andar por ahí hasta que quieras sentar cabeza. Luego, aquí estaré esperándote.

“Maldición. Que hija de... Lo ha hecho adrede. Ah, Verónica, no me mires así. Esta mujer no significa nada para mí. No te pongas triste, mi amor. Oh, no puedo verte así. Prefiero tu furia y no tu tristeza. Tienes que saber que no ha pasado nada con ésta ni con ninguna. Desde que estás en mi vida, sólo pienso en ti.”

Pero Vero se sacudió la tristeza inmediatamente. Había pasado por instancias difíciles en su vida, y esta mujer malvada, por más atractiva que fuese, no iba a estropearle la noche.

—Te recomiendo que lo esperes sentada, querida —respondió antes de que Alex pudiese decir nada—. A tu edad no conviene estar mucho de pie, ya sabes, la cadera... —y luego apuró su copa de champagne hasta el fondo.

Alex se llevó la mano a la boca para contener la risa. Caroline les echó una furibunda mirada, y se retiró muy erguida. Parecía un Oscar con su vestido dorado.

Abrazó a Verónica y le besó la frente. Esta chica no necesitaba de nadie para defenderla. Tenía la lengua muy aguda... eso lo sabía él más que bien. La lengua de Verónica, su debilidad. De pronto se sintió urgido por el deseo de besarla, de acariciarla...

—Vamos —le susurró tomándola de la mano —, esta fiesta terminó para ti y para mí.

Ella lo miró con los ojos brillantes, un poco por el champagne, otro poco por el deseo, y asintió.

Cuando estaban a punto de salir, se encontraron cara a cara con Gaspar Verdi, que recién llegaba.

—Hola, Alex. Verónica... —murmuró intentando no devorarla con los ojos, pero apenas si lo logró.

—Gaspar —dijo Alex. Nada más. Su rostro era inescrutable.

—Hola —murmuró ella, nerviosa.

—Parece que tienen prisa, ¿se van? ¿Ya no regresan?

—No, ya no regresaremos —respondió Alex, haciendo un ademán como para

terminar la conversación y largarse de allí.

—Oh, qué pena. No conozco a nadie aquí... —musitó apesadumbrado Gaspar. Y luego no pudo evitar mencionar —Verónica, te ves maravillosamente bien.

Alex estaba perdiendo la paciencia. Ni siquiera permitió que ella agradeciera el cumplido.

—No conoces a nadie... Te presentaré a alguien. Caroline, ven por favor, quiero que conozcas a un amigo —dijo sonriendo, mientras Caroline, que siempre se había mantenido cerca, se apresuraba a obedecerlo.

Luego de las presentaciones de rigor, tomó nuevamente a Verónica de la mano y se marcharon riendo. Ojalá eso prosperara, así los dejarían en paz.

Harían una linda pareja, él muy rubio y ella muy morena. Pero no tenía muchas esperanzas de que congeniaran, porque para Caroline el dinero era el principal atractivo de un hombre, y Gaspar no lo tenía. Más bien los había puesto en contacto para hacer una pequeña maldad. Sabía que ella sería una dorada pesadilla para su colega, y sonrió al imaginar su desesperación por sacársela de encima. Se lo tenía más que merecido por mirar así a Verónica.

Veinticinco minutos después estaban en la puerta de la casa de ella.

¿Cómo es que estaban allí y no en otro lugar, disfrutando de un momento mágico, como ella esperaba?

Quería besos, quería pasión, quería... no sabía lo que quería, pero estaba segura de que no era ir a su cama ahora.

Es que en ese trayecto de media hora, por la cabeza de Alex pasaron mil cosas. Tomó conciencia de lo que sentía por Verónica. La amaba. La amaba por encima de todas las cosas. Era todo lo que él deseaba de una mujer. Era increíblemente bella, para empezar. Era muy inteligente. Era dulce y a la vez picante. Jamás se aburriría de una mujer así, y decidió hacer las cosas bien. Por eso la llevó directo a su casa.

Verónica había bebido dos copas de champagne y él se dio cuenta de que aún esa pequeña medida podía ser demasiado para ella. No tenía nada que ver con la promesa a Violeta. Él realmente quería respetarla esa noche. No se aprovecharía de una adolescente algo bebida, y mucho menos cuando deseaba que esa chica fuese su chica.

Estaban en el Mercedes, en completa oscuridad, mirándose a los ojos.

Y Vero sabía que no se iría a acostar sin un beso. Así que lentamente se desabrochó el cinturón, se acercó a él y lo besó tan ardientemente que ambos escucharon el sonido de sus dientes al chocarse. Le metió la lengua, atrevida, y le acarició sensualmente el pecho.

Alex al principio la dejó hacer. Podía manejarlo. Mantuvo todo dentro de los límites aceptables. Pero ella era demasiado persistente y no se conformaba sólo con un beso. El alcohol la había envalentonado demasiado, así que mientras le recorría la boca con su lengua, con su mano, con esa linda manita con la que decía adiós, comenzó a recorrerle... Sí. Allí puso su mano Verónica.

Él se paralizó un instante. Se dio cuenta de que eso era más de lo que podría soportar. Y se volvió literalmente loco. La tomó de los cabellos con una mano en la nuca, y se adueñó de la situación.

La besó con violencia, al principio, contenida, y luego franca y apasionada violencia. Estaba fuera de control, la besaba, más bien le devoraba la boca sin piedad. Era como una bestia presa de un apetito voraz. Y mientras lo hacía, deslizó la otra mano debajo de la falda hasta encontrar su sexo, y comenzó a apremiarla, hurgando ansiosamente. Estaba fuera de sí.

Verónica, en un principio, gimió agradecida. Por fin Alex había reaccionado. Pero luego comenzó a asustarse... Oh, eso no le estaba gustando nada. No podía respirar, y le estaba doliendo allí abajo. Puso ambas manos en el pecho de él, pero nada. Era una mole que se abalanzaba sobre su cuerpo. Quiso decir algo, pero la lengua de Alex en su boca, no se lo permitió.

Estaba perdida. ¿Qué podía hacer? Oh, Dios, que desastre había provocado... Siembra vientos y cosecharás tempestades, había escuchado por ahí. Bueno, ahora comprendía de qué se trataba.

No tenía idea de cómo iba a salir de esa situación. Estaba paralizada. Y definitivamente no lo estaba disfrutando.

Alex seguía frenético, manoseándola sin contemplaciones. Se desesperó tanto que de un tirón le rompió la pequeña braga y se la arrancó.

Verónica entonces se asustó de veras. Se asustó tanto que lo empujó con fuerza dando un grito. Le sacó la mano, furiosa, decepcionada, triste. Tenía los ojos llorosos cuando descendió apresuradamente, dejando las destrozadas bragas en el piso del coche.

Alex salió tras ella, jadeando. No podía creer lo que había hecho. Se pasó la mano por el cabello, afligido. Cuando la miró a los ojos, estaban frente a frente en el portal.

Ella tenía lágrimas en las mejillas. Él estaba desolado.

Y súbitamente sobre Alex cayó el peso de su falta.

“Dios mío, no tengo perdón. He caído bajo, muy bajo. Soy una bestia. Todos mis buenos propósitos se fueron al carajo y casi le arruino la vida a esta hermosa chica. No la merezco. Y ella no se merece esto. Lo que ella necesita es experimentar los placeres del sexo de la mano de un chico de su edad, que aprenda con ella, que la trate como ella debería ser tratada.”

“Cómo tú no la supiste tratar...”, le dijo una voz desde su interior.

Lo intentó, vaya si lo intentó, pero no pudo. No logró contenerse. De nada valía todo lo que sentía por ella, si estuvo a punto de hacerle daño. Dio un paso hacia atrás. Verónica comenzó a sentir pena por él... se lo veía tan mal, tan infeliz. Estuvo tentada de acercarse, de acariciarlo, de abrazarlo y darle consuelo. Pero su mirada la dejó helada.

En ese largo minuto, fue que Alex decidió no verla nunca más. Era demasiado buena para él, y esto sería por su bien. Al principio, Vero quizás sufriría. Pero era tan joven, tenía tanto por delante. Era mejor ahora, antes de que le hiciera más daño. Se subió al coche y arrancó sin decir una palabra. No la volvió a mirar, pues tenía miedo de flaquear.

Verónica tampoco intentó detenerlo. Pensó que lo mejor era hablar de ello al día siguiente. Si hubiese sabido entonces que no habría un mañana para ellos, se habría arrancado allí mismo la ropa para pedirle que la hiciera suya de la forma en que quisiera.

Las lágrimas le nublaban la vista a Alex. Verónica sanaría. Ahora él, sabía que no podría olvidarla en lo que le quedaba de vida. Y que ya nunca jamás podría ser feliz sin ella a su lado.



Capítulo XII

Mientras se duchaba esa mañana, Verónica notó que le había bajado la regla. “Mejor”, pensó. Odiaba manchar las bragas.

Bragas.

Había subido de puntillas la escalera la noche anterior, para no despertar a Violeta. No estaba de ánimo para contarle los detalles de la fiesta, y mucho menos sin llevar bragas debajo del vestido.

Habían quedado en el coche de Alex. Ya las botaría él seguro. Tomó nota mental de recordárselo más tarde, no fuera cosa que enviara el coche a lavar y... Oh, qué morbo.

El agua corría por su cuerpo y ella, recostada en el panel de la ducha, recordaba...

“No sé muy bien cómo pasó lo que pasó. Bah, ¿a quién quieres engañar, Vero? Tú provocaste esa tempestad y lo sabes. No esperabas esos vientos, pero tampoco esperabas brisas. Es tu culpa por haber sido tan osada. Lo es. Es mi culpa. Yo lo provoqué. Olvidé que estaba tratando con un hombre de verdad y no con un imberbe muchachito. ¿Cómo se me ocurrió tocarle allí abajo? Maldito champagne. Se me metió el diablo en el cuerpo cuando hice eso. Mi mano no alcanzaba a abarcar ese paquete. No sabía que se podía poner tan grande, y tan duro. La única vez que lo toqué, aquel domingo en el coche, él iba de jeans y no me impresionó tanto. Además fue sólo un instante porque aparté mi mano enseguida. Pero esta vez no sólo no tuve el buen juicio de hacerlo, sino que fue por mi propia iniciativa. Mierda, no volveré a beber, lo prometo...”.

Sabía que había sido ella quien había arruinado su noche perfecta. Y luego había huido como una niña tonta. Todavía no entendía por qué se había asustado tanto. A la luz del día, no le parecía tan grave lo que él le había hecho. Es más, hasta le resultaba excitante. ¿Tenerle miedo a Alex? Qué estupidez. Había sido bastante rudo, pero no era para tanto.

“Tonta, tres veces tonta”, se dijo. “Él no se dio cuenta de que no me sentía del todo cómoda yendo tan rápido. Y ahora que lo pienso, tampoco sabe que yo nunca lo he hecho. No se lo he dicho y él no ha preguntado tampoco. Quizás haya pensado que ya no era virgen, y que quería hacerlo en el coche. Después de todo, yo le estaba dando esas señales...”.

Pero entonces ¿por qué parecía tan afectado, tan culpable?

Ya lo llamaría más tarde, y le diría que quería verlo. Y todo se arreglaría. Estaba segura de ello.

A esa hora Alex estaba despierto. En realidad, no había dormido nada.

Se sentía fatal.

¿Cómo había podido llegar tan lejos, y de esa forma tan ruda? ¿Cómo había podido tratarla peor que a una ramera?

Mierda, se trataba de Verónica. La mujer que siempre soñó conocer. La que quería tener a su lado siempre. La que deseaba iniciar en el sexo desesperadamente. Pero lo que sucedió en el coche fue una reverenda locura.

No podía quitar de su mente sus bellos ojos aterrorizados primero y cargados de llanto luego. Sabía que se había comportado como un loco, y sin embargo había sido consciente de lo que hacía. Había notado perfectamente cómo ella se resistía y continuó. ¿Qué había pretendido? ¿Desvirgarla con la mano? ¿Era eso digno de una primera vez? Se sentía fatal. No recordaba haberse sentido tan mal en su vida. Era evidente que ella no lo disfrutaba, y trataba de escapar, y aun así él continuó y le arrancó las bragas...

Bragas.

Antes de descender en el parking de su departamento, las vio en el suelo del coche.

Y desde ese momento, las traía consigo. En su mano, mientras trataba de dormirse, luego bajo la almohada, y luego en su mano otra vez. Bragas rosa. Como su boca, como su vestido, como el helado de fresa, como su dormitorio de Barbie.

¡Qué pequeña era! Oh, niña buena, niña mala. ¿Por qué había llegado tan lejos? No esperaba que fuese tan audaz esa noche. Pero el champagne... Mierda con el maldito champagne, y mierda también con sus propios instintos fuera de control.

Su teléfono sonó y vio que era ella. Acarició su nombre en la pantalla, pero no respondió. Se mantendría firme en su resolución de no volver a verla. La quería tanto... Pero se consideraba una amenaza para Verónica. Y él se había prometido cuidarla.

Estaba claro que se pasaba la promesa que le hizo a Violeta por los huevos. Menuda idiotez.

Él quería cuidarla porque la amaba. No quería ni que el viento la tocara. Y lo que le había hecho esa noche fue peor que una tempestad. Evaluando los daños, seguía creyendo que lo mejor era apartarse de su vida.

Ella conocería un chico de su edad, un chico que no estuviese enviciado, que no supiese de pasiones oscuras. Que aprendiera con ella y le enseñara también.

Y pese a lo altruista de su sacrificio, maldijo a ese joven imaginario, que le robaría lo que ya consideraba suyo.

Volvió a sonar la BlackBerry, y él la apagó sin mirarla. Sabía que era ella, pero no podía enfrentarla porque todas sus buenas intenciones se irían al carajo.

“Oh mierda, qué difícil es dejarla...”, pensó.

Y luego, el animal salvaje que aún latía en él, tomó la braga y hundió el rostro en ella.

Lo primero que hizo Verónica al llegar al consultorio el lunes, fue llamar a Alex a la empresa. Estaba muy ansiosa porque no había logrado hablar con él. Había pasado la tarde del domingo marcando y nada. Al principio, no respondía. Luego, caía en la contestadora una y otra vez.

¿Le habría pasado algo? Se estremeció de sólo imaginarlo.

Tomó el directorio, y se puso a buscar. “A ver... Vanrell Negocios Inmobiliarios... no, este no es. Vanrell Arte en Decoración... tampoco. Aquí está. Vanrell Construcciones”.

Se sorprendió de ver su apellido en tantos rubros distintos. Su familia tenía demasiados negocios, y por eso Alex estaría tan ocupado.

—Vanrell Construcciones, buenos días ¿en qué puedo servirle?

—Ehh... buenos días. Necesito hablar con Alexander Vanrell.

—Su nombre, por favor.

—Verónica Sandoval.

—La comunico.

Espera... Música. Qué ansiedad.

—Oficina del Arquitecto Vanrell, habla Miriam, buenos días.

—Hola. Mi nombre es Verónica Sandoval y quisiera hablar con el arquitecto, por favor.

—Un momento.

Más espera. Más música. Morderse las uñas.

—Señorita Sandoval... ejem. El Arquitecto no puede atenderla.

—Pero usted le ha dicho quién soy ¿verdad?

—Se lo he dicho, pero...

—No, está bien. Gracias.

“No puede atenderla”. ¿Qué quería decir con eso? ¿Que estaba ocupado, que la llamaría luego, que lo llamara más tarde? ¿Continuaría enojado? ¿Aún se sentiría culpable, o avergonzado?

Verónica suspiró y se concentró en su trabajo. Por lo menos sabía que estaba bien. Volvería a insistir en un rato. Y todas las veces que hiciera falta. Tenía que hablar con él.

El tiempo fue transcurriendo lentamente, y no lograba hablar con Alex.

Cada mañana al despertar lo primero que hacía Verónica era recordar la pesadilla que estaba viviendo. A veces no podía contener las lágrimas.

Había bajado de peso. Tres kilos en sólo un par de semanas. Para ella era un montón, si nunca pasó de cincuenta y tres.

Estaba angustiada, confusa, dolorida. No podía aceptar que Alex le estuviese haciendo eso. No sólo no la había llamado más, sino que tampoco respondía sus llamados.

Sabía que él estaba bien, porque la respuesta de su secretaria era siempre la misma: el arquitecto no puede atenderla. Jamás le preguntó si quería dejarle un recado. Más bien parecía tener prisa por cortar.

Finalmente, Verónica dejó de insistir con la tal Miriam, y volvió a la BlackBerry. Le envió mensajes de texto desde el móvil de Violeta: “Alex por favor, llámame. Estoy en casa. Vero.”

Le dejó mensajes de voz: Pip pip “Alex, soy yo. ¿Por qué no me llamas? Hablemos, por favor...”.

Nada.

Pensó en presentarse en su trabajo, ya que no sabía dónde vivía y así lo hizo. Estuvo en la puerta del World Trade una vez, pero no se atrevió a entrar.

Maldito Alex. ¿Por qué le hacía eso?

Andaba por la vida como un robot. Trabajaba porque había que trabajar. Dormía porque había que dormir. Pero por dentro se iba derrumbando de a poco.

Una noche mientras cenaba con Violeta, de pronto se dio cuenta de que ya no lo vería más. Y rompió en llanto.

Violeta maldijo a Alex Vanrell. Debió seguir sus instintos y alejarlo de Verónica ni bien se le encendió la alerta naranja en su cabeza. Ahora su nieta estaba destrozada. Y ella no sabía hasta dónde habían llegado. Un hombre que deja a una chica sin dar explicaciones ni dar la cara era un cobarde. No esperaba que un cobarde se hubiese hecho cargo de su promesa. Se le cruzó por la mente ir a su estudio, oficina, empresa o como mierda se llamara a increparlo. Quería golpearlo. Estaba furiosa y apenada. No soportaba ver sufrir a su niña.

Sólo una cosa le impidió hacerlo: Luciano. El hermano de Verónica había regresado para pasar la Navidad con ellas.

Lo primero que Luciano hizo cuando llegó a la ciudad fue ir a lo de Betzabé, la profesora de danzas de Verónica, y devolverle la llave de su departamento. Habían roto por teléfono. En realidad todo había terminado entre ellos antes de comenzar, porque habían mantenido ese romance oculto a los ojos de todos.

Betzabé no estaba y Luciano le dejó la llave al portero. Igual decidió que no se iría de Montevideo sin verla, pero ya habría tiempo para eso. Ahora lo principal era Verónica. Violeta le había contado lo mal que estaba su hermana por culpa de ese tal Alex, pero no imaginó cuánto hasta que la vio. Demacrada y ojerosa. Muy delgada. Y una tristeza infinita le surcaba la mirada. Con un nudo en la garganta la abrazó y murmuró en su oído “lo sé todo”.

Verónica lo miró con ternura. Cómo quería a su hermano. Comprendió cuánto lo echaba de menos cuando él la rodeó con sus fuertes brazos y le besó la frente.

“Lo sabes todo... En realidad no sabes nada, Lu. Nada. No te haces una idea de lo que estoy pasando estos días. No quiero aguarles la Nochebuena y la Navidad a Violeta y a ti, así que voy a intentar sobreponerme, pero estoy jodida por dentro. ¡Qué bueno que estás aquí, Lu. Qué bueno!”, pensaba mientras su hermano la mecía como a una niña.

Los días fueron pasando, pero Verónica no olvidaba. Recordaba cada instante vivido junto a Alex. Cada beso, cada caricia estaban grabados en su cabeza. Y también cada llamada que él no le devolvió, cada lágrima que derramó, cada noche que transcurrió lentamente haciéndola sentir que caía en un agujero sin fondo, interminable y oscuro.

La Nochebuena la pasó llorando entre los brazos de su hermano, mientras le contaba cada uno de esos recuerdos que torturaban su alma, los buenos, los malos, todo. Vacío su corazón en Luciano y luego se durmió profundamente, por primera vez en semanas.

Y mientras Verónica dormía con el rostro surcado de lágrimas, Alex estaba en una fiesta, intentando besar a una mesera.



Capítulo XIII

Completamente borracho, Alexander Vanrell reía mientras se abalanzaba sobre una joven y despampanante rubia, que no podía creer en su buena suerte.

Estaba en la fiesta de Navidad que ofrecía todos los años su abuela Inés en la gran mansión familiar. La cabeza le daba vueltas y sólo quería olvidar...

Necesitaba olvidar, pero no podía.

¿Cómo olvidar a Verónica? ¿Cómo olvidar su dulzura, sus manos de seda, el color de sus ojos? Su glorioso cabello castaño, sus piernas perfectas. Y su boca... Dios, su boca.

Debía eliminar esos fantasmas, debía ahogar su dolor en los labios de una bella mujer. Lo intentó con lo que tenía más a mano. Tomó a la mesera de un brazo como había hecho con Vero aquella vez, en la puerta de La Escala. Le cubrió la boca con la suya, quemada por el licor y el sabor de los recuerdos.

Pero no funcionó. La miró a los ojos y sacudió la cabeza... como Verónica no había dos. La soltó murmurando una disculpa, y la pobre se quedó desmadejada y anhelante, con la bandeja a punto de caérsele.

Su padre se acercó y le pasó el brazo sobre los hombros.

—Alex, basta.

—Ah, papá, tu no entiendes... Ven, brindemos por el amor.

—Que ya has brindado demasiado, hijo.

—Papá, es Navidad, y hay que festejar —le dijo apurando un nuevo trago.

—Estás ebrio, Alex. Tú no eres así. Desde que terminaste con esa chica, no eres el mismo.

La sonrisa de Alex se marchitó al instante. No quería hablar de Verónica. No quería recordar...

Llamó a la mesera que se acercó más que dispuesta.

—Sé buena, y trae champagne para mi viejo y para mí.

—Suficiente. Estás dando la nota, Alex, todos nos miran. Tu abuela está muy afectada por tu comportamiento.

Alex soltó una carcajada.

—¿La abuela está afectada? Pues la invitaré a bailar. Y luego le regalaré un colgante con su inicial, ¿qué te parece? Una linda cadena con una letra... Mierda. Papá ¿cómo se llama la abuela? Lo tengo en la punta de la lengua...

—Me llamo Inés, Alexander. Y ya tengo varios collares con mi inicial, querido. Quizás te dé uno a ti, para que no vuelvas a olvidar mi nombre —observó su abuela con

una mueca de disgusto. Sus finos labios parecían de piedra.

—Abuelaaa... qué placer verte.

—Ya nos hemos visto hace minutos, y estabas igual de ebrio.

—.... qué gusto verte de nuevo, entonces. Ven, dame un abrazo.

Inés lo ignoró y se dirigió a su hijo.

—Ian, llévatelo ya. Está como una cuba.

—Esooo... Cuba, quiero regresar a Cuba —canturreó Alex.

Y fue el último sonido que emitió esa noche, antes de caer al suelo casi inconsciente.

Mientras su padre lo llevaba a rastras a la cama, a sus espaldas se desplegaba un magnífico espectáculo de fuegos artificiales, que ninguno de los dos disfrutaría.

Despertó pero no abrió los ojos porque sabía que estaba en el mismo infierno de siempre.

Se preguntó si de verdad habría vida después de Verónica. Después de todo, no la había antes de ella ¿por qué habría de haberla después?

Hasta que la conoció no supo lo que era amar a una mujer. Había querido, había deseado, pero amar, lo que se dice amar, jamás.

Desde el instante en que la vio, supo que era algo especial. No sólo por su cautivante belleza, sino por esa conexión perfecta que sintió con ella, ese tipo de conexión que sólo puede darse una vez en la vida. Y la amó, vaya si lo hizo. Y lo seguía haciendo. Y estaba seguro de que la amaría hasta el último de sus días. Cada minuto que pasaron juntos había sido tan intenso que de sólo recordarlo le dolía el alma. ¿Por qué lo había estropeado así? ¿Qué clase de idiota arruinaría su propia felicidad de ese modo?

Sintió que jamás podría siquiera interesarse por otra mujer. No tenía ninguna necesidad de tipo sexual hasta que llegaba la noche, besaba sus bragas y lo abordaban los recuerdos. Revivía una y otra vez, aun sin desearlo, esos momentos únicos que pasaron juntos. Recordaba cuando la besó por primera vez, en el parque de diversiones. Cerraba los ojos y la veía reír escondiendo su hermoso rostro detrás del oso de peluche. Podía sentir en su boca su aroma a vainilla. Podía oler el perfume de su cabello. Olía a manzana. Olía a mujer. “Por Dios, ¿hasta cuándo seguirá esta tortura”, se preguntó.

Se sentía extenuado, y pasó todo el día de Navidad durmiendo. Pero ni así se liberaba, pues Verónica se aparecía en sueños, con su uniforme de colegio y su mochila rosa. Podía sentir lo mismo que sintió cuando ella lo montó y le succionó la lengua.

Volvió a soñar también con el fatídico momento en que ella lo tocó y él se desbocó como un caballo salvaje. Y cuando despertó, se encontró solo, enfermo, y al borde del abismo.

Necesitaba un trago con urgencia pero no tenía voluntad ni de llamar para que se lo trajeran, mucho menos de ir a buscarlo. Se preguntó si Verónica pensaba en él, y si ya había vuelto al ruedo el idiota de la bici. De sólo imaginarlo, se quedaba sin aire. No soportaba la idea de que otro la tocara, y al mismo tiempo deseaba que ella fuese feliz.

Recordó su risa pero sintió ganas de llorar. Recordó su mirada, y cerró los ojos. Cuando los volvió a abrir, sintió que se le erizaba la piel al revivir lo que experimentaba cuando su lengua tocaba la de ella.

Por esa boca... daría lo que fuera por volver a besar esa hermosa boca.

“Por favor, basta. Basta o me moriré de pesar por no tenerla...”, se dijo mientras apretaba su rostro contra la almohada. Y por primera vez en muchos años, hizo lo mismo que en La Habana, cuando se dio cuenta de que su madre jamás volvería: dejó correr las lágrimas por su rostro perfecto. Finalmente, pudo llorar.

Luciano en cambio no lloraba. Ni siquiera lo hizo cuando se enteró de la tragedia de sus padres. Pero entonces, al igual que ahora, le dolía el alma por Verónica.

No odiaba a Alex como lo hacía Violeta. No lo odiaba porque no lo conocía. Pero aun así no entendía cómo un hombre que una noche le muestra al mundo que está con una mujer, al otro día la deja como si fuese el traje que lució en la fiesta. Su hermana no iba a ser el adorno de nadie, eso lo aseguraba él.

Le creía a Verónica que no habían ido a la cama. Por eso no podía entender por qué diablos la dejó sin haber... probado el dulce. Era su hermana, y le inspiraba una ternura inmensa, pero no podía dejar de reconocer que era hermosa, y mal que le pesara, ya era mayor de edad. ¿Por qué querría ese Alex deshacerse de algo tan bello antes de...?

No le encontraba explicación al asunto. Vamos, que el hombre tenía su misma edad. A los 28 años, ya sabe uno para que lo tiene ¿no? La pregunta era: ¿por qué no continuó adelante? ¿Por qué lo detuvo una mínima resistencia de ella? Después de todo, es lo que se espera de una chica que jamás... Un hombre siempre está preparado para ello, y no por eso se corta así. Diablos, no se quedaría con la duda.

Iría a ver a ese tal Alex, para que le dijera en la cara por qué tenía a su hermana como un alma en pena. Adoraba a Verónica pero no la guardaba para sí. Quería que fuese feliz, y entendía que a su edad y siendo así de bella, debía estar dichosa y enamorada, disfrutando del sexo, y no llorando el día entero a moco tendido, como la heroína de una novelita rosa.

Decidido. Iría a hablar con Vanrell.

El World Trade Center Montevideo se erguía majestuoso de cara al mar. Luciano dudaba en la puerta. ¿Debía llamar primero, o presentarse así de improvisado? Miró hacia arriba, y lo encandiló el reflejo del sol en el vidriado edificio. Por suerte había dejado de llover. Una Navidad lluviosa, con una Violeta de mal humor y una Verónica sollozante, era más de lo que podía soportar. Ambas siempre habían sido unas campanas. A veces tañían duro y lo aturdían, pero eran unas campanas. Y ahora todo era pesar en esa casa.

No dudó más y entró.

—Quisiera hablar con Alexander Vanrell.

“Qué guapo y qué decidido”, pensó Paqui, la recepcionista. Entre su jefe y los visitantes, siempre estaba a punto de infartarse.

—¿Quién lo busca?

—Dígale que soy Luciano Sandoval, el hermano de Verónica.

—Un momento.

Menudo palacio. Este Alex trabajaba en una empresa de primera, se notaba. Violeta tenía razón, este tipo tenía dinero. Y seguro que era un estirado.

Cuando supo que el hermano de Verónica lo buscaba, Alex casi se infarta. No acostumbraba a ir personalmente en busca de sus visitas, pero la ansiedad pudo más, y bajó

a recibirlo. Salió del lujoso ascensor y se paró frente a él.

Eran dos hombres igual de altos, igual de guapos, mirándose a los ojos.

—Buenas tardes. Soy Alex.

—Lo supuse.

Se estrecharon la mano. A Luciano, muy a su pesar porque iba predispuesto a la batalla, Alex le cayó bien de entrada. No le pareció nada estirado y le agradó la firmeza de su mano.

—Ven. Por aquí.

Y Luciano lo siguió de vuelta al elevador, y luego hasta su espectacular oficina en el piso veintidós, con vista al Puerto del Buceo. Resopló fascinado cuando vio las blancas embarcaciones a la distancia. Parecían pequeños puntos en el mar azul. Siempre le habían gustado las alturas, pero el hermoso paisaje no debía distraerlo de su objetivo. Fue directo al grano.

—Lo que quiero saber es qué le hiciste a mi hermana.

Alex se esperaba algo así, pero igual su franqueza lo golpeó en la boca del estómago y lo dejó sin aire.

—Le hice daño —respondió con igual sinceridad.

Luciano pestañeó, aturdido. Y se lo decía así de fresco ¿debía romperle la cara ahora o esperar un rato...?

—Pero no como tú te imaginas. No me acosté con ella.

—Lo sé. Y por eso estoy aquí. ¿Por qué no te acostaste con Verónica, Vanrell?

Alex no podía creerlo.

—Me preguntas por qué no me follé a tu hermana...

—No. Lo que te pregunto es por qué no quisiste hacerlo y la dejaste de la peor manera, ignorándola y sin dar la cara. Vanrell, Verónica está destrozada por tu culpa.

Carajo. Lo dijo. Dijo lo que él no quería escuchar. Vero estaba sufriendo. Su corazón también se deshizo, se le partió en mil pedazos.

—No entenderías.

—Inténtalo —respondió Luciano con los dientes apretados.

“¿Qué le digo? ¿Que soy tan caballero que no quise dañar su virtud? ¿O le digo la verdad, que tuve miedo de no estar a la altura de las circunstancias, de ser muy poco para ella, y que además estuve a punto de violarla en más de una ocasión? Que tengo miedo de mis propios impulsos, que ella es demasiado para un cínico como yo, un enfermo sexópata que no puede reprimirse”, pensó.

—Verónica es lo mejor que me pasó en la vida, Luciano. Yo la amo. Pero no tengo derecho a cortarle su adolescencia con mis presiones de hombre adulto, con demasiadas noches encima. Abrumarla con... mis urgencias, apremiarla para que haga lo que aún no desea hacer, me hace sentir una mierda.

—Entonces, en vez de decirle “Mira, cuando estés lista me avisas”, contando con que ella no lo esté aún, la dejas sin darle ninguna explicación.

—Era la única forma. Si la tengo enfrente, si le hablo, no la dejo.

—¿De veras la amas, Alex?

—De veras.

—Pues ve por ella. Sí, ve por ella. Yo, su hermano, te lo estoy pidiendo.

Alex dudó. ¿Le estaba entregando a Verónica?

—Sólo quiero que ella sea feliz. Sólo lo será a tu lado, pues te adora. Y vamos, Alex, que no es una niña, ambos lo sabemos.

Alex apretaba los puños sobre el escritorio. Todos sus músculos estaban en tensión y el corazón se le salía por la boca.

—Me adora... —repitió como extasiado por la novedad.

—Así es. Por eso compórtate como un hombre y dile de frente que no quieres seguir, si es que te dan los huevos. O compórtate como un hombre y dile que esperarás lo que sea necesario, que ella marcará el momento en que se sienta lista, y tú te controlarás como sea.

Carajo, se pasaba de franco Luciano Sandoval. Pero tenía razón. Tenía toda la razón. Debía seguir con ella, para bien o para mal, y dominar sus instintos hasta que a ella le diera la gana. Era así de simple. Y Verónica lo valía. Quizás él no fuera demasiado bueno para ella, pero Vero lo amaba. Y eso era más que suficiente para vencer sus temores. Ya no habría ningún chico de la bici en su vida, él se encargaría de eso. Y cuando estuviese lista, cuando estuviese segura, la haría suya. Se la follaría de veras.

Se estremeció de solo pensarlo. Menudo esfuerzo debería hacer para esperarla. E incluso si ella creía estar a punto, debería darle un poco de tiempo, y aguantar como el hombre que era hasta estar bien seguros ambos de que todo iba a estar bien.

No pudo más y se puso de pie. Tomó las llaves del coche, y salió de la oficina dejando a Luciano de una pieza.

Enseguida volvió sobre sus pasos.

—¿Verónica está en la casa o en el consultorio?

—En el consultorio. Ve por ella. Y cuídate de no embarazarte a mi hermana porque te mataré.

Alex rió y le estrechó la mano. Un tipazo este Luciano, tenía razón Verónica.



Capítulo XIV

Ella se encontraba parada en la puerta de su trabajo. No se decidía a salir. Hacía sólo unos minutos brillaba el sol, y ahora de nuevo se largaba a llover.

“Qué coincidencia, igual que mi propia vida”, pensó sonriendo tristemente. Para ella, el sol no había salido en muchos días. Hacía dos semanas que vivía en penumbras por culpa de Alex. Lo había llorado un río... Creía que ya no le quedaban lágrimas, pero cada noche se sorprendía, pues siempre había más.

Violeta le había dicho que de eso se trataba un duelo, llorar hasta que se acabaran las lágrimas y luego salir adelante, sacudiéndose la tristeza, sonriendo y con la frente en alto.

Duelo. Alex estaba vivito y coleando y ella en pleno duelo. Una vez leyó que en ese proceso de adaptarse a una pérdida había tres etapas: negación, aceptación y finalmente resignación. Se preguntó si era hora de cumplir con la última. Sin dudas ya había pasado por la primera, llamándolo mil veces por teléfono, con la ilusión de que él le devolviese las llamadas. No se le cruzaba por la cabeza que eso podía ser el fin de la historia.

Esperó, en un principio, esperanzada. Justificaba la falta de respuesta de Alex con especulaciones por demás improbables. Que se le había jodido la BlackBerry. Que tenía demasiado trabajo. Que aún le duraba el enojo. Que le había salido un viaje. Que le tenía miedo a Violeta. Que su madre se estaba muriendo.

Pero la realidad le demostraba que todas esas especulaciones se caían por su propio peso. Cayó entonces en un pozo depresivo. No paraba de llorar. Se dio cuenta de que Alex ya no quería verla, pero le era imposible aceptarlo.

Su hermano había sido una tabla de salvación para no seguir cayendo en esa espiral de sufrimiento que la absorbía. Le dio su mano y la ayudó a levantarse, le brindó su cariño, intentó contagiarle alegría, y lo más importante de todo, la escuchó. Y ella experimentó cierto alivio. No había querido hablar con nadie del tema, ni con Violeta, ni con su prima, ni siquiera con su amiga Yami. Cuando las veía esforzarse por hacerla sonreír, el nudo en su garganta se hacía más denso, y tenía que hacer grandes esfuerzos por no romper en llanto.

Pero con Luciano al lado, había logrado por lo menos asumir que todo había terminado, y que ella tendría que seguir con su vida como fuese.

¿De eso se trataba la resignación? Quizás.

Sin embargo, cada noche en el silencio de su habitación podía escuchar el sonido de su corazón que se aceleraba al recordar los besos de Alex e invariablemente se dormía

repitiendo su nombre una y otra vez. Alex...

Oh, el nudo en la garganta estaba de nuevo allí. Sacudió la cabeza, no quería ponerse a sollozar como una tonta en plena calle. Bastante agua caía ya, y ella sin paraguas. Se colocó su morral en la espalda y suspirando, comenzó a caminar.

Maldita lluvia. Maldito tráfico.

“Maldito todo menos Verónica. Espero llegar a tiempo porque no soporto más estar lejos de ti... Oh, Princesa. ¿Podrás perdonarme?”.

Temía que ella, aun queriéndolo, lo mantuviera alejado por puro orgullo. Eso lo aterraba, porque no podía pasar ni un minuto más sin verla, sin hablarle, ahora que sabía que lo amaba, y que sufría igual que él por no estar juntos.

“Verde, verde, verde ¡ahora, carajo, ponte verde ahora! Oh, ¡cómo la quiero, cómo la echo de menos! Si lograra tener de nuevo esa boca, si ella me perdonara... Dios mío si no la encuentro ahora, me moriré, de veras que lo haré”.

Y Dios lo escuchó. No fue necesario morir, porque llegó a tiempo. Bueno, casi.

A través de la cortina de agua que envolvía su coche, vio cómo Verónica salía del portal rápidamente. Y no había un solo lugar para aparcar. Los buses zumbaban a su alrededor y él parado en doble fila.

No había tiempo ni para pensar. Así como estaba descendió del coche dejando la puerta abierta, deteniendo todo el tránsito que venía detrás. La llamó, pero el sonido de las bocinas, ahogó su grito, y ella continuó caminando. Corrió tras ella y estuvo a punto de perderla entre la marea de paraguas. Se desesperó y apartó sin demasiada delicadeza a un robusto adolescente que se interponía en su camino.

Y al fin la alcanzó. La tomó de un brazo, y como aquella vez en la puerta de La Escala, la hizo girar. Pero esta vez no la besó.

El agua caía a baldes, pero igual pudo ver entre sus pestañas mojadas, primero la sorpresa, luego el dolor y finalmente la furia en el hermoso rostro de Verónica.

Ella abrió la boca, luego la cerró, y luego la volvió a abrir. Parecía no saber qué decir.

Él dejó sus ojos y se concentró en esa boca indecisa. La visión de su rosada lengua, muy a su pesar lo excitó terriblemente. De cero a cien en dos segundos, como la primera vez que la vio.

—Verónica... — murmuró como hipnotizado.

Ella pestañeó confusa.

Por un lado se moría de ganas de abrazarlo, de ofrecerle la boca que el miraba con tanto deseo, de derretirse en sus brazos... Pero por otro tenía ganas de golpearlo.

Lo amaba, lo odiaba por hacerla sufrir, pero lo amaba.

—Lo siento, Princesa — fue todo lo que atinó a decir.

Verónica se mantuvo en silencio. ¿Qué era lo que él “sentía”? ¿Haberle roto el corazón? ¿Haber matado sus ilusiones sin una sola explicación? ¿Haberle encendido el fuego y luego echarle un balde de agua helada? “Princesa mis narices”, pensó ofuscada. Y como ya había tenido suficiente agua en esos días, sobre todo saliendo de sus ojos, de un tirón se soltó y echó a correr. No cogería una nueva gripe por ese cabrón.

Se desconocía. No sabía de dónde había salido tanta ira, pero allí estaba. La niña

mala que vivía en su corazón le dijo que lo hiciera sufrir.

Pero él no se rindió. Echó a andar tras ella y la alcanzó en dos zancadas. Esta vez se aseguró de que no huyera levantándola en vilo hasta la altura de sus ojos, bien pegada a su cuerpo y apretándole los brazos doblados sobre sus senos, para que no se pudiese mover.

—Suéltame —siseó ella, en un tono tan frío que la sorprendió.

—No hasta que me escuches.

Estaban dando un bonito espectáculo.

Dos señoras con floridos paraguas se detuvieron en la acera a observar. Otra que llevaba un gran paquete entre los brazos, rápidamente se puso a resguardo en un alero para tener una primera fila como espectadora, pero sin empaparse.

Y el chico que Alex había apartado de su camino, se quitó los audífonos y dio un silbido. Cualquiera día le tocaría a él una mujer así...

—No quiero escucharte, bájame ahora.

—No lo haré.

El chico consideró oportuno intervenir, quizás ganaría algún punto con ella.

—Ehh... la señorita ha dicho que la sueltes.

Pero la mirada que le echó Alex fue suficiente para que volviera a ponerse los audífonos y saliera corriendo como si lo persiguieran los lobos. Mientras se retiraba le pareció que ese gigante que sostenía a la chica en brazos, le había mostrado los afilados dientes. Pobre Caperucita.

—Basta, Alex.

—Sólo mírame.

Ella lo hizo y lo que vio la hizo temblar.

En la mirada de Alex había amor. El agua se escurría por sus cabellos y por su rostro. Entrecerraba los ojos, molesto por tanta lluvia. Pero continuaba habiendo amor en su mirada.

Ella se miró en sus ojos. Se vio pequeña, empapada, asustada. Y rompió en llanto.

—Oh mi vida, ya no llores —susurró él conmovido.

Pero ella estaba histérica. Todo el dolor acumulado hizo eclosión.

—Te odio, te odio, te odio —sollozó, revolviéndose en sus brazos. Deseaba golpearle el pecho, pero él la tenía inmovilizada.

Alex no se amedrentó. La sostuvo firmemente y le dijo:

—No, no me odias. Sé que no me odias, Verónica. Tú me amas.

Y ella dejó de luchar.

El aflojó su forzado abrazo, y la depositó en tierra firme. Luego la tomó de la nuca y la acercó a su cuerpo.

Verónica lloraba contra el cuello de Alex, y él la acunaba, y le acariciaba el cabello.

—Ya pasó, mi amor, ya pasó todo.

Ella lo miró, con los ojos llenos de lágrimas.

Pero aún había una furia increíble latiendo dentro de ella. Sentía fuego en su estómago y muchas ganas de darle una bofetada.

Mientras más pensaba, más sentía renacer su ira.

“Maldito hijo de puta, ¿ahora quieres que te perdone con un simple ya pasó todo? ¿Me llevaste al infierno y ahora de golpe quieres mostrarme el cielo? Tonto, tonto. ¿No ves que en mi alma aún está lloviendo?”

—¡No! No pasó todo, Alex. Todo sigue aquí —y se tocó el pecho—. Me has hecho mucho daño.

—Lo sé. Lo siento, Vero.

—Y una mierda. ¿Por qué lo has hecho? ¿Por qué me dejaste sin decirme el motivo? ¿Por qué?

—No sé cómo explicártelo. Sentí que no tenía derecho, que estaba abusando de ti. He debido resistir a tus... provocaciones.

—Carajo, Alex. ¿Eres estúpido? ¿Quién te ha pedido que resistas nada? ¿Sólo porque no me gustó que me follaras con la mano en la puerta de mi casa tenías que dejarme así?

Él se quedó de una pieza. Sintió cómo crecía su excitación al escuchar la palabra follar en esa dulce boca. Metió las manos en sus bolsillos, y disimuladamente acomodó todo lo que tenía, porque esa erección ya lo estaba lastimando.

Ella continuaba, furiosa.

—¿Pero quién te has creído? ¡No eres mi padre para cuidarme! Además... ¡Ni siquiera soy virgen! — mintió a los gritos. El despecho hablaba por ella.

La dama del paraguas con flores se hizo la señal de la cruz y miró hacia otro lado.

Alex se la quedó observando, sorprendido. No lo esperaba. No esperaba algo así, pero descubrió en ese instante que le importaba una mierda.

Él no quería su himen, él la quería a ella. Y así se lo dijo.

—No me importa. Te quiero como sea. Yo te amo Verónica, y virgen o no, tengo que comportarme como un hombre, y no como un animal. Siento haberte tratado de esa forma, de verdad lo siento.

Pero ella estaba concentrada en sólo en parte de la frase “Yo te amo Verónica...”.

La cabeza le daba vueltas, las piernas se le aflojaron, y una vez más, como tantas veces lo había hecho, tuvo que aferrarse a él para no caer.

Cuando levantó el rostro el beso fue inevitable. Se besaron una y otra vez, en un torbellino de pasión que parecía nunca acabar. Se besaban, se mordían, se chupaban, impacientes, calientes, totalmente desquiciados.

En la cambiante Montevideo comenzaba a brillar el sol, mientras Verónica y Alex, abstraídos del mundo, se besaban salvajemente, sobre la empapada acera.

Y bajo el arco iris que empezaba a asomar entre las nubes, las bocinas continuaban sonando...



Capítulo XV

¿Planchita o buclera? He aquí el dilema.

¿Le gustarían los rizos a Alex? Y el vestido rojo, ¿sería demasiado atrevido o no lo sería lo suficiente? , se preguntó Verónica mirándose en el espejo de su tocador.

A ella, Alex le gustaba de cualquier forma. De etiqueta, de jeans y camiseta, con la camisa manchada de helado, empapado por la lluvia...

Lo amaba. Adoraba la manera en que él la miraba, la forma en que se movía, su cadencia en el hablar, su maravilloso cuerpo y esa boca... La conocía de memoria. La había saboreado intensamente. La había visto de mil maneras. Con los labios apretados, furioso. Con su adorable sonrisa de lado deritiéndola como un hielo al sol. Entreabierto, llena de deseo, invitándola a besarlo... Había acariciado su lengua con la suya, había bebido su saliva, había recorrido su paladar, la había disfrutado hasta el hartazgo. Aunque nunca podría hartarse de esa boca... Siempre querría más.

El espejo le devolvió la imagen de una mujer enamorada.

Pues bien, volviendo al cabello... ¿levemente ondulado o completamente liso? Vaya trivialidad.

¿Qué pasaría esa noche? Imaginó los dedos de Alex entre sus rizos de seda, y su corazón fue quien decidió.

Sonrió. En los últimos días no había cesado de sonreír. Todo tenía otro color; la comida había vuelto a tener sabor, los sueños ya no eran pesadillas, la lluvia la llenaba de felicidad. Hasta había vuelto a bailar.

Pasó una mano por su mojado cabello con aroma a manzana, y recordó el maravilloso momento en que su vida volvió a tener sentido...

Esa tormentosa tarde, no le importó que se le mojara el pelo. Lo único que significaba algo en su vida, estaba entre sus brazos devorándole la boca.

Alex...

No dejaba de recordar todo lo que había pasado ese día. Las imágenes invadían su mente una y otra vez. Las repasaba en detalle, no quería olvidarlas.

Alex y ella, calados hasta los huesos, peleándose en la acera.

Alex y ella, calados hasta los huesos, besándose en la acera.

Alex y ella, calados hasta los huesos, arrestados en la Jefatura de Policía de Montevideo.

En realidad, el arrestado fue él, pero Verónica no quiso abandonarlo. Él le pidió, más bien le rogó que fuera a casa a secarse, pero ella permaneció a su lado todo el tiempo.

Recién se despegó de él cuando el Dr. Marcos Lombardo, abogado de la empresa, pagó la fianza para que pudiese salir. Es que el Comisario Millán exigió que fuese a recogerlo alguien responsable que respondiera por “ese desquiciado”, de otra forma no saldría a la calle. Verónica sonrió al recordar que también lo habían llamado “un peligro para la comunidad”, un irresponsable, y un sinfín de linduras más. “Deberías ir a prisión, hombre lindo, pero por haberme robado el corazón. Es tuyo, siempre lo fue, ¿ahora, qué harás con él? ¿Lo botarás de nuevo? ¿O te lo comerás a besos?”

Interrumpió sus románticos pensamientos sobre corazones robados, y regresó al recuerdo del día en que arrestaron a Alex. Fue muy gracioso. Claro, al verlo a la distancia y en retrospectiva resultaba divertido, pero entonces no lo fue tanto. Estaban ambos en medio de la acera con las lenguas enredadas, bebiendo su amor el uno de la boca del otro, cuando alguien le tocó el hombro a Alex. Él se volvió de mala gana, y en un primer momento no vio a nadie. No veía, pero escuchaba una voz chillona que lo estaba increpando. Miró hacia abajo y vio a una diminuta mujer policía con un impermeable amarillo y su inconfundible gorra cubierta por un nylon. Alex se mordió el labio para evitar sonreír. Estaba más que dichoso, estaba eufórico: tenía a Verónica a su lado, ella lo amaba, lo había perdonado, y le estaba comiendo la boca como había deseado tanto. No había nada que pudiese opacar ese instante sublime.

Pero a la pequeñita parecía importarle un comino su felicidad, y no cesaba de reñirlo señalando el coche que la grúa se estaba llevando entre los aplausos de los conductores atascados en el tráfico.

Diablos. Ese coche era su coche. Bien, no tendrían más remedio que salir de allí en taxi. O caminando, ya que había dejado de llover, y un hermoso arco iris asomaba entre las nubes.

—No tan rápido, caballero —le advirtió “Pulgarcita” con la nariz apuntando al cielo, para poder ver a Alex a los ojos—. Está usted arrestado.

—¿Perdón? ¿Está bromeando?

—Nunca bromeo. Ha alterado el orden público y el derecho a la libre circulación, ha violado tres normas de tránsito, y además ha escandalizado con su comportamiento a todos los transeúntes. Ese chico, el de los audífonos, lo acusó de estar hostigando a esta muchachita, que quién sabe si no es menor de edad.

El chico de los audífonos intentó esconderse detrás de la señora del paraguas floreado, sin éxito. Era demasiado robusto.

Verónica quiso explicar que ni era menor de edad, ni la estaba hostigando, que simplemente la estaba... amando, llenándola de felicidad.

Pero la pequeña agente la ignoró y continuó dirigiéndose a Alex que la miraba atónito.

—... así que deberé arrestarlo y llevarlo a la Jefatura. Pero antes, tendré que asegurarme de que no porta armas. Contra la pared por favor, y separe las piernas...

Alex y Verónica se miraron y evidentemente pensaron lo mismo: “Oh, qué escena tan surrealista”.

—Oficial, por favor... Ha sido un error, lo reconozco, dígame cómo podemos solucionarlo.

—¿Está intentando sobornarme, caballero? Una falta más para su prontuario...

Diablos. No intentaba hacerlo, sólo quería salir de ese incómodo momento.

—Oficial, ambos sabemos que no me arrestará.

—Oh sí. Le aseguro que lo haré. Allí viene mi compañero. El oficial Mendoza me

ayudará si es necesario.

El oficial Mendoza era un gigante. Debía medir más de dos metros y tenía cara de pocos amigos.

No fue necesario que el compañero la ayudase. Al verlo, Alex tragó saliva y sin decir agua va, se puso contra la pared, abrió las piernas y permitió que Pulgarcita lo revisara ante el asombro de Vero.

La agente se tomó su tiempo para hacerlo. Lo recorrió con sus pequeñas manitas de arriba a abajo y luego de abajo a arriba. Alex puso los ojos en blanco y resopló, cuando ella le golpeó levemente el trasero al terminar su exploración. Y aparentemente satisfecha, lo condujo a la patrulla con Verónica prácticamente adherida a él. No hizo el intento de apartar a la muchacha, pues se dio cuenta de que sería inútil.

Así que estuvieron un par de horas en la delegación. Verónica tenía la camiseta pegada al cuerpo, y Alex no dejaba de mirar sus senos. No parecía nada preocupado, más bien se lo veía excitado. Por los pechos de Verónica, por su cercanía, por esa maravillosa boca... Tenía que contenerse para no partírsela de un beso, porque el Comisario Millán, no les quitaba los ojos de encima.

Todo terminó bien en esa ocasión, y Vero se dijo que esa noche, la última del año, no habría ni Comisario Millán, ni Oficial Mendoza, ni Pulgarcita, que impidiesen que Alex y ella se besaran. Oh, cuantos deseos tenía de hacerlo. Quería lamer su cuello, acariciar su pecho, tocarlo... Tocarlos por todas partes.

“Esta noche, ¿deberé comportarme como una niña buena o seré una niña mala?”, se preguntó sonriendo.

Justo a las doce, cuando el nuevo año nacía, bajo la mirada de desaprobación de Violeta y la sonrisa cómplice de Luciano, Alex la besó.

Fue un beso bastante pudoroso. Verónica entreabrió los labios, pero de lengua, nada. Sólo un leve contacto. Demasiado decente, muy “a lo Violeta”.

A Luciano le había costado bastante hacer que Violeta aceptara a Alex nuevamente. Lo hizo por Verónica, pero continuaba desconfiando de él.

Cuando brindaron, todos lo hicieron por el amor y la felicidad, menos Violeta que lo hizo por “las promesas cumplidas”. Alex miró para otro lado y apuró el champagne.

Violeta era un hueso duro de roer.

Para ablandarla, esa tarde él le había enviado las flores más bellas que pudo encontrar. Todas color lila, morado y violeta, en honor a su nombre, pero ella las ignoró por completo.

Se presentó a cenar con un par de botellas de un caro champagne francés, pero Violeta apenas tomó nota de ello. Poco antes de la medianoche Alex le besó la mano y luego se inclinó y musitó en su oído las palabras mágicas: “Jamás volveré a lastimarla”. Y eso pareció, por fin, ser suficiente para ella. Lo tomó como la renovación de su promesa, y sonrió conforme. De todos modos estaría muy atenta, él no la tomaría desprevenida nuevamente.

Violeta estaba satisfecha, pero Vero no. Más bien estaba decepcionada. ¿Esta sería la tónica de su relación? Desde que habían salido de “la cárcel” Alex no la había besado como Dios manda. Por una cosa u otra no habían tenido ni un solo momento de pasión, de

desborde, como el que protagonizaron el día del arresto. Es que Alex estaba tratando de controlarse, y la mejor manera de hacerlo era evitar encontrarse a solas con ella.

Pero esa noche, Verónica tenía otros planes.

Cuando él atinó a subirse al coche ella se metió también.

Alex la miró sorprendido.

—¿Dónde vamos, Vero? —preguntó riendo. Sabía que no la llevaría a ningún sitio. No podía volver a tener un tropiezo con Violeta.

—No quiero ir a ningún lado. Sólo quiero estar contigo.

A él se le encendió la señal de alarma. La última vez que habían estado en esa situación, había terminado todo mal. Y ahora la escena se presentaba de forma muy similar. Vero estaba bellísima con un vestido rojo bastante sugerente. Entre sus rizos lucía unos pendientes de diamantes que él le había enviado como regalo de Navidad tardío.

Alex tragó saliva e intentó sacarla por la tangente.

—¿Te irás de vacaciones?

—No. No este año. Siempre vamos a la costa en enero, pero esta vez tía Margarita no está bien, y Violeta quiere permanecer en Montevideo. ¿Y tú?

—Tampoco.

“Tenía pensado irme como todos los años a Punta del Este, pero por supuesto que no lo haré. Estaré donde tu estés, mi vida. Así tenga que asarme en esta abrasadora ciudad, no iré a ningún sitio sin ti”, pensó. Y se sorprendió al darse cuenta de que no le importaba en absoluto quedarse.

Tenía una chacra marítima en José Ignacio, además del pent-house enfrente a La Brava que ese año no disfrutaría. Pero sí disfrutaría de algo mucho más bello; es que no había vista, no había paisaje más bonito que Verónica.

La miró, y su corazón comenzó a latir de prisa. Nuevamente intentó romper esa electricidad que se iba generando entre ellos.

—Ya que no irás de vacaciones te anotaré en un curso de verano, Vero. Me has dicho que no sabes si inscribirte en la carrera de Arquitectura o de Diseño. Bien, esto es mitad curso, mitad orientación vocacional. Te ayudará a definirte.

—¿Dónde es ese curso?

—En la Universidad de Montevideo, y comienza la semana entrante.

Era una de las principales universidades privadas de la ciudad.

—Pero Alex, ¡eso es muy caro!

Él rió.

—Carísimo. Tendré que romper mi alcancía.

—Tonto.

—Verónica, tómallo como una beca. Además quiero invertir en ti, porque quizás puedas darme una mano en el trabajo algún día.

Ella sonrió extasiada. La frase “algún día” significaba lo mismo que “futuro”, y eso la emocionaba.

—Gracias —le dijo simplemente.

Y luego, se sentó sobre las piernas de Alex.

“Ahí vamos de nuevo, muñeca. No empieces. No lo hagas. Pero qué tonto soy, cómo he caído en esta trampa. Me ha cercado y me ha atrapado. Eres... Oh, eres maravillosa. Y aquí estás sentada sobre mí, y me besas con tu boca divina.... Y yo me quiero morir, pero de amor”.

Alex no la tocaba y apretaba los puños firmemente mientras ella lo besaba

tomándole el rostro entre sus manos.

—Él no podía evitar corresponderle, pero no la tocaba.

—Sabes a fruta —observó él saboreando su beso.

—Tú también.

Y cayeron nuevamente en esa locura de besos y lenguas, de aroma a frutas y saliva, de pasión y de deseo.

Se besaron una y otra vez.

—Alex... no sabes cuánto... te he... echado de menos... —le susurró entre jadeos.

—Dime cuánto, Princesa.

—Oh... hasta desear morirme. Te he extrañado aquí... —le dijo, señalando su cabeza.

—...y aquí —continuó, indicando su corazón.

—... y también aquí... —y se tocó el sexo, sin dejar de mirarlo a los ojos.

Eso fue demasiado para él.

Sosteniendo su mirada, lentamente introdujo su mano bajo la falda de Verónica. Sabía muy bien a lo que iba. Sabía que no harían el amor esa noche en el coche, pero aun así, consciente de sus actos, comenzó a acariciarla.

Ella gimió y echó la cabeza hacia atrás. Alex lamió su cuello, y luego introdujo la lengua en su oído, sin dejar de tocarla.

Lo hacía lentamente, por encima de las bragas. Con el pulgar dibujaba círculos en el punto exacto, y luego lo frotaba.

Verónica estaba perdiendo el control. Quería... no sabía lo que quería. Lo que sí sabía es que necesitaba que él continuara acariciándola allí.

—Oh, Alex... sí —murmuró entre suspiros.

Su mano se movía rápido, pero sin perder la suavidad, ni el ritmo. Frotaba el sexo de Verónica, quien sin poder controlarse abría las piernas y apretaba con sus propias manos la mano de él.

Ella ya jadeaba, y arqueaba el cuerpo. Movía la pelvis hacia adelante y hacia atrás, con la mano de Alex acariciándola cada vez más rápido.

Y él bebía sediento la miel de sus labios, y continuaba tocándola, hasta que finalmente Verónica estalló. Literalmente estalló. Un sinfín de fuegos artificiales explotaron en su cabeza. Gritó su nombre entre gemidos, y él le tapó la boca con la suya.

Esa sí era una forma de terminar un año y de comenzar otro como Dios manda. Con su propio espectáculo de fuegos artificiales provocados por la experta mano del dueño de su cuerpo, de su mente, de su alma...

Cuando se disipó el placer, ella no quiso quitar su rostro del cuello de Alex, que le acariciaba tiernamente el cabello con la mano libre. La otra, seguía bajo la falda, donde también continuaba tocándola dulce y lentamente.

Verónica se sentía muy avergonzada. Se removió inquieta sobre las piernas de Alex y notó la tremenda erección que él estaba experimentando. Se sintió culpable, porque sólo ella había gozado.

—Alex, tú no... —era imposible ignorar el enorme bulto en los pantalones de él.

—No digas nada, Princesa. ¿Harás algo por mí?

Vero asintió inmediatamente.

—Muy bien. Primero sal de mi... De mis piernas.

Ella se bajó y volvió a su asiento.

—Ahora bésame.

Y para sorpresa de Verónica, él le ofreció su mejilla. Ella la besó, obediente.

—Y ahora vete. Vete a tu casa ahora mismo, que yo tengo que resolver esto.

Ella imaginó la forma en que él resolvería eso y muy erguida y sin decir una palabra, descendió del coche y entró sonriendo a su casa.

Un minuto después de que el coche de Alex arrancara, Verónica cayó en la cuenta de que quizás “resolver eso” para él, era otra cosa. No era un chico, era un hombre...

“Carajo. Si vas con otra te mataré Alex Vanrell, lo juro. Descarga como quieras, pero solo, o lo sentirás. Yo hubiese estado dispuesta a ayudarte, creo. Oh, no lo sé. No sabría cómo. Pero me gustaría, me encantaría hacerlo. Tocarte nuevamente allí... No tendrías que arrancarme las bragas, yo misma te las daría, mi amor. Pero si vas con otra, no podré soportarlo”.

Y esa terrible duda opacó las luces de esa inolvidable noche. Fue como si cincuenta jodidas sombras grises cayeran sobre Verónica y envolvieran su corazón.



Capítulo XVI

“Pokerface, estás más pesado que nunca”, pensó Verónica la enésima vez que el Dr. Ordoñez la solicitó en el reservado donde estaba atendiendo a un pobre chico de cabello rojo, que miraba el torno como si fuese el mismo demonio.

Verónica le echó una mirada compasiva, y luego se volvió a Ordoñez.

—Dígame, Doctor.

—Avísele a la Sra. Delmonte que Junior ya está listo.

—Enseguida.

Esa tarde Pokerface estaba especialmente demandante. Que llamara al de las prótesis, que le bajara el asiento, no, que estaba demasiado bajo, que se lo elevara, que le alcanzara más gasas, que solicitara resina que estaba a punto de acabarse... ¡Uff! Lo que estaba a punto de acabarse era la paciencia de Verónica.

Entre eso, las continuas llamadas, y los pacientes de sala de espera que creían que era su obligación escuchar los detalles de sus tratamientos de conducto, estaba hasta la coronilla.

No veía la hora de que llegara Alex a recogerla.

Se aproximó a la ventana y pegó su nariz al cristal para observar. Nada.

¿Dónde estaría?

Le encantaba que él llegara siempre con antelación a recogerla. Solía observarlo por la ventana antes de salir, podía adivinar su ansiedad, la misma que ella sentía, y no perdía el tiempo. Bajaba corriendo las escaleras para ir a su encuentro a perderse en su boca.

Pero ese día ya estaban dando las siete, y Alex no estaba allí.

De pronto lo vio descender de un coche blanco. Caramba, qué manía de cambiar de vehículo tenía. Suponía que los alquilaba, no tenía idea de la cantidad de coches que Alex poseía, porque jamás le dio importancia al tema. Y él tampoco.

Alex estaba de infarto, con sus jeans ajustados, y su camiseta blanca.

“Este hombre se ve bien con todo lo que se eche encima, no quiero ni pensar cómo se verá cuando encima no tenga nada más que a mí”, pensó soñadora.

¿Cuándo sería eso? No lo sabía. Las cosas se estaban dando lentamente. Parecía que el destino se hubiese confabulado para que ese tema quedase en un segundo plano.

Alex aparentaba no haber registrado la confesión de Verónica sobre su virginidad. Mejor dicho, la mentira sobre su virginidad. No hablaban de ello y él jamás la apremiaba para llevarla a la cama.

Más bien la trataba con una delicadeza propia de una flor de invernadero, y la

verdad sea dicha, ella se sentía bastante puta por tomar siempre la iniciativa de besarlo y acariciarlo atrevidamente.

Así que la relación entre ellos se caracterizaba ahora por oscilar entre una cortesía afectuosa y una ternura desapasionada. Con algún que otro pico de pasión que invariablemente Alex se encargaba de apagar.

Carajo, no era lo que ella quería. Su mentira, lejos de darle impulso, lo había alejado más. Al final no sabía si lo tenía tan subyugado como parecía al principio. Eso sería terrible, porque ella cada día se sentía más enamorada. Perdidamente enamorada.

Por su cabeza cruzó el mismo pensamiento que le amargó la madrugada de Año Nuevo... ¿Sería que Alex le estaba siendo infiel? De solo pensarlo, se estremecía y una furia desconocida se apoderaba de ella.

No se animó a preguntarle nada en los posteriores encuentros, pero esa duda se quedó clavada como una espina en su corazón.

Se sacudió esos oscuros pensamientos, recogió sus cosas y salió a su encuentro.

Alex no dejaba de sorprenderse por su belleza. La vio correr con sus altísimas sandalias y temió que se cayera. Y ella lo hizo, pero adrede y en sus brazos. Se colgó de su cuello y lo besó, lo estrechó, lo volvió a besar. Se pegó a su cuerpo, y él contrajo todo sus músculos cuando sintió sus senos oprimirse contra su pecho.

Verónica le reclamaba la lengua, apasionada.

“Ay, Vero... Serás candela en mi cama, mi vida. Pero no seré yo quien dé le primer paso, te lo juro. Virgen o no, serás tú la que tome la iniciativa y me lo pidas”, pensó mientras la besaba una y otra vez.

No podía evitar especular sobre quién había sido el que la había desvirgado. Cada vez que veía una bici, se acordaba de ello. Sabía que experimentar celos retroactivos era una soberana tontería pero no podía evitarlo. Se la imaginaba desnuda y ardiente en la cama de otro. Se preguntaba si le había dolido la primera vez, y si había tenido un orgasmo tan intenso como el que disfrutó la otra noche con él y su mano lujuriosa.

Esa madrugada de Año Nuevo, Verónica no se dio cuenta de que él también había acabado y sin tocarse, sólo a causa de lo que le estaba haciendo a ella y del movimiento de sus nalgas sobre su hinchado miembro. Ella no se dio cuenta de nada porque estaba demasiado ocupada corriéndose. Y porque el maldito pene continuaba activo, como si nada hubiese pasado. En el trayecto a su casa, más o menos se compuso. Estaba desesperado por una ducha, pero para limpiarse ese tremendo río de semen que había vertido, y que ahora le molestaba. Se le habían pegado los boxers. Era una suerte que Jeremías, el portero, no estuviese. De lo contrario, le habría sido imposible caminar erguido ante él con semejante carga pegajosa. Y mucho menos darle la mano en saludo de Año Nuevo, porque con esa mano había tocado a Verónica. Uh uh. Ya se había excitado de nuevo, “Quizás sería buena idea que la ducha fuese fría”, pensó mientras se llevaba los dedos a la nariz, y descubría su maravilloso aroma.

Al recordar ese perfume y gracias a los besos de Vero en la puerta de su trabajo, volvió a tener necesidad del alivio de una ducha lo más helada posible. La erección fue inmediata. Allí estaba, en plena calle, con el miembro elevado a su máxima potencia contra el vientre de Verónica.

Ella no pudo dejar de notarlo, y se apretó contra el cuerpo de su hombre lindo. ¿Darían nuevamente un espectáculo de besos y caricias atrevidas en el mismo lugar en que se habían reconciliado? Esperaba que la diminuta mujer policía no anduviese por allí esa vez.

Alex luchaba por recobrar la sensatez, pero su cuerpo tenía voluntad propia, y en lugar de soltarla, deslizó las manos por su espalda, la tomó de las nalgas y la oprimió contra su pene.

“Por fin, amor mío, por fin reaccionas. Apriétame fuerte, que así lo siento más. Estás a punto, Alex. Y yo también. ¿Lo sabrás? ¿Sabrás las ganas que tengo de tenerte dentro de mi cuerpo?”, se dijo al sentir esas enormes manos acariciando su trasero. Pero una voz interior le susurró al oído: “Tener ganas y estar lista van por caminos distintos, hay que ver cuándo se encuentran...”.

“Maldita conciencia” pensó Verónica, y esta vez fue ella quien se relajó y aflojó el abrazo.

Mientras ellos subían al coche sonriendo avergonzados, Pokerface, que había presenciado toda la escena por la ventana, apretaba los cuidados dientes mientras una furia primitiva y feroz se apoderaba de él.

Verónica estaba en las nubes.

El día de Reyes Alex le había hecho el regalo más lindo que pudiese alguien imaginar.

Había aparecido de improviso, con un par de zapatos rojos Sarkany que ella había admirado en un escaparate el día anterior. Pero lo mejor de todo, asomando en uno de ellos, había un diminuto cachorrito pug.

No podía creerlo. Estaba en camión en la puerta y Alex no dejaba de observar su cuerpo, mientras le tendía la caja con los hermosos zapatos y el adorable perrito.

—Como no me has dejado tus zapatitos, te he comprado éstos y mira lo que traían.

Verónica gritó de la alegría, tomó al cachorro y lo llenó de besos. Qué hermoso era, y qué pequeño.

Miró a Alex con los ojos nublados por las lágrimas de emoción, y le tendió los brazos al cuello murmurando en su oído “gracias, gracias, gracias”.

Violeta pondría el grito en el cielo, pero a ella no le importó.

—Qué hermoso eres, mi pequeño pug. Dormirás en mi cama...

—Qué afortunado... —murmuró Alex, pero ella no lo escuchó.

—... y te llevaré a todos lados en mi bolso, mi precioso bebé.

—Ahora que dices bolso...

Fue hasta el coche y le trajo una cartera a juego con los zapatos, carísima.

—Oh, Alex. Todo esto es demasiado costoso.

—Te aseguro que no me arruinaré, y además sería criminal llevar a tu mascota en tu morral —comentó riendo—. Y no le digas precioso a esa bolita de pelos, dile preciosa, porque es hembra.

Él ya estaba experimentando celos del pobre animalito, que le estaba quitando la atención de Verónica y se estaba llevando todo su afecto.

—Entonces la llamaré Vainilla —decidió Vero pensando en el libro de E.L. James.

Vainilla le sonaba a dulce, inocente tal como veía a su pequeña pug. Pero a la vez se la había dado este hombre tan guapo que de inocente no tenía nada...

“¡Qué nombre tan extraño para un perro!”, pensó Alex. Creyó que la llamaría Lulú o algún otro nombre cursi. Pero Verónica era así, impredecible, sorprendente, y original.

Ella no tenía nada para él. Al menos no tenía nada material. ¿Qué se le podía obsequiar a un hombre que lo tenía todo? Ni relojes, ni perfumes, ni ropa. Entonces se le había ocurrido componerle una poesía. Se la tendió, un poco avergonzada. Él tomó el papel y leyó...

PARA ALEX

Si fuese mi cuerpo de arcilla
y de tus manos dependiese
el moldearlo ¡oh maravilla!
plena de cumbres y valles
como por arte de magia
la nada desaparece...
Si mi cuerpo fuese un arpa
y tú un eximio ejecutor
las cuerdas de mi cabello
peinarías con tu amor
y la melodía más bella
se haría viva en la pasión.
Pero si fuese de hierro
-que no lo es, ¡por favor!-
tú serías, no lo dudes
experiente forjador
y en la fragua de tus besos
fuego líquido sería yo.
Más lo cierto es que mi cuerpo
carne cubierta de seda
en tus manos toma forma
vibra, es fuego y se moldea
con tu amor él se transforma
es tu obra, ¡haz lo que quieras!

Alex se mantuvo largo rato con el papel rosa en la mano. Estaba escrito de su puño y letra y abajo decía: Verónica.

No quería levantar la vista hasta no estar seguro de que los sentimientos que estaba experimentando no se traslucieran en su rostro. Sobre todo estando Violeta presente, que los miraba intrigada.

Estaba anonadado: en sus manos tenía la rendición total de la mujer que él consideraba suya, de la mujer que amaba por encima de todo. Una singular entrega se leía entre líneas, en esa hermosa poesía.

Nunca le habían dado un regalo así. De ahora en más sería su objeto máspreciado, aun por encima de las destrozadas bragas de Verónica que conservaba bajo su almohada.

La miró con el amor reflejado en su rostro. Y luego la tomó en sus brazos y hundió el rostro en su cabello.

La emoción la embargaba cada vez que recordaba ese abrazo el día de Reyes. Cuánto lo amaba. Ahora estaba segura de que estaba preparada para cumplir con sus propios deseos y satisfacer los de él. El problema radicaba en que no sabía cómo hacérselo saber y tampoco tenía idea de cómo haría para decirle que en realidad era virgen.

Se arrepentía de haberle mentado. Lo había hecho por un lado para herirlo, y por otro para que él venciera sus tontos escrúpulos, aunque no dio resultado.

Suspiró y se concentró en las facturas que el doctor debía pagar esa semana. Quería dejar todo listo porque faltaban pocos días para comenzar el curso que Alex le había obsequiado, y quizás tuviese que pedir algún día de permiso.

Estaban solos en el consultorio ya que los dos primeros pacientes de la tarde habían suspendido.

Mientras ella registraba los números en una planilla de cálculo, Ordóñez no le quitaba los ojos de encima. Desde que la conoció estaba en el mismísimo infierno. Nunca se le hubiese cruzado por la mente contratar a una chica tan joven, pero ni bien Verónica puso un pie allí, él se sintió completamente perdido. Estaba encandilado por su belleza, y así sin más le dio el empleo.

Por esa cara perfecta y ese hermoso cuerpo es que toleraba sus ausencias, su medio tiempo, y toda cosa que a ella se le ocurriese.

Buscaba cualquier estúpida excusa para llamarla al consultorio, sólo para tener el placer de verla andar de vuelta a la recepción, con ese culo encantador apretado en la falda que él le había comprado.

Eso sí, se había cuidado muy bien de que ella no viese el deseo en su mirada. No quería asustarla. La estaba acechando, esperando pacientemente la ocasión adecuada para echarle mano a su presa.

Y se estaba cocinando a fuego lento, en el caldo de sus lujuriosos deseos...

El día en que se la encontró en la disco, fue una completa casualidad. Estaba echándose un trago, mientras fantaseaba con Verónica tendida en su silla de trabajo completamente desnuda, cuando giró la cabeza y la vio con ese hombre en la oscuridad. Su corazón se llenó de negro odio. No podía tolerar que su inocente muchachita se dejara manosear como una puta a la vista de todos. Maldijo en silencio, pero se mostró imperturbable cuando ella lo descubrió observándola en la penumbra. Tenía ganas de golpear a ese maldito, y luego llevarse a Verónica y follársela lo quisiese ella o no. Pero no lo hizo. En su rostro era imposible advertir nada de lo que le pasaba por su cerebro obnubilado por la rabia y el alcohol.

Desde ese día, todo cambió entre ellos. Verónica se mostraba esquivada, avergonzada quizás. Y él la trataba con estudiada frialdad. No sabía si ella lo notaba. Lo más seguro es que no lo hiciera, tan atontada estaba con ese hombre que no habría notado ni que la tierra se hubiese abierto bajo sus pies.

“Maldita Verónica, eres una pequeña zorra”, pensó dominado por la ira. Tan inocente que parecía... pero lo cierto es que se dejaba follar por ese idiota sólo porque tenía dinero. Carajo, él también lo tenía. Quizás no tanto como ese hijo de puta, pero tenía lo

suficiente como para pagarle un memorable polvo a Verónica.

Cuando la vio sobarse con él en la puerta del consultorio unos días atrás, supo que ella tenía los días contados a su lado.

Estaba seguro de que pronto se largaría. El malnacido ese la haría renunciar. La primera señal era ese famoso curso en que él la había matriculado. Luego le pondría un departamento para poder follársela a su gusto, cuando le viniese en gana.

Estaba completamente seguro de que Verónica pronto lo dejaría.

Eso pensaba ese día mientras la observaba trabajar. Y decidió que era tiempo de actuar.

“Ahora o nunca”, se dijo. Y aclarándose la garganta gritó:

—¡Verónica! Venga un minuto. La necesito.



Capítulo XVII

“¡Jesús, qué susto! Pokerface, presiento que hoy también tendrás un día difícil. Qué manera de gritar. Si estoy a un paso del consultorio. Y no soy sorda, hombre. Ya estoy yendo, no te inquietes”.

—Dígame, Doctor.

Ni bien entró en la habitación, Verónica lo notó extraño. ¿Qué sería? No tenía su habitual cara de póker, le brillaban los ojos. ¿Estaría contento? ¿Exaltado? ¿Nervioso? No conseguía descubrir su estado de ánimo. Debía ser por falta de costumbre, como jamás cambiaba de expresión...

—Verónica, hágame el favor de recoger el mechero que se me ha caído debajo del armario.

“¿Pero qué te has creído, que soy tu esclava? ¿No puedes recogerlo tú mismo? Qué inútil eres, por favor...”, pensó ella frunciendo el ceño. No quería obedecerle, pero creyó que sería muy descortés no hacerlo. No tenía excusas: él era un hombre mayor, y ella una chica joven y flexible.

Se acuclilló en el suelo y se puso a buscar el dichoso mechero.

—Doctor, no lo veo por ningún sitio.

—A ver si puede pasar su mano debajo, Verónica. Se me ha ido... Sí, más atrás.

“Oh, vejete holgazán. Eres demasiado flojo. Y yo debo estar dando el espectáculo, aquí en cuatro patitas en el suelo, intentando alcanzar ese maldito... mechero...”, pensó mientras se esforzaba por hallarlo.

No lo encontró. Tanteó a un lado y a otro y ni señales de él. Se puso de pie, y se alisó la falda.

Comenzó a decir: “Doctor, no he podido hallar su me...”, pero se interrumpió abruptamente. Su corazón se paralizó de pronto. Estaba de pie, y sentía a sus espaldas la presencia de Ordóñez. Su aliento caliente le tocaba la nuca. Antes de que pudiese reaccionar, él ya le estaba tomando los senos con ambas manos. Verónica dio un respingo e intentó desasirse.

—¡Basta! ¡Suélteme ahora! —gritó.

Pero él ignoró su pedido. Continuaba apretando brutalmente sus senos desde atrás, y luego le apoyó en el trasero el bulto que tenía desde hacía rato, sólo por observarla de rodillas en el suelo buscando un mechero inexistente.

Verónica luchaba, se resistía, y sollozaba impotente...

—¡Déjeme!

No entendía por qué le estaba sucediendo eso. Estaba desesperada por escapar, y sentía imperiosas ganas de vomitar.

—¿Por qué habría de soltarte, Verónica? Sé muy bien que te gusta que te toquen así... ¿Crees que no lo he visto? ¿Crees que no he notado como te dejabas manosear como una puta por ese hombre? Él no es mejor que yo, Verónica y te lo voy a demostrar ahora...

Su voz era siniestra, aterradorante. Su aliento le quemaba el oído.

“Por Dios, qué asco”, pensó Verónica. E inmediatamente se dio cuenta de que estaba a su merced. No era muy alto, pero era fuerte. Y al parecer sus intenciones eran...

Cuando le abrió la blusa fue con tanta violencia, que todos los botones saltaron por doquier.

Vero pensó rápido. Ese instante en el que la soltó para romperle la ropa, fue su única oportunidad para huir. Si lo hubiese tenido de frente, le habría bastado alzar su rodilla y darle de lleno en los testículos. Pero al tenerlo detrás, estaba en una posición mucho más vulnerable. Pero no se amedrentó. Levantó uno de sus pies, y con toda la fuerza de la que fue capaz, enterró su taco aguja en el pie de Ordóñez.

Él soltó un alarido. Le gritó “maldita puta” mientras caía hacia atrás enloquecido de dolor.

Verónica se precipitó por las escaleras y salió a la calle sosteniendo la blusa sobre sus senos. Afortunadamente pasó un taxi y ella se arrojó dentro.

Recién ahí pudo recobrar el aliento y decir: “Sáqueme de aquí ya”. El taxista se alarmó. Era evidente que la chica estaba en problemas.

—¿Estás bien, linda?

—No, no lo estoy. Por favor, conduzca. Necesito ir a...

No sabía dónde. No quería llegar a su casa así. Además no tenía dinero y no sabía si había alguien para hacerse cargo del taxi. Todas sus cosas habían quedado en el consultorio. Sólo había un lugar al cual acudir. Allí se sentiría protegida y a salvo...

—... necesito ir al World Trade Center —le dijo. Y luego, cubriéndose el rostro con las manos, se hundió en el asiento.

Alex estaba reunido con sus colaboradores más cercanos cuando escuchó voces afuera. Parecía que alguien estaba llorando.

Se puso de pie. ¿Qué diablos...?

Y entonces la vio.

Llorando de pie como una muñeca, con el rímel corrido, despeinada y con la blusa entreabierta, que trataba de cerrar nerviosamente. Lágrimas negras rodaban por sus mejillas.

Su corazón dio un vuelco.

—Oh, Alex —dijo Verónica, y se echó en sus brazos.

Él la abrazó un segundo, pero luego la alejó de sí. Quería verle la cara.

—¿Qué ha pasado, Vero? ¿Qué te ha pasado? ¡Dime, por favor!

Ella sollozó.

—Fue Pokerface. Enloqueció y me atacó...

Él la miró confundido ¿Qué quería decir con que la atacó? ¿Y quién carajo era ese Pokerface?

—¿Qué dices?

—Ordóñez. El doctor. No sé qué pasó, pero intentó...

Y notando de pronto que había varios espectadores presenciando la escena, no dijo más nada.

Alex estaba petrificado. Apretó la mandíbula, los puños, todo. Todo su cuerpo se tensó cuando comprendió. Vero se asustó cuando vio su mirada, pero más se alarmó cuando él musitó entre dientes:

—Lo mataré.

Así de simple. Y soltando a Verónica corrió al ascensor. Marcos y Fernando corrieron tras él, mientras ella gritaba.

—¡No! Alex, por favor, no.

Sus amigos hacían grandes esfuerzos para contener la furia de Alex. Sabían que realmente mataría al tipo.

—Ey, tranquilo —lo contuvo Marcos, el abogado—. Hombre, esto no se arregla así, iremos a la jefatura a realizar la denuncia.

—¡No! —exclamó Vero y todos la miraron—. No quiero. No quiero tener que contar una y otra vez lo que sucedió. Y además no ha pasado nada grave...

—¿Que no ha pasado nada grave, Verónica? —le dijo Alex. Sus ojos eran como brasas— ¿A esto tú le llamas “nada”? —murmuró tomando un lado de la blusa.

Ella dudó. No quería que él hiciese una locura.

—Alex, por favor, te lo pido yo. Lo único que quiero es recuperar mis cosas... —y de pronto recordó al taxi— Oh, hay un taxi abajo, no he podido pagarle, está esperando...

—Encárgate, Miriam —ordenó él con los dientes apretados a su nerviosa secretaria, que se estrujaba las manos. Y luego se volvió hacia Verónica, y suavizó su expresión.

“Oh, nena, ya has tenido bastante por hoy. Basta de violencia en tu vida. Ya arreglaré cuentas con ese hijo de puta, pero ahora tú me necesitas”.

Observó su carita mojada y la ternura lo invadió. Tiró de ella y la envolvió en un abrazo de oso. Le besó el cabello mientras le decía suavemente: “Tranquila, Princesa. Todo saldrá bien” y así, pegadita a él la condujo al interior de su oficina y cerró la puerta.

Una vez adentro, la tomó por la cintura y la sentó sobre su escritorio. Acarició su hermoso rostro.

—Oh, mi amor. Lo siento. Cuéntame todo por favor.

Y ella le contó. Cada detalle. Tuvo que bajar la vista porque la furia que veía en la mirada de Alex la asustaba.

—Aún quiero matarlo —musitó él cuando ella terminó.

—No, Alex. No digas eso. No soportaría que por mi culpa, tú... —y lo abrazó, conmovida.

—Tranquila, nena. Ahora estás a salvo, pero tenemos que recuperar tus cosas.

Tocó un botón en su teléfono y dijo:

—Miriam, necesito que venga el Dr. Lombardo y también que venga Charlie. Ah, y consiga un helado de fresa.

—¿De fresa ha dicho, Arquitecto?

—Sí, Miriam.

“Qué encantadora forma de reparar corazones tiene mi jefe”, pensó Miriam sonriendo.

—¿Quién es Charlie? —preguntó Verónica. A Marcos ya lo conocía.

—Charlie es mi... bueno, es un poco guardaespaldas, chofer, asistente. Es quien te

llevó el teléfono celular que rechazaste. Cosa que no volverás a hacer, te lo aseguro.

—Oh.

Cuando entraron el Dr. Lombardo y Charlie, Alex estaba con la engrapadora en la mano. Mientras abrochaba con los ganchos la blusa de Verónica, les daba instrucciones para proceder. Ellos no podían quitar los ojos de la escena.

Alexander Vanrell tenía a su chica sentada en el escritorio y le estaba engrapando la blusa. Increíble.

—Ya saben, además de traer su bolso y el resto de sus cosas, le dicen a ese cabrón que tiene veinticuatro horas para depositar la liquidación de Verónica en el banco. En efectivo, nada de cheques, en mi cuenta personal. ¡Ah! Y también le dicen que en cuanto pueda iré y lo descuartizaré. Ahora, ¿se puede saber qué carajo están mirando? Hagan lo que les dije ya.

Vero sonrió. Se sentía protegida a su lado. Se sentía amada, valorada, deseada...

“Oh, mi amor. Te amo tanto, pero tanto... Cuando estoy contigo, el mundo desaparece y nada me importa. Todo ha valido la pena para vivir este momento en tu oficina, hombre lindo. Tú tomando los bordes de mi blusa con tus enormes manos, intentando ponerle grapas para que ya no me sienta incómoda, para que nadie me vea... sólo tú. Y me has pedido un helado. De fresa, como tú le dices. Ya nunca volverá a ser de frutilla para mí. Fresa. Qué bien suena en tu boca... y también tendría mejor sabor allí. Cómo me gustaría perderme en ella y olvidarme de todo”. Verónica observaba a Alex mientras terminaba de hacer el trabajo. Listo, parecía satisfecho con el camino de ganchitos algo torcidos. Como deslizó sus dedos por dentro de la blusa, no había riesgo de salir lastimada. El riesgo era otro.

A él le temblaba la mano mientras rozaba los pechos de Verónica con el dorso. No la miraba a los ojos, porque tenía miedo de enloquecer y quitarle los ganchos uno a uno.

—Mañana iremos a comprar un móvil. Y no me digas que no.

—No te iba a decir que no.

—Te tomo la palabra.

Ella rió. Para él, escuchar su risa era como ver salir el sol.

De pronto su rostro se ensombreció.

—¿Qué pasa?

—Nada. Me di cuenta de que ya no tengo empleo. ¿Qué haré? Será difícil conseguir algo en enero...

—¿Qué harás? Estudiar, que para eso estás matriculada. Escúchame, tú no necesitas un empleo, pero si es importante para ti, yo puedo dártelo.

—¿Me contratarás? ¿Trabajaré aquí, contigo?

—Princesa, si trabajaras aquí conmigo, en poco tiempo estaría arruinado. No podría hacer otra cosa más que mirarte. Pero lo harás free lance, desde tu casa. Necesito que me ayudes con el Sky Blue, y te pagaré por eso. Shhh, no digas nada.

—Iba a decir que te he manchado la camisa con rímel.

Él se miró el pecho y sonrió.

—No te preocupes, tengo otra.

Y diciendo esto se dirigió al baño. Por la puerta entreabierta, Verónica observaba en el espejo cómo Alex se quitaba la camisa. Cuando vio su torso desnudo, volvió a sentir esa sensación de vacío en el vientre tan conocida para ella. Era perfecto.

Sin decir nada, entró al baño y se detuvo frente a él. Alex no parecía sorprendido y la miraba con los párpados entornados.

Ella acarició su pecho.

—Oh, Vero... Por favor.

—¿Por favor sí o por favor no?

—Niña mala.

Y en el precioso baño de la oficina de Alex, Verónica supo que su virginidad tenía los días contados. Debía decírselo.

—Alex, tengo que decirte algo. Te he mentido.

—¿Me has mentido? —repitió él. Estaba perplejo.

—Sí. Cuando te dije que no era virgen... bueno, eso. Te he mentido.

—¿Lo eres?

—Lo soy. Y quiero que tú seas el primero.

Él la miró fascinado.

—Verónica, mírame. No sólo seré el primero, sino que seré el único. ¿Lo sabes, verdad?

—Lo sé.

—¿Sabes que ya eres mía?

—Sí.

“Claro que lo eres, mi cielo. Y cuando llegue la oportunidad, te haré el amor por primera vez. Ah, nena, tú no sabes, no te haces una idea de cuánto te deseo. Estás aquí, parada frente a mí mordéndote el labio... Creo que ya he escuchado eso por ahí. Mujeres que se muerden el labio. Mujeres que vuelven locos a los hombres. Como el estúpido dentista. Vuélvete loco, hijo de puta, pero no con mi chica, o de verdad lo sentirás...”.

—¿Por qué me has mentido, Vero?

—Mmm, no lo sé. Por despecho, por hacerte daño, para que dejes de lado tus escrúpulos...

—¿Quieres que los deje de lado ahora mismo, mi vida? —preguntó mientras la sentaba en la mesa del lavabo y le separaba las piernas con una mano. La falda no cedía, por lo que tuvo que subirla un poco. Se metió en el medio, de pie, con la limpia camisa entreabierta.

Sus miradas estaban cargadas de pasión. La electricidad entre ellos era tal que se podían ver chispazos. Verónica no decía nada, sólo jadeaba.

Alex le tomó el mentón con una mano, y con el pulgar le separó los labios.

Se estaba aproximando a ella con la boca abierta, cuando tocaron a la puerta de la oficina poniéndole fin a ese mágico momento.

Mientras Alex abría, Verónica permanecía en el baño, sentada en el inodoro intentando controlar su respiración, y el ritmo de su corazón que latía desbocado.

“Seré tuya... pero tú también serás mío, Alex Vanrell. Y no te dejaré ir jamás”, se dijo mientras intentaba componerse.

Alex abrió la puerta de su oficina esperando encontrarse con Charlie. Pero se quedó de una pieza cuando vio a Sabrina discutiendo con Miriam, que intentaba por todos los medios impedir que entrara.

Sabrina en la puerta y Verónica en el baño. Mierda. No sabía qué hacer, debía pensar rápido, pero no se le ocurría nada.

—Alex, necesito hablarte.

—Creí que nos comunicábamos a través de nuestros abogados —dijo, cortante.

—Lo sé, pero no has respondido a la demanda, y en unos días se vence el plazo. ¿Puedo pasar o...? —preguntó ella dando un paso al frente.

—No puedes pasar. Si tienes algo que decir, ya sabes qué hacer: que tu abogado llame al mío. Así que... adiós —y acto seguido le cerró la puerta en la cara.

Sabrina Lemos estaba furiosa. No tenía idea de que Verónica estaba en el baño, pero su corazón se llenó de odio y maldijo a Alex, y a la tonta de su noviecita. Él se había salido con la suya, pues ahora andaba con una niñita que podría darle hijos en un futuro. Tenía como veinte años para “estar listo” para ser padre, mientras que ella sentía que se le acababa el tiempo y no lo había conseguido.

El dinero le importaba una mierda. Quería hundir a Alex, quería verlo destruido. Sabía que nunca volvería a ser suyo, si es que alguna vez lo había sido. Lo que no podía soportar no era perderlo, sino saber que era feliz mientras ella se sentía una desgraciada. Imaginaba que de trascender lo de la demanda de acoso sexual en los medios, la carrera de Alex se vería seriamente perjudicada, y así su noviecita ya no lo querría. Arruinado económicamente y con su reputación por los suelos, no sería tan atractivo, y de esa forma se quedaría solo, sufriendo como ella lo había hecho, como ella aún lo hacía... Estaba realmente trastornada.

Se marchó prometiéndose que lo haría pagar de alguna manera. Alex había truncado sus sueños y no descansaría hasta verlo revolcarse en el fango.



Capítulo VXIII

—¡Verónica! ¡Otra vez tu perro pulga ha orinado en la alfombra de la sala!

—Abuela, te he dicho mil veces que no es un perro pulga, sino una perra pug, y se llama Vainilla.

—Qué más da como se llame. Ha orinado veinte veces el día de hoy y me he hecho cargo. Sería bonito que Alex alguna vez bajara del pedestal en el que lo has puesto, y tome un trapeador para limpiar la suciedad que deja su regalito.

Verónica se imaginó a Alex con un trapeador y rió. Muy divertido. Y muy sexy.

“Mmm... hombre lindo. Tengo las fantasías más extrañas, y tú siempre estás en ellas. Te he imaginado de mil formas. Eres un chico de portada, y eres solo mío”.

Pero lo que le parecía más gracioso, era ver a Violeta tan celosa. Tenía celos de Vainilla, pero también de Alex. Nunca había visto a su abuela así. Eso era un buen síntoma. Estaba percibiendo que ella ya era una mujer, y que la relación con Alex iba más que en serio.

¿Hasta dónde llegaría esa relación? No lo sabía. Lo que sí sabía era que esa noche vería a Alex, y que las mariposas que tenía en su vientre no la dejaban en paz cada vez que lo recordaba.

Hacía varios días que no se veían, y lo echaba tanto de menos... Es que con el comienzo del curso de verano había estado demasiado ocupada. Se le había abierto un abanico de posibilidades en el ámbito profesional, y también había conocido muchas personas interesantes. Precisamente esa noche irían a una fiesta en la casa de una de sus nuevas compañeras.

“La Fiesta de Blanco en lo de Blanca” era la consigna. La habían invitado por Facebook, y a ella le había encantado la idea. Ya tenía listo el vestido: era un solero blanco con pequeñas pintitas también blancas. “Pareceré una novia —pensó—. ¿Será ésta mi noche de bodas?”

La ansiedad la hacía temblar. Para acortar la espera, se instaló en el ordenador. Quería ver cuántos habían aceptado la invitación en la red social.

Ni bien ingresó a su perfil se encontró con una sorpresa más que inesperada. “Alex Vanrell quiere ser tu amigo en Facebook.” ¿Aceptar o Rechazar? ¿Era una broma? Aceptar, mil veces aceptar. No sabía que él tenía abierto un perfil, jamás habían hablado del tema. Estaban bastante ocupados en su mundo real, no necesitaban nada del virtual.

De pronto se escuchó el sonido de aviso de la apertura del chat. En la pequeña ventana desplegada podía leer:

—“Hola Verónica”

¡Jesús! Le estaba hablando. Pero ¿sería él? Era su foto, pero ella una vez había googleado su nombre y habían aparecido varias, sobre todo de las páginas de sociales de los periódicos. Decidió comprobarlo.

—“¿Cómo sé que eres quien dices ser?”

—“No lo sabes. Bien, te probaré quién soy con una sola frase: Tengo tus bragas rosa en mis manos.”

Verónica no podía cerrar la boca, así de sorprendida estaba por la confesión. Sin dudas, era él. Y tenía sus bragas, aquellas que le había arrancado el día de la fiesta... Se ruborizó, aliviada porque él no podía verla. Oh, sin duda lo sabría. Lo sabía todo de ella.

—“¿Estás ahí, Princesa?”

—“Sí, y estoy :O”

—“¿Qué significa eso?”

—“Que tengo la boca abierta como una O gigante”.

—“¿La boca? Yo podría cerrártela muy fácilmente”.

Ella dio un respingo.

“Mierda, no tendrás mucha experiencia en el lenguaje de la web, pero sí que te las arreglas para dejarme sin palabras, Alex. No sé qué contestar. Miles de horas de chat encima no me sirven para nada. Tengo que encontrar algo ingenioso para salir del paso y cambiar de tema. Un momento, ¿quiero salir del paso y cambiar de tema o quiero recoger el guante y jugar con él? Después de todo, desde aquí no corro ningún riesgo...”

—“¿Cómo lo harás? ¿Me amordazarás con mis propias bragas?”

Alex sonrió. Verónica estaba al límite de su osadía...

“¿Me está desafiando? ¡Cómo sabe que me tiene en un puño, que puede hacer conmigo lo que desee! Es tan endiabladamente seductora... no es sólo su rostro hermoso y su cuerpo perfecto. Es inteligente, talentosa. Tiene un gusto tan exquisito, una estética inigualable. Baila como un ángel. Es un cúmulo de virtudes mi hermosa princesa. A ver cómo reaccionas a esto...”, pensó mientras tipeaba:

—“Quizás te ate las manos con tus propias bragas y te haga de todo. No te amordazaré, pues quiero escucharte gritar mi nombre”

Cuando Vero leyó eso se ruborizó aún más. “Si serás... Eres un demonio. No sé qué poner. Oh, sí lo sé. Haré la pregunta que mi corazón me está dictando y que sea lo que Dios quiera”.

—“¿Cuándo?”

Esperó con ansiedad la respuesta. Nada. “Contesta, contesta” rogó en silencio. Por fin llegó.

—“Tú decides eso. Lo sabes bien”.

Su corazón gritó “esta noche”. Le temblaban las manos sobre el teclado... Escribía y cancelaba, una dos, tres veces. Finalmente puso solamente:

—“Sí, lo sé”.

Alex esperaba algo así. “No te comprometes, mi vida. No quiero... Diablos, no quiero presionarte. Sólo te llevaré a la cama cuando estés segura. Y eso será cuando me lo pidas, nada de encenderte tocándote, besándote. Quiero que estés consciente de lo que estás pidiendo, y para eso debemos mantener la cabeza fría, y el cuerpo también. La pregunta es cómo lograrlo”.

No tenía sentido continuar jugando así...

—“Bien. Te pasaré a buscar a las nueve”.

—“No olvides que es una fiesta de blanco”.
—“Ya tengo listo mi uniforme de heladero”.
—“Tonto”.
—“Bella”.

“Alex aparece desconectado”

Verónica estaba mareada. Seguía sorprendiéndola el efecto que él tenía sobre ella. Unas pocas frases escritas por él la habían excitado al máximo. Estaba tan caliente y húmeda. Hacía tiempo que vivía en ese estado pero no se tocaba, le parecía que no era correcto hacerle eso a él. Sentía que todo su cuerpo y todo su placer le pertenecían a Alex. Sabía que era muy afortunada por tenerlo, por contar con él. Se sentía protegida y amada. Y muy, pero muy deseada. Alex era todopoderoso para ella. Resolvía todo. Veía por ella. Contantemente tenía gestos que le demostraban cuánto le importaba. Él la había defendido ante Ordoñez y había logrado una interesante indemnización para ella. También la había inscripto a un curso que le estaba forjando un futuro y le había comprado un teléfono de última generación. ¡Y le había obsequiado a la encantadora Vainilla! Siempre se anticipaba a sus necesidades y deseos y le facilitaba la vida, le daba sentido. Y era tan increíblemente guapo, encantador y masculino. Razones para adorarlo le sobraban, pero había algo más fuerte que iba más allá de todo razonamiento. Se llamaba amor.

Y esa noche lo harían. Harían el amor. Si dependía de ella, si dependía de su decisión, esa noche sería su primera vez.

La suerte estaba echada.

Y con los ojos brillantes y las mejillas ardiendo, comenzó a vestirse para la fiesta de blanco.

A las nueve en punto estaba Alex tocando el timbre. Verónica le abrió al instante, y le dio un beso en la mejilla mientras salía cerrando la puerta tras ella.

—Hola, mi cielo —dijo él—. Oh, parece que llevas prisa.

No era eso. No sabía por qué pero no quería que Alex y Violeta se vieran. Quizás sería por lo que tenía pensado hacer esa noche, pero por alguna razón tenía la necesidad de evitar ese encuentro.

—Ajá. ¿Cómo has estado? —le preguntó mientras tiraba de él. Quería sacarlo de allí.

—Bien. Caramba, Verónica, de verdad llevas mucha prisa... ¿Te pasa algo?

Ella se detuvo delante del coche y lo miró. Pestañeó incrédula. Qué guapo, pero qué endemoniadamente guapo estaba. Lo miró de arriba abajo, y supo que estaba perdida. Cayó en la cuenta de que de verdad sucedería.

—Eh... Estoy bien. ¿Nos vamos?

Alex le abrió la puerta y cuando ella entró al coche aspiró su perfume. No sólo parecía una muñeca, también olía tan rico. ¿Manzanas? ¿Violetas? Diablos, no sabía por qué apareció esa mujer de pronto en su mente con su severo rostro y su tonta promesa.

Sacudió la cabeza e intentó alejarla de allí.

“Violeta... tu niña está a salvo conmigo. No la tocaré si ella no me lo pide. Y no lo hará”, pensó mientras ponía el coche en marcha.

La observó. Parecía algo nerviosa.

—Estás muy guapa, Vero—susurró.

—Tú también. Demasiado. Y no pareces heladero.

—¿No? ¿Qué parezco entonces?

—Carnicero.

Alex sonrió. Carnicero... Bueno, un poco se sentía así, porque lo único que le venía a la mente cuando pensaba en ella era su bella carne. Quería probarla, saborearla.

“Pero lo cierto es que mi cuerpo, carne cubierta de seda” —había escrito Verónica en la poesía que le obsequió en Reyes— “... en tus manos toma forma, vibra, es fuego, y se moldea, con tu amor él se transforma, es tu obra, haz lo que quieras...”

Oh, esta sería una larga noche para él si no dejaba de pensar en eso. Suspirando, puso el coche en marcha. De cero a cien en segundos, como siempre.

Estaban a unos cuantos metros de distancia. Ella hablaba con Blanca, la anfitriona, y él, del otro lado de la piscina, con un colega a quien se había encontrado allí por casualidad. La música era estridente, demasiado fuerte.

En un momento, a través del tiempo y el espacio, ocurrió la magia. Él se volvió y ella lo estaba mirando. Y el mundo se detuvo. Desapareció la música, la gente, todo. Sólo estaban ellos dos, y ese sentimiento tan fuerte que los dejaba sin aliento.

Ella rodeó la piscina y se detuvo frente a él.

Se puso de puntillas y le susurró al oído:

—Nos vamos...

Él la miró sorprendido.

—¿Ahora?

—Ajá.

Se tomaron de la mano y salieron sin saludar a nadie.

Ya en la calle, Alex miró su reloj.

—Oh, no me había dado cuenta de la hora.

—Es tarde —murmuró Verónica con un hilo de voz.

—Sí, es hora de que las niñas buenas vayan a la cama —bromeó como otras veces.

Verónica se detuvo y lo miró a los ojos mientras decía:

—Voy a la tuya.

El peso de esas palabras lo golpeó en la boca del estómago. Se quedó sin aire. Nunca le había pasado algo igual. Se pasó ambas manos por el cabello, mientras intentaba recobrar el aliento. No lograba estabilizarse. Ni su pulso, ni su paso. Estaba clavado en la acera frente al coche con esta niña vestida de blanco que quería que la llevara a la cama.

—Diablos, Verónica. ¿Sabes lo que me estás diciendo?

—Sí.

—¿Y estás segura de que es lo que quieres?

—Nunca estuve tan segura de algo en mi vida.

Parecía convencida. Y él no se iba a hacer rogar. Era lo que deseaba desde que la vio por primera vez.

—Sube —ordenó.

En el corto trayecto al departamento de Alex apenas hablaron. Ella estaba demasiado tranquila. Y él tenía una erección tan grande que temió lo peor. Trataba de pensar en otra cosa. En el Arsenal, eso siempre funcionaba... y se la imaginaba desnuda en el campo de juego. No. Otra cosa. En el Sky Blue, y se la imaginaba desnuda en el elevador del rascacielos. Nada funcionaba. Nada excepto...

Violeta. Eso es. Pensaría en Violeta hasta llegar, y luego vería cómo hacer para no

explotar antes de tiempo. Esa noche aún no la había besado, y ya estaba desquiciado. Lo que le esperaba sería maravilloso, lo sabía. Sólo tenía que lograr un poco de control.

Desde el estacionamiento tomaron el elevador hacia el pent-house. Sería agradable que su pene, que tenía ya vida propia, lograra contenerse al menos hasta llegar al departamento. El encontrarse con una señora con su pequeño caniche contribuyó a ello. Verónica acarició al perro, y Alex se estremeció observando el movimiento de su mano sobre la piel del animal. Sí, sería una noche maravillosa, si lograba sobrevivir a ella.

Dieciocho pisos, la señorita Elizabeth y su caniche Carina al parecer alcanzaron para calmar un poco a Alex. Incluso logró mostrarle casi todo el piso a Verónica sin tener que ponerse las manos en los bolsillos para acomodarse.

Era una especie de dúplex alocado. Quién diría que Torre Caelus, un edificio tan moderno y estructurado, podría tener un pent-house tan extraño. Parecía que una mano gigante lo hubiese quitado de otro sitio y lo hubiese puesto allí por accidente. Era hermoso y discordante. Vero estaba asombrada. Ese departamento se saltaba todas las reglas. En la parte baja era un único ambiente, enorme, sin un solo ángulo. Totalmente redondo y vidriado. Tenía pequeñas e irregulares divisiones a media altura, realizadas con ladrillos de cristal para dejar pasar la luz, y con ladrillos de obra, alternados sin ningún patrón.

Allí estaba la cocina, con una barra de piedra. Los asientos, eran como sillas de tractor antiguas, sobre durmientes de ferrocarril. El refrigerador era negro y opaco y oficiaba de pizarra. Tenía escrito con tiza algunos recordatorios. Ella vio su nombre allí y se emocionó.

Sobre el suelo de cemento lustrado no había ni un solo tapete. Lo que sí había eran sofás. Varios, todos de cuero. En medio de ellos se distinguía un hoyo que parecía ser la estufa, o un brasero gigante.

Para sorpresa de ella también había dos sanitarios ecológicos. ¿Eso era el baño? En uno decía “ella” y en el otro “él”, con los clásicos muñequitos en las puertas. Tenían incluso la ranura para meter la moneda. Y en el medio de la sala, una extraña escalera caracol de hierro, llevaba a la planta alta. Verónica tragó saliva... El dormitorio.

Se lo mostró. Era bastante normal. Había una gran cama, un frigobar, un vestidor, un baño con jacuzzi y la vista era de ensueño. Tenía allí unas diez pantallas de Led, toda una pared llena de ellas. Sobre la cama, un teclado inalámbrico. Claro, no podía tener un ordenador corriente. Todas esas pantallas eran monitores que él manejaba desde su cama.

Oh, su cama... Estaba sin hacer. Y ella vio sus bragas asomando bajo la almohada.

“Oh-Dios-mío”, pensó Vero y ahora sí estaba nerviosa. No podía mirarlo. Era cierto lo de sus bragas. Las tenía allí, las tuvo todo el tiempo.

De sólo pensarlo, se estremeció.

—¿Te ha gustado el departamento? —preguntó él de pronto, dando por finalizado el tour.

—Sí.

—¿Quieres tomar algo, Verónica?

—No.

—Entonces, ¿qué te gustaría hacer ahora? —y sonreía con su cara de niño pícaro.

—No sé. ¿Qué te gustaría hacer a ti? —respondió ella devolviendo la pregunta.

La respuesta no se hizo esperar.

—Me gustaría quitarte la ropa.

Tragó saliva. Esto era demasiado... Sus piernas parecían de gelatina, pero continuó adelante.

—No veo que te detenga nadie —fue su respuesta.

Y entonces Alex se acercó.

No la tocó. Desató sus tirantes y deslizó el vestido hacia abajo, mientras continuaba evitando el contacto.

Ella se quedó en bragas. Sólo bragas blancas. No llevaba sujetador, sus firmes pechos no lo necesitaban. Inmediatamente cruzó los brazos sobre sus senos. Fue un reflejo que no pudo evitar.

Él se inclinó y le quitó las sandalias.

Luego se puso de pie, y tomó una de sus manos. Ella continuaba cubriéndose los pechos con la otra.

—Ven —ordenó Alex.

La llevó al vestidor. Una de las paredes era de espejo. La situó enfrente del cristal, y se puso detrás.

Le tomó ambas muñecas y las colocó a los lados del cuerpo. El largo cabello era cómplice, y la cubría. Él le soltó una mano para poder apartarlo con la suya. Lo tomó delicadamente sin dejar de mirarla a los ojos a través del espejo, y se llevó un mechón a la nariz y aspiró. Instintivamente ella volvió a taparse, y él paciente, otra vez la tomó de las muñecas para descubrir sus pechos.

Al fin pudo observarla.

“Ahh... Qué belleza. Eres perfecta, Verónica. Estás excitada, tus pezones están rígidos. Sólo he apartado mi mirada de la tuya para mirarte las tetas. Hace tiempo que deseaba hacerlo. Son hermosas, toda tú lo eres...”.

—Abre los ojos, Verónica —le ordenó cuando vio que los tenía cerrados.

Ella obedeció.

—Mira lo bella que eres. Quiero que veas lo que yo estoy viendo. Quiero que aprecies con mis ojos lo que me estás dando, mi amor...

Ella no lo soportó y se dio la vuelta.

Y allí, descalza y en bragas, recibió el primer beso de su primera vez.



Capítulo XIX

No fue sólo un beso. Fueron muchos, muchos besos.

En un principio Alex tenía el rostro de Verónica entre sus manos y le devoraba la boca. Besaba y succionaba sus labios, introducía su lengua acariciando la de ella y bebía su aliento exquisito y cálido.

Luego sus manos descendieron, mientras se dedicaba a besar su cuello. La mordisqueó suavemente, y lamió su perfumada piel. Un gemido de aprobación le indicó que andaba por buen camino, por lo cual continuó su recorrido, besando y lamiendo. Y así llegó a su hombro, el cual también mordisqueó, mientras sus manos se perdían en su espalda.

Le enredaba el cabello de tantas caricias. Tomó sus nalgas igual que aquella vez en la esquina del colegio. Pero en esta ocasión sus escrúpulos no lo inhibieron. La tocó a su antojo, y luego, en un rápido movimiento la elevó y colocó las piernas abiertas de Vero en torno a su cuerpo.

Ella estaba en el cielo... Su sexo estaba ya completamente mojado, tanto así que se sintió avergonzada. Si lo notaba ¿qué pensaría Alex? Sentía sus pechos como hinchados, y en cada roce con la camisa de él, sus pezones se volvían más duros y sensibles... Nunca se había sentido tan caliente y tan puta.

Continuaban besándose apasionadamente mientras él caminaba con ella montada en su cintura, abrazando su cuello y su boca pegada a la de él.

Cuando llegaron a la cama, él la depositó en ella con delicadeza e intentó incorporarse, pero Verónica no lo soltaba. Es que se moría de vergüenza por su desnudez, y si Alex se apartaba, iba a quedar demasiado expuesta. No se imaginaba cuán expuesta iba a estar instantes después...

Él adivinaba cada gesto de ella... Era todo tan perfecto, tal como lo había soñado. Así la había imaginado, caliente y tímida a la vez, tan fresca, tan hermosa.

Se apartó con cierto pesar. Quería continuar pegado a su cuerpo, pero también quería desnudarse para sentirla en su piel, y sobre todo quería observarla.

Verónica estaba tendida en la cama, en diagonal, con el cabello regado en la sábana. Sus pechos subían y bajaban al ritmo de su agitada respiración. Alex se regodeaba con esa maravillosa vista...

“Así te imaginé mil veces, Princesa. Así te soñé otras mil. Desnuda y temblando en mi cama. Y aquí estás... Tan bella, que me duele mirarte. Eres la mujer más hermosa que he visto jamás. Y serás mía”. Veía el deseo en sus ojos, pero también adivinaba un poco de

temor. Deseaba tranquilizarla, brindarle la certeza de que no le haría daño, pero no estaba seguro de eso. Quería que ella acabara en su primera vez, para que olvidara el dolor, y ver su carita de placer en ese preciso instante. Pero lo que necesitaba en ese momento era desnudarse, y que ella lo observara... Esa expectativa lo excitaba enormemente.

Verónica estaba ya sin aliento.

“¿Es posible sentirse así sin volverse loca? Oh, ya no puedo más. Deseo tanto que me toque, necesito aliviar esta sensación que parece un fuego que nace en mi sexo y se expande por todo mi cuerpo... Alex, mi amor, por favor...”.

Él estaba de pie junto a la cama, y la observaba con intensidad. Sin dejar de hacerlo, comenzó a quitarse la ropa. Primero la camisa. La arrojó al piso sobre el blanco vestido de ella.

Verónica no quitaba los ojos de cada uno de sus movimientos. Estaba fascinada con su pecho, con su abdomen... Veía músculos por todas partes. Era perfecto. Parecía esculpido. Hecho a mano, sólo para ella...

Su corazón se disparó cuando Alex se desabrochó el cinturón y bajó la cremallera...

Él se detuvo y sintió un vacío en el estómago cuando vio la expresión de contrariedad de Verónica. Así que quería que continuara... Le dedicó una de sus cautivantes sonrisas, y luego lo hizo.

Verónica se sonrojó. Era consciente de que no se estaba comportando como una virgen observando su cremallera de ese modo, como si le fuese la vida en que acabara de bajarla...

Alex se inclinó y se quitó los zapatos. Y luego, para deleite de ella, introdujo los pulgares en la pretina del pantalón y...

—¿Quieres ver, Verónica? ¿Quieres verme desnudo ahora?

“¡Sí!... grita mi corazón, pero sólo muevo la cabeza, asintiendo. Oh, no me esperaba esto. Se quita... ¡todo! Pantalón y bóxer al piso. No sé hacia dónde mirar, pero seguro que allí no debo. Observo su rostro y está riendo de lado de una forma tan seductora que tengo miedo de mojar la cama. Aparto mis ojos de los suyos y observo el techo”.

—Mírame —ordenó él, y ya no reía.

Ella no podía... Si lo hacía, ya no podría apartar la vista de allí.

—Mírame, Verónica —repitió.

Finalmente sus ojos le hicieron caso y se dirigieron a su...

Oh. Qué grande. Era enorme. No sólo la impresionó su longitud. Lo que más la dejó turbada fue su grosor. Era tremendo. Jamás podría tolerar algo así dentro de ella.

Alex notó el temor en su mirada. Sin que ella tuviese necesidad de decir nada, murmuró:

—No tengas miedo.

Pero en el fondo, lo excitaba ver su carita temerosa. Se sentía como un perverso, como un asqueroso degenerado, pero no podía evitar arder al verla preguntarse cómo mierda entraría eso en ella. Quería comprobar si estaba mojada, pero debía sosegar, porque tenía deseos de arrancarle las bragas y hacerlo con su boca.

Se recostó a su lado y con una mano tocó los senos de Verónica por primera vez. Luego su lengua siguió la huella de sus dedos. Y ahora sí que ambos estaban perdidos.

Verónica gemía y se retorció. No tenía control sobre sus actos. Tomó a Alex de la nuca y apretó su rostro contra sus pezones. A él, esa movida lo enardeció. Mientras su boca hacía derrumbar de a poco los pudores de Vero, su mano se deslizaba por su vientre, y más abajo también.

Introdujo sus dedos dentro de las bragas. Pero no se detuvo en el pubis, sino que llegó hasta abajo. Y luego, con el dedo medio fue subiendo de nuevo, recorriendo lentamente la hendidura del sexo de Verónica. Ella le tomó la muñeca y lo detuvo.

—Alex, por favor...

—¿Por favor sí o por favor no? —se burló él, repitiendo lo que ella le dijo en el baño de la oficina. La venganza era a veces tan dulce...

Ella suspiró y soltó el brazo de Alex, quien comenzó a frotar su clitoris lentamente con ese mismo dedo, que ahora se encontraba húmedo al igual que ella lo estaba allí abajo.

“Así, sí, mi vida, relájate. Sólo así podrás gozarlo como lo hiciste en el coche en Año Nuevo. Quiero verte acabar otra vez, y quiero que lo hagas ahora, porque sé que cuando esté dentro de ti, ya no podré ver ni oír nada... Me perderé en ti, Verónica. Y ya no querré salir de allí jamás...”, pensó mientras su mano no dejaba de moverse.

Como si hubiese escuchado sus pensamientos, ella experimentó un orgasmo para él. Contorsionaba su espalda, y apretaba la mano de Alex entre sus piernas, gimiendo. Fue consciente de que estaba moviéndose en forma por demás obscena, pero no le importó. No le importaba nada...

Él murmuró en su oído...

—Ah, mi vida, eso es. Amo verte acabar...

E inmediatamente se incorporó, tiró de sus bragas y se las quitó en un rápido movimiento. En un momento estaban en sus caderas, y luego sin saber cómo, terminaron en el suelo.

Eso la tomó por sorpresa. Lo miró aterrada, y Alex adivinó que estaba tentada de cubrirse.

—Ni siquiera lo pienses, Verónica.

Y antes de darle tiempo a reaccionar se tendió encima de ella y le introdujo la lengua en la boca.

Él no sabía si estaba soñando o si ya había muerto y estaba en el cielo. De pronto tomó consciencia de que eso era real, tan real como su miembro rozándola.

Vero lo sintió moverse y creyó enloquecer. Le chupó la lengua, y luego, asombrada de su propia osadía, lo tomó de las nalgas y lo oprimió contra su cuerpo.

Él también se sorprendió por el gesto y dio un respingo. La observó, jadeante y luego dijo:

—Abre las piernas.

Ella no se movió. Estaba excitada, más el miedo no la abandonaba.

—Abre las piernas para mí por favor... —rogó él con voz ronca.

Y ellas parecieron tener voluntad propia porque se separaron al instante.

Alex pasó un brazo por debajo de uno de los muslos de ella y lo levantó. Colocó la pierna de Verónica en torno a su cintura. Ahora la tenía como quería, desnuda, mojada, y totalmente abierta para él. Para comprobar cuánto, bajó la mano y le introdujo suavemente un dedo, y luego dos.

Ella se retrajo. Parecía que le dolía, pero no era por falta de lubricación, más bien eso le sobraba. Estaba a punto de caramelo, con el apretado coño empapado para él.

—¿Estás lista, mi cielo? ¿Lo quieres?

Sí. Lo quería, le temía pero lo quería. Es más, lo necesitaba; sólo el pene de Alex podría brindarle el alivio que estaba necesitando.

—Sí...

—Dilo. Pídemelo.

—Lo quiero.

—¿Qué es lo que quieres?

—Te quiero adentro.

“Soy una desvergonzada. Le estoy pidiendo que me la meta. No podré soportar algo tan grande, me dañará, lo sé. Pero lo quiero, oh, lo deseo tanto”, pensó, al borde del delirio.

Verónica separó más las piernas y comenzó a sentir cómo él se introducía en ella. Le dolía, vaya si le dolía. Alex se dio cuenta y se retiró, pero sólo un poco. Aunque estaba abrumado por el deseo notó el temor reflejado en sus ojos. También él tenía miedo... No quería dañarla, pero sus instintos eran cada vez más incontrolables. Haciendo un esfuerzo se retiró un poco más, y ella se desesperó. Se sintió vacía. Lo quería adentro, lo quería en ella...

Y justo cuando él estaba a punto de salirse del todo, alarmado por la expresión de su rostro, ella lo tomó de la cintura, y hundiendo los talones en sus nalgas, lo obligó a penetrarla a fondo. El ardor fue inmediato. Sentía que se quemaba; se sentía herida. Pero cuando él comenzó a moverse, adentro, afuera, adentro, afuera, su lubricación fue como un bálsamo. Ahora ella acompañaba los movimientos de él, que la embestía con el rostro transfigurado por el placer que experimentaba.

Verónica lo miraba extasiada. Era tan primitivo, tan masculino el hombre que la estaba penetrando. No podía apartar los ojos de ese rostro. Los de Alex eran como brasas; la mandíbula parecía de piedra, y cuando lo oyó gemir, ella no pudo evitar acabar nuevamente.

Y sollozando, lo atrajo y murmuró sobre sus labios...

—Oh, Alex, Alex, Alex...

La escuchó correrse diciendo su nombre y eso fue demasiado para él. Perdió el control y como un animal, gruñendo en su oído, soltó todo, todo, todo... Se vació en ella. No le quedó nada. Se lo había dado todo...

Ambos jadeaban. Alex maldijo en silencio. Había sido demasiado rápido. Pero teniendo en cuenta que había estado a punto de estallar en el coche de sólo pensar en lo que le iba a hacer, había aguantado bastante.

Levantó el rostro y la miró.

—¿Estás bien?

—Sí.

—¿Te ha dolido mucho, mi vida?

—Sí.

—Oh, lo siento. No he podido manejarlo como me hubiese gus...

—Shhh... —lo interrumpió ella, echándole los brazos al cuello— ha sido maravilloso.

Y mientras él hundía el rostro en su cabello, Verónica agregó:

—Te amo.

Alex estaba más que conmovido. La había hecho mujer. Y ella lo amaba. No podía pedirle más a la noche, no podía pedirle más a la vida. Apoyado en los codos, aún dentro de ella, la miró a los ojos.

—Yo también te amo, Verónica.

—¿Para siempre? —preguntó ella, volviendo a ser la niña inocente por un momento.

Y cayendo de espaldas sobre la almohada, la arrastró consigo y le acarició el cabello mientras murmuraba la respuesta más sincera que había brindado jamás:

—Para siempre, mi cielo, para siempre.



Capítulo XX

Violeta abrió la puerta y se encontró con un enorme ramo de rosas. Todas blancas, menos una, que era de un rojo intenso.

Qué raro. No acostumbraban a recibir flores.

El sobre decía simplemente “Verónica”.

Alex... seguro que él las enviaba. Sólo él podía permitirse una esplendidez de esa magnitud. ¿Cuántas serían? Las contó. Diecisiete blancas y una roja. Más raro aún. Las rosas se enviaban por docena, y generalmente eran del mismo color, o de variados tonos, pero nunca así.

Era la primera vez que Alex le enviaba flores a Verónica. Se preguntó cuál sería el motivo de la atención. Aún estaba recelosa con respecto a él. Era cierto que la había protegido y brindado contención con el asunto del degenerado de Ordóñez. Y también era verdad que nunca había visto a Verónica tan feliz. Pero ella acostumbraba a desconfiar de todos, y mucho más de los ricachones que tenían a su nieta totalmente enamorada. Estaba tentada de abrir el sobre. “Qué feo, Violeta, eso no se hace. Eso es violar la privacidad de Verónica”, meditó. Y acto seguido, lo abrió y leyó:

Gracias, Princesa

Te amo

Alex

¿Qué sería lo que le estaba agradeciendo? ¿Y esa declaración de amor? No sabía que la relación estaba tan consolidada. Oh, peligro, peligro, luz roja y sirenas. No, debía estar tranquila —se recordó— pues Alex le había prometido que no la tocaría... ¿Pero qué tan fiable era un hombre como él? Sin dudas estaba acostumbrado a cosas que Verónica... Mejor ni imaginarlo.

—¿Y esas rosas? —preguntó Vero. Acababa de despertar y se encontraba con la novedad.

—Eh... dice “Verónica”, así que supongo que son para ti —respondió Violeta sin

mirarla.

Ella leyó la tarjeta y sonriendo la apretó contra su pecho.

—Son de Alex.

Violeta no se pudo contener, y preguntó:

—¿Se puede saber el motivo? Es extraño que te envíe rosas, cuando nunca lo ha hecho antes.

Verónica se sonrojó.

—Ajá. Es por... una fecha muy nuestra. Una especie de aniversario, abuela.

Y con esa improvisada explicación giró sobre sus talones y se marchó con las rosas, dejando una estela perfumada.

En su dormitorio, las acercó a su rostro, aspiró el exquisito aroma y recordó...

Estaba en brazos de Alex, sobre su pecho, en su cama. Aún no había retomado el ritmo normal de su respiración, luego de hacer el amor por primera vez, pero lo único que la preocupaba era que estaba desnuda. Quería desesperadamente taparse. Y así lo hizo. Tiró de la sábana y se cubrió hasta el cuello. Qué tonta se sentía: luego de haberse corrido como una perra en celo, ahora la invadía un pudor virginal. Afortunadamente Alex no le estaba prestando atención, sino la hubiese destapado al instante. Qué manía de mirar y mirar tenía ese hombre.

Y no le prestaba atención porque estaba... maldiciendo.

—¡Carajo!

Verónica se asustó, pero permaneció en silencio. ¿Por qué se vería tan enojado? ¿Qué había pasado? ¿Sería algo que ella había hecho, que no había hecho, que había dicho o qué?

—Oh, mierda —volvió a maldecir él.

Y de pronto, tomando conciencia del asombro de Verónica, murmuró:

—Ah, Vero. Lo siento. He sido un auténtico estúpido. ¿Cómo es posible que no....? Debí usar condón. Lo pensé, lo planeé, y cuando llega el momento de la verdad... Mierda.

—Yo tampoco me acordé de eso, no es sólo tu culpa Alex.

—Sí, claro que lo es. Esta fue tu primera vez, y yo debí cuidarte.

—Bueno, si es por el tema de un bebé, te diré que no hay muchas posibilidades.

—¿Cuándo te toca la regla? —la interrumpió, ansioso.

—En dos días —respondió ella, roja como un tomate. La avergonzaba mucho hablar con él de esas cosas tan personales.

—Y eso quiere decir...

—Que no hay riesgo de que haya quedado embarazada.

El respiró aliviado y le besó la nariz. Se lo veía más que aliviado, estaba contento. ¿Tan horrible sería tener un niño con ella?

Alex la notó contrariada, pero interpretó mal su gesto.

—Mi amor, si es por el tema de las enfermedades de transmisión sexual, te aclaro que hace un par de meses me he hecho un chequeo y ha salido bien. Siempre me cuido, bueno, casi siempre, ya ves. Y no he estado con nadie desde que te conocí, Vero.

Oh, eso le había gustado: “No he estado con nadie desde que te conocí”. Sonaba muy bien.

—... y tú tampoco habías estado con nadie jamás, así que... Uf. Mejor, mejor así. La próxima vez seré más precavido, te lo juro.

Verónica estaba algo decepcionada. El primer pensamiento de Alex, luego de haberla desvirgado declarándole su amor, fue preocuparse por haberla embarazado.

—¿Estás bien, Vero? ¿Necesitas algo? —preguntó él. La notaba algo extraña.

—Sería bueno un vaso con agua.

Él se puso en pie al instante, desnudo. Verónica dirigió su mirada al techo, mientras escuchaba la risa de Alex, que bajaba la complicada escalera. Qué tonta, por haber desviado la vista se había perdido la oportunidad de observar su trasero. Y se moría de ganas de hacerlo.

No había tiempo de lamentarlo, lo que tenía que hacer ahora era vestirse. Se puso de pie y vio la sábana manchada. Se tocó entre las piernas y luego miró su mano empapada de sangre y semen. Oh, debía lavarse.

Tomó la sábana, corrió al baño y pasó llave a la puerta. Mientras se aseaba, escuchó que Alex le hablaba del otro lado:

—¿Todo bien, Princesa?

—Sí, saldré en un momento.

Pero ese momento se dilataba cada vez más. Encontró una bata. Se la puso y rápidamente comenzó a lavar la mancha de la sábana.

Pero Alex estaba impacientándose. ¿Por qué demoraba tanto?

—Ábreme, Verónica. Ahora —dijo finalmente con la acostumbrada firmeza de cuando le daba órdenes.

A ella le resultaba imposible no obedecerlo. Se sentía una tonta, pero le abrió la puerta.

—¿Qué haces?

—Estoy lavando la...

No la dejó terminar. Le quitó la sábana aún manchada de sangre y la miró...

—¿Es el período o...?

—No es el período.

Él se acercó. Se lo notaba conmovido. No era la primera virgen que él... Pero nunca había visto la sangre en una sábana.

La abrazó, la besó y luego introdujo las manos dentro de la bata.

Ella lo rechazó débilmente.

—No... Alex, no.

Él no entendía qué le sucedía a Verónica. Si había sido todo tan maravilloso, ¿por qué se negaba a que la tocara? Se veía tan triste. Alex deseaba que ella lo hubiera disfrutado tanto como él. No estaba saciado de ella; es más, estaba seguro de que eso jamás sucedería, pero se le había cumplido un sueño.

Se sentía tan torpe. Era evidente que ella estaba avergonzada. Decidió no continuar insistiendo y llevarla a su casa antes de que Violeta sospechara algo y lo terminara castrando.

—Está bien. Si quieres te llevo a tu casa ahora.

Verónica asintió.

“Sí, eso es lo que quiero. Quiero irme, quiero pensar en todo lo que ha sucedido. Mi primera vez... Mi primer te amo. Estar desnuda frente a un hombre. Verlo a él también desnudo. Sentir su pene dentro de mi coño, y su alma junto a la mía. Es demasiado para una noche”.

Antes de la medianoche, como cualquier princesa de cuento de hadas, su príncipe la dejaba en la puerta, con un delicado y casto beso.

Esa noche soñó con flores. Llovían pétalos rosa, rojos, blancos. Ella alzaba las manos para poder tomar alguno, pero se le escapaban. Caían al suelo formando un mullido

colchón en el que el hombre que amaba la tomaba.

El lunes Verónica se levantó temprano para ir al curso en la Universidad de Montevideo. Lo estaba disfrutando mucho, todo le resultaba interesante. Como esa clase de “Diseño de espacios verdes”, dictada por una arquitecta reconocida por sus espectaculares proyectos. Justamente estaba enumerando las características del que tenía entre manos en ese momento cuando se abrió la puerta del aula...

—Caballero, ¿lo podemos ayudar en algo? —preguntó la profesora, sorprendida.

—Sí, y disculpen la interrupción —respondió Alex con esa sonrisa que haría derretir a cualquiera—. Estoy buscando a alguien... —y mientras lo decía, recorría cada una de las caras que lo observaban asombradas.

A Verónica se le heló la sangre en las venas al escuchar su voz. ¿Qué diablos hacía él allí? Se quedó muda. Paralizada y muda.

Repentinamente, en un arranque de lucidez, la docente reconoció a Alex como uno de los más importantes disertantes en los congresos y charlas de la universidad. Además se decía que era el principal benefactor y promotor de becas.

—¡Arquitecto Vanrell! ¡Qué gusto! Adelante, por favor...

—Un placer volver a verla... —mierda si la recordaba. No tenía idea de quién era—
En realidad estaba buscando a mi asistente, la señorita Verónica Sandoval.

Todos los rostros se volvieron a Verónica, que estaba a un paso de desmayarse.

Siguiendo la dirección de las miradas, Alex la localizó y volvió a sonreír.

—Verónica. Necesito que me acompañe, debo supervisar urgentemente una obra, y quiero que usted tome notas y fotografías —prosiguió muy resuelto alzando las cejas.

Ella se dio cuenta de que no tenía alternativas. Cuando él ponía “esa cara” lo mejor era obedecer al instante. Miró a la profesora como pidiendo disculpas...

—Por supuesto, vaya Verónica. Sus compañeros le pasarán los apuntes luego.

Ella se puso de pie y caminó hacia Alex, quien sostenía la puerta para que pasara. La miraba intensamente.

Cuando salieron, Verónica le mostró los dientes...

—¡Estás loco! ¡De remate! ¿Cómo te atreves...?

Alex la hizo callar de la forma en que sólo él sabía hacerlo, besándola apasionadamente, enredando su lengua en la de ella. La dejó desmadejada y jadeante. Él también se sentía así. Tiró de ella, y se perdieron en un oscuro pasillo desierto.

Sin darle tiempo a nada la apretó contra la pared y le mordió el cuello. Verónica le despertaba los instintos más primitivos y salvajes. Había probado su sangre, y ahora quería más de ella, mucho más, siempre más...

—Ah, Vero. Sí, estoy loco. Loco por ti...

Ella intentó soltarse pero Alex la tenía firmemente oprimida contra el muro. Luchó, pero con pocas ganas. Era un atropello, pero lo estaba disfrutando tanto...

—¿Recuerdas lo que hicimos el sábado, Verónica? ¿Recuerdas bien cada detalle? ¿Recuerdas cuándo te corriste con las piernas en torno a mi cintura, cuándo me derramé en ti...? —murmuró él, con voz ronca por el deseo.

Ella estaba a punto de desmayarse. Sentía que se quemaba allí abajo, y que su vagina estaba tan húmeda que ya mojaba las bragas. Era tremendo el efecto que le

provocaba escuchar palabras fuertes de la boca de él. Ya no quería soltarse, se conformaba con no caerse al suelo.

—¿Lo recuerdas o no? —insistió Alex, mientras introducía la lengua en su oído.

—Sí... —respondió débilmente. Sentía el pene de Alex contra su vientre, enorme y duro.

—Por favor, vayamos a mi departamento y repitámoslo todo... —rogó él.

—No, Alex... todavía me duele.

—Entonces déjame lamer tus heridas, mi amor.

Se derritió cuando escuchó esa frase. Literalmente se desintegró en sus brazos.

Él la sostuvo y la miró a los ojos. Jadeaba. Con un brazo le rodeaba la cintura, y con el otro apoyado en el muro la tenía cercada. Quería una respuesta.

Ella no podía hablar, sólo asintió. Entonces él la tomó de la mano, y salieron a la calle casi corriendo.

Eran las once de la mañana. Ese día, ni Verónica volvería a la universidad, ni él a la oficina. Ese día lo dedicarían por completo a sus cuerpos, a la pasión que los consumía, a obtener grandes bocanadas de placer el uno del otro...

Comenzaron a hacerlo de pie, ni bien traspasaron la puerta, totalmente vestidos. Alex la oprimió contra la pared, tal cual lo había hecho momentos antes en la universidad. La besó una y otra vez, mientras pasaba la mano bajo su falda de jean, y la acariciaba. Notó que estaba empapada y él a su vez ya no aguantaba, así que le apartó las bragas, la levantó del suelo con las piernas en torno a su espalda y la penetró.

Vero gritó. Le dolía como si fuese la primera vez.

—¡Auch! Me duele...

Él cambió su ritmo de inmediato. No quería hacerle daño, pero ella continuaba incómoda. Si bien gemía y jadeaba, Alex podía percibir su dolor en lo apretado que se sentía dentro de ella. Quizás la estaba apremiando demasiado... es que el único lugar donde quería estar era precisamente allí, en su maravilloso coño.

La hizo descender y con los ojos encendidos se agachó y le quitó las bragas. La condujo al sofá, e hizo que ella se arrodillara sobre él y se inclinara sobre el respaldo. Él se situó entre sus piernas, desde atrás, y comenzó a enloquecerla primero con la mano. La acariciaba, la frotaba, buscaba su orgasmo.

Cuando la sintió a punto, en esa misma posición volvió a penetrarla suavemente.

Y entonces Verónica comenzó a gozarlo de veras.

“Ahh... Alex. Así me gusta más. Suave, muy suave, qué bueno, más, más, más...”. Se movió hacia delante y atrás, adentro y afuera... La estaba matando, pero era un placer morir así, con él dentro de su cuerpo.

En pocos minutos alcanzó el orgasmo gritando, con la cabeza hacia atrás y el cuerpo totalmente contorsionado. Alex le tomó el rostro del mentón, lo volvió hacia él y le cubrió la boca. Sólo cuando estuvo seguro de que ella estaba satisfecha, él se permitió correrse. Y lo hizo mientras la besaba, succionándole la lengua al ritmo de cada embestida.

Cuando todo terminó, a Verónica le había quedado marcada en una nalga la hebilla del cinturón de Alex. Él lo notó y le acarició el trasero. Tocar ese culo que había deseado tanto le produjo otra erección instantánea. Pero sabía que ella no estaba lista para repetir

enseguida, así que se abrochó los pantalones y le tendió una mano. Cuando Vero se incorporó, él le señaló con los ojos el piso de arriba, dejando en claro que eso recién había comenzado.

Y ella, obediente, estiró su falda para cubrir el maltratado trasero y comenzó a subir las escaleras...



Capítulo XXI

“Podría vivir las veinticuatro horas del día haciendo esto. Me arde, me duele, pero vale la pena”, pensó Verónica.

Desde que subieron a la habitación, desapareció el mundo. Lo primero que hizo Alex fue apagar sus teléfonos celulares, y luego desconectó el de línea. Oprimió un botón y las ventanas se entrecerraron dejando una agradable penumbra en la habitación.

Verónica lo observaba sin saber qué hacer. Él se acercó despacio, y cuando estuvieron frente a frente, ella pudo ver cómo brillaban sus hermosos ojos verdes.

—Quítate la ropa —dijo Alex de pronto.

Oh, qué vergüenza. Estar desnuda ante él era lo que más le costaba. ¿Alguna vez se acostumbraría a eso? La ponía terriblemente tensa quedar expuesta a su mirada. Y parecía ser que su cuerpo desnudo lo tenía obsesionado.

“Cómo le gusta mirar, por Dios...”, pensó ella, ruborizándose una vez más.

Estaban de pie, observándose, sabiendo que cada movimiento que hicieran los acercaría más y más al placer.

Vero obedeció, suspirando. Sabía que si no lo hacía, él lo haría por ella, y quedaría en cueros en un santiamén, mientras él permanecería vestido. Y su desnudez le pesaría el doble.

—¿Y tú? —preguntó.

Alex sonrió y comenzó a quitarse la camisa. Llevaba, como siempre, el rosario colgando del cuello. Siguiendo la dirección de la mirada de ella, se lo quitó también.

“Sí, es lo mejor. No me parece que a tu dios le agrade lo que va a pasar aquí. Creo recordar que la lujuria es uno de los siete pecados capitales”, reflexionó Verónica.

Ella no creía en nada, pero al observar la perfección de ese maravilloso cuerpo, comenzó a dudar... Alguien había hecho a ese hombre; él era más que una simple combinación de ADN. Y el que había puesto su mano al crearlo, sin dudas era un artista.

Esta vez, Alex se quitó primero los pantalones. No llevaba zapatos, y Verónica no tenía ni la menor idea de cuándo se los había quitado. Quedó frente a ella con sus boxers blancos de algodón y una espectacular erección proyectándose descaradamente.

Vero no supo qué hacer. Se había quitado las zapatillas, así que estaba de pie, hecha un manojo de nervios, con el sujetador puesto y la pequeña mini de jean colgando de sus caderas. Alex extendió su mano y tocó el piercing de su ombligo con su dedo índice. Parecía agradarle, pues sonrió con los ojos.

—Toda la ropa, Verónica.

Ese tonito no admitía que lo contradijeran. Y ella no quería hacerlo. Se volvió, y con un gesto le pidió ayuda con el sujetador. Oh, claro que podía desabrocharlo, pero prefería que él lo hiciera. Y sin que le pidiera nada, Alex se anticipó y también hizo que su pequeña falda cayera al suelo.

Ahora sí. Ella se encontraba completamente desnuda, cubierta sólo con sus cabellos. Tenía las piernas muy juntas y sentía que se le pegaban los muslos. El semen se deslizaba por ellos sin que pudiese hacer nada para contenerlo. La cabeza le dio vueltas cuando notó que estaba manchando el suelo. Se sentía desbordada, era demasiado para ella. Él no había usado condón, pero esta vez lo había hecho a propósito. No tenía sentido, ya que ese día debía bajarle la regla. En todo caso, el daño ya estaba hecho desde el sábado...

Alex pareció no notar las pequeñas gotas blancas en el suelo, pero la tomó de la mano y la llevó al baño. Entraron a la ducha y se enjabonaron mutuamente. En realidad, él la enjabonaba a ella, y Verónica se dejaba... Después de todo es lo que había hecho desde que se conocieron: someterse a los deseos de Alex, esclavizada por los suyos.

Él le lavó el cabello delicadamente. Eso le llevó su tiempo, ya que era abundante y casi le rozaba las nalgas... Vero inspiró, deleitada. Su champú olía muy bien.

Lo observó enjabonarse el pecho y el vientre. Tenía marcados los músculos abdominales. Un perfecto six pack que ella se moría por tocar... Y luego, él comenzó a asearse el pene. Tiró la piel hacia atrás y ella no pudo apartar la vista. Alex lo notó y entonces se tardó más de la cuenta en la tarea. No sólo le gustaba mirar, también le gustaba que lo observaran.

Verónica estaba haciendo grandes descubrimientos. Aprendía rápidamente qué cosas le agradaban, qué era lo que lo motivaba. Eso la hacía sentirse un poco más segura. Si lograba complacerlo, quizás no la apartara jamás de su vida. Tenía grabada en la cabeza la frase de Violeta. Odiaba esa frase, la odiaba de veras. Pero la había escuchado tantas veces...: “Pájaro que comió, voló”. Y ella le había dado de comer más que gustosa. Se moría de miedo de que él se alejara ahora.

Verónica sabía que Alex la amaba. Lo había visto en sus ojos, y además se lo había dicho. Pero se sentía tan poca cosa a su lado...

“¿Qué tengo para ofrecerle? Soy una chica sin experiencia, que no sabe nada de nada de la vida. Vamos, no soy nada del otro mundo. Una chica del montón, quizás guapa, pero del montón. Y él es tan especial. Guapo no es la palabra que lo describe. No es sólo cómo se ve, sino lo que transmite. Esa masculinidad, ese poder, esa sensualidad... Tiene todo para obtener a cualquier mujer. Hasta dinero tiene. No hay nada que me haga pensar que permanecerá siempre a mi lado, como me dijo el sábado después de hacer el amor... Promesas de cama no valen”, pensó, con cierta desazón.

Alex cerró el grifo. Al parecer el baño había terminado. La envolvió en una enorme toalla y la llevó en sus brazos a la cama. Por sobre su hombro, Verónica observaba el rastro de agua que iba dejando en el suelo, ya que no se había secado.

Estaba empapado, y su cabello se escurría sobre sus senos. Tendido sobre su cuerpo la observaba y respiraba agitado. La había levantado como si fuese una pluma, así que era evidente que no era por ese esfuerzo.

Se acomodó entre las piernas de Verónica. Estaba muy excitado, y su miembro presionaba su pubis...

“Oh, estás en el lugar indicado y en el momento indicado, corazón...”, pensó ella excitada. Comenzó a sentir un cosquilleo muy conocido en su sexo que le anticipaba un intenso orgasmo.

Alex continuaba presionando y luego comenzó a moverse lentamente, frotando el punto más sensible del cuerpo de ella con su enorme pene.

Y ella no logró contenerse. Se corrió pidiendo más mientras se retorció y cerraba los puños arañando la sábana inferior y tirando de ella hasta quitarla del lugar.

—Así que quieres más... —murmuró él en su oído.

E inmediatamente se introdujo en ella y le dio lo que había pedido. Vero estaba enloquecida por sus movimientos. Ya había desaparecido el dolor. Sólo sentía un placer inmenso que recorría todo su cuerpo, haciéndola acabar nuevamente, esta vez entre sollozos. Liberó toda la tensión en ese orgasmo maravilloso. Cuando él también lo hizo, su vagina convulsionada le ordeñó hasta la última gota de semen. Podía sentir como bombeaba ese torrente dentro de ella. Soltó la sábana y recorrió ese culo hermoso, masculino y duro como una piedra.

Alex susurró su nombre y se desplomó sobre su cuerpo. Pesaba un montón, pero a Vero no le importaba... “Me quedaría así una eternidad, con su rostro en mi cabello y mis piernas alrededor de su cintura. Este es mi lugar, aquí es donde quiero estar. Tú entre mis piernas, yo entre tus brazos, corazón... ¡Cómo te quiero!”.

Alex pensaba lo mismo, tendido sobre el magnífico cuerpo de ella... Por Dios, cuánto la amaba. La amaba por muchos motivos. La amaba por lo que era y por lo que le brindaba. Sabía lo difícil que era para ella relajarse, entregarse a lo que él le exigía y a sus propios deseos. Se sentía tan torpe por no facilitarle las cosas... Es que tenía que luchar contra sus impulsos que últimamente se habían tornado salvajes. Hacía un esfuerzo constante por contenerse y no arruinarlo todo con lo que le provocaba hacerle.

En ese mismo instante, tenía ganas de devorarle el coño, aún repleto de su propio semen. Quería penetrarla por todos los sitios posibles. Y sobre todo, deseaba su boca en su pene, empujar y empujar hasta llegar al fondo de su garganta y acabar nuevamente allí, llenándole la maravillosa boca con su placer.

Sabía que tenía que ir despacio. Si hacía todo lo que le provocaba, podría perderla. Y eso no lo podría soportar. Verónica era todo lo que alguna vez deseó en una mujer, y no podía creer que ella lo amara. Era tan hermosa, tan joven. Tenía el mundo por delante, y lo tendría a sus pies. Era el tipo de mujer que podía enloquecer a cualquiera, no sólo porque era bella, sino por la sensualidad que emanaba de ella y a veces hasta lo asustaba. Era consciente de que atraía a los hombres como la miel a las moscas, y que tendría que luchar permanentemente por la competencia que podría arrebatarla.

Pero ella lo valía, vaya si lo hacía... “Estoy a punto de nuevo, y no la he sacado. Si me muevo un poco, ¿ella volverá a pedir más...?”, se preguntó, excitado al máximo.

Lo intentó, y en lugar de retirarse la penetró más a fondo. Por un segundo, el cuerpo relajado de Verónica se tensó, pero cuando él se movió hacia atrás, ella acompañó el movimiento. No quería que saliera. Lo retuvo con su vagina, lo oprimió... Sus piernas lo rodearon y no le permitieron retirarse.

Sí, lo quería. Era evidente que lo quería. Alex se perdió en ella y volvieron a empezar... En realidad jamás terminaron, era imposible. Estaban inmersos en una espiral de deseo en la que caían una y otra vez, gozando pero sin llegar a saciarse del todo jamás...

Alex estaba tan caliente que por un instante se olvidó de que ella apenas se estaba iniciando, y de que aún continuaba dolorida. Se olvidó de todo y la embistió como un animal, gruñendo sobre su boca. Se movió cada vez más rápido, cada vez más fuerte. Se aferró a ella y la penetró una y otra vez. La tenía clavada a su cama, sometida, y estaba

deleitado por ello...

Sin poderse contener, se incorporó, tomó uno de los tobillos de Verónica y lo colocó sobre su hombro para introducirse más profundamente aún. La escuchó gemir pero no supo si era porque le dolía o porque le gustaba. Era tan delgada la línea entre el dolor y el placer...

Pero ni siquiera podía considerar el averiguarlo. Esta vez no se preocupó por el orgasmo de ella. Estaba fuera de control, como aquella vez en el coche. Ya no pensaba, sólo podía sentir. Y gritando, acabó dentro de ella por segunda vez. Su vista se nubló, y fue todo placer...

Poco después, se retiró lentamente. Quiso observar su coño lleno, pero no hubo caso, ella no lo permitió. De inmediato cerró las piernas y ruborizada se cubrió con la sábana.

“Es increíble como en un momento parece una gata en celo y al instante es una niña de nuevo. Me fascina cada una de sus facetas. Amo cada una de ellas. Verónica es perfecta”, pensó mientras le devoraba la boca como si no hubiese un mañana para ellos.

Cuando Alex la dejó en la puerta de su casa ya pasaban de las diez. Y lo peor de todo fue que Violeta estaba en la puerta con los brazos en jarra y una cara que asustaba.

Alex quería hablar con ella, pero Verónica no deseaba que él se enfrentara a su abuela, así que bajó del coche sin despedirse. Tendría que lidiar sola con el dragón de ojos amarillos. Esa sería su cruz.

“Violeta, me matarías si supieras lo que hice con tu nieta, toda la tarde, una y otra vez...”, pensó él mientras encendía su BlackBerry.

Una veintena de mensajes lo esperaban. “Alex, maldición. Te he llamado todo el día. ¿Por qué diablos lo desconectas? Es importante, llámame ni bien lo escuches, no importa la hora”.

Mierda. Eso sonaba a problemas.

—Hola, ingeniero.

—¡Alex! Por fin. Recuérdate matarte luego, pero ahora sólo escucha lo que te voy a decir...

—Soy todo oídos. ¿Qué pasa?

—Han llamado de New York. Por lo de Zona Zero.

—¿Qué? —preguntó Alex incrédulo.

Hacía dos años habían presentado su proyecto para el sistema de ventilación de las torres. Habían acudido en dos ocasiones a explicar personalmente la propuesta, pero las autoridades habían elegido otro proyecto.

—Como lo oyes. Necesitan que vayamos ahora, han surgido inconvenientes con el ganador y quieren considerar el nuestro, ¿lo puedes creer? Tenemos que ir ya, Alex. Me he pasado el día entero con Miriam llamando a las aerolíneas para conseguir boletos. Hay una cancelación para el vuelo 284 de American que sale en cuatro horas, y en ese te vas tú. Marcos y yo iremos mañana en dos vuelos distintos. Es lo que pudimos conseguir.

—Espera, Fernando. Respira un poco, y déjame pensar.

—No hay tiempo, Alex. Tengo una maleta para ti, con ropa y demás en mi coche. Miriam ha comprado todo lo que necesitas. También tengo todo el papeleo conmigo. Ve a

tu casa, toma el pasaporte y tu ordenador, que te recogeré en un rato. Lo siento, pero esto de los viajes sorpresa parece ser tu karma actual.

Alex cortó. Tenía que avisarle a Verónica.

El móvil continuaba apagado. Diablos, si llamaba al teléfono de línea, seguro contestaría Violeta. Le dejaría un mensaje y luego la llamaría desde Manhattan.

Iba a ser un largo viaje. Estaba excitado, sí, por la oportunidad caída del cielo cuando ya lo habían descartado. Pero lo que realmente lo llenaba de ansiedad era el hecho de alejarse de Vero. Le hubiese gustado despedirse de ella. Besarla hasta que en su boca quedara grabado su sabor. Pero más le habría gustado que lo acompañara. Sin tenerla consigo, nada le producía placer, todo le parecía deslucido, soso. Ella iluminaba su vida.

Mientras Verónica dormía profundamente, exhausta luego de hacer el amor por horas, Alex volaba a New York pensando en ella.



Capítulo XXII

Verónica soñaba que Alex estaba tendido de espaldas en la cama y que ella estaba montada sobre él. Su cabello caía hacia adelante y se le metía en la boca, pero Alex lo apartaba y lo sostenía en su nuca. Y en ese mismo movimiento la acercaba a él, y su boca desaparecía dentro de la suya... Aún con ella arriba, él continuaba dominándola, pero Vero no estaba dispuesta a permitirselo. Tomó sus bragas rotas y amarró sus manos a la cabecera... El observarlo así, tan bello y vulnerable la hacía humedecerse más... Se sentía cada vez más ardiente y mojada...

De pronto se despertó sobresaltada. Sí, estaba toda mojada. Le había bajado por fin la regla.

“Alex estará aliviado. Al parecer le aterra la idea de tener un niño conmigo... Lo llamaré y se lo diré...” ¡Oh! Había olvidado que tenía su móvil apagado. Ay, cuántos mensajes. Escuchó el primero. Violeta... “¿Dónde estás, Verónica?”. Escuchó el segundo: Violeta. “¡Lláname Verónica!”. Escuchó el tercero... otra vez Violeta. Ya había tenido bastante con todo lo que le había dicho la noche anterior. Le había soltado un rosario de reproches. Borró los mensajes restantes y marcó el número de Alex. ¿Apagado o fuera del área? ¡Qué extraño! Probaría más tarde.

No fue necesario. Antes del mediodía le timbró el suyo. Era Alex.

—¡Hola mi amor! —le dijo alborozada.

El solo hecho de escuchar su voz lo alteró. Y si además, lo llamaba su amor, y parecía feliz, eso lo desestabilizaba de tal forma que hacía que su cuerpo respondiera al instante. Un revoltijo hormonal vertiginoso, y ya estaba haciendo el ridículo en el aeropuerto mientras caminaba entre el gentío con esa terrible e inoportuna erección.

—Hola Vero.

—Me ha bajado la regla esta mañana...

—Eso está muy bien —de verdad, era un gran alivio para él, después de lo de Sabrina.

—Escucho ruidos. ¿Dónde estás?

—En New York.

Verónica creyó que Alex estaba jugando con ella.

—Pues salúdame a la Estatua de la Libertad.

—De veras, ahora estoy en el JFK. Acabamos de aterrizar. ¿No escuchaste el mensaje que te dejé en el móvil?

Oh, al parecer no era broma. Alex estaba a miles de kilómetros de distancia. ¿Cómo

podía ocurrir algo así? Si hasta hace un rato estaba con ella, dentro de ella.

—No... ¿Y qué haces allí? —preguntó con un hilo de voz.

—Mi cielo, te lo explicaré luego. Mira, es por trabajo y es sólo por un par de días.

Fue algo sorpresivo, pero ya te explicaré más tarde. Te llamaré en cuanto pueda y te lo diré todo, ¿de acuerdo?

—Sí —respondió. ¿Qué otra opción tenía?

—Ahora debo irme... pero no olvides que te amo.

— Y yo a ti...

Alex en New York.

No lograba hacerse a la idea de cómo y por qué había ido a parar allí de un momento a otro. Lo cierto es que no le agradaba, no le gustaba nada...

Ese día en New York fue interminable para él. Una reunión tras otra. Explicar todo una y otra vez... Estaba deseando que llegaran Fernando y Marcos. Sólo tuvo un minuto de soledad en el baño, pero no pudo llamar a Verónica porque el maldito teléfono no tenía señal.

Cuando llegó al hotel, eran más de las diez. En Montevideo ya era de madrugada. No la llamaría, pero le explicaría todo por mail.

De: Arq. Alexander Vanrell

Para: Verónica Sandoval.

Fecha: 17 de enero de 2012.

Asunto: Te extraño.

Hola Princesa. Finalmente he llegado al hotel, pero es tarde para llamarte. Está nevando, y lo único que puedo pensar es en cuánto me gustaría que estuvieses aquí conmigo. Sé que es difícil, principalmente por Violeta y por tu fobia a volar, pero ambas cosas pueden arreglarse, lo sé.

Te contaré brevemente porqué estoy aquí. Hace dos años, junto a Fernando Torres, el ingeniero que ya conoces, presentamos un proyecto que tenía que ver con el sistema de ventilación de las futuras torres de Zona Zero. No tuvimos suerte, se lo adjudicaron a un grupo alemán, que ahora no los convence. Al dejarte ayer... ¿o fue antes de ayer? Ya no sé ni en qué día vivo... Bueno, la cuestión es que recibí un mensaje de Fernando; querían que nos presentáramos aquí lo antes posible para detallar algunos aspectos de nuestro proyecto. A las dos de la madrugada estaba volando, y lo único en lo que podía pensar era en que no pude despedirme de ti...

Mañana llegarán Fernando y Marcos en distintos vuelos. Tendremos un largo día de reuniones, presentaciones, en fin, de todo. Veremos si sale. Si tenemos esa suerte, nos comprarán el proyecto. No lo ejecutaremos, sólo venderemos la idea y la forma de hacerlo.

Para mí es todo un desafío. Es algo que quería hacer en forma independiente de la empresa. Jamás me había abocado a un proyecto parcial. Ya sabes cómo me gusta encarar cada cosa que hago en forma global. Adoro tener el control de todas las situaciones que

enfrento, el control total, tú lo sabes más que bien. Por eso este proyecto es importante para mí, porque por primera vez trabajaré en una mínima parte de un todo que no me pertenece en absoluto. Un pequeño grano de arena en una máquina que otros pondrán a funcionar, por fuera de lo que yo pueda manejar.

Espero que todo termine en un par de días, Vero. Es todo lo que puedo soportar lejos de ti, sin llegar a enloquecer. Aún estoy abrumado por lo de ayer.

Me diste mucho placer, demasiado. Estoy como enviciado. Tú eres mi droga, te quiero, te disfruto, te necesito. No me alcanza con oír tu voz, quiero verte.

¿Qué te parece si mañana nos comunicamos por Skype? No será temprano, espero que puedas mantenerte despierta hasta digamos... la una de la madrugada de Montevideo. Igual te llamaré antes de eso. Conecta la cámara, no lo olvides.

Te amo, Verónica. Para siempre.

Alex

El día siguiente fue un torbellino, peor que el primero. Alex deseaba con todas sus fuerzas terminar con ello para bien o para mal. Estar lejos de Verónica lo desesperaba. Cuando pudo llamarla ella parecía tan triste. Le partió el corazón oírlo así.

—¿Qué te pasa, Princesa?

—Te extraño. Eso. Quiero verte.

—Yo también. Ten la cámara lista que esta noche al menos podremos vernos en el ordenador.

—Sí. Tengo que comprar una, sólo espero poder instalarla.

—Hagamos una cosa. No te preocupes por la cámara. Yo me encargo de eso.

Antes del anochecer, Miriam, la secretaria de Alex le había hecho llegar a Verónica un reluciente ordenador portátil de última generación. Adiós su viejo computador de escritorio.

Lograron comunicarse. Cuando él la vio en el monitor, su corazón dio un vuelco. Cada vez que la miraba se desestabilizaba. Su corazón, su estómago, su... bueno, tendría que acostumbrarse a andar así por la vida, con esa dulce puntada en el pecho y ese enorme bulto en sus pantalones.

Ella se mordió el labio cuando vio el rostro de Alex en la pantalla. También se sentía como enviciada. Tenía la regla, pero aun así sentía cómo su vagina se humedecía al instante. Era demoledor el efecto que le provocaba verlo, aun a miles de kilómetros de distancia y en el monitor de un ordenador.

Hablaron, rieron, se dijeron cuánto se amaban y cuánto se echaban de menos.

Alex estaba tentado de pedirle más. Estaba obsesionado con verla desnuda, pero sabía que eso para ella era pasar una línea. Nada de sexo virtual. Debían aguantar y reservarse para el encuentro, que esperaba fuese en breve.

Pero no fue así. Todo se dilató bastante más de lo que ambos hubiesen deseado.

Pasó una semana entera antes de que se lograra firmar la venta del proyecto.

Fernando y Marcos estaban en las nubes. Eso representaba varios adorables billetes verdes.

Pero lo único en que Alex pensaba era en volver ya a los brazos de Verónica. No le había dicho nada de su regreso, quería sorprenderla. Mientras esperaba que se hiciera la hora de ir al aeropuerto, fue de compras. Se sabía de memoria las medidas del cuerpo de

ella, y no fue difícil adquirir un vestido, ropa interior, zapatos y bolso y una encantadora valija de maquillaje.

Caminaba por Manhattan y no podía apartar de su mente el rostro de Verónica. Oh, cuánto la amaba. Deseaba tenerla consigo todo el tiempo. Esa semana fue una tortura, y ni siquiera pudo disfrutar del éxito, del reconocimiento, de la meta lograda. Para él, Verónica era su principio y su final.

Y de pronto lo supo.

Quería casarse con ella. No le alcanzaba con tenerla en la cama. Quería más, quería todo. Tenía la certeza absoluta de que la amaría siempre, ¿así que por qué dilatarlo? Sólo esperaba que ella le diese un sí. Sólo eso.

Cuando entró a Tiffany's, el corazón le latía desbocado en el pecho. Le temblaban las manos al escoger la sortija. Buscaba algo especial para esa chica tan única que había puesto su mundo de cabeza y que le había enseñado a amar.

Marcos Lombardo observó a Alex mientras cenaban en pleno vuelo. Parecía conmovido, feliz como nunca. Y estaba seguro de que no tenía nada que ver con el logro obtenido en New York. Lo conocía bien, y estaba seguro de que esa euforia tenía que ver con Verónica Sandoval. No quería arruinarle la dicha, pero tenía malas noticias con respecto a Sabrina. No había obtenido una prórroga para responder la demanda, y debían ocuparse del asunto ni bien llegaran. No había otra salida, habría que pagarle para no ir a juicio y orar para que con eso se contentara y no fuera a los medios a divulgar el penoso asunto.

Afortunadamente Alex aún ignoraba lo que lo esperaba en Montevideo y pasó el vuelo pensando en su princesa que, si todo salía bien, pronto sería su reina.

Verónica estaba desolada. Una semana entera sin Alex... ya no lo soportaba. La noche anterior no había podido evitar el llanto; se durmió con el rostro bañado en lágrimas murmurando su nombre. Le hacía tanta falta, lo amaba tanto. Y lo deseaba desesperadamente. Su cuerpo necesitaba a Alex.

Había comenzado a tomar la píldora, asesorada por su prima Natalia. Quería que él ya no se preocupara por lo que tanto temía: embarazarla. Ella tampoco quería eso por cierto. Lo que sí quería era meterse en una cama con él varios días, nada más. Lo besaría hasta que él dijera basta. Lo tocaría todo, y luego lo observaría dormir.

Oh, ¿cuándo llegaría ese momento?, se preguntó angustiada mientras descendía por la enorme escalinata de la universidad. Y de pronto lo vio. Como tantas veces, recostado en un coche, con los brazos cruzados en esa postura indolente que lo hacía más guapo, si era eso posible.

Verónica dejó caer todos sus papeles, que volaron alrededor de ella. Nada le importaba. Corrió como si le fuese la vida en ello y se arrojó en sus brazos, sollozando.

Se besaron con hambre. Se devoraron uno al otro. La barba crecida de Alex le hacía daño, pero era de esos daños maravillosos.

—No me vuelvas a hacer esto —pidió ella entre lágrimas.

—Jamás, mi vida. Jamás volveré a alejarme de ti.

—Te amo, te amo, oh, cuánto te...

No la dejaba hablar, le recorría la boca con la lengua, anhelante.

—¿Qué quieres hacer ahora, Verónica? —preguntó él sonriendo cuando debieron parar para respirar. Ya sabía la respuesta, pero quería oírlo de esa maravillosa boca...

—Llévame tu casa, y fóllame hasta dejarme sin sentido. Ahora.

Y por primera vez, Alex permitió que fuese ella quien diese las órdenes. Estaba más que dispuesto a obedecerla. Era su esclavo ese día, y lo sería siempre.



Capítulo XXIII

Condujo como un loco, pero Vero no parecía notarlo. Se había sentado de lado, con una pierna doblada bajo su cuerpo, y no le quitaba los ojos de encima. Y no sólo los ojos, sino que no cesaba de acariciarle el pelo.

A ella le encantaba el cabello de Alex, era tan suave... No era rubio, más bien entraba en la categoría de los castaños. Y así, con el pelo un poquito largo de más, estaba increíblemente seductor.

Hablaron poco. Lo suficiente como para ponerla al tanto del éxito del proyecto y el alcance del mismo. Ella lo escuchaba fascinada.

Llegaron al departamento y Alex ni siquiera se molestó en dirigirse al parking, tal era la urgencia por subir. Clavó el coche en la puerta del edificio y entraron de la mano.

—Hola, Jeremías, ¿me harías el favor de aparcarlo? —le pidió al portero lanzándole las llaves.

—Enseguida, señor Vanrell.

—Gracias. Ah, Jeremías. Ella es Verónica. La verás a menudo por aquí, y quiero que sepas que tiene pase libre esté o no esté yo en casa, ¿de acuerdo?

Verónica levantó la mano con timidez, en señal de saludo.

—Un placer, señorita Verónica.

—Igualmen... —intentó responder ella, mientras Alex la arrastraba al elevador.

Una vez dentro, él la tomó de los hombros y la recostó contra una de las paredes, y luego retrocedió y se pegó a la pared opuesta.

Ella hizo el intento de acercarse.

—Alex, te echado tanto de me...

Él la detuvo con un gesto.

—Quédate dónde estás, Satanás —le dijo sonriendo.

Verónica continuó avanzando, y él cambió de pared para conservar la distancia.

—Mira mi cielo, esto es así. Tengo un... animal aquí —apartó el morral que traía cruzado en el pecho y le señaló su abultada entrepierna— que no sabe de lugares prohibidos y está a punto de escapar. Si te acercas, no respondo por él.

Eso fue suficiente para tenerla apartada el resto de los dieciocho pisos.

Unos minutos después, Verónica se encontraba en la cama de Alex, boca abajo, desnuda. Él se lo hacía desde atrás como un desquiciado, y a ella le gustaba.

Aún le dolía, pero le encantaba. Estaba desesperada por sentirlo dentro, y ahora estaba cumpliendo su deseo. El movimiento de Alex encima de ella hacía que su coño se

frotara con la sábana, y eso la volvía loca. Él se dio cuenta de eso, y rápidamente le puso una almohada debajo. De esa forma no sólo lograba ella una fricción mayor, sino que podía penetrarla más profundamente.

Ella mordía la sábana para no gritar.

—No te contengas mi cielo, dame uno ahora, vamos...

Oh sí. Se corrió para él gritando, y vaya si lo hizo. Sólo así, Alex soltó el suyo, pues lo que más le importaba era que ella lo gozara.

La besó en la nuca, en la oreja... Le dio la vuelta y le mordisqueó los pezones.

—¿Cómo vas con la píldora, Princesa? —preguntó de pronto.

—Pues bien. No me olvido de ella jamás. He puesto una alarma en el móvil.

—Perfecto. Buena chica. Vamos, a la ducha.

Alex se tomó su tiempo en enjabonarla esta vez. Primero los pechos, el vientre, y luego más abajo. Por fuera, por dentro, por fuera. En un momento le tocó ahí atrás, y ella se sobresaltó y le apartó la mano.

—Te estás pasando...

Él rió, pues era evidente que ella ni se imaginaba las fantasías que tenía con esa parte de su cuerpo... No tenía límites su pasión por ella.

Luego de la ducha, se tomaron un descanso. Verónica se reclinó en el diván de la habitación, envuelta en una bata blanca y con una toalla de turbante. Como ella tenía hambre, Alex buscó en vano algo para darle. Mierda. El congelador estaba vacío. Entonces descubrió una lata de melocotones en almíbar. No era lo ideal, pero sería suficiente para reponer fuerzas para un segundo round de sexo salvaje.

Mientras él tomaba un refresco, cubierto solamente por una pequeña toalla en la cintura, ella comía los melocotones con los dedos, ante la mirada extasiada de Alex, que hizo trizas la lata con una mano. Es que ese simple gesto de ella fue suficiente para excitarlo en su punto máximo. Se acercó despacio y se agachó a su lado. Probó el dulce directamente de su boca, y luego comenzó a abrirle la bata. Acarició sus senos, chupó uno de sus pezones, descendió, bebió una gota de agua que había quedado en su ombligo, y luego continuó bajando.

Ella mantenía los muslos firmemente apretados. Se miraron a los ojos. Los de él decían sí, y los de ella, no. Estaba ruborizada, y luchaba por cerrar la bata de nuevo.

Alex pensó que ese pudor que a veces se apoderaba de ella le estaba impidiendo soltarse. Era hora de resolverlo.

—Bien, Verónica, parece que facilitarme el acceso... completo a ciertas partes de tu cuerpo es como un tabú para ti. Vamos a hacer algo al respecto —le dijo sonriendo.

Ella abrió los ojos como platos, y al instante subió sus rodillas y las rodeó con sus brazos. Estaba totalmente replegada, hecha un ovillo sobre sí misma, tímida y casi asustada.

Alex se arrodilló frente a ella y le tomó los tobillos, uno en cada mano, sin dejar de mirarla a los ojos.

—Vamos a jugar a que tú me muestras lo que tienes y yo te diré si vale la pena mirarlo. Si no lo merece, no volveré a insistir —declaró en un tono que le puso la piel de gallina al instante.

Y, sin más contemplaciones, separó sus tobillos.

Ella gritó. Estaba ahora desnuda, con las rodillas flexionadas y las piernas abiertas. Intentó cerrarlas pero él no se lo permitió.

—¿Ves? no es tan complicado —murmuró, y luego bajó la vista para contemplarla. Ella estaba más que avergonzada. Ya no luchaba, pero se sentía mortificada, así

expuesta adelante de un hombre. Era desesperante sentirse escudriñada de esa forma, pero aún sin quererlo, comenzó a excitarse.

—Bien, te diré lo que veo —dijo Alex con voz ronca—. Tienes un maravilloso coño, totalmente abierto para mí. Estás tan... expuesta, que puedo observar cómo te comienzas a mojar...

Verónica cerró los ojos.

—Nada de eso, mi cielo. Ábrelos, quiero que me mires mientras te exploro —pidió.

Ella obedeció. La tensión iba aumentando.

Alex continuó con lo que había iniciado.

—... es algo tan bello que no sé si podré apartar la vista. Está algo enrojecido e hinchado este divino coño tuyo, así que creo que lo he maltratado demasiado... Y eso que apenas estoy comenzando. Dime Verónica ¿he abusado mucho de él o será que te has estado tocando en mi ausencia?

Ella negó con la cabeza. Esperaba que no se diese cuenta de que le estaba mintiendo, porque sí, se había masturbado pensando en él.

—... así que aquí estoy contemplándote y no ha pasado nada, no se ha caído el cielo, tú continúas con vida, y el único que está a punto de perderla soy yo... estoy enfermo de deseo, y tú serás mi medicina.

Y lo hizo. Hizo lo que ella temía y a la vez deseaba.

Bajó la cabeza y comenzó a lamerla lentamente.

Alex estaba entre sus piernas, enloqueciéndola con su lengua. Verónica gimió y dejó caer su cabeza hacia atrás, y con ella también cayó la toalla y su cabello húmedo se extendió sobre sus senos, y sobre Alex. La vergüenza había desaparecido, y ahora sólo había deseo...

“Oh, cómo me gusta lo que me hace este hombre tan bello. Ya no tengo secretos para él”, pensó mientras comenzaba a disfrutarlo de veras.

—Ah, Verónica, esto es exquisito. Eres dulce hasta en el coño, mi cielo.

La penetró con la lengua y ella sollozó. El placer era tan inmenso que tenía ganas de llorar.

Alex tiró de sus tobillos, y ella quedó tumbada con las nalgas al borde del diván y las piernas en alto, abiertas. Ahora sí que no había ningún rincón de su cuerpo que hubiera escapado a la mirada de él. Estaba como servida en bandeja para ser devorada.

—Qué precioso culo tienes. Tengo planes para él... —murmuró acariciándolo lentamente.

Y luego bajó la cabeza para lamerlo también.

Verónica estaba perdida. No podía respirar, no podía pensar. Todos los pudores se habían esfumado, toda su timidez había desaparecido. Le daría todo lo que él le pidiese, estaba completamente entregada a ese hombre.

La lengua de Alex continuaba haciendo maravillas en su clítoris, que parecía a punto de explotar. La rendición iba a ser voluntaria, sin lugar a dudas... No sólo ya no era necesario que le sujetara los tobillos para mantenerle las piernas abiertas, sino que ahora era ella quien había pasado las manos por la parte de atrás de sus rodillas, y se abría sola.

Al tener las manos libres, Alex las usó para penetrarla lentamente con dos dedos, sin dejar de lamer y chupar su punto más sensible.

Los gemidos de Verónica lo estaban volviendo loco. Sentía el pene contra su vientre, a punto de estallar.

—Oh, Alex... por favor.

Él se detuvo y sonrió.

—Creo que anteriormente hemos dejado claro el punto de que debemos ser más específicos con el “por favor”... ¿Quieres que me detenga o que continúe? —preguntó sin quitarle los dedos.

— Hazlo... continúa —respondió mientras apoyaba los talones en el borde del diván, y movía las caderas hacia adelante y hacia atrás. Era consciente de que estaba dando un espectáculo de obsceno sexo explícito, pero ya nada le importaba.

Alex retomó el trabajo de su insistente lengua, y segundos después Verónica explotaba en el orgasmo más intenso de su vida, convulsionando su cuerpo y haciéndola perder el control sobre sus movimientos.

Mientras gritaba, lloraba y reía, tomó a Alex del cabello con ambas manos y desenfundada le presionó el rostro contra su coño empapado de saliva. Lo mantuvo firmemente en ese lugar hasta que quedó saciada, aunque no era necesario: él no quería salir de allí jamás...

Alex estaba más que satisfecho, pues ella se había soltado por fin, y lo había gozado. Cuando la notó relajada, la tomó en sus brazos y se acostó en la cama de espaldas, con Verónica encima a horcajadas. Ahora le tocaba a él.

Ella se levantó instintivamente para que la pudiese penetrar. Y así, con el enorme pene de Alex clavado en su aún estrecha vagina, comenzó a moverse en forma salvaje, con el cabello graciosamente enredado y los ojos brillantes. Nunca se había sentido tan hembra. Ya no tenía límites, había llegado a su fin toda una vida de represión impuesta por Violeta.

Esa tarde, Verónica se hizo mujer de la mano de Alex... y de su boca.



Capítulo XXIV

Lo primero que vio Vero cuando despertó fue el hermoso rostro de Alex. Yacía boca abajo, desnudo, a su lado. Se lo veía relajado e increíblemente guapo. Parecía un niño, con sus largas pestañas y el pelo revuelto.

Apoyada en un codo, ella observó su espalda y sus nalgas perfectas y quiso acariciarlo, pero se contuvo. Necesitaba un respiro, y sabía que tocarlo sería muy peligroso para su maltratado coño, que le dolía cada vez que se movía. Se deslizó de puntillas de la cama, se colocó la bata arrugada y húmeda y se dirigió a la cocina a ver si encontraba algo de comer de verdad. Estaba famélica. Abría y cerraba alacenas sin hallar absolutamente nada comestible o al menos nada que estuviese en buen estado, cuando se sintió observada y se volvió. Se encontró cara a cara con Alex, recostado en la barra. Se había levantado más rápido que un rayo cuando notó su ausencia. Y allí estaba, como para infartar a cualquiera, con unos jeans gastados y con la cremallera abierta por la que asomaban algunos vellos púbicos. Era evidente que no llevaba ropa interior. Su camiseta había visto también mejores días, y tenía las zapatillas deportivas sin abrochar, con los cordones sueltos. Cualquier hombre se vería desaliñado con ese atuendo, y más aún despeinado, sin afeitarse y con el pliegue de la almohada marcado en la mejilla. Pero él se veía maravilloso.

Verónica pestañeó. Era tan guapo que encandilaba. Tenía luz en su mirada, y sus movimientos derrochaban sensualidad. Cada gesto de Alex era absorbido por cada parte sensible del cuerpo de ella provocándole reacciones desmesuradas, que iban desde un simple acaloramiento hasta una franca excitación, de esas que hacen doblar las rodillas y que el estómago se contraiga. Tragó saliva para recobrar el uso de su garganta que de pronto estaba seca.

Él se acercó y la besó en los labios.

—Buenos días, dulzura.

—Mmm... buenos días... ¿Buenos días? Pero si son las cinco de la tarde...

—Lo sé, pero me gusta imaginar que pasamos la noche juntos y que ahora me estás preparando el desayuno.

—Lo haría, si hubiese con qué hacerlo. No tienes nada aquí.

—Bien, ya mismo bajaré y traeré una gran pizza para alimentar a mi Barbie Hambrienta.

—No soy tu muñequita, y puedo hacer huevos revueltos, si es que estos... —olfateó cautelosa —están en buen estado...

—No. Traeré pizza. Además necesito sacar algunas cosas del coche. Espera aquí, ya

vuelvo.

Verónica se sentó con cuidado en una de las incómodas banquetas realizadas con asientos de tractor. Miró a su alrededor. Era un apartamento único, dotado de una belleza extraña y salvaje, masculino en cada detalle. Le encantaba, pero también le resultaba perturbador, y no sabía por qué. Quizás fuera por ese aire de mazmorra, de torre de princesa confinada, de antro de lujuria... Se preguntó cuántas chicas había llevado allí. De sólo pensarlo, la sangre se agolpaba en sus sienes, y se quedaba sin aliento. Celos, ira. Sentimientos nuevos para ella. Lujuria, pasión. Sensaciones desconocidas hasta ahora. Y todo era provocado por una sola persona: Alex.

Se oyeron voces y pasos. Él entró al departamento con una pizza gigante. Detrás venía el pobre Jeremías, tan cargado de cajas que no se le veía el rostro.

Cuando se quedaron solos, Vero preguntó:

—¿Qué es todo eso?

—Ya verás, ahora comamos que yo también estoy a punto de desfallecer.

Se sentaron en la barra y en un santiamén dieron cuenta de todo el contenido de la gran caja.

—Uff. Qué rico.

—¿Satisfecha, Princesa?

—Digamos que sí, por ahora. ¿Qué es lo que traes ahí? ¿Hay un regalito para mí?

—No, en realidad es un regalito para mí... —respondió él sonriendo, y comenzó a pasarle los paquetes.

Verónica estaba alucinada.

La primera caja traía, entre papeles de seda, un precioso vestido gris plata. Era recto, sin breteles, y la falda llegaba a las rodillas. Un sensual tubo de una tela exquisita, que ella no logró definir cuál era.

—Oh, qué belleza. Gracias, gracias, gracias —le dijo besándole la mejilla.

—Continúa con las cajas, hay más para ti. Es todo para ti.

Ella lo miró asombrada. Siguió abriendo paquetes; se sentía como una niña en Navidad.

¡Qué zapatos! Oh oh. ¿Louboutin? ¿Cómo los de Anastasia Steele? Gris acerado, suelas rojas. A Violeta le daría algo, se infartaría sin dudas. Por cierto, debería llamarla... Tomó nota mental de ello, pues ahora se hallaba más que ocupada.

Un sobre LV haciendo juego con los zapatos. Maravilloso. Este hombre sabía cómo hacer feliz a una chica. ¡Qué buen gusto tenía!

Otra caja. Oh Dios mío. Un conjunto de ropa interior de seda, bragas, sujetador, medias y portaligas. Todo gris, con un toque de rojo. El sujetador no llevaba breteles, y las medias tenían el borde de encaje. Estaba maravillada; todo un ajuar de prostituta de lujo con el sello de Victoria's Secret. Estaría feliz de dejar de ser una Barbie Rosa. Esa ropa significaba acción. Y ella quería acción.

Había un paquete más. Cuando lo abrió dejó escapar un grito. Era una especie de valija metalizada que portaba un set completo de cosméticos. Cremas, maquillaje, hasta un aparato rizador. Jamás había visto algo tan hermoso.

—Alex... no sé qué decir... No puedo creer que hayas comprado todo esto para mí.

—Sólo espero que le haya atinado a tu talle.

—Todo está perfecto, de verdad. Mil gracias, mi amor —murmuró acariciando la mejilla de él.

—Mmm... no lo sé. Creo que no he dado con la talla de la ropa interior. Pruébatela,

porque si no te queda, tendré que ir a cambiarla —sonrió, pícaro, con esa risita de lado que a ella la hacía temblar.

—¿Ahora?

—Ajá.

Verónica tomó las cajas y se dirigió al sanitario ecológico. Diablos, ¡qué manera de complicar lo simple que tenía Alex! ¿No podía haber hecho un baño normal? Esto era un departamento en las nubes, no una plaza pública. Los hombres y sus caprichos.

Se puso las bragas y el sujetador. Perfectos. Y como si tuviese una diosa interior que le decía al oído como pecar más y mejor, se colocó también las medias, el portaligas y los altísimos zapatos.

Cuando él la vio, quedó tan perturbado que tuvo que apoyarse en la barra para no caer al suelo.

—Carajo.

—¿Qué? ¿No te gusta? ¿Hay algo que...? —preguntó ella alarmada mirándose las piernas.

—Sí, hay algo que...—respondió Alex, más agitado de lo que le hubiera gustado demostrar. Se acercó y tomó la mano de ella, mientras se tocaba la entrepierna con la otra. Sin dejar de mirarla, la guió hacia su pene, que ahora asomaba rígido —. Esto. Esto es lo que hay... Por tu culpa —le dijo, mientras contraía todos los músculos al sentir la mano de ella rodeándolo.

—¿Por mi culpa?

—Sí, y deberías hacerte cargo, si quieres conservar intacta esa linda ropita tuya...

“Ay... me muero. Pero mi vagina ya no resiste. Creo que está a punto de romperse de tanta fricción. Me haré cargo pero esta vez no me la meterás, corazón. Te pagaré con la misma moneda”. Vero se puso de rodillas sin dejar de mirarlo. Alex alzó las cejas y abrió los increíbles ojos verdes. No se esperaba algo así...

“Bueno, querido. Me veo como una puta, ¿por qué no comportarme como tal? Veremos ahora que piensas de la Barbie Hambrienta”.

—Oh, veo que tenemos un problema aquí. Ya lo sé, es por mi culpa. No te preocupes, mi amor, que intentaré... solucionarlo —dijo Verónica con aires de mujer de mundo.

“No sé de donde saco valor para decir y hacer esto. Yo no llevo una diosa interior. Yo llevo una ramera interior, que en este momento se dedica a hacerle un trabajito en el miembro digno de un primer premio. Se supone que no sé hacerlo, pero creo que sí lo sé, a juzgar por sus reacciones. Yo sé lo que él desea. Quiere que deje de lamer el envoltorio, que abra el paquete y me lo coma. Bueno, eso hago. Ay, madre mía. A esto yo llamo paquete. A esto yo llamo regalo. No seré una experta pero me sobra entusiasmo”. Estaba de rodillas, en ropa interior de fantasía, chupando como una desesperada el enorme pene de su hombre. Y le gustaba, y cómo...

De pronto, él la apartó y la inclinó sobre la barra de la cocina. La manejaba como la Barbie Puta en que se había transformado, y eso la excitó aún más.

Vero tenía los pechos aplastados sobre el frío mármol, cuando sintió que Alex le apartaba la braga y le introducía el enorme pene. Ella cerró los ojos...

Aún le dolía un poco, pero le gustaba. Ya no era dueña de sus actos: su vagina era quien mandaba, y le mostraba a él cuánto le agradaba tenerlo, contrayéndose rítmicamente para darle placer. Y lo logró, porque él se derramó dentro de ella, jadeando en su oído. Fue más de lo que podía soportar. También Verónica explotó y su cuerpo retrocedió para

sentirlo más adentro aún. Eso era el cielo

Momentos después, Alex se incorporó, y luego la besó.

—Cuando te haces cargo, te haces cargo— le admitió guiñándole un ojo, dejándola sin palabras.

Más tarde Verónica llamó a Violeta. La dejó hablar para apaciguar su enojo y luego inventó una excusa de estudios.

—... así que llegaré más o menos a las...

Miró a Alex alzando las cejas para que le dictara la respuesta. Él le mostró las dos manos extendidas.

—... a las diez. Sí, ni un minuto más, abuelita. Te amo.

Él rió. Menos mal que Violeta aun lo creía en New York, porque si no...

—¿Abuelita? —preguntó Alex sonriendo de lado— Oh, ven Caperucita. Ven con el lobo. ¿Qué prefieres? ¿Ojos grandes para mirarte mejor o boca grande para comerte mejor?

Después de todo lo que habían hecho, esas inocentes palabras consiguieron que ella se pusiera roja como Caperucita.

—¿No lo sabes? Bien, entonces tendrás de los dos. Y luego te volverás a poner lo que te compré, intentaremos desenredar tu precioso cabello, tarea que nos llevará un buen rato, e iremos a cenar. ¿Te gusta la idea?

Le gustaba. Mucho. Ojos, boca... y cualquier otra cosa que el lobo deseara.

Asintió, y luego emprendió la conocida ruta por la escalera al placer.



Capítulo XXV

El restaurante estaba atestado para ser un día de semana. Tenía una hermosa terraza con vista al mar. A Alex le encantaba esa ciudad, pues casi todo lo que sobrepasara los quince pisos tenía vista al océano. Le recordaba a su querida Habana, sus primeros años, donde había sido feliz hasta que... Mejor no recordar a su madre.

Cenaron liviano. Estaban agotados después de haber pasado la tarde en la cama. Y no durmiendo, precisamente. A pesar de eso, cuando él le preguntó qué deseaba de postre, Verónica se vio tentada de responderle “a ti”. Sin embargo pidió un helado. De “fresa”, claro.

Él parecía ausente, hacía rato que no decía demasiado. ¿Qué le pasaría?

—¿Todo bien, Alex?

Él la miró fijamente. Qué hermosa mujer. La amaba, la adoraba. Era todo para él. Por eso estaba aterrorizado... Tenía tanto miedo de que le dijera que no cuando le pidiera que se casara con él. No podría resistirlo. Jamás imaginó que iba a estar en esa situación, casi de rodillas suplicándole a una chica tan joven que interrumpiese su adolescencia para ser su esposa. Si fuese su padre, la emprendería a golpes con quien osara arrebatarla tan pronto. Pero no podía evitarlo.

“Ya he hecho lo que he querido con su maravilloso cuerpo. Lo he tenido como se me ha antojado. Pero eso no basta, quiero su alma, quiero todo. Quiero poner mi sello en su piel, para que todos sepan que Verónica es sólo mía”, pensaba mientras se aclaraba la voz y respondía:

—Tengo algo para ti.

—¿Otro regalo? Alex, ¿no te parece que ya me has dado demasiadas cosas? Vainilla, el colgante, la BlackBerry, los...

—No es ese tipo de regalo. Igual continuaré dándote cosas, pues me da placer y puedo hacerlo. Tú me has dado cosas más valiosas y no me quejo.

—¿Cómo qué? —preguntó ella confundida. Nunca le había comprado nada, no sabía qué podía obsequiarle que él no tuviera ya.

—¿Como qué, preguntas? Bueno, tus bragas. El poema. Tu virginidad. ¿Te parece poco?

Ella sonrió y no supo qué decir. No lo había visto de ese modo.

—Yo no te he dado nada comparado con lo que tú me diste. Pero esto que tengo aquí, es distinto — prosiguió Alex y extrajo una pequeña caja del bolsillo de su chaqueta.

Verónica respiró hondo. Una joya... No sabía cómo iba a explicarle a Violeta lo de

la ropa, y ahora le daría una joya. Tendría que mantenerla oculta.

Pero Alex, ante el asombro de ella, no le entregó la cajita. Se limitó a abrirla y mostrarle su contenido.

Verónica bajó la vista y vio el anillo. Era una fina sortija con un pequeño brillante. Ella no sabía distinguir un diamante de una circonia, pero se dio cuenta de que era algo muy valioso. Aun así, jamás se le cruzó por la mente la pregunta que Alex le haría.

—Verónica... ¿te casarías conmigo?

La voz sonó extraña, y le temblaba la mano. Así de conmovido estaba.

Ella sintió que la tierra se hundía bajo sus pies. Su corazón había dejado de latir. Creyó que estaba soñando. Se aferró a la servilleta para sentir algo real, algo palpable, porque a su alrededor todo era confuso, como en una neblina. Lo único que estaba definido ante sus ojos era Alex, y la sortija que tenía en la mano. A duras penas logró articular una frase...

—¿Por qué? —susurró.

Diablos, él no se esperaba una pregunta. Él quería una respuesta. ¿Por qué? Bueno, podía con eso, le sobraban los motivos, le diría por qué.

—Porque te amo más que a mi vida. Porque lo último que quiero ver antes de dormir y lo primero al despertarme es tu bello rostro, mi amor. Porque eres la persona más fascinante que he conocido, y lo único que hago es pensar en ti. Estás en cada uno de mis actos, estás dentro de mí. Eres tan especial, Verónica.

Le brillaban los ojos. De pronto recordó algo de su Cuba natal:

—Cuando tú naciste los ángeles cantaron... Así de especial eres. Tú eres única. Desde que llegaste a mi vida, todo cambió. Amo todo lo que me ha ocurrido, incluso el sufrimiento ha cobrado sentido, porque todo me condujo a ti, a este momento...

Las lágrimas rodaban por las mejillas de Verónica.

—¿Por qué lloras, mi cielo? —preguntó angustiado.

Verónica no respondió. Se puso en pie y rodeó la mesa. Él retiró la silla para incorporarse también. Ella lo detuvo e inmediatamente se sentó en sus rodillas. Tomó el rostro de Alex entre sus manos, acercó el suyo y susurró sobre su boca:

—Sí.

Y lo besó. Sus labios sabían a sal, y Alex la oprimió contra su cuerpo. Le colocó el anillo y todos los que presenciaron la escena irrumpieron en sonoros aplausos. Verónica se ruborizó y mirándolo a los ojos, preguntó:

—¿Cuándo?

—¿Cuándo? Mañana. Cuanto antes. Pero ahora, Princesa, haz el favor de volver a tu lugar. Ya sabes...

—Ajá, el animal que llevas ahí. Lo conozco y siento que ha despertado—le dijo guiñándole un ojo mientras regresaba a su silla.

—Aprendes rápido, mi cielo. ¿De verdad lo harás? ¿Te casarás conmigo?

—Puedes apostar. Te amo, te adoro, Alex. Y quiero vivir contigo... Quiero estar siempre a tu lado, mi amor.

Alex estaba eufórico. Vero en cambio se puso pálida de pronto. Violeta. Mierda. No había pensado en Violeta.

Él adivinó lo que pasó por su mente.

—Vero, tranquila. Eres mayor de edad, Violeta no puede oponerse.

No la conocía. Diablos. Enfrentarla no iba a ser fácil. Lo mejor sería tomar el toro por las astas, y hacerlo cuanto antes.

—Alex, llévame a casa. Debemos decírselo ahora —dijo Verónica con un suspiro. Iba a ser una conversación complicada, lo presentía.

Alex cumplió con la tradición y pidió a Violeta la mano de Verónica, para ablandarla un poco. Se imaginaban que habría algo de resistencia. Pero la respuesta fue terminante:

—No.

Se miraron incrédulos, pues nunca pensaron que la negativa iba a ser tan categórica.

—Abuela, no empieces.

—He dicho que no.

Alex las observaba. Miraba a una y a otra. Parecía un espectador de un partido de ping pong. Violeta estaba lívida y Verónica roja como un tomate. Distintos colores, pero el mismo sentimiento: la furia.

—Mira Violeta, Alex y yo nos casaremos en marzo, te guste o no.

—Puedes hacerlo, pero no cuentes conmigo porque no iré.

Verónica estaba a punto de llorar, y Alex vio cuán importante era su abuela para ella. El hecho de que se mantuviese ajena, negándose a dar su consentimiento, le haría mucho daño... Y él no quería que nada la dañara. Decidió interceder.

—Violeta —ella lo miró echando fuego por los ojos, pero él no se amedrentó—. Sólo dígame por qué.

—¿Por qué? ¿Me preguntas por qué? Pues te lo diré. Primero que nada porque apenas se conocen. Y segundo y no por eso menos importante, ¡porque Verónica es demasiado joven!

Alex notó que Violeta estaba desesperada. Pudo ver el miedo a perder a Verónica reflejado en sus ojos. Se sintió identificado, pues él vivía con ese temor cada día. Tendría que manipularla un poco si quería lograr su objetivo.

—Tiene razón, Violeta— admitió, conciliador.

—¡Qué!—exclamó Verónica. Alex estaba loco. ¿Adónde quería llegar?

Él no la miró. Continuó dirigiéndose a Violeta, que había suavizado un poco la mirada.

—En serio, tiene razón. Pero sólo en un aspecto: Verónica es demasiado joven, es cierto. Pero no es verdad que no nos conocemos. Nos conocemos bien, y a medida que pase el tiempo querremos conocernos mejor...

Violeta quedó helada. Este Alex era un demonio. La estaba acorralando vilmente. Ella entendió el mensaje: si no se casaba pronto con Vero, rompería su promesa. Eso no, eso nunca. Su nieta se casaría virgen igual que su madre. Era muy difícil echarse atrás después de haberse negado de esa forma, pero sabía que debía acceder, porque este maldito lo primero que haría sería llevarse a su nieta a la cama. Maldición. Estaba frita, pero no se rendiría sin luchar.

—Pero tú mismo has dicho que es demasiado joven —intentó argumentar.

Ahí intervino Verónica.

—No lo soy. Mamá tenía diecinueve cuando se casó con mi padre. Y fueron muy felices.

A Violeta se le llenaron los ojos de lágrimas. Era verdad. Isabel se había casado a

los diecinueve, y ella se había opuesto a ese matrimonio desde el primer día, exactamente igual que lo hacía ahora con su nieta. Esa encaprichada negativa sólo la iba a alejar más de Vero. Levantó la cabeza, y miró a Alex a los ojos.

—Está bien. Pero no en marzo. Deberán esperar a que Verónica cumpla los diecinueve. Podrán casarse después de noviembre —sentenció.

Tenía que tener la última palabra, ya había cedido bastante.

—Abuela... por favor.

—Es mi última oferta. No quiero oír más. Si esperan hasta noviembre, les daré mi consentimiento e iré a la boda. Es una promesa.

Y miró a Alex cuando dijo la última frase. Quería que recordara la que él le había hecho aquella tarde, y respetara la virginidad de Vero.

Y Alex entendió el mensaje, pero...

“Ya es demasiado tarde, Violeta. Lo siento. Lo intenté pero... Oh, ¿a quién quiero engañar? Ni se me cruzó por la mente cumplir esa promesa. Con una mujer como Vero, hubiese sido una utopía. Haré lo de Pokerface, pondré cara de nada y que Dios me perdone, porque continuaré faltándole el respeto cada vez que me sea posible”.

—Por mí está bien —accedió, muy serio.

Verónica lo miró asombrada. ¿Hablaban en serio? ¿Tan rápido se iba a rendir?

—Alex, no es necesario. Si tú quieres tomo mis cosas y me voy a tu casa.

La mirada que él le echó fue suficiente para callarla.

—Violeta, haremos lo que nos pide. Nos casaremos el cuatro de noviembre, exactamente un día después de que Verónica cumpla los diecinueve.

Y dirigiéndose a Vero:

—Es lo mejor, Princesa. Hay que esperar, pero bueno, sé que valdrá la pena... —y sin que Violeta lo viera le guiñó un ojo.

Ella no tenía idea de por qué él le guiñaba un ojo, ni por qué había accedido a los deseos de su déspota abuela.

Se despidieron en la puerta, con un beso en la mejilla, ante la atenta mirada de Violeta, que en los meses siguientes no les perdería el rastro. Vigilaría muy de cerca a esos dos.

“Verónica se casará virgen. Como que me llamo Violeta María Hortiguera de Ruiz, mi nieta se casará virgen”, se dijo.



Capítulo XXVI

Minutos después Alex revisaba los mensajes y se enteraba de que tenía que pagarle a Sabrina un resarcimiento de un millón de dólares si quería evitar el juicio y que la prensa supiera lo de la demanda de acoso, y que toda su vida se arruinara.

No quería tomar una decisión ese día. Aún estaba emocionado por la boda con Vero, y hubiera preferido no pensar en nada que no tuviese que ver con ella. Pero Sabrina era una piedra en el camino que opacaba su dicha. La odió por ello.

A la mañana siguiente, tomó el teléfono y llamó a Marcos. Para bien o para mal, seguiría su corazonada y no los consejos legales. Ahora tenía que olvidarse de ello y esperar. Ese maldito asunto vería el final de una forma u otra, porque él necesitaba concentrarse en Verónica, en su amor, en su matrimonio, en ese cuerpo celestial que estaba disfrutando tanto.

Con su celestial cuerpo boca abajo sobre la cama, Verónica realizaba un bosquejo de lo que sería la decoración del enorme vestíbulo del Sky Blue. Alex le había encomendado esa tarea, y no era la única que tenía pendiente. Bajo la ventana él había hecho instalar una mesa de dibujo y una banqueta. También le había proporcionado un ordenador de escritorio con todo tipo de dispositivos periféricos, y un sinnúmero de programas de diseño. Ella sospechaba que todo ese despliegue era un pretexto para darle dinero. Pues no le iba a dar el gusto, ¿cómo podría cobrarle a su novio por un trabajo para el cual ni siquiera se sentía capacitada? Haría lo que pudiese, y echaría mano al fideicomiso para sobrevivir.

Lo más complicado era la decoración integral del pent-house del rascacielos. No estaba en blanco, tenía algunas ideas, pero temía que no fueran del agrado de Alex en vista del gusto tan ecléctico con el que había decorado su departamento.

Estaba bastante ansiosa por toda la responsabilidad que él depositaba en ella. A eso se le sumaba que la había matriculado en la Universidad de Montevideo, la más cara de todas, para que comenzara la carrera de Arquitectura. De nada sirvió que ella se opusiera, argumentando que en la universidad pública podía estudiar lo mismo y gratis. Para alguien tan rico como él esos argumentos no tenían sentido.

Verónica recién estaba cayendo en la cuenta de que Alex tenía dinero, y mucho. Ese

descubrimiento no la tenía demasiado contenta, más bien todo lo contrario. Podía oler los problemas que traía aparejado cualquier exceso. Pero su principal preocupación no tenía nada que ver ni con las tareas encomendadas ni con el dinero. Su principal preocupación era Violeta. Desde que había surgido el tema de la boda, la seguía a sol y a sombra. No podía ni siquiera hablar por teléfono sin tenerla adosada escuchando. La última semana había visto a Alex sólo dos veces, una en su casa invitado a cenar a instancias de su abuela, y otra en la oficina, también acompañada por ella. Se había convertido en su escolta personal, una molesta, insistente y castradora escolta.

El resto del tiempo se las había arreglado para aguarles los encuentros. Había llegado incluso a fingirse indispuesta para que Verónica no pudiese salir de la casa.

Tanto ella como Alex estaban llegando al punto de arañar las paredes de las ganas que tenían de estar juntos y a solas, haciendo lo que mejor se les daba: follar hasta que el mundo se acabara. Todo por culpa de Violeta y esa moral victoriana y estricta.

Y no sólo en eso pretendía tener injerencia. Puso el grito en el cielo cuando le comunicaron que no celebrarían un matrimonio religioso y estuvo un día entero en la cama llorando y persignándose: “Que Dios los perdone”, repetía.

Finalmente convinieron en hacer un matrimonio civil, y acto seguido una simple bendición de parte de un sacerdote amigo de Alex. Pero ahí no terminaban las preocupaciones de Vero. Se acercaba el cumpleaños de Alex y no tenía ni idea de qué regalarle. Por lo menos sabía que se iba a poner ese día, un hermoso vestido verde agua y plata con el que parecería una sirena.

Esa noche Vero asistiría a la fiesta que Cecilia, la madre de Alex, estaba organizando en la mansión familiar en Punta Ballena. La celebración se extendería toda la jornada. Al mediodía harían carne asada, una enorme barbacoa para los familiares y amigos más cercanos. Y a la noche, una fiesta de gala donde se reuniría lo más glamoroso de varios países. Ni Cecilia, ni el resto de los asistentes al evento tenían ni idea de que el momento culmine del mismo no sería ni un baile, ni un pastel, sino el anuncio de su compromiso con Alex. Eso la tenía bastante nerviosa. No le gustaba ser el centro de atención, y mucho menos delante de la *crème de la crème* de la alta sociedad. ¿Por qué él tenía que ser rico? Si hubiese sido un simple empleado de Vanrell Construcciones, como ella había creído cuando lo conoció, todo sería más fácil. De nuevo volvió a presentir problemas asociados al maldito dinero.

Violeta entró a la habitación para avisarle que iba a salir.

—¿Dónde vas y a qué hora vuelves? —preguntó Vero imitando el tono de su abuela cuando la sometía al interrogatorio de rigor.

—No te pases, niña. Tu tía Margarita necesita que la ayude a empapelar la sala, así que estaré fuera todo el día.

Oh oh. ¡Qué bien! Violeta se iba, se quedaba sola. Eso sonaba de maravillas. Ni bien su abuela se fue, Vero le pidió a Marta, la chica que ayudaba en su casa, que le hiciera el favor de llevarle unos papeles a Alex a la oficina. Y que se los entregara en mano, porque eran muy importantes.

Inmediatamente después lo llamó.

—Alex.

—Hola, Princesa.

—Mira, te he enviado a Marta con unos papeles. Pídele a tu secretaria que la tenga esperando hasta que tú la llames.

—Y todo eso es por...

—Porque necesito que vengas ahora a casa. Violeta no está.

Él no preguntó más nada; antes de colgar ya se estaba colocando el saco. Sólo se detuvo para darle las instrucciones a Miriam, y luego salió a la calle y tomó un taxi. Era lo más rápido, y además ninguna vecina curiosa comentaría al día siguiente que su coche estuvo aparcado frente a la casa de Verónica.

Veinte minutos después tocaba timbre, agitado. Vero le gritó que entrara, que estaba abierto, y que subiera a su habitación.

Eso sonaba muy bien. Sólo esperaba que Violeta no regresara antes de tiempo. Alejó ese pensamiento de su mente, confiaba en que Verónica supiera lo que hacía. Además, en ese momento, no era su cerebro quien gobernaba sus actos precisamente.

Entró a la habitación pero ella no estaba. Desconcertado, se volvió hacia un lado y hacia el otro. Y ahí fue que la vio. Estaba recostada en la puerta del baño. Tenía puesto su uniforme de colegiala, el cabello recogido en una cola de caballo en lo alto de la cabeza, y en su boca tenía... un chupetín de bola.

Alex casi pierde el sentido. Su corazón se disparó, y no sólo su corazón. Se llevó la mano al pecho, jadeando. Estaba preciosa. Era la fantasía de cualquier hombre.

—Vero...

—Shhh... no digas nada. Sólo siéntate en la banqueta y mira. Te gusta mirar ¿no? —preguntó, seductora.

Él asintió, y tragó saliva. Obedeció de inmediato, pues temía que sus piernas no lo sostuviesen.

Vero se sentó en la cama y continuó volviéndolo loco.

—¿Recuerdas que me preguntaste si me masturbaba en tu ausencia? —le preguntó mientras pasaba la lengua lentamente por el chupetín.

—Lo recuerdo —respondió haciendo un gran esfuerzo. Estaba tan alterado que su voz sonó ronca y más profunda que de costumbre.

Verónica prosiguió. Ni ella misma se reconocía. Se sentía caliente y sensual. Se había propuesto seducirlo y lo estaba logrando.

—Pues sí. Lo he hecho. Aún lo hago cuando pienso en ti, y en lo que hicimos, y me vuelvo loca.

Él estaba a punto de estallar. Intentó ponerse en pie, pero ella lo detuvo con un gesto.

—No te muevas. Hoy te toca mirar, ¿quieres o no quieres ver, Alex?

—Quiero ver. Muéstrame cómo te tocas por favor —rogó.

Verónica se puso de pie, se levantó apenas la falda plisada y dejó caer sus bragas sin dejar de mirarlo.

—No me toco... Te mostraré.

Y luego lo hizo.

Ante la atónita y enfebrecida mirada de Alex, se subió a la cama, tomó su almohada y se montó en ella de espaldas a él. Descubrió su trasero subiéndose la falda, y comenzó a moverse hacia atrás y hacia delante.

El panorama que tenía Alex frente a él era irresistible. Estaba maravillado y completamente excitado. No podía apartar los ojos de ese trasero perfecto moviéndose ni del húmedo coño de Vero que se frotaba contra la almohada. Tan caliente estaba que temió por su salud. Es que no sentía las manos y tenía la vista nublada.

Verónica se volvió a mirarlo y luego se corrió gimiendo. Alex no pudo soportar más la tortura de mirar y no actuar. Se acercó, sacó su miembro del pantalón, y sin más

preámbulos la penetró profundamente en un solo movimiento. La aplastaba con su peso, pero no podía controlarse. Se movía rápido y fuerte, como un animal en celo, aferrado a las caderas de Verónica que acompañaba sus movimientos con la misma furia y desenfreno que él.

Lo escuchaba jadear y gemir en su oído, y eso la excitaba aún más. Acabó una, dos, tres veces seguidas. Era tanto el placer que sentía que temió volverse loca. Sentía que estaba transitando un camino sin retorno, donde sólo había placer, un placer tan exquisito, tan completo, tan fuerte...

Él se corrió gritando. Era un sonido gutural, tan sensual, tan genuino y salvaje que ella se sintió subyugada. Nunca había escuchado algo así, y estaba satisfecha porque le había dado tanto placer como él a ella. Lo habían gozado juntos como si fuese la última vez.

Sólo que ése era el comienzo.

Alex la dio vuelta entre sus brazos y le comió la boca. Fueron muchos días sin besarla, y aun saciado por la increíble follada, estaba ansioso por esa boca... Increíble era el efecto que Verónica tenía sobre él.

Cómo la deseaba. La tenía, pero la seguía deseando. Y estaba maravillado porque su Barbie Rosa se había transformado, y ahora era definitivamente, su Barbie Puta. Suya. Para siempre.



Capítulo XXVII

Alex se encontraba más tranquilo desde que había tomado la decisión de no pagar nada e ir a juicio y demostrar su inocencia. No era por el dinero; él contaba con eso y más, pero se sentía chantajeado por Sabrina y si pagaba iba a ser como admitirse culpable, cuando en realidad no lo era. En realidad no le preocupaba ser procesado, ni siquiera ver arruinada su reputación y su carrera. Lo que temía era perder a Verónica. Eso era lo único que no podría soportar. El resto no importaba.

En unos días lo citarían del juzgado para declarar, y estaba listo para hacerlo. Fue un alivio decidirse a ir con la verdad en la mano. Pero esa verdad debía saberla primero Verónica. Sin embargo nunca encontraba la ocasión oportuna para decírselo. Lo cierto es que tenía miedo. Lo aterrorizaba la idea de que ella no confiara en él y lo dejara.

Sacudió esos tristes pensamientos de su cabeza e intentó sonreír. Le estaba mostrando a su padre unos bocetos que ella había realizado para la decoración del pent-house del Sky Blue. Lo que había ideado era magnífico.

—Increíble. Es realmente bueno... ¿Y me dices que es autodidacta, que no se ha formado en ningún sitio? —preguntó Ian observando alternadamente unos planos y el ordenador.

—Ajá.

—¿Quién es, Alex?

—Es Verónica.

—La chiquita que baila maravillosamente bien, y te trae loco...

—La misma.

—Bueno hijo, te diré que has encontrado a la mujer ideal.

—Lo sé, papá.

Ian volvió a mirar los bocetos. Era un trabajo digno de un profesional de trayectoria. Sin duda que no era un proyecto del montón; esa chica tenía talento.

—¿Y crees que el techo del baño de la master suite puede ser de cristal estando la obra tan avanzada? Me parece genial la idea de tener una pecera sobre la cabeza pero...

—Mira, no hay problemas con eso. Ella tuvo en cuenta hasta el más mínimo detalle. El pent-house tiene tres plantas, ¿verdad? Bueno, si pudimos instalar una piscina en la terraza, no va a ser difícil lo de los peces. Fíjate por donde pasan las tuberías, y aquí está el depósito ¿ves? Y este cristal se desliza.

A Alex le brillaban los ojos, y su padre lo contempló con curiosidad. Nunca lo había visto tan emocionado con un proyecto, ni tan entusiasmado con una mujer.

—... y ella le ha puesto un dispositivo que recoge el agua de lluvia. Es una pecera ecológicamente sustentable, papá. Será genial estar en el jacuzzi y tener esa estupenda vista. Y todo lo ha diseñado sin tener idea de que va a vivir allí.

Su padre alzó una ceja ¿De qué hablaba Alex?

—Sí, así como lo oyes. Me quedaré con el pent-house, me mudaré allí y la llevaré conmigo.

—¿Vivirás con ella? —preguntó incrédulo.

—Me casaré con ella, papá. En noviembre.

Carajo. Ian se atragantó con el café al escuchar eso. Cuando logró dominar el acceso de tos, tras serenarse, miró a su hijo que sonreía.

—Alex... ¿estás seguro?

—Lo estoy. La amo. Es una decisión tomada, pero sólo lo sabes tú y la familia de Vero. Y en mi cumpleaños anunciaremos el compromiso.

Ian se imaginó la cara de Cecilia y de Inés al enterarse y sonrió. Ese cumpleaños iba a ser una pesadilla para ambas. Pues qué bueno. No obstante, tenía sus dudas de que Alex actuara impulsado por sus instintos más que por amor.

—Hijo, sabes que nunca he metido las narices en tus asuntos personales, pero quiero hacerte una pregunta. Tú decidirás si me la respondes.

—Dime.

—¿Ya te has acostado con ella?

—Papá... me casaré dentro de nueve meses. Si estuviese embarazada agilizaría el trámite, ¿no crees? No temas, no está encinta.

—No es lo que me preocupa, más bien todo lo contrario. Temo que quieras casarte con Verónica para... bueno, para tener sexo con ella. Si es así, Alex, no es una buena razón para tomar una determinación tan importante.

Alex miró a Ian pensativo. Sabía que no tenía por qué responderle, y no quería hacerlo por respeto a Verónica, pero quería dejar aclarado el punto.

—Si eso es lo que te preocupa, te diré que no tienes por qué. Eso ya ha sucedido lo suficiente como para darnos cuenta de que queremos más. Papá, no es sólo una atracción sexual, esto es algo para toda la vida.

Estaba tan convencido de lo que decía, que Ian no tuvo más que asentir. Lo abrazó, conmovido. Amaba a Alex por encima de todo, y quería que fuese feliz. La pregunta era si esa niña de tan sólo dieciocho años podría darle a su hijo el hogar que él necesitaba.

—Si es así, no tengo más nada que decir. Tienen mi bendición y prometo guardar el secreto hasta tu cumpleaños. Eso sí, avísame unos minutos antes del anuncio porque quisiera tener una buena ubicación para poder fotografiar a tu madre y a tu abuela.

Alex rió.

—No estarán felices, ¿eh?

—No. Cecilia espera que formalices con Caroline, es más, está segura de que así será, y es por eso que ha organizado esta fiesta. Y tu abuela Inés espera lo mismo, así que será un golpe para ambas.

—¡Con Caroline! Lo que me faltaba... Papá, gracias por tu apoyo. Te haré un guiño para que te ubiques y le tomes la foto a ese par de locas.

—Y luego la subiré a Facebook. ¿Qué te parece?

Alex levantó su taza de café y tocó la de su padre en un improvisado brindis. Estaba feliz; sabía que podía contar con él.

Verónica, por el contrario, no estaba nada contenta. Salió bastante abatida de la Universidad de Montevideo y se sentó en el borde de la acera. Había ido a retirar la nómina de asignaturas, pues sólo faltaban dos semanas para el comienzo del curso.

“Se supone que debo estar feliz. Estoy a punto de iniciar mi carrera, estoy enamorada y pronto me casaré... ¿Pero por qué me siento así? Estoy angustiada. Hace días que me preocupa el tema del dinero y la posición social de Alex. No encajo en este mundo, y no encajaré en la vida de Alex. Desentono en todos lados menos en su cama. Ay, no saldría de allí para nada. Tengo mi autoestima por el piso, y pude percibir cómo me miraban de arriba abajo estas señoritas estiradas y pacatas. Sólo les ha faltado santiguarse a mi paso”, pensó con amargura.

Sacudió la cabeza disgustada. No quería ir a esa universidad. Iría a la pública como tenía planeado, y luego, cuando tuviese el título se sentiría un poquito más confiada. El problema era decírselo a Alex. No lo tomaría bien, eso seguro, pero no podía andar por la vida cuidándose de no disgustarlo. Lo mejor era que se fuera acostumbrando al hecho de que ella tenía voluntad propia, y también derechos. Y que se hiciese a la idea de que ella jamás sería una dama de la alta sociedad a la que él pertenecía. No era su muñequita... aunque la había llamado su Barbie Puta y a ella le había encantado. Es que en las circunstancias en que lo había hecho, cualquier cosa que él dijera a ella le habría gustado.

Una conocida sensación de vacío en el vientre la sacó de sus cavilaciones. El día no había terminado, y tenía algo que hacer. Le hubiese encantado pasar por la oficina de Alex y escuchar una vez más lo mucho que le había encantado su proyecto para el Sky Blue, pero el regalo de cumpleaños que planeaba para él la tendría ocupada la tarde entera.

Hacía días que pensaba y pensaba qué obsequiarle. No tenía demasiado dinero y no quería darle otro intangible como la poesía de Reyes. Se le ocurrió un pastel... sí, era buena idea, pero primero tendría que aprender a hacer uno porque no tenía ni la menor noción siquiera de cómo empezar. No sabía preparar más que unos huevos revueltos. Decididamente tendría que perfeccionar sus dotes de Barbie Puta, porque como Barbie Cocinera sería un fracaso.

Le pediría ayuda a Violeta, esas cosas a ella se le daban más que bien. Le haría un lindo pastel de cumpleaños con la silueta del Sky Blue, pues sabía cuánto amaba Alex ese proyecto. La había llevado a conocerlo, y ella lo había disfrutado mucho. Él quizás no tanto: se había pasado todo el tiempo echando furibundas miradas a diestra y siniestra. Es que los obreros la habían literalmente devorado con los ojos. Hasta algunos silbidos se escucharon por ahí. Verónica sonrió. Sabía lo bien que se veía con sus jeans, su camiseta ajustada y el casco blanco en la cabeza. Era la fantasía de la obra en construcción. Mmm... excelente. Guardó esa idea en su cabeza; ya la pondría en práctica. Lo de la colegiala había sido algo de otro mundo, y estaba decidida a hacer lo que su cuerpo le pidiese, pues sabía que iba a disfrutarlo tanto como él.

“Soy otra Verónica”, pensó. Cuatro meses antes, si le hubiesen dicho que iba a mostrarle a un hombre cómo se masturbaba, se hubiese reído a carcajadas. Y ahora...

Recordó que una vez había visto la película La doble vida de Verónica. Así se sentía. En ocasiones era la nena que Violeta quería conservar para siempre. Pero cuando Alex se acercaba, era su muñeca. Una mujer salvajemente sensual, que estaba descubriendo los placeres del sexo de la mano de un hombre que le gustaba más que el helado de fresa.

Oh. Otra vez esa sensación. Sería tan bueno hacerle una visita... Se miró en un escaparate y le gustó lo que éste reflejaba. Tenía puesto un pantaloncito de jean súper corto y algo desflecado. Una blusa campesina y sandalias. Se preguntó qué haría Alex si ella apareciera por su oficina, echara llave a la puerta y se quitara toda la ropa. ¿La tumbaría en el escritorio y le haría el amor? Estuvo muy tentada de hacerlo...

Pero no. Tenía una tarea importante que cumplir.

La idea del pastel le había gustado, y ya se las arreglaría para hacer algo digno, pero no era suficiente. Tenía pensado darle algo más. La inspiración había llegado sin avisar la noche anterior. Estaba en la cama, devanándose los sesos, pensando en qué más podía obsequiarle en su cumpleaños. Sólo faltaba una semana para el seis de marzo, y había descartado casi todo. Nada de ropa, pues él tenía un placard lleno de prendas de carísimas marcas. Una joya... Quizás. Un reloj o un anillo... Miró su hermosa sortija y recordó cuando Alex le pidió que se casara con él. Había sido maravilloso. Su rostro, cada cosa que le dijo. Todo estaba grabado en su corazón y aún podía saborear cada una de sus palabras. "...Te amo más que a mi vida. Tú eres única, Verónica. Lo último que quiero ver antes de dormir, y lo primero al despertarme, es tu bello rostro, mi amor". Ella también deseaba eso, y la espera se hacía interminable. Dormirse a su lado, despertarse con él. Verlo dormir...

Y de pronto supo cuál sería el obsequio perfecto. Sería algo sólo para él, y nadie más que él lo vería. Lo primero que tenía que hacer era tomarse una foto. Sonrió y puso manos a la obra.

La obra. Tardaban una eternidad en hacerle consultas, mostrarle detalles. Estaba hasta la coronilla de la obra, de los obreros, de los planos, de los problemas. Hacía un calor de locos, y más de dos días que no veía a Verónica por culpa de la bruja de Violeta. Tenía un humor de los mil demonios esa tarde, y lo único que realmente deseaba era darse un baño. Un baño en la ducha, y un baño de placer entre las piernas de ella. Pero no podía. Tenían que comportarse bien porque abuelita estaba aguzando el oído y la vista todo el tiempo. No los dejaba en paz, objetaba cada cosa que él proponía. O lo que es peor, intentaba sumarse a cada salida. ¡Habían tenido que llevarla al cine! ¿En qué época vivía esta mujer, por Dios? Vero pasó toda la película resoplando mientras la bruja reía a carcajadas y comía palomitas de maíz.

Violeta era una piedra en el zapato de cualquiera. Cada vez que él intentaba acercarse a Verónica, allí estaba ella. Estaba comenzando a detestarla. Le hubiese gustado enviarle las bragas de Vero en un lindo paquete, con una tarjeta que rezara lo siguiente: "Tu linda niña chupa mi polla mejor que un chupetín. Pero continúa virgen, pues respeto la puta promesa que te hice. Con cariño. Alex".

Rió al imaginar la cara de la bruja al leer eso. Y luego se sintió un poquito culpable, pero solamente un poquito. Se lo diría a Verónica a ver qué le parecía. Estaba seguro de que intentaría golpearlo y ya le pagaría él luego con la misma moneda. ¡Qué ganas de darle unos azotes a esa chica! La pondría en sus rodillas boca abajo, y luego le marcaría esas preciosas nalgas con unos lindos golpes. No, mejor no. Era demasiado pronto para mostrarle su lado más perverso... Lo haría cuando llegase el momento indicado. Y a este paso, ese momento sería en la luna de miel. Maldita Violeta. Mientras debían guardar las formas, no fuera cosa que esa loca le prohibiese a Vero ir a su fiesta de cumpleaños al día

siguiente.

Les había costado mucho convencerla de que la dejara asistir sin ella. Estaba invitada, por supuesto, pero no podía ir porque esa tarde llegaba su sobrino Roberto de Europa. Incluso llegó a insinuar que lo mejor era que Verónica se quedara con ellos, ¿sino qué iba a pensar el primo Roberto?

Finalmente accedió por dos motivos. Por un lado porque Luciano le aseguró que llegaría a tiempo para llevar a Verónica y mantenerla a salvo de las lujuriosas manos de Alex. Y por otro, porque investigó en internet a la familia Vanrell, y había llegado a la conclusión de que la abuela de Alex era una encantadora señora respetuosa de la moral y las buenas costumbres, que jamás toleraría que pasara algo inadecuado en su casa. Eso le permitió respirar aliviada. De todos modos les hizo notar varias veces que era un gran esfuerzo para ella dejar a Vero asistir a una insólita fiesta donde había que quedarse a dormir. Y cuando dijo “a dormir”, lo miró a Alex con sus temibles y feroces ojos, dándole a entender que a eso se refería y no a otra cosa.

Odiosa Violeta. Era una piedra en su zapato, al igual que Sabrina. Bueno, en realidad esta última era infinitamente peor. Ese tema lo agobiaba, pues sabía que se avecinaban tiempos difíciles, y tendría que poner a Verónica al tanto de todo. En cuestión de días recibiría la citación del juzgado, y sabía que en horas se filtraría el escándalo a los medios. Tenía que hablar con ella lo antes posible...

Estaba a punto de entrar con el coche al parking de su edificio, cuando vio que Jeremías, el portero, le hacía señas para que lo dejase allí. Al parecer quería mostrarle algo.

Alex entró al vestíbulo intrigado. ¿Qué querría?

—Señor Vanrell, le han dejado algo.

—¿A mí? ¿Qué me han dejado, Jeremías?

—Esto.

Alex observó intrigado lo que el portero le mostraba. Era una especie de paquete envuelto en un papel amarillo, que debía medir más de un metro y medio de alto. Su contorno era irregular, y no tenía prácticamente nada de profundidad. Lo tomó y pudo ver que era muy liviano. Tenía escrito su nombre en el envoltorio.

Sólo eso. ¿Qué demonios sería y quién lo enviaría?

Agradeció a Jeremías y subió. Lo abrió ni bien llegó al departamento. Cuando vio lo que era, respiró hondo, muy hondo. Estaba más que conmovido. Tomó la pequeña tarjeta que venía adherida. “Para que lo último que veas antes de dormir, y lo primero que veas al despertar, sea... a mí. Te amo, Alex Vanrell. Feliz cumpleaños. Y recuerda que él próximo estaremos juntos de verdad, mi amor. Verónica”.

Tenía ganas de llorar de la emoción. Vero era sorprendente. Oh, la amaba tanto, pero tanto. Le dolía la piel de no tenerla. Le ardía la boca de desear sus besos. Pero ahora tenía algo. Eso tenía que bastar para no volverse loco de ganas de verla cada día. Se sentó y los siguientes minutos no hizo más que contemplar extasiado... Allí, frente a él, tenía una gigantografía de una foto de Verónica a escala real. Era perfecta, como si ella estuviese presente. Su hermosa silueta, su carita de ángel. Llevaba puesto el vestido blanco de la primera vez, un bonito sombrero de paja y tenía a Vainilla en sus manos. La perrita le lamía el rostro y ella reía echando la cabeza hacia atrás. Y lo hacía como sólo Verónica podía hacerlo, con esa belleza sencilla, serena, y a la vez cargada de sensualidad que lo volvería loco los eternos nueve meses que lo separaban de ella.

La llamó por teléfono, le agradeció el hermoso regalo, y antes de colgar por fin le contó lo de Sabrina.



Capítulo XXVIII

—¡Verónica! ¿Cuánto tiempo más necesitas para estar lista? Hace rato que tu hermano te espera en el coche —gritó Violeta desde el pie de la escalera.

—Aquí estoy, no grites.

—Vero, ven por favor que quiero pedirte algo. Y no me pongas los ojos en blanco, niña.

¿Cómo no hacerlo? Si estaba hasta la coronilla de Violeta y sus pedidos, Violeta y sus intromisiones, Violeta y su papel de víctima...

—Lo que quiero pedirte es que me prometas que te comportarás.

—¿Qué quieres decir con eso, abuela? —preguntó, aunque ya sabía la respuesta.

—Verónica, tú lo sabes. Eres una chica decente, bien educada, y vas a pasar la noche en la casa de tu novio sin mi supervisión. ¿Puedo confiar en ti? ¿Prometes que no harás nada malo, querida?

“¿Que no haré nada malo? Eso es demasiado ambiguo. Qué manía que tiene Violeta con eso de las promesas”. A Vero no le gustaba prometer nada, pero temió tener que soportar una escena de esas a las que estaba ya acostumbrada: bajada súbita del azúcar, mareos, falta de aire... Su abuela era una artista, una hipocondríaca y manipuladora actriz especialista en desmayos. Ahora no tenía tiempo para ese jueguito, no le permitiría montar ninguna actuación que le impidiese ir al cumpleaños de Alex.

—Te prometo que no haré nada malo, abuela. Ahora dame ese pastel, con cuidado.

Violeta la besó complacida. Qué hermosa estaba su nieta esa mañana con un pantaloncito blanco muy corto y sandalias marrones de tiritas. Quizás la blusa era algo atrevida, pero todo lo que dejara al descubierto sus hombros le sentaba de maravillas.

“Alex será un hombre muy afortunado al casarse con ella”, se dijo Violeta.

Era una chica que tenía un encanto fuera de lo común y una elegancia natural. Sí, sin dudas que Vero estaría a la altura de las circunstancias en el círculo de amistades de su novio. Sería como aire fresco en esa fiesta viciada de ricachones. Esperaba que él supiese valorar lo que se estaba llevando, y que estuviese agradecido por siempre con ella por el sacrificio que estaba haciendo al dejarla ir tan joven.

En el camino a Punta Ballena, Verónica puso a Luciano al tanto de las novedades.

Hablar era una forma de calmar la ansiedad que la estaba consumiendo. Hacía tres días que no veía a Alex. Y desde el día anterior que no hablaba con él. La había llamado luego de recibir su obsequio. Y le contó lo de Sabrina. Verónica se impresionó mucho, pero le creyó. Alex comportándose como Pokerface... Qué tontería. Una estupidez mayúscula. Jamás dudó de la integridad de Alex, pero era otra cosa lo que la afligía... desde que se enteró de la historia con Sabrina los celos la estaban carcomiendo. Saber de una mujer que había tenido en la cama a su hombre la estaba matando. Se los imaginaba follando y se desesperaba... Sin embargo entendía que en ese momento él no necesitaba sus celos, precisaba su apoyo, su amor incondicional, y lo tendría. Sabía que no sería fácil, pero aunque se quedara sin dinero, sin trabajo y sin su buen nombre, ella permanecería a su lado. Podría perderlo todo, menos a ella. Hizo lo posible para transmitirle esa certeza, y al parecer lo logró.

Él pareció tan aliviado. Le dijo que la amaba, que la adoraba por encima de todo y que ya no podía más de deseos de verla.

A ella le pasaba lo mismo. Lo echaba de menos en su piel, en sus manos, en su boca. Era una adicta a su amor, y aunque le costaba un poco reconocerlo, también estaba gestando una intensa dependencia a los placeres que él le había mostrado. Tenía una necesidad real, una urgencia visceral de unir su sexo al de Alex y perderse en un delicioso orgasmo.

Se removió en el asiento inquieta, pues temía que Luciano notara lo urgente que estaba de hacer el amor. Aún no había hablado con él del tema. No tenía miedo de hacerlo, pues sabía que Lu no era como Violeta, ni era el clásico hermano celoso que arrasaba con todo aquel que osara ponerle una mano encima a su hermanita menor. Luciano era muy abierto y liberal.

Verónica no tenía idea de cómo era su vida privada, pero sospechaba que era intensa y variada. Una vez había visto en su celular un mensaje muy caliente de una aeromoza que le prometía cosas sucias una vez que encendiera el piloto automático. Esa era una de las razones por la cual no quería viajar en avión. No le gustaba depender de una computadora mientras el piloto se divertía con una aeromoza. De todas formas, sabía que tenía que resolver ese asunto de la fobia, pues su futuro marido era viajero frecuente, y ella quería acompañarlo. Además estaba el tema de la luna de miel... Alex le había preguntado una vez adónde le gustaría ir y ella se quedó en blanco.

—Te quedaste callada de pronto, Vero. ¿Te pasa algo? —preguntó Luciano.

“Me pasan un montón de cosas”, pensó ella, pero nada dijo. Se limitó a mover la cabeza y continuó mirando por la ventana.

Luciano estaba algo preocupado por Verónica. Si bien advertía lo enamorada que estaba, y lo feliz que era junto a Alex, temía que no se adaptara al ritmo de vida que él debía llevar. ¿Estaría preparada para ser la esposa de un hombre de negocios, con viajes, compromisos sociales, y un sinfín de actividades que para ella eran desconocidas? Verónica siempre fue un espíritu libre. En ocasiones era como un duende, y en otras como un tornado que arrasaba con todo lo que se ponía a su paso.

Para colmo de males, y sin que Violeta lo supiese, él no podría quedarse en la fiesta de cumpleaños de Alex para brindar el apoyo moral que su hermana pudiese necesitar. Había recibido un llamado en su teléfono celular. Era Betzabé, su ex amante. Quería verlo.

La había conocido una tarde en que pasó a recoger a Vero por la academia de danza que ella dirigía, y quedó prendado de su exótica belleza. Desde el primer día vivieron apasionados encuentros secretos; Betzabé había sido una revelación en la cama de Luciano.

Le gustaba el sexo a rabiar, y no tenía conflictos con ello, pero no toleraba la mentira. Todo terminó cuando se enteró de su aventura con la aeromoza, aunque él lo negó descaradamente. Lorena no significaba nada para Luciano. No era más que un pasatiempo para romper el tedio del vuelo. Era casada, bella y tonta. Jamás se la tomó en serio, pero le salió mal la jugada; quedó expuesto cuando le prestó su móvil a Vero y ella leyó un mensaje bastante revelador. Luego, inocentemente, al pasar se lo comentó a Betzabé. Verónica no tenía idea de que ellos tenían una relación, simplemente le llamó la atención el mensaje. No había entendido qué quería decir: “Cuando conectes el automático, te espero en el T para un R”. Vero no lo comprendió pero Betzabé sí, y se lo dejó en claro.

Le había costado caro ese “rápido en el toilette”. Si hubiera reconocido su aventura ante ella, nada habría pasado. Pero al negarlo, lo arruinó todo. Ese desafortunado incidente había hecho que todo concluyera súbitamente, pero se debían una conversación que tenían pendiente desde antes de fin de año. Lo esperaba en su departamento esa tarde, y no podía negarse. Luciano no podía dejar pasar esa oportunidad de hablar con Betzabé. Y si pudiese hacer algo más que hablar, sería maravilloso. Pero luego del asunto de la aeromoza dudaba de que fuese posible.

Se estremeció de sólo recordar sus caderas y se movió en el asiento inquieto, pues temía que Vero se diese cuenta de que estaba bastante alterado, y se moría de ganas de hacerle el amor a Betzabé. No había hablado últimamente con su hermana de nada relacionado con sexo, y no tenía idea de hasta dónde había llegado con Alex... Quizás fuera hora de darle algunas recomendaciones. Mejor no, en ese momento sería buena idea alejar el tema sexual de su mente.

Ambos hermanos se miraron y sonrieron. Sin saberlo estaban pensando en lo mismo.

Finalmente llegaron a destino. La casa, si se le podía llamar así a ese monumento arquitectónico, se erguía majestuosa sobre una colina. La fachada era de un blanco immaculado, y la escalinata que conducía a la puerta era de un reluciente mármol vetado. “Una verdadera mansión de ricos”, se dijo Vero apesadumbrada. Pero le duró poco ese pesar, porque enseguida salió Alex a su encuentro. Vero se quedó sin aire al verlo. Vestía un pantalón de verano de una fina tela blanca que le llegaba a las rodillas e iba descalzo. Y llevaba el increíble torso descubierto. ¡Como para no quitarle el aliento a cualquier mujer! Estaba a tono con la blancura de la casa, pero a la vez desentonaba alegremente por su informalidad.

Apenas bajó del coche, la tomó en sus brazos y la besó. Ella quería desearle feliz cumpleaños, pero él le reclamaba la lengua. Allí la tenía, con los pies en el aire, y la besaba una y otra vez sin permitirle hacer otra que cosa que corresponderle. Pues sería un placer complacerlo. Amaba complacerlo, estaba en este mundo para complacerlo... Bueno, no en todo. Con lo de la universidad se mantendría firme. Ya hablaría con él de ese tema, pero no ese día.

—Feliz cumpleaños, mi amor —murmuró ni bien Alex le permitió tomar una bocanada de aire—. Te he traído un regalo.

—Tú eres mi regalo, Princesa. Pero creo recordar que me has dado ya un maravilloso obsequio que tengo en mi dormitorio, y no puedo dejar de mirar.

—Pues recibirás otro ahora, y lo he hecho yo —agregó sonriendo mientras Luciano bajaba la caja con el pastel. Alex no sabía jamás que todo lo que ella había hecho era clavarle la velita en forma de chupetín. Era una clara referencia a lo sucedido la otra tarde en su dormitorio y esperaba qué él se diese cuenta...

Alex saludó a Luciano, y abrió la caja. Allí estaba el Sky Blue, y su velita de chupetín de bola. Al regocijo de su rostro, se le sumó el de su entrepierna. Digamos que estaba feliz de pies a cabeza.

—Es hermoso, Verónica. Es perfecto. ¿Lo has preparado tú sola? —preguntó sonriendo. Sospechaba que allí estaba la mano de Violeta. Si supiese lo que ese inocente chupetín significaba, le habría dado taquicardia.

—Pues... —murmuró ella, vacilante. Mejor cambiar de tema— es hermosa esta casa, Alex.

—Pasen que se las mostraré. Les haré un tour...

Luciano se excusó. Tenía una imperiosa necesidad de ver a Betzabé, ahora que estos dos tortolitos le habían refregado el amor por los ojos. Dio una explicación algo ambigua, los abrazó a ambos y se marchó enseguida.

Verónica y Alex se adentraron en la mansión y le dieron el pastel a una especie de mayordomo bastante mayor que la miró con la admiración propia de un adolescente.

Había gente por doquier. Algunos tan informalmente vestidos como Alex y ella, y otros engalanados como si estuviesen en un cóctel en lugar de una barbacoa. Ni bien salieron al jardín, Ian les salió al encuentro y abrazó a Verónica. Se mostró encantador y efusivo, incluso le hizo prometer que le concedería el honor de bailar un tango esa noche.

Luego Alex le presentó a su abuela Inés. Era una distinguida dama de fríos ojos azules que la recorrieron de arriba a abajo, deteniéndose en los pequeños shorts de Verónica. Le tendió la mano con indiferencia, y continuó jugando al bridge con otras señoras tan refinadas como ella, e igual de indiferentes, por lo menos en apariencia. Cuando ellos se alejaron, desapareció esa estudiada actitud dando paso a la curiosidad. ¿Quién sería esa jovencita? Inés sabía que Alex estaba saliendo con alguien, y que esa mujer vendría a su cumpleaños, pero pensó que sería a la cena, y jamás imaginó que fuese tan joven.

Mientras tanto, Alex seguía presentando a Verónica a sus familiares y amigos que la miraban con cierto asombro. Hacía mucho tiempo que no veían a Alex con una mujer. Y decididamente nunca lo habían visto tan bien acompañado. La chica era de una belleza devastadora. Fernando y Marcos, que ya la conocían, sabían que él estaba perdido, pero el resto de sus amigos y sus parejas no tenían ni idea. Estaban conversando animadamente con Fernando y Miriam cuando una voz bastante irritante los interrumpió.

—Querido, ¿no vas a presentarnos a tu amiga?

Era Cecilia y no estaba sola. A su lado estaba Caroline enfundada en una malla enteriza color dorado y sandalias de taco transparente.

“Qué manía de emular a un Oscar tiene esta mujer”, pensó Alex con disgusto. Cecilia y Caroline significaban problemas. No le gustaba nada la forma en que intentaban intimidar a Verónica, y no sabía si lo mejor era cortar de raíz esas intenciones, o dejar que ella se manejara sola. Sabía que podía hacerlo muy bien, ya lo había demostrado en aquella fiesta en casa de los Britos Fontanal. Sí, la dejaría a ella. Había notado ese brillito en sus bellísimos ojos grises que decía que ya lo tenía. ¡Que Dios ayudara a estas dos, y las salvara de la boca de Verónica! ¡Ay! Esa boca...

—No es necesario, señora. Ya nos conocemos. Alex nos presentó en una fiesta el año pasado. ¿Cómo estás, Caroline? ¿Y cómo está tu cadera?

Caroline le lanzó llamas con los ojos, y él mordió su vaso para no reír. Lo sabía. Vero era única.

Cecilia estaba furiosa. Esa niña insolente iba a trastocarle los planes. Su intención era presionar a Alex para que avanzara en su relación con Caroline, ella le iba como anillo

al dedo. Hablando de anillo, ¡qué linda sortija tenía esta intrusa! Ella había tenido una similar hacía años... sólo que más grande, y con un increíble zafiro. Era de la madre de su suegro, la Condesa, a la que nunca había conocido pero que le había dejado a Ian esa sortija para quien fuese su esposa. Poco le había durado, ya que el acuerdo de divorcio incluyó la devolución de la misma. Todavía no se había repuesto de ese golpe. Su hermosa sortija... Y esta estúpida criatura tenía una que se la recordaba.

Lo único que tenía que hacer era aleccionar un poco a Caroline, que era un encanto pero no tenía muchas luces, para que terminara de conquistar a Alex. Quería asegurarse de que su hijo hiciese un buen matrimonio, con una mujer que estuviese a su nivel. De todas formas había que manejarse con cautela con la tal Verónica, porque podía adivinar que tenía tanto carácter como ella, tras ese aspecto de inofensiva muñequita. Y una lengua bastante aguda, a juzgar por la mirada cargada de ira de Caroline. Bien, sólo había que andar con cuidado, sobre todo de no disgustar al homenajeador ese día. Por eso, luego de una pausa sonrió y dijo:

—Es cierto, querida. Estabas encantadora con aquel vestido rosa. Una pena que se hayan marchado sin despedirse, me hubiese gustado conversar un poco contigo.

—Madre, hoy será tu oportunidad entonces. Verónica estará todo el día por aquí y también toda la noche. Pero ahora, si nos disculpan...

Y tomando a Vero de la mano se alejaron.

Entre los amigos de Alex había uno que no les perdía pisada. Había sido invitado por Cecilia, que ignoraba que la relación entre su hijo y él no estaba pasando por su mejor momento. Si lo hubiese sabido, seguramente lo habría capitalizado de algún modo. Gaspar Verdi no era un mal hombre, solamente estaba resentido. Alex era ahora su principal competidor. Tenía la esperanza de algún día superar sus logros profesionales y trabajaba duro para ello. Y sus rutinas en el gimnasio eran agotadoras para intentar lograr la estructura física de su colega, que todos admiraban. Pero había algo que sería mucho más difícil de conseguir, por no decir imposible: Verónica Sandoval. Y eso lo disgustaba bastante. Era tan guapa, tan adorable. Menuda suerte tenía Alex en todo. Bueno, cierto que lo de Sabrina podía acabar con él, pero si lograba conservar a Verónica, no perdería nada.

No podía dejar de observarla y Alex lo notó. Sin duda que lo hizo, pero a Gaspar poco le importaba. No eran tantas las oportunidades que tenía de verla, y no iba a desaprovechar ésta por nada del mundo.

Verónica también sintió sobre sí la insistente mirada y se volvió. Sonrió y lo saludó con la mano. Y eso para Gaspar fue como una caricia... “Qué maravillosa mujer”, se dijo suspirando.

La tarde transcurrió sin incidentes de trascendencia. Alex mantuvo a Verónica alejada de los ofidios ponzoñosos y ambos se divirtieron, incluso cuando los amigos de Alex lo lanzaron vestido a la piscina. A Verónica le pareció la mar de gracioso verlo volar por los aires y caer aparatosamente en el agua salpicando a dos amigas de Cecilia que tomaban el té bajo una sombrilla. Alex emergió, moviendo la cabeza a los lados para sacudirse el agua del cabello. Parecía un dios griego, con su rostro perfecto y sus hombros brillando al atardecer.

Vero dejó de reír cuando se dio cuenta de que de sólo verlo tan guapo, allí abajo estaba igual de mojada que él. Alex le tendió una mano para que lo ayudara a subir, y en un segundo ella estaba junto a él en la piscina, resoplando. Luego de eso, todo fue un caos, pues la fiesta se animó, y muchos se lanzaron al agua, gritando y riendo. Mientras se salpicaban unos a otros, Alex arrinconaba a Verónica en una esquina de la piscina y le

acariciaba los senos por debajo de la ropa.

Ella le echó los brazos al cuello y le ofreció la boca, excitada. La cabeza le daba vueltas, tenía ganas de abrir las piernas y que se la metiera hasta el fondo, total, todo el mundo estaba ocupado en lo suyo y nadie se daría cuenta. De repente, recordó a Violeta: “Espero que sepas comportarte, Verónica, prométeme que no harás nada malo...”, y muy a su pesar desechó esas calientes ideas de su cabeza. Además, por encima del hombro de Alex, acababa de ver a Gaspar observándolos, inmóvil en su reposera.

—Alex, nos están mirando. Tu amigo, Gaspar...

Él volvió la cabeza y confirmó lo que Vero le decía. Ese tonto ya lo estaba cansando con sus miraditas. Tendría que ponerle los puntos.

—No te preocupes, será mejor que salgamos y nos preparemos para la fiesta de esta noche.

Verónica estuvo de acuerdo, pero no salió de la piscina sin antes pedir una bata, pues la ropa se le pegaba al cuerpo revelando más de lo que quería.

Cuando Vero se alejó, Alex se aproximó a Gaspar.

—Ey, estupenda fiesta, amigo— dijo él.

Pero Alex no estaba de humor para cumplidos ni para charlas intrascendentes. Fue directo al grano.

—¿Qué pretendes, Gaspar? —preguntó con aspereza.

—¿A qué te refieres?

—Tú sabes a qué me refiero. Deja de observar a mi chica. Lo has hecho desde que la conociste, no paras de incomodarla.

Gaspar sonrió.

—¿No será que te incomodo a ti?

—Nos incomodas a ambos. Termina ya con esto, Gaspar.

—Alex, no seas tonto. Tu novia es guapísima, todos la miran, y tú la tomas conmigo. ¿Quizás temes que te la robe?

Alex dio un respingo y apretó los puños. Ese hijo de perra estaba comenzando a alterarlo de veras.

—Mira, yo no le temo a nada, pero sí continuas molestando, el que deberá temer eres tú.

—Oh. Es un honor que me amenaces, Alex. Significa que me consideras un serio competidor. Gracias —le espetó demasiado osado, mientras levantaba su copa.

Alex alzó una ceja y se aproximó a Gaspar. Muy cerca de su rostro le advirtió:

—Verónica no es el trofeo de nadie.

Su colega se puso serio de pronto. Tenía algo de miedo... No había sido su intención provocar a Alex a tal extremo, pero no podía detenerse.

—Escucha, y sé sincero contigo mismo. ¿De verdad la quieres? Es verdad, es encantadora. Pero no tiene la sofisticación de tus mujeres de siempre. Ella no encaja en tu mundo, amigo.

Alex pestañeó confundido. No sabía adónde quería llegar Gaspar pero no le estaba gustando nada.

—No tienes idea de lo que dices. ¿Que no encaja en mi mundo? Ella es mi mundo. Gaspar tragó saliva.

—Es evidente Alex que tu amor no es altruista. La contaminarás con la mezquindad de tu entorno. Arruinarás su pureza, su frescura. Tú lo sabes bien: donde hay dinero, hay maldad. Si de verdad la amaras, la dejarías libre...

—¿Para que corra a tus brazos? La felicidad no tiene que ver con el dinero, sino con las personas, Gaspar. Y es verdad, mi amor no es altruista: la quiero para mí.

—Pero no piensas en ella. Sólo piensas en ti. Te aprovecharás de su juventud y de su belleza y luego la dejarás...

Alex sonrió. Este idiota no tenía idea. Ya se enteraría esa noche de la magnitud de su amor por ella. No renunciaría a Verónica por nada, ni siquiera por su propio bien. Ya lo había intentado y había sido un error.

—Gaspar, ya me he aprovechado de ella. Y jamás la dejaré —le dijo dejando a su colega con la boca abierta. Y luego agregó— Te lo advierto, no sigas con esto porque te arrepentirás. Que disfrutes de la fiesta, “amigo”.

Y luego se alejó con los puños apretados...

Ignorando la tensa situación que se había suscitado junto a la piscina, Verónica se preparaba para la fiesta.

A pedido de Alex le habían asignado su propia habitación en la planta alta, y él dormiría en una de las de planta baja. Y allí estaba ella, arreglándose el cabello con un moño en lo alto de la cabeza. Era una fiesta de gala, y además quería verse mayor. Sólo así podría estar a la altura de la tonta de Caroline. Se miró al espejo y se encontró guapa. Se miró mejor y se dio cuenta de que en realidad estaba hermosa y no tendría nada que envidiarle a nadie. Era joven y bella, y Alex era suyo. Giró y su hermoso vestido verde agua onduló graciosamente sobre sus piernas. De verdad parecía una sirena. ¡Cómo le gustaría estar en el agua, con las manos de Alex en sus pechos!

A las nueve en punto él tocó a su puerta y cuando la vio suspiró. Sería la más linda de la fiesta y era suya. Una especie de orgullo de macho lo invadió y sonrió avergonzado. Bajaron la escalera de la mano, y comenzó la fiesta.

Todo fue como un torbellino. Gente. Más gente. Le presentaron a muchísimas personas, dio la mano más de cien veces y besaron sus mejillas otras cien. Ya no sabía ni cuál era su propio nombre de tantas personas que había conocido. En más de una ocasión intentaron llevarse a Alex de su lado, pero él no le soltó la mano. Por lo menos hasta que llegó Ian, reclamó su baile y la condujo a la pista. Al instante comenzó a sonar “Por una cabeza” y la voz del zorzal Carlos Gardel los envolvió. Juntos le sacaron chispas a la pista. En un momento Ian le susurró al oído: “Bienvenida a la familia, Sra. Vanrell” y Verónica estuvo a punto de trastabillar, pero él no lo permitió, la hizo girar y ella cayó en sus brazos en la clásica figura final del tango.

Todos aplaudieron encantados. Bueno, casi todos, porque en un rincón Inés, Cecilia, y Caroline hervían de rabia. Esa mocosa tenía a todos en un puño. Especialmente a Alex, que la miraba embobado.

Pero Verónica estaba feliz, todo estaba resultando mejor de lo que esperaba. Simplemente fluía, como a ella le gustaba decir. Corrió hacia Alex y se echó en sus brazos. Él la besó en la frente, estaba encantado con su cumpleaños número veintinueve. A decir verdad, habría estado más encantado si lo hubiese pasado en su departamento a solas con Vero. Ese sí habría sido un cumpleaños feliz. Pero dadas las circunstancias, esto no estaba tan mal.

La música dio un giro radical, y llegaron los old hits. Roberta Flack los invitaba a

acercar sus cuerpos como aquella vez en la disco. Habían acordado mantenerse a una distancia prudencial, inofensiva por decirlo de algún modo, porque sabían que la pasión los arrastraría en cuanto sus cuerpos se tocaran. Pero “Killing me softly” fue demasiado. Bailaron abrazados casi sin moverse, mirándose a los ojos. La magia... otra vez esa magia los alejó del mundo real. Estaban solos en la pista, adorándose con la mirada.

—Te amo— le dijo él sin dejar de observarla.

Vero cerró los ojos. Los de Alex le decían tantas cosas. Cosas bellas y cosas prohibidas, más de lo que ella podía soportar.

Se acercó a él, se puso de puntillas y le susurró:

—Y yo te adoro, corazón. De veras te adoro...

De pronto, él sintió la necesidad de preguntarle algo. Gaspar había sembrado la duda en su corazón.

—Nena, ¿en algún momento has deseado que yo... que mi familia no tuviese dinero, ni esta posición social?

—Sí, lo he deseado. Pero todo esto es parte del paquete, y no me importa. Yo te quiero a ti, con o sin el dinero de tu familia, mi amor.

Alex no necesitaba saber más. La soltó súbitamente, y la sacó de la pista. Le dijo algo a Ian y en un minuto la música cesó y aparecieron dos meseras con el pastel que Verónica le había preparado.

—Llegó el momento, Princesa —murmuró al tiempo que la soltaba y se dirigía a la mesa del pastel. El silencio inundó la sala, los invitados se daban cuenta de que Alex iba a decir unas palabras, así que la expectativa crecía segundo a segundo. ¿Qué sería lo que Alex tendría para decir? Jamás había tomado la palabra en sus fiestas de cumpleaños. El silencio era tal que se podía oír el tic tac de los relojes. Definitivamente, había llegado el momento...



Capítulo XXIX

Vestido de etiqueta y con las manos en los bolsillos del pantalón, Alex parecía salido de una portada de revista. De hecho seguro que saldría en las páginas de sociales de los periódicos al día siguiente. Podía sentir los ojos de los invitados fijos en él. Y también la dulce mirada de Verónica que hacía que su corazón latiera muy de prisa.

—Bueno, en primer lugar quiero agradecerles a todos su presencia. Muchas gracias por venir.

Los concurrentes aplaudieron. Así que era esto, un discurso de agradecimiento. No sabían qué esperar, el pastel con el Sky Blue resultaba muy intrigante.

Cecilia también aplaudió. Por fin Alex se mostraba complacido por su fiesta de cumpleaños. No entendía lo del pastel, pero su hijo era bastante excéntrico, a sus ojos. Durante mucho tiempo había mostrado cierta resistencia a este tipo de celebraciones, pero esta vez... bueno, al parecer estaba entrando en razón. Y si esa chiquilla no hubiese aparecido en escena, la noche habría sido perfecta.

—Ahora pasemos al tema del pastel. Este pastel es mío, yo me lo comeré solito pero es tan bello que quería que todos ustedes lo viesen. Tiene una vela aquí, pero no habrá ni cantito de feliz cumpleaños, ni pedido de deseo. Mi deseo ya ha sido cumplido —Y luego se dirigió a Verónica—. Ven, Princesa, por favor.

Ella estaba tan ruborizada que parecía una rosa. Se acercó a Alex tímidamente y sonrió. Él la tomó de la mano y continuó hablando.

—Esta hermosa mujer me ha concedido el honor de ser mi esposa, y ese es el mejor obsequio que he recibido en toda mi vida.

Murmullos, susurros y luego aplausos, muchos aplausos. Uf, menos mal, pensó Vero mientras Ian la abrazaba. Todo el mundo comenzó a felicitarlos, querían saber la fecha y los detalles de la boda.

Pero Alex pidió silencio.

—Aún no he terminado— agregó. Y acto seguido tomó de su bolsillo una sortija y se la puso a Verónica sobre la que le había dado anteriormente. Era el anillo de la bisabuela de Alex, la Condesa Alexandra Van Reell, el mismo anillo que Cecilia había perdido en el acuerdo de divorcio.

Clavada en sus elegantes sandalias, Cecilia apretaba los puños con furia. Estaba tan molesta que ni hacía el esfuerzo en disimularlo. A su lado, su ex suegra miraba azorada a Ian intentando averiguar si lo que acababa de escuchar era una broma o iba en serio. Y Caroline... la pobre Caroline lloraba mientras miraba a la furibunda Cecilia.

—¡Tú me habías dicho que Alex se casaría conmigoooo....! —lloriqueó.
Afortunadamente para ella nadie le prestaba atención, pues todos estaban rodeando a la pareja que se acababa de comprometer.

Cecilia la observó como si fuese un insecto.

—Cállate, estúpida. No has sabido conquistarlo porque eres demasiado fácil. Y esta chiquilla tonta que le ha ocultado el dulce, lo ha conseguido. Tiene a tu Alex y a mi sortija.

Y girando sobre sus talones, corrió escaleras arriba dejando a Caroline con la boca abierta.

Ian la vio marcharse, apenado. Había olvidado tomarle la foto, y era una lástima. Cecilia no volvería a la fiesta, y ahora tendría que conformarse con molestar a su madre, porque Caroline parecía no estar de humor para nada.

Vero y Alex permanecían ajenos a todo. No esperaban nada de los ofidios ponzoñosos, como él les decía, así que no hubo decepciones ni resentimientos por no contar con sus buenos deseos. Lo único que había en sus corazones era amor y dicha.

Y en el de Gaspar había sólo hielo. Estaba asombrado y furioso. Apuró su trago y luego se marchó con disimulo. Estaba harto de esos ricachones que siempre conseguían todo lo que se proponían.

Cuando la fiesta llegó a su fin, Alex acompañó a su ahora prometida hasta la puerta del dormitorio. Se besaron apasionadamente. Él le deshizo el peinado, y ella se sintió como si la hubiese desnudado. Se apretó contra su cuerpo y le lamió la nuez de Adán como tantas veces lo había hecho. Alguien tosió a sus espaldas. Era Inés.

—Alexander, te recuerdo que ésta es una casa decente —le dijo en tono de reproche.

Estaba visto que lo bueno no iba a durar mucho. Con cierto pesar se despidió de Verónica con un beso en la frente y bajó junto a su abuela. Ojalá no le soltara un sermón, porque no estaba de humor. Tenía a la mujer de su vida bajo su propio techo y no podía dormir con ella.

Verónica se puso su camisón blanco y cepilló su cabello cien veces. Se acostó pero no logró conciliar el sueño. Es que tenía al hombre de sus sueños a un paso, pero le estaba vedado acercársele... Tenía sed. Salió de la habitación descalza y de puntillas y se dirigió a la cocina a buscar algo de beber.

Inclinada ante el refrigerador buscaba agua mineral. Con la puerta abierta se sirvió un vaso de Evian y devolvió la botella a su lugar. Cuando la cerró casi se muere de un infarto. Detrás estaba Caroline. Con el maquillaje arruinado y despeinada, parecía un espectro.

—¡Uf! Caroline, casi me matas de un susto...

—Eso estaría más que bien... ¿por qué no te mueres, Verónica?

Vero vaciló. Caroline parecía bastante peligrosa e inestable. Nunca pensó que lo iba a tomar tan mal. Casi sintió pena por ella, así que prefirió no responder. Bebió un sorbo y se dispuso a irse, pero Caroline la tomó de un brazo y no se lo permitió.

—No tan rápido. Sabes que no lo conseguirás, ¿verdad? Te crees muy lista, niña, pero no lo eres. Alex es mío.

A Verónica no le estaba gustando nada el cariz que estaban tomando los acontecimientos.

—Suéltame, Caroline —pidió.

—Cállate. Le has puesto una zanahoria delante... Pues no te saldrás con la tuya, pequeña zorra.

—Mira, no te voy a permitir que me hables así... —respondió Vero alzando un poco la voz.

—Tú no me dirás cómo tengo que hablarte; tú no eres nadie. Eres una vulgar cazafortunas que si no fuese porque meneas el culo tan bien, sólo hubieses entrado a esta casa como mucama.

Eso colmó la paciencia de Verónica. Se hartó de tantos insultos y mostró las uñas.

—¿Sabes qué? No me interesa el dinero de Alex, me interesa su alma, me interesa su cuerpo... —comenzó a decir, pero no pudo continuar porque Caroline la golpeó.

Le dio un bofetón tan fuerte que la hizo volver el rostro a un lado. El vaso se deslizó de su mano y se hizo añicos contra el suelo con gran estrépito. Luego, todo fue muy confuso. De la nada apareció Alex y apartó a Caroline; la sostuvo del cuello contra la pared, mientras sus ojos echaban chispas.

—Jamás la vuelvas a tocar —siseó a cinco centímetros de su rostro.

Caroline estaba paralizada. La mano de Alex no la estaba estrangulando, solamente la tenía clavada a la pared, pero le costaba respirar. Podía sentir la furia en su mirada y en el tono de su voz, y sintió miedo, mucho miedo. Intentó gritar pidiendo auxilio pero no podía articular palabra.

La cocina se llenó al instante de gente alarmada por los ruidos que habían quebrado el silencio nocturno.

—Alex, suéltala ya —le pidió Ian con firmeza.

Él obedeció y se dirigió a Verónica. Le acarició la mejilla.

—Te hizo daño...

Verónica negó con la cabeza, y en ese momento Alex se dio cuenta de que estaba descalza entre cristales rotos. Inmediatamente la alzó en sus brazos, la sentó sobre la isla central de la cocina y le examinó los pies buscando algún corte.

Inés y Cecilia intentaban contener a Caroline, mientras la señora del servicio levantaba los cristales del suelo.

También estaban presentes Fernando y una amiga de Inés, que se tapaba la boca espantada por la escena. Fernando abrió el congelador y le alcanzó hielo a Alex, que lo puso en un paño y se lo aplicó a Vero en la mejilla.

—Alex, eres un animal... —comenzó a decir Cecilia, indignada.

Él la miró con frialdad.

—Cecilia... ¿qué sabes tú de animales? Los animales no abandonan a sus crías, madre.

Un manto de silencio cubrió el ambiente. A Ian se le llenaron los ojos de lágrimas, pues era la primera vez que escuchaba una palabra de reproche de los labios de Alex. Cecilia se quedó de una pieza.

—Tú... tú eres la culpable... —comenzó a decir con los ojos puestos en Verónica.

Pero Alex volvió a interrumpirla.

—Cierra la boca. Y vete acostumbrando. Tú también, abuela. Y tú... —le dijo a Caroline mirándola con desprecio —Verónica es mi mujer. Nos casaremos en noviembre, pero considérenla ya la señora Vanrell y la dueña de esta casa, ya que les recuerdo que el abuelo testó a mi favor y es parte de mi herencia. Y si no les gusta toman sus cosas y se marchan a un hotel.

Y dicho eso, tomó a Verónica en sus brazos y se dirigió a su dormitorio de la planta baja con ella, y con su abuela pegada a sus talones.

—Alexander, quiero creer que no dormirás con ella en tu habitación. Por favor, esta

es una casa decente, no un hotel, y no voy a permitir...

—Cállate, abuela —dijo él con frialdad.

—Oh... —Inés se quedó parada en el medio del pasillo, desolada. No podía soportar que bajo su mismo techo ocurrieran ese tipo de actividades pecaminosas, ni que su nieto fuese tan grosero con ella. Angustiada, se hizo la señal de la cruz.

Alex depositó a Verónica en su cama y sostuvo el hielo contra su mejilla.

—¿Te duele, mi amor?

—Un poquito... —respondió, e hizo un esfuerzo por sonreír.

—Lo siento Princesa.

Se recostó al lado de ella y la acarició con ternura.

—No es tu culpa —susurró Vero—. ¿Dormiremos juntos, Alex?

—Dormiremos juntos. Dormiremos, he dicho —repitió sonriendo—. Tú te quedas allí y me das la espalda, y yo haré lo mismo. Hasta mañana, mi cielo —le dijo mientras se daba la vuelta.

—Hasta mañana...

“No sé si estoy aliviada o decepcionada. Dormiremos, ha dicho. Bueno, como sea estoy a su lado. Ha valido la pena el bofetón. En el fondo comprendo a Caroline. Ver a Alex irse con otra debe ser insoportable, pero perder la dignidad de esa forma...”.

En la cocina, Caroline lloraba desconsoladamente. Cecilia estaba harta de ella pero intentaba contenerla. Y a ella, ¿quién la contenía? Lo que le había dicho Alex instantes antes había sido como un puñal en su corazón. Esa mocosa había transformado a su hijo en un monstruo rencoroso.

—Ay, Cecilia. Alex está ahora con ella en su habitación. Le está haciendo el amor a esa zorra maldita...

—Caroline, tranquilízate. Si le está haciendo el amor, es algo muy bueno. Lo que necesita él es quitarse las ganas. Si lo hace, también se le irán las ansias de casarse con ella, ¿entiendes? Ojalá lo hagan toda la noche. Eso es muy pero muy bueno, Caroline.

Estaba convencida de que una vez que Alex saciara sus instintos, desearía a Verónica como lo había hecho con tantas. Era cuestión de tiempo. Y tiempo había, faltaban meses para noviembre, tenían muchas noches por delante.

Aún estaba oscuro cuando Vero despertó sobresaltada. Pestañeó varias veces para adaptarse a la penumbra. Alex estaba despierto, recostado de perfil a su lado, apoyado en un codo.

—¿Pasa algo? —preguntó ella alarmada.

—Nada, mi amor. Sólo te observaba dormir.

Por un electrizante minuto se miraron a los ojos. Estaban a medio metro de distancia, y el silencio era absoluto hasta que comenzaron a escuchar el sonido de sus propias respiraciones, que cada vez se agitaban más y más. Sólo por enlazar sus miradas, se les disparaba el corazón a ambos.

El deseo fue creciendo, y se extendió por sus cuerpos al mismo ritmo. Cuando se hizo insoportable, lo único que quedó por definir era quién hacía el primer movimiento.

Verónica levantó las piernas y, sin apartarle la mirada, se quitó las bragas y luego las balanceó delante de los ojos de Alex. Él continuaba inmóvil sin dejar de contemplarla.

Ella estaba confundida, si eso no era una clara señal de que le importaban un comino las retrógradas abuelas y las histéricas pretendientes, no sabía qué más hacer.

—Dime Verónica, ¿Violeta no te enseñó que las niñas buenas no entregan sus bragas así? ¿No escuchaste a mi abuela Inés recordarnos que esta es una casa decente? ¿No me oíste cuando te dije que solamente dormiremos juntos? —la interrogó Alex, en un tono por demás burlón.

—Me importa una mierda lo que opinen ellas, y tú no estabas durmiendo precisamente...

Alex sonrió. Estaba encantado con tenerla a su lado, y ya no sabía qué hacer con ese bulto que lo había atormentado el día entero, pero disfrutaba de jugar un poco con ella. Se incorporó lentamente y se tendió encima de Vero. Bajó la mano, tomó el ruedo de su camisón y se lo quitó en un rápido movimiento, que ella facilitó levantando las caderas. Estaba desnuda, excitada y más que dispuesta. Él ni siquiera tanteó el terreno. Sacó el miembro de su pijama y sin más miramientos se lo introdujo hasta el fondo, mientras le cubría la boca con un profundo beso.

Con la lengua de Alex en su garganta y el pene en su vagina, Verónica gemía y se retorció dominada por el deseo. Sus caderas tenían vida propia: se movían hacia los lados y hacia arriba acompañando los movimientos de Alex, que se volvían cada vez más desenfrenados.

Él entraba y salía frenéticamente, gruñendo ronco. Poseído por la fuerza de la pasión que lo consumía, se olvidó de todo menos de ella. Al diablo las abuelas, la estúpida de Caroline y hasta su propia madre. Lo único que valía, lo único que le interesaba era Verónica y su maravilloso coño que lo estaba destrozando de placer.

Acabaron juntos y en el momento del clímax, él tuvo la suficiente lucidez de taparle la boca con la mano. No querían volver a despertar a nadie. Se besaron jadeando. Sonreían... Por fin habían podido saciar sus deseos. ¿Realmente lo habían hecho? A juzgar por la rigidez del miembro de Alex, eso recién estaba comenzando. Esa noche no volvieron a dormir. Lo hicieron de casi todas las formas posibles. Y cuando el sol se alzaba sobre el horizonte, Verónica tomó el pene de Alex en su boca...

Se fueron sin despedirse. Tomaron sus cosas y el pastel y salieron sin decir nada. Cuando estaban a punto de subir al coche, Cecilia los detuvo.

—¡Alex! ¿Ya te vas? —preguntó ignorando a Verónica.

—Ya nos vamos —respondió él con una mueca de disgusto.

—No puedes irte, esta tarde vendrá gente que quiere saludarte...

—Ya sé quiénes son: periodistas. Salúdalos de mi parte, madre. Y ahora, adiós.

—Tenemos que hablar, querido —rogó Cecilia.

Él se detuvo para observarla. Parecía desvalida y triste, pero no tuvo piedad de ella. Los demonios que lo habían acompañado toda su vida le susurraron maldades al oído.

—Es demasiado tarde —dijo secamente. Y luego subió al coche y arrancó, dejando a Cecilia de pie en la entrada, lívida de furia.

“Verónica es la culpable de todo. Ya haré algo para impedir ese matrimonio: como que me llamo Cecilia Grimaldi que esos dos no se casarán. Esa zorrilla no tendrá jamás ni a mi hijo, ni a mi sortija”, pensó dominada por la ira. Entró a la casa muy erguida. Con

Caroline hecha un mar de lágrimas y los paparazzi acosándola iba a ser un largo día...



Capítulo XXX

Durante el viaje de regreso, Verónica intentó que Alex se desahogara con ella pero no tuvo éxito. Se lo veía algo apesadumbrado y era evidente que la confrontación con su madre no era de las cosas que más disfrutaba. El tema del abandono lo había afectado más de lo que él creía y más de lo que le gustaría admitir. Estaba convencido de que era demasiado tarde para tener una relación normal con Cecilia. Ni siquiera la conocía bien. Él no sentía nada por esa mujer que se decía su madre, no la reconocía como tal, y si se prestaba para sus jueguitos con las cámaras, era para evitar sus reproches.

Cecilia se desesperaba por aparecer en la sección de sociales de los periódicos, y en publicaciones de actualidad. Y el dinero... Cómo le gustaba el dinero. La revista era más que redituable tanto en metálico como en favores. Ella los hacía pero también los debía. Ese era el caso de Caroline. Cecilia le debía un favor y Caroline quería cobrárselo con Alex. Así de simple era la ecuación.

Obviamente él permanecía por fuera de las maniobras de su madre. Siempre la trató con indiferencia, pero esta vez había sido deliberadamente ofensivo. Le hubiese gustado que Verónica no conociera su lado oscuro. No quería contaminarla con toda la mierda de su pasado. Ella no tenía por qué cargar con sus problemas.

—Verónica, ¿sabes conducir? —preguntó de pronto.

A eso le llamaba ella darle un giro a la conversación. Lo observó por un segundo, y decidió que no iba a continuar hurgando en la herida. Él abriría su corazón cuando estuviese listo.

—Pues... no. Es decir, tengo una idea, pero jamás...

—¿Sí? Pues hoy será tu primera vez —le dijo sonriendo de una forma muy sugerente.

Se detuvieron y ella tomó el lugar del piloto. Era una camioneta 4x4 marca Hummer. Se fijó bien en el modelo cuando descendió para poder darle a su prima un dato concreto. ¿De dónde sacaba Alex tantos coches? ¿Los hallaría debajo de las piedras? Todos los días uno distinto.

Él le explicó cómo funcionaba. Tenía caja automática, por lo que los cambios no serían un problema.

Vero conducía y lo hacía muy bien, como si toda su vida se hubiese dedicado a eso. Alex la miraba asombrado... Estaban en un camino vecinal bastante desierto, y mientras la veía conducir mordiéndose la punta de la lengua, estuvo tentado a obligarla a detenerse y hacerle el amor allí mismo.

Se contuvo solamente porque en ese instante decidió que Vero iría a la Universidad en su propio vehículo. Quería que tomase confianza para poder sacar la licencia en unos

días, así que estuvieron largo rato transitando por pedregosos caminos. Se la veía hermosa con esa carita de concentración. Alex no dejaba de observarla y hasta el movimiento de sus piernas en los pedales del coche lo excitaba terriblemente.

Verónica no quería soltar ese volante por nada, lo estaba disfrutando. De pronto reparó en el reloj del panel, y clavó los frenos.

—Alex... ¿has visto qué hora es? ¡Ahora sí que estoy frita! —exclamó, mientras rápidamente intercambiaban lugares.

Llegaron a Montevideo en tiempo récord. Habían coordinado con Luciano encontrarse a unas manzanas de la casa, para que Violeta viese a Vero regresar con su hermano, no con Alex. No querían provocarla, sabían lo difícil que se podía poner cuando se enojaba.

No hubo tiempo para despedirse como Dios manda, y Alex se quedó como un niño al que le han quitado el chupetín. Observó el pastel que tenía en el asiento trasero y se dijo que esa noche al menos tendría algo rico para consolarse, pero nada era tan dulce como Verónica... Cómo la quería.

Vero y Luciano encontraron a Violeta en el jardín trasero, en la glorieta de las promesas, tomando el té con el primo Roberto.

Carajo, se habían olvidado de que él había regresado de Europa.

Roberto se puso de pie, y saludó a Luciano efusivamente. Era algo mayor que él, pero no mucho. Había sido el compañero de aventuras de Lu. Hacía seis años que no se veían, pues Roberto de un día para otro se había ido a vivir a Barcelona. Nunca estuvieron claros los motivos de ese exilio repentino. Técnicamente era un tío lejano, no un primo, pero Verónica siempre había pensado en él como “el primo Roberto”. De pequeña le tenía cariño, pues siempre había sido bueno con ella, siempre la defendía, y alguna vez hasta secó sus lágrimas por alguna trastada de su hermano. Y allí estaba contemplándola con los párpados entornados.

Bueno, ¿cómo lo saludaría? ¿Un abrazo, un beso? ¿Le daría la mano? Luego de tanto tiempo sin verlo era un extraño para ella.

Él resolvió el dilema, tomó su mano y la besó.

—Verónica... —dijo mirándola muy fijo—. Ya eres toda una mujer.

“Ni idea tienes de cuánto, primo. Soy la mujer de Alex, y él es mi hombre”, pensó ella y desvió la mirada pues temía que Roberto pudiese ver en sus ojos las cosas maravillosas que había hecho esa noche con su prometido.

—¿Cómo estás? ¿Cómo estuvo tu vuelo? —preguntó con cortesía.

—Bien, gracias —respondió él.

Su voz sonaba muy profunda.

Violeta interrumpió la conversación, como era su costumbre.

—¿Y el cumpleaños cómo estuvo, querida? —quiso saber mientras la tomaba del brazo y entraban a la casa— Vero, dime que te has comportado bien —le susurró en la cocina.

—Por supuesto, abuela. No he hecho nada que no quisiera hacer. ¿Le has dicho a Roberto de mi boda? ¿Le has hablado de Alex?— preguntó.

—Le he dicho que tenías un pretendiente, pero no le he hablado nada del matrimonio, porque quién sabe de aquí a noviembre...

—Violeta, me casaré con Alex y nada podrá impedirlo.

—Sí... en fin —suspiró resignada—. Querida, ¿por qué no lo invitas mañana a cenar? Haré lasagna.

¡Por supuesto que lo invitaría! Lo llamaría enseguida y también le pediría que trajera el pastel, si es que no se lo había comido todo. Pero no fue necesario. Alex la llamó ni bien llegó a su departamento porque ya la estaba echando de menos. Es que sin ella no podía respirar. Aceptó la invitación a cenar, y luego estuvieron endulzándose mutuamente los oídos por un buen rato... estaban tan calientes, él con una punzante erección y ella con una receptiva humedad que se volvió insoportable. Les dolía no estar juntos, y tenían veinticuatro horas por delante, además de los interminables nueve meses para la boda. Mejor ni pensarlo.

A la una de la tarde del día siguiente, Alex pasó a buscarla con la excusa de que tenían que realizar trámites.

¿Qué clase de trámites serían? Violeta no tuvo nada que objetar, pues Alex venía con su chofer. Ese chico Charlie le caía bien. Parecía bastante respetable, nada que ver con su jefe que tenía pinta de psicópata secuestrador de niñas.

—¿Dónde vamos? —preguntó Vero intrigada.

—Al banco, mi cielo. Si vas a ser mi decoradora estrella, necesitarás tener libre acceso a mis cuentas corrientes, chequeras, tarjetas de crédito. No, no digas nada. Es algo estrictamente laboral, Verónica.

—No me gusta. Me siento una mantenida —replicó.

—Lo eres —le dijo divertido. Y bajando la voz agregó—. Eres mi Barbie Puta, ¿lo recuerdas?

Ella se sonrojó, y lo golpeó juguetona. Lo era, pero no necesitaba una paga para darle su cuerpo y alma enteros.

Cuando llegaron, Verónica sintió que Alex era el dueño del banco, pues ni bien puso un pie en él, se armó un gran revuelo por su sola presencia. El portero le dio paso, solícito. Y una morena alta dejó plantado a un cliente para recibirlos con una sonrisa de oreja a oreja.

—Arquitecto Vanrell... qué gusto tenerlo nuevamente por aquí —le dijo tomándolo del brazo.

—¿Qué tal, Mariel? ¿Cómo va tu libro? —preguntó Alex con una cautivante sonrisa.

—A punto de editarlo —respondió ella batiendo exageradamente las pestañas a juicio de Verónica. Era elegante, de piernas largas. Debía andar en los treinta y cinco años, y parecía a punto de resbalar en sus propias babas.

Vero sintió una punzada de celos. ¿Habrían tenido algo? Percibía demasiada confianza entre ellos, aunque ella lo había llamado “arquitecto”. ¿Sería para disimular?

—Excelente. Mariel, ella es Verónica, mi prometida. Nos casaremos pronto y necesito habilitar su firma en mis cuentas.

—Por supuesto, Arquitecto. Un gusto Verónica. Y felicitaciones a ambos.

Vero se arrepintió de haber sido tan malpensada. Firmó y firmó. Y volvió a firmar. Salió del banco con el convencimiento de que entre Alex y Mariel nada había sucedido. Así que, en principio, él podía seguir yendo al banco sin inconvenientes de su parte. Ya se sentía la señora Vanrell y sonrió deleitada con la idea.

Alex la dejó en su casa a media tarde, volverían a verse a la hora de la cena.

Esa noche Verónica estaba especialmente hermosa. Había pasado el resto del día en su habitación, la mitad del tiempo descansando y la otra mitad arreglándose. Quería que Alex la viese siempre bella, como las mujeres que habían asistido a su cumpleaños. Se había puesto un vestido negro con un solo hombro de una finísima tela que le sentaba de maravillas y un par de zapatos rojos con tacones plateados. Se veía increíblemente guapa.

A Alex no le había caído del todo bien el primo Roberto. Había algo en su mirada que no sabía definir, pero que no le gustaba nada. Y se daba cuenta de que él tampoco era de su agrado.

De todos modos no podía detenerse a pensar en ello. Ni en ello, ni en nada que no fuese el maravilloso culo de Verónica. Estaba inclinada junto al vajillero del comedor, hurgando en el último cajón. Buscaba la paleta para partir el pastel de Alex.

A él le resultaba muy difícil disimular lo que ese estupendo trasero le provocaba. Era redondo y tenía forma de corazón. No pudo evitar recordar lo sucedido la noche anterior... Él tendido en la cama y Verónica montada a horcajadas sobre su miembro, de espaldas. Su culo perfecto se movía al ritmo exacto que él necesitaba para explotar en un orgasmo de feliz cumpleaños. Qué manera de correrse.

Tenía que dejar de pensar en metérsela, antes de que Violeta se diese cuenta y lo... Pero, ¿qué diablos...? ¿Qué carajo miraba ese imbécil? ¿Pero qué...? No podía creerlo. El primo Roberto estaba contemplando el trasero de Verónica con la misma lujuria que él. Sólo que ella era suya y él era el único que podía deleitarse con ese culo, sólo sus ojos, sólo sus manos, sólo... Mierda. Estaba furioso. Primero el tonto de Gaspar y ahora éste... Tendría que andar en permanente alerta en la vida; ese sería el precio por tener a una mujer como Verónica.

Se puso de pie de un salto. ¿Nadie se daba cuenta de lo que estaba haciendo ese perverso que se hacía llamar primo? Alex tenía una sola prima, y muy linda, pero jamás le había mirado el... Mierda.

Si no fuera porque no quería perder más puntos con Violeta, le habría partido la cara a ese idiota. Tenía que disimular, pero también quería que él supiese que lo había sorprendido mirándola. Y que no le estaba gustando nada de nada.

Se acuclilló junto a Vero, obstruyéndole el panorama a su primo mirón.

—¿Te ayudo, Princesa?

—Estoy segura de que estaba por aquí... —murmuró Vero distraída. Ignoraba la batalla que se había desatado a sus espaldas.

Alex estaba nervioso. Quería ver a Vero de pie, y asegurarse de que el hijo de puta de Roberto quitara sus ojos de su trasero. Lo miró y Roberto le sostuvo la mirada, desafiante.

“¿Con que esas tenemos? ¿La deseas, maldito? ¿Quieres follarte a tu prima pequeña? Sabes que está conmigo y aun así...”. Al parecer sólo él lo notaba. Luciano hablaba por teléfono, y Violeta... Ahora que la necesitaba, la odiosa arpía no estaba allí, sino en la cocina, canturreando alegremente mientras buscaba la dichosa pala para cortar el pastel.

“Ah, Violeta —pensó, furioso—, la cuidas de mí, que seré su marido, ¿y no la proteges de éste? Si continúa mirándola así lo mataré, lo juro”.

Enfermo de celos, la tomó de un codo y la puso de pie. No fue demasiado gentil y Vero lo miró sorprendida.

—No es necesaria esa pala. Aquí tengo un cuchillo —le dijo entre dientes. Esperaba que Roberto entendiera el mensaje.

Y acto seguido lo levantó para mostrárselo. Se lo enseñaba a Verónica, pero miraba a Roberto. La afilada hoja brilló en el aire y Roberto se movió incómodo en la silla. Es más, casi se cae. Le temblaba todo. No se imaginaba que el niño rico lo amenazaría aunque fuera en forma velada.

“Vanrell, eres un maldito ladrón. No es tuya, no lo es aún. Regresé por ella, esperé que se hiciera mujer para tenerla y tú me la quieres arrebatar. No contaba contigo, nunca imaginé... Pero no la tendrás. Haré que se enamore de mí, ya lo verás”, se dijo.

Mientras Vero y su abuela partían el pastel y Luciano le decía cosas bellas a Betzabé por teléfono, Roberto y Alex continuaban mirándose con furia. Con franca y desnuda furia.



Capítulo XXXI

Poco a poco el ambiente se fue cargando de tensión. Era imposible no darse cuenta de que algo pasaba, pero Violeta continuó como si nada evocando recuerdos que involucraban a sus nietos y a Roberto. Verónica, en cambio, pudo captar enseguida que había algo que no andaba del todo bien. Pero no tenía idea del motivo de la seriedad de Alex, de la rigidez de su mandíbula. Hasta el ceño fruncido tenía, aunque no por ello se veía menos guapo. No había manera de que ese rostro se afeara, ni siquiera un poco.

Mientras Violeta relataba una anécdota jocosa sobre Roberto y unos cangrejos, Vero apretó la mano de Alex por debajo de la mesa, y él le correspondió. Luego la mano fue un poco más allá, y Alex se atragantó con el pastel.

“¿Qué te pasa, cielo? ¿Por qué estarás tan enojado? No puedo adivinarlo. Sea lo que sea, igual mantienes esa maravilla con la solidez de siempre. Nunca la he visto de otra forma que no sea así, envarada, apremiante. Es así como me gusta... Te deseo. Ahora mismo te llevaría a mi habitación y te haría la colegiala, la Barbie Puta, todo lo que quieras. ¡Qué festín me daría con tu cuerpo!”. Tocó el muslo de Alex, que estaba tan duro como su pene. ¡Qué tenso estaba! Lo masajeó lentamente, pero él le tomó la mano y la mantuvo inmóvil sobre su pierna.

Verónica no podía dejar de mirarlo. Es que era tan guapo. Amaba sus ojos verdes y esas largas pestañas que en ocasiones lo hacían ver como un niño. Y al pensar en eso, se imaginó a un pequeño con sus ojos, o los de ella. Nunca habían hablado de tener niños. Ella quería tener cinco por lo menos. Pero ya lo hablarían luego, porque en ese momento lo veía furioso. Daría lo que fuese por saber qué pensaba en ese instante...

—Y todos nos reímos, ¡qué gracia! —dijo Violeta cuando finalizó el cuento de Roberto y sus cangrejos— Vero, hazme el favor, sube y trae el álbum de fotos de aquellas vacaciones.

Ella obedeció sin muchas ganas, pues no quería dejar de tocar a Alex. Se apresuró a correr por las escaleras en busca del bendito álbum de Violeta. Como si no fuese suficiente con contarlos, ahora quería ilustrarlos...

Luciano no había permanecido ajeno al cambio de talante de Alex. Y de Roberto. Apenas cortó su llamada se dio cuenta de que algo pasaba, pero no terminaba de saber qué podía ser. No se quedaría con la espina.

—Alex, ven un minuto a ver si me puedes ayudar. No sé qué diablos le pasa al sensor de lluvia de mi camioneta— le dijo.

Alex no quería acompañarlo pero Verónica estaba arriba buscando las fotos, así que no tenía motivos para negarse.

—¡Ey! ¿Qué demonios te pasa? —le preguntó sin más preámbulos, una vez que

salieron.

Alex vaciló... Quería matar a Roberto pero era el primo de Verónica y Luciano.

—Es... Dime, ¿no te has dado cuenta de cómo mira Roberto a Vero? Luciano rió.
¿De qué hablaba? ¡Qué tontería!

—Alex, ves fantasmas donde no los hay. Roberto adora a Verónica. Vamos, es su primita, la conoce desde que nació, la hemos consentido toda la vida... —comenzó a decir.

—Mira Luciano, no estoy loco. Tu primo la mira como si se la quisiera comer. Y ni siquiera le ha importado que yo lo haya pillado mientras lo hacía, así que...

Apareció Violeta en la puerta. Su especialidad era interrumpir cualquier conversación cuando se ponía interesante.

—Chicos, ¿Roberto está por aquí? —preguntó.

¿Cómo? ¿No estaba con ella? ¿Entonces dónde estaba?

En menos de dos segundos Alex llegó a la puerta de la habitación de Verónica. Y lo que vio no le gustó nada. Roberto estaba sentado en la cama junto a Vero y ella le enseñaba una horrible muñeca que parecía recién salida de una película de terror; estaba en muy mal estado y tenía la mitad del cabello quemado.

—¡La recuerdo perfectamente! —exclamó Roberto tomando la muñeca—Tuve que pisarle la cabeza a la pobre Marcelina para apagar las llamas... Tu hermano no tiene perdón, querida...

—¿Sí, verdad? ¡Oh! Alex. Mira lo que...

—Tu abuela te necesita, Verónica —la interrumpió Alex. No podía soportar verlo sentado en la misma cama en que ellos... Diablos. Definitivamente Roberto no saldría de ésta entero.

Vero lo observó sorprendida. Continuaba enojado. Bien, bajaría a ver qué quería Violeta, y luego volvería. Necesitaba hablar a solas con él.

—Sí. Espérenme que regreso en un minuto —dijo. Y salió de la habitación.

Roberto se puso de pie e hizo el intento de hacer lo mismo, pero Alex se lo impidió atravesando la puerta con un brazo. Lo de Gaspar no sería nada comparado con lo que le diría a este desgraciado. Y lo que le haría, si no entraba en razones.

—No tan rápido.

Sólo eso. Suficiente para ponerlo a sudar. El niño rico era violento y provocarlo, un error.

Estaban a menos de medio metro de distancia. Roberto era más bajo que Alex y tenía que mirar hacia arriba si no quería quedar como un miedoso. Había desatado a la bestia... ¿Y ahora qué haría? Su respiración se transformó en un silbido.

—¿Qué quieres? —preguntó intentando no sonar asustado.

—Aléjate de esta habitación. Aléjate de ella. Sé lo que deseas, pero no lo tendrás porque eso es mío. Si no lo haces... te haré pedazos —le advirtió, agresivo al extremo. En realidad Roberto no significaba una amenaza tan real como Gaspar. Verónica jamás se fijaría en él, pero tenía los ánimos caldeados desde el encontronazo con su colega, y este asunto era la gota que colmaba el vaso. Además, dormirían bajo el mismo techo, y eso a Alex no le gustaba absolutamente nada.

No lo tomó del cuello ni lo golpeó, como estuvo a punto de hacer, porque notó que Luciano los observaba atónito desde el pie de la escalera.

Esa noche Verónica no tuvo ocasión de hablar a solas con Alex. Ni siquiera pudo despedirse como deseaba, mordiéndole esa maravillosa y sensual boca. Esta vez no sólo Violeta estaba insufrible. Por algún motivo Luciano no perdía a Alex de vista. ¿Qué

estarían tramando? Por una cosa u otra, nada de momentos íntimos, nada de caricias, nada de nada. Y Alex continuaba muy tenso.

Luciano tenía sus razones para no perderle pisada. Lo había visto con el diablo en el cuerpo, amenazando a su primo. Asustaba verlo así, con su tamaño y esa furia en la mirada. Y lo peor era que le había instalado la duda en la cabeza. Para él era casi imposible que Roberto estuviese interesado en Verónica de esa forma. Era como su hermanita menor, siempre lo había sido. La sentaba en sus rodillas, le acariciaba el cabello. Mierda, ya estaba desconfiando del pobre Roberto. Maldito Alex por hacerlo dudar de algo que jamás... Si su primo sentía algo por Verónica, y lo daba a entender aun sabiendo que iba a casarse... Era una tontería siquiera pensarlo, pero estaría atento. Tan atento estaba, que soñó esa noche con ello y se despertó sobresaltado. La cama de al lado estaba vacía, ¿dónde estaba Roberto? Esperó un par de minutos y nada. Se levantó y ni bien salió lo vio en la puerta de la habitación de su hermana.

Se acercó lentamente. Roberto observaba a Vero dormir. Tenía los ojos vidriosos y jadeaba. Además... no, no podía ser cierto.

Loco de ira, lo tomó de un brazo y lo obligó a bajar las escaleras. No quería escándalos, ni que Verónica se despertara. ¡Cuánta razón tenía Alex!, y él no le había creído. Maldición, ¿cómo pudo ser tan tonto?, ¿cómo pudo ser tan ciego?

Hasta que no estuvieron fuera no le dijo una palabra, pero una vez que llegaron al jardín, lo increpó duramente.

—¿Qué diablos crees que haces? —le preguntó entre dientes.

Roberto vaciló. No sabía qué decir, ni cómo. Aún le faltaba el aire.

—Preguntaré de nuevo, ¿qué diablos crees que haces en la habitación de mi hermana? —aun sin desearlo casi le estaba gritando.

—Mira, te diré la verdad: estoy... enamorado de Vero —respondió finalmente Roberto.

—Y una mierda. Hace seis años que no la ves, desde que era una niña que no la ves. Y me dices que de ayer a hoy te descubres enamorado de ella.

—Siempre lo estuve. Me fui a España por eso, primo —dijo en un susurro.

—¿Qué dices?

—Es así. La adoré desde que nació. Y cuando comenzó a transformarse en la hermosa mujer que hoy es, supe que estaba perdido. Tenía doce años, y su cuerpo estaba cambiando tan rápido... creí que me volvería loco, Luciano. Por eso decidí irme, para no hacer ninguna tontería.

—Tontería que ahora sí quieres hacer —le espetó él. Estaba furioso y no era para menos.

—Ahora es distinto. Vero ya es una mujer. Esperé el tiempo necesario, y ahora vine por ella —confesó.

—Estás loco. Verónica va a casarse, está muy enamorada y...

—Yo haré que se enamore de mí. No sé por qué estás tan enojado, ¿prefieres a Vanrell para tu hermana? ¿Es por su dinero? —lo interrumpió, envalentonado de pronto.

—¡Qué dices, maldita sea! Me importa una mierda el dinero de Alex. Vero es feliz a su lado, y eso es todo lo que me interesa —estaba de veras alterado, y se estaba conteniendo, pues tenía ganas de golpearlo.

—Yo puedo hacerla feliz también, Luciano. No te pongas así... —exclamó Roberto subiéndole la voz.

—¿Que no me ponga así? ¡No te juzgaré por tus sentimientos, pero sí por tus

acciones! Estabas en su habitación tocándote, hijo de puta, y quieres que no me...

—Sal de esta casa y no regreses nunca más —se escuchó de pronto.

Ambos se volvieron sorprendidos.

Violeta estaba en la puerta, rígida como un poste. Vestía una bata y lucía despeinada, y con el rostro desencajado. Había escuchado lo que hablaban y en su mirada había algo que Luciano jamás había visto. No era un dragón, era una leona. Sus bellos ojos echaban chispas, su voz sonó helada.

—He dicho que salgas ahora y que no regreses jamás, Roberto —su tono no admitía réplica alguna.

Roberto se quedó paralizado. Ni la ira de Alex ni la furia de Luciano habían resultado tan demoledoras como esas palabras.

—Ya oíste a mi abuela. No empeores las cosas y vete ya —le dijo su primo.

Era un frente de batalla imposible de vencer. Roberto supo que no podía hacer nada. Se encaminó hacia la habitación seguido por Luciano, que no lo dejaba solo. No le tenía confianza, y todo lo que habían compartido en su niñez y adolescencia le parecía ahora una farsa.

No le llevó más de cinco minutos vestirse y tomar sus cosas. Se marchó sin mirar atrás. No le dijeron adiós, para ellos había muerto esa noche. Había traspasado un límite infranqueable: Verónica. Para Luciano y Violeta ella era el principio y el fin. Era la prioridad número uno, y su felicidad e integridad estaban por encima de todo.

Cuando se quedaron solos Violeta sollozó y se echó en brazos de su nieto.

—Ay, querido. ¿Cómo no me di cuenta de esto? De sólo pensar en el riesgo que ha corrido mi Vero desde niña... Dime que no le ha hecho nada, por favor —rogó, desesperada.

—Tranquila, abuela. No ha pasado nada. Será mejor que Verónica no lo sepa, inventaremos cualquier excusa para justificar su ausencia ¿te parece bien? —preguntó acariciándole el cabello. Era muy raro verla indefensa y apenada.

—Sí. Y por favor, que Alex no se entere —pidió mirando a Luciano a los ojos.

—Abuela, él fue quien lo notó. Si no me hubiese advertido, yo... Jamás se me hubiese pasado por la mente algo así, y lo más probable es que no hubiese visto... bueno, nada de lo que vi. Alex sembró la duda y eso me puso en alerta —confesó.

—Alex... Oh, Luciano. La he estado cuidando de él como si me fuese la vida en ello, y el peligro estaba en mi propia casa. Lo he maltratado, he probado su paciencia hasta el hartazgo, y él fue el único que ha estado lo suficientemente atento. Mierda. Qué tonta soy.

Luciano la miró asombrado. Nunca la había escuchado decir palabrotas, y mucho menos admitir que era tonta, o que se había equivocado.

—Abuela, no le diremos nada a Alex de lo sucedido esta noche. Sólo empeoraría las cosas, pues sé que lo iría a buscar y...

—No, por favor. Ni lo menciones. No le diremos nada —la asustaba lo que Alex podía hacer si lo supiese.

—Y ahora, a dormir. Olvidaremos este incidente, ya lo verás. Ven —y abrazados subieron las escaleras.

Cuando pasaron por la habitación de Verónica, se detuvieron a observarla dormir. Parecía tan inocente...

Luciano le dio un abrazo de oso a Violeta antes de irse a descansar. Estaba tan apenada, que sintió lástima por ella. Pero el incidente no había sucedido en vano, pues

marcaría un antes y un después en la relación con Alex.

—No te preocupes. Alex cuidará de Verónica siempre. ¿Lo sabes, verdad? —le preguntó.

—Lo sé, querido. Ahora lo sé —murmuró ella.

Desde ese día, Violeta cambió su actitud hacia Alex. Continuaba siendo la guardiana de la virginidad de Vero, ese era su deber como abuela decente de una niña decente. Pero comenzó a verlo con otros ojos. Ya no era el millonario que le arrebataría a su nieta. Ahora era el hombre que la amaba tanto como ella y que también, al igual que ella, quería cuidarla y hacerla feliz.

Desde ese día Alex dejó de ser su enemigo. Ahora, sería su aliado.



Capítulo XXXII

Alex jamás supo lo que pasó con Roberto. De quien sí supo al día siguiente fue de Sabrina. Tanto él como Marcos y el resto de los abogados estaban extrañados de no haber recibido la citación del juzgado. Y Alex se sorprendió cuando le llegó una llamada de su ex directamente al móvil.

—No cuelgues, por favor —le dijo ella suavemente.

Cuando la sorpresa dio paso a la ira, él tuvo que hacer grandes esfuerzos para no gritarle. Estaba furioso con ella, no sólo por la mentira que pondría en jaque toda su vida, sino también porque todo ello podía implicar perder a Verónica.

Vero se había mostrado más que comprensiva con la situación, pero... ¿Aún lo sería cuando salieran a relucir detalles íntimos de la relación que había mantenido con Sabrina? Es que no le había dicho todo. En el último minuto se había acobardado por el terror que tenía de que ella dejara de amarlo. Verónica no sabía que se trataba de una de las dos relaciones que él consideraba significativas en su vida. Le había hablado de ellas cuando se conocieron, aunque nunca llegó a ahondar en detalles. El miedo lo llevó a ocultarle que habían vivido juntos, y que Sabrina había quedado embarazada. Sólo le contó que una ex secretaria con la que había tenido un romance lo había demandado por acoso sexual.

Y allí la tenía, al teléfono, y quién sabría qué era lo que quería. De ella no esperaba nada bueno, así que lo mejor sería terminar con ello inmediatamente.

—No quiero hablar contigo, Sabrina— le dijo en un tono gélido.

—Estoy embarazada.

Se lo anunció sin preámbulos, con la esperanza de que no le cortara el teléfono.

Alex no supo qué decir. No tenía idea de por qué se lo mencionaba, a menos que intentara echarle la culpa a él, luego de casi dos años de haber terminado.

—Bien por ti— aventuró, tenso aún.

Pese a todo era verdad. Se alegraba por ella.

—Sé que lo dices de corazón, Alex. Y no temas, no intentaré complicarte con nada más. Tú nunca me amaste de verdad, y lo supe porque ahora me siento realmente querida. Se llama Francisco y somos muy felices.

No se lo esperaba. Parecía sincera, pero con ella nunca se podía estar seguro. Era tan cambiante... Ese tal Francisco la iba a tener difícil. Un error y estaría frito, como le pasó a él. Su gran equivocación fue dejarse querer sin estar enamorado de ella. Claro que intentó amarla, pero no lo logró. La vio construir castillos en el aire, y no hizo nada para detenerla.

De todos modos, no creía que eso justificara tanto ensañamiento.

—¿Por qué lo hiciste, Sabrina? ¿Por qué intentaste arruinarme?

—No lo sé. Porque me sentía frustrada, porque estaba loca de dolor. Lo siento.

Acabo de retirar la demanda. Ya no tendrás problemas por mi culpa.

—Sabrina, yo tampoco quise hacerte daño. Hice lo posible por... comprometerme más, por quererte. A pesar de todo lo que sucedió, te deseo lo mejor.

—Igual para ti. Sé feliz—y colgó.

La nube gris que lo seguía a todas partes por fin se había disipado. Afuera llovía, pero su cielo volvía a estar despejado, después de muchos meses de dudas y temores.

De pie, frente a la ventana, dibujó una V en el cristal empañado y sonrió. En su cielo, por más nubes que hubiera Verónica siempre sería el sol. Estaba llegando el otoño, pero para él, ese verano sería eterno.

El otoño llegó y pasó, y con él las esperanzas de Verónica de poder pasar más tiempo a solas con Alex. Si bien Violeta había moderado su actitud hacia él, continuaba entrometiéndose entre ambos como una chaperona pasada de época. Si no fuera porque sabían que le haría daño, Verónica ya le hubiese dicho que su virginidad era cosa del pasado. Además temían que esa incipiente amabilidad de Violeta hacia Alex se esfumara de pronto al saber que él había roto su promesa y otras cosas. Así que intentaban tolerar su castradora presencia, sus preguntas interminables y sus ojos que todo lo veían.

No era sólo el tema de Violeta lo que les impedía estar juntos en la intimidad. Entre la universidad, la decoración del Sky Blue y los preparativos de la boda, Verónica no tenía tiempo ni para respirar. Se había tomado los estudios muy en serio, así que no se perdía una sola clase. Todas las mañanas las pasaba en la Universidad de la República, fascinada por cada cosa que aprendía. Finalmente se había salido con la suya, y había retirado la matrícula de la universidad privada ignorando las protestas de Alex. El sugirió, rogó, argumentó de mil maneras posibles la conveniencia de que asistiera a la elitista Universidad de Montevideo. Y además quería que fuese en coche.

Vero rió divertida cuando él la llevó a la concesionaria, y le pidió que eligiera... ¡estaba loco! Rindió el examen y obtuvo su licencia, pero se negó terminantemente a que Alex le comprara o le prestara un coche.

Le encantaba el autobús, pues podía abstraerse del entorno con sus auriculares y transportarse a cada momento disfrutando con Alex en el pasado, y también a lo que esperaba del futuro. Además ocupaba ese tiempo en pensar en la boda de sus sueños...

A Vero le hubiese gustado planificar la ceremonia con su suegra, pues no tenía idea de a quiénes invitar. Afortunadamente Miriam, la secretaria de Alex, le estaba echando una manito. Iba a ser algo muy sencillo, para los más allegados en una chacra en José Ignacio. Sería al mediodía, al aire libre y con el mar como fondo perfecto. Un poco de música, productos de mar como banquete, y luego... la ansiada luna de miel.

Finalmente convinieron en ir al Caribe. Alex no quería exponer a Verónica a cruzar el Atlántico en avión, ya que ello significaba por lo menos doce horas de vuelo. En cambio la Riviera Maya estaba mucho más cerca, y podían ir haciendo escala en un par de lugares, para que se le hiciera más llevadero. Ella creía estar lista para ese paso, era cuestión de mentalizarse. De nada le había servido la terapia, así que le parecía inútil volver a intentarlo. De la mano de Alex, podía hacer cualquier cosa que se propusiera, incluso lo que más temía: viajar en avión.

No pudo evitar pensar en su madre y en lo mucho que le hubiese gustado estar en la

boda, en la que usaría el mismo vestido que ella había usado en la suya. Cada vez que pensaba en Isabel, la veía sonriendo. Tenía la sensación de que había sido una mujer feliz, tan feliz como lo sería ella con Alex. Y más ahora que había desaparecido el fantasma de la demanda. Transitaba un tiempo de disfrute, pero la verdadera felicidad llegaría en sólo unos meses.

Fantaseaba con la idea de vivir con él, despertarse a su lado, comer juntos... y follar. Sobre todo follar. Tenía demasiadas ganas de hacerlo, tanto que había días en que sólo en eso podía pensar. Y sabía que a él le pasaba lo mismo, sólo que no se habían dado las condiciones necesarias para que eso sucediese.

Claro que habían tenido algún encuentro furtivo. Un día, se lo hizo a Alex con la boca, hincada en la sala de reuniones, mientras los accionistas esperaban afuera. Eso estuvo... uf. Durante el consejo, ayudó a Miriam a servir el café, y en un momento él la acarició por debajo de la falda mientras explicaba un proyecto que tenía en mente. Lo que ella tenía en la suya era demasiado sucio como para siquiera mencionarlo.

Y otra vez, Alex la había hecho correrse con la mano en el coche, mientras Violeta permanecía en el portal mirándolos, y saludando a las vecinas. A Vero le había costado horrores permanecer estática mientras él le hacía esa maravilla allí abajo. Finalmente acabó inclinándose hacia adelante, para que no le vieran el rostro, y mordiendo su propia mano para no gritar.

Pero follar, lo que se dice follar, nada de nada.

Tenían que encontrar la forma de solucionarlo, porque eso ya estaba pasando a mayores. Ahora que habían probado la miel, no podían estar sin ella.

Si Vero estaba medio trastornada, Alex estaba francamente loco. Lo llevaba el diablo. Cuando no trabajaba como un poseso, se mataba en las rutinas del gimnasio. Había logrado que sus músculos se tensaran como cuerdas, a fuerza de sublimar la libido que de otra forma le envenenaría la sangre.

La tentación era tan grande que estaba dispuesto a cualquier cosa por volver a tenerla. El numerito que le montó en la sala de reuniones, lejos de haberlo descargado, lo había encendido más. Le había llenado la boca de semen, y ella se lo tragó como si toda la vida se hubiese dedicado a ello. Y además se relamió como una niña golosa. No sabía ni cómo había podido llevar adelante la reunión, e incluso llegaron a votar un par de proyectos. Mientras la veía servir el café sentía cómo sus pantalones ya no podían contener al animal que escondía en ellos, y temía que todos lo notaran.

Y luego, aquella vez en el coche... Dios, con dos dedos dentro de ella y uno afuera rozándole el clítoris la había vuelto loca. Y con ella también él había enloquecido. Y todo delante de las narices de Violeta. Con respecto a ella, no tenía quejas. Sí, continuaba siendo un estorbo que se presentaba automáticamente cada vez que él intentaba echarle mano a su nieta, pero por lo menos no lo maltrataba, ni le tiraba indirectas sobre la cancelación de la boda, ni lo hacía sentir como un hijo de puta perverso. Hablando de perverso, ¿qué habría sido del primo Roberto? Se marchó sin dejar rastro el día del entredicho. Era evidente que la amenaza en el dormitorio de Vero había surtido efecto. Mejor así, ella ni se había enterado del incidente, y no tendría por qué saberlo jamás.

Ya sin riesgo a la vista, lo que quedaba por solucionar era cómo diablos iban a hacer para tenerse el uno al otro un rato considerable a solas, como para sobrevivir un tiempito más.

El tema de la universidad y los nuevos compañeros con intereses en común también tenían a Alex bastante inquieto. No es que desconfiara de la fidelidad de Vero, pero sí lo

hacía de los chicos que andarían de cabeza por ella. Era una tentación para cualquiera. No entendía por qué pensaba esas cosas... si sabía que era su Barbie Puta, y sólo con él hacía todo lo que hacían. Es que tenía celos hasta del viento...

Los hechos se dieron casualmente. Un paro nacional de obreros de la construcción, que primero puso a Alex como un demonio de tan furioso que estaba. La obra detenida por una huelga era la pesadilla de cualquier arquitecto o contratista. Pero luego lo pensó mejor, era la oportunidad de estar a solas con Vero. Eso siempre y cuando Violeta no se les sumara como había hecho las dos últimas veces que habían visitado el Sky Blue. Y sus deseos se cumplieron. Violeta estaba harta del polvo y los groseros obreros que según ella la miraban, así que dejó ir sola a Verónica. ¿Qué podía pasar en un edificio en construcción lleno de obreros de aquí para allá? Al parecer no estaba muy empapada de las noticias, y eso que la huelga se había anunciado en todos lados. La obra estaba bastante avanzada. Sólo quedaba por finalizar el pent-house. Habían colocado ya todo el sistema sanitario y el tendido eléctrico. El suelo había quedado perfecto, y estaban abocados a instalar las luminarias y otros efectos decorativos fijos.

Era maravilloso... Verónica miraba extasiada lo bien que había quedado el sistema de iluminación. Era un hermoso departamento, y ella lo estaba decorando con mucho estilo. Qué felices que serían quienes lo habitaran. Tenía tres plantas. La de abajo era la principal. Una sala gigante se abría a una gran vista al mar, al igual que el comedor. También contaba con una oficina, un vestíbulo enorme, una cocina con todos los artefactos de última generación, dormitorios de servicio y un toilette.

En la segunda planta estaban las habitaciones. Eran cinco hermosas suites. La master era algo de otro mundo. La vista era magnífica pero lo que la hacía inigualable era el jacuzzi de cristal en la terraza que parecía suspendida sobre el mar. Y el vestidor era doble. Incluso tenía dos baños, ambos con techo de cristal y peces de colores. Había también un enorme tocador, y las gavetas se abrían a control remoto.

La tercera planta albergaba una piscina, una parrilla y un solárium. Y también un gimnasio. Verónica había hecho instalar hasta un sauna. El departamento debía entregarse en octubre completamente amoblado, ya que era un proyecto de decoración integral de dos millones de dólares. Iba a ser una pena terminarlo. Es más, casi no quería hacerlo. Pero ahora no tenía tiempo para lamentarlo. Estaba a solas con Alex y él acababa de cerrar la puerta principal con llave...

“Ay... Me muero por tocarlo, pero no quiero parecer ansiosa. Sin embargo lo estoy. Quiero desnudarlo y besarle todo el cuerpo”. Se mordió el labio, pues tenía ganas de gritar cuánto lo deseaba.

Y él la miraba de una forma... Era única su forma de observarla.

—Estamos solos, Verónica— dijo Alex sonriendo seductor.

—Sí.

“Parezco una tonta... Me siento como si fuese la primera vez. Oh, si continuas sonriendo de lado me vas a matar, hombre lindo. Mi corazón se dispara, ¡qué ganas de tocarte!”.

—Soy todo tuyo.

“Ohhh. Me adivina el pensamiento. Sabe lo que quiero hacerle, que quiero tocarlo,

lamerlo... su cuerpo no tendrá límites para mí el día de hoy. Bendita huelga”.

Verónica se acercó y le desabotonó la camisa. Él no le quitaba los ojos de encima, pero permanecía pasivo y se dejaba hacer. No obstante, ella notó cómo apretaba los puños y también los dientes. Podía sentir la tensión y el calor que emanaba de su cuerpo. Ella giró a su alrededor y terminó de quitarle la camisa. Y mientras ella hacía eso, él tomó su rosario y se lo quitó.

“Perfecto... No quiere que su dios vea como follamos. Porque eso es lo que haremos, y ni el altísimo lo podrá impedir”, pensó.

Su único dios era Alex, y por eso se puso de rodillas y tiró de sus pantalones... él gimió. Era evidente que también lo excitaba cuando tomaba la iniciativa.

“Sin duda que desea a su Barbie Puta el día de hoy. Y la tendrá...”, pensó mientras terminaba de desnudarlo.

Ahora Verónica lo tenía como quería: desnudo, con las piernas separadas y los brazos cruzados sobre el pecho. No parecía para nada cohibido.

“Este hombre no tiene vergüenza. Su... animal, como él lo llama, está totalmente rígido contra su vientre y parece a punto de explotar, pero su dueño parece sereno. Ya le quitaré yo esa tranquilidad, lo juro”, se prometió, sonriéndole seductora.

Él bajó la vista y miró su pene. Le indicó con la mirada que la quería allí. Vero estaba tentada a obedecerlo pero se contuvo... ¿Es que era una sumisa? ¿Desde cuándo hacía lo que le decían? Hoy sería más Puta que Barbie. Hoy no sería una muñequita y haría lo que quisiera.

Se acercó lentamente, y Alex cerró los ojos pues creyó que volvería a ponerse de rodillas para lamer su pene. Pero ella no tenía esas intenciones. Se colocó detrás de él, y oprimió sus senos contra su espalda musculosa, mientras le acariciaba el pecho.

Él echó la cabeza hacia atrás y tomó sus manos, subyugado...

Pero ella se soltó. Se puso de rodillas y por fin se quitó las ganas de observar su increíble trasero. Sus manos siguieron el camino de sus ojos, y luego su boca lo hizo. Lamió y mordisqueó sus nalgas perfectas. Tenía marcados los glúteos siempre, y más en ese momento que estaba en completa tensión.

“Oh, sí... por este culo haría lo que fuese... Soy toda tuya, tú eres mi dios, y yo tengo el diablo en el cuerpo. Aquí habrá guerra, aquí habrá acción, hombre lindo”. Continuó mordiendo sus nalgas mientras lo escuchaba gemir...

—Ahhh Verónica... Maldición. Si sigues con eso voy a explotar...

“Pues explota, mi vida. Porque yo no pienso salir de aquí”.

Alex estaba desesperado. Su capacidad de autocontrol estaba llegando al límite...

Ya no podía soportarlo. Tenía a esa belleza a la que adoraba, de rodillas detrás de él, y le estaba mordiendo el trasero. Jamás le habían hecho algo así. Tenía miedo de que sus piernas no pudieran sostenerlo, por lo que se afirmó en lo que tenía más cerca; una escalera de pintor. La tomó con una mano, pero no fue suficiente. Entonces la tomó con las dos, pues sentía que la tierra estaba temblando.

Verónica separó sus nalgas y...

“¡Carajo! Me besa allí... ¿Qué puedo hacer? No sé si esto está bien. Me gusta, me enloquece pero no sé si está. Ay...me lame, me introduce su maravillosa lengua en el... Ahhh... Sí, definitivamente me gusta demasiado lo que me hace”.

Y así, mientras él se apoyaba en la escalera, una Verónica descontrolada le lamía el culo. Y eso a Alex lo volvía loco. Sabía que no se vería bien, pero ya no intentaba contraer sus glúteos, y la dejaba hacer. Lo que más lo excitaba era que a ella parecía encantarle.

“Y ahora hace algo más. No, no, no. Todo tiene un límite, y mi resistencia está llegando a ese límite”.

Así como estaba, acucillada en el suelo, Verónica pasó entre las piernas separadas de Alex y comenzó a lamerle los testículos. Se acomodó en la escalera y también parecía disfrutarlo...

Alex la observó y sintió que se derretía. Ella tomó su verga con una mano, y comenzó a moverla como lo había visto hacerlo a él, en la ducha.

“Dios, y continúa besándome los huevos... Carajo, carajo. Tengo que pensar en otra cosa porque si no esto va a ser como un volcán en segundos, y habrá una memorable erupción”.

Pero no lo logró. Desbordado por las sensaciones y cegado por las lágrimas, acabó gritando. Y mientras se corría sobre su rostro de muñeca, ella le introdujo un dedo ahí atrás...

Alex no pudo evitar gritar de nuevo, pero no de dolor. Qué maravilla lo que ella le hacía. Esa mujer había sido la única que lo había hecho llorar de placer.

—Ahhh Verónica, de veras no hay nadie como tú...

Ella lo sabía. Seguro que lo sabía, a juzgar por su mirada pícara.

“Ah, diablita. ¿Has hecho conmigo lo que querías, verdad? Pues ahora me toca a mí, y te aseguro que tengo cuerda para rato”.

E inmediatamente la puso de pie, mientras le decía con una voz desconocida para ambos:

—Y ahora, mi vida, comienza por quitarte toda la ropa...



Capítulo XXXIII

Setiembre. Mes de la primavera, de los enamorados, del renacer de la naturaleza y de los deseos dormidos... En el caso de Verónica y Alex esos deseos ni se enteraron del frío que había asolado las calles de Montevideo. Ellos pasaron todo el invierno follando y mintiendo. Eran los reyes de la simulación, y embaucaron a Violeta una y otra vez.

Qué ingenua era. Todavía creía en la virginidad de Verónica, e incluso intentó hablarle de la noche de bodas. Le insinuó que una novia debía permanecer pasiva y dejar que el experto novio se encargara de todo. Tampoco era conveniente mostrar ni demasiado entusiasmo ni temor. Vero escuchó atentamente, luchando por mantenerse seria. Si Violeta supiera las cosas que habían experimentado...

El día anterior, por ejemplo, lo habían hecho en el baño mientras ella hablaba por teléfono con su hermana. Ni bien se dieron cuenta de que la que llamaba era Margarita, y que estaría horas hablando, se metieron en el toilette. Era tan pequeño que apenas podían moverse. De todas formas se las arreglaron y se echaron un polvo memorable, de pie con la ropa puesta. En el momento del clímax, él no pudo contenerse y le mordió un hombro por encima de la blusa. Le habían quedado marcados los dientes de Alex en la piel. Se estremeció al recordarlo.

Es que a veces era tan perverso. Por alguna razón parecía empeñado en dejar señales en su cuerpo, ya sea de sus manos o sus dientes. En ocasiones le apretaba las nalgas con tanta fuerza que le dejaba los dedos marcados, y en otras le mordía los pechos, los hombros... Y mientras le hacía esas cosas decía su nombre y la llamaba suya. Qué posesivo era, y qué dominante. Una vez le preguntó si permitiría que la atara a la cama y le hiciera de todo. Ella se sorprendió al excitarse al instante con la idea, y casi gritó un sí. Claro que le gustaría estar a su merced... Que le vendara los ojos, que la amarrara con cuerdas a la cabecera, y que jugara con ella hasta desesperarla. Se lo dijo y los ojos de Alex brillaron. “Cuando estemos casados”, murmuró, y luego cambió de tema.

Y hacía unos días había querido saber si podía follarla duro, muy duro hasta hacerle daño. Cuando ella asintió, él sonrió complacido. Y luego le susurró al oído: “Follaré ese hermoso culo tuyo luego de la boda, y te dolerá, Verónica”. Ella le respondió muy decidida: “Lo tomo como una promesa”, dejándolo tan excitado como atónito.

Su hombre bello era una sorpresa tras otra. Hablando de sorpresas, tenía tantas ganas de verlo, que le daría una yendo a visitarlo a la oficina. Se puso unos jeans y botas hasta la rodilla. Y completó su atuendo con una graciosa boina tejida. Se veía muy bien, joven y fresca. Con esa cara de enamorada, de ojos brillantes y mejillas arreboladas, era imposible no verse deslumbrante. Lo iría a ver y lo invitaría a almorzar. Estaba tan feliz por sus planes, que cuando la lluvia comenzó a caer ni bien salió de su casa, volvió el rostro al

cielo y permitió que el agua lo mojara. Y una vez más sintió que la vida era demasiado bella y que merecía la pena vivirla intensamente. Pero su felicidad estaba a punto de ser truncada.

La maldad de algunos no tenía límites.

Lejos de darse por vencidas, Caroline y Cecilia continuaban pensando en la forma de separar a Alex de Verónica. Era una tarea más que difícil, lo sabían, y no encontraban fisuras en esa relación como para hurgar y romper. Además él había dejado claro que las despreciaba y había instalado una distancia infranqueable. Caroline decidió ir por las buenas con Alex, y pedirle disculpas por su comportamiento la noche de su cumpleaños. Se daba cuenta de que por las malas no iba a lograr nada. Si se ganaba su perdón y su confianza podría acercarse a él. Y también podría hacerlo Cecilia.

Madre e hijo no se habían visto desde aquella mañana en Punta Ballena. Cecilia lo había llamado un par de veces pero Alex no había contestado. No estaba listo para hablarle, y ella concentraba toda la ira que eso le producía en una sola destinataria: Verónica. La consideraba culpable de haberla separado de su hijo, olvidando que ella misma lo había hecho antes al abandonarlo.

Veía con buenos ojos los planes de Caroline de pedirle disculpas a Alex, y la animó a no dilatarlo más. Y esa tarde lluviosa, con una gabardina dorada y su mejor cara de arrepentimiento, Caroline se dirigió a la oficina de Alex para implorar su perdón. Estaba dispuesta a rogarle, si era necesario. Lo importante era acercarse a él para alejarlo de Verónica.

Cuando llegó, Miriam no estaba en su escritorio. Mejor así. La tonta secretaria era una fiera filtrando las visitas de su jefe, y quizás no la hubiese dejado pasar. No lo pensó dos veces, golpeó la puerta y cuando escuchó que Alex gritaba “adelante”, la abrió y entró a la oficina.

Él hablaba por teléfono en inglés, pero casi se cayó de la silla cuando la vio. “Maldición, aquí está esta copa de champagne con patas. ¿Cómo habrá entrado sin anunciarse y qué mierda querrá? Creí que le había dejado en claro que no la quería cerca de nosotros...”, pensó mientras continuaba hablando mecánicamente. Era una conversación importante y no quería perder la concentración. Se puso de pie y comenzó a caminar por la oficina para no tener que mirar a Caroline.

Ella permaneció callada, con la fingida tristeza pintada en el rostro, esperando pacientemente que Alex colgara. Lo veía deambular por la habitación mientras seguía diciendo vaya a saber qué cosa en inglés. No debía perder el contacto visual, él tenía que ver que ella iba en son de paz. Pero lo que en realidad pensaba era que Alex era un tonto hijo de puta por haberla agredido aquella noche en la cocina, sólo porque ella había puesto en su lugar a la estúpida de Verónica.

Comenzó a caminar alrededor de Alex, quien le estaba dando la espalda, de manera de quedar frente a él. Y lo que sucedió a continuación fue la confluencia perfecta entre la casualidad y la maldad.

Por encima del hombro de Alex, que continuaba al teléfono, Caroline vio la inconfundible silueta de Verónica a través del cristal esmerilado de la puerta. La observó vacilar al no encontrar a Miriam en su puesto. Y también la observó dirigirse hacia la

oficina...

Caroline pensó rápido. El odio la impulsaba y la hacía más resuelta. En el momento en que Verónica abría la puerta, ella tomó a Alex de la nuca y le partió la boca de un beso.

Él estaba tan sorprendido con el inesperado beso que se tambaleó y sólo atinó a tomarla de un brazo para no caer al suelo.

Y eso fue precisamente lo que vio Verónica cuando entró a la oficina. Vio a Alex, a su Alex, besándose con Caroline.

Fue tan contundente el golpe que no pudo evitar emitir un gemido. Y al escucharlo, Alex soltó a Caroline y se volvió como un rayo. Cuando vio a Verónica en el umbral, tapándose la boca y con los ojos llenos de lágrimas, él sintió como si le hubiesen pateado el estómago. El teléfono que aún tenía en su mano cayó al suelo y se hizo trizas, pero Alex ni lo notó. Estaba paralizado, no atinaba a hacer nada...

—Verónica... —dijo con la voz ahogada.

Ella no podía hablar. Era tal el dolor, era tal la decepción que lo único que quería hacer era correr y correr hasta llegar a algún lugar oscuro y poder llorar hasta morir. Y eso exactamente fue lo que hizo. Se marchó a toda prisa con el rostro surcado de lágrimas.

Él no se lo esperaba y para cuando reaccionó ya fue tarde. Las puertas del ascensor se cerraron tras Verónica dejándolo del otro lado, fuera de sí. Golpeó la puerta atormentado por el dolor y la frustración. Cuando al fin logró bajar, no había ni rastros de ella.

A Alex le faltaba el aire, se sentía realmente mal. Se agachó contra la pared y tomó su cabeza entre sus manos. Debía pensar rápido qué hacer. No sabía ni por dónde empezar a buscarla, pues era seguro que a su casa no había ido...

“Dios mío, ¿Qué voy a hacer? ¿Cómo pudo haber pasado algo así? Malditas casualidades, maldita Caroline. ¿Cómo se le ha ocurrido besarme? Es una estúpida, la odio con todas mis fuerzas. Y justo ha tenido que entrar Verónica en ese mismo instante... Qué suerte de mierda la mía. Todo está confabulado en mi contra. ¿Cómo le explicaré ahora? ¿Cómo haré que me crea que ni siquiera había cruzado palabra con esa idiota cuando tuvo la maldita idea de besarme? No me creerá, lo vi en su rostro. Tendré que obligar a Caroline a decirle que fue ella quien... ¡Mierda! No es posible que me esté pasando esto”.

Se puso de pie, y regresó rápidamente a la oficina, debía hablar con Caroline. Ella le diría a Verónica que había forzado ese beso. Pero Caroline no estaba. Alex se hundió en su silla, abatido y se tapó la cara. Instantes después, comenzaba la odisea de las mil llamadas a Verónica sin respuesta...

Ella lloraba desconsoladamente en brazos de Violeta. No podía parar de llorar, y en cada lágrima se le iba la vida. Su abuela la mecía como cuando era pequeña y clamaba por su mamá.

—Ya, mi niña. Deja de llorar, mi amor, que te vas a enfermar... —musitó conmovida.

—Quiero morirme, abuela —murmuró entre lágrimas.

—No digas eso, querida. Ni en broma.

Verónica se frotó los ojos y la miró. ¿No entendía que su vida había terminado? Alex la había engañado. Le había mentado al decirle que la amaba. Alex ya no era Alex.

—¿Por qué me hizo esto, abuela, por qué? —preguntó aun sabiendo que Violeta no

tenía la respuesta.

—Mira Verónica, jamás pensé que te diría una cosa así pero... tienes que escucharlo. Tienes que oír que tiene él para decirte.

—¡No! No quiero escucharlo, con lo que vi es suficiente... Violeta, estaba besando a otra mujer.

Y luego continuó llorando. Estaba desolada. Sentía que su vida había terminado esa tarde en la oficina de Alex. No quería verlo, no quería oírlo, así que le pidió a Violeta que lo mantuviese alejado de ella.

—Está bien, querida. Espera un par de días, pero luego habla con él. Estoy segura de que habrá una explicación.

—No la hay, Violeta. Te juro que no la hay. Yo sé lo que vi —murmuró, triste.

Sí. Ella sabía lo que había visto. Vio claramente cómo él tomaba de un brazo a Caroline y la besaba. Recordaba cada detalle, incluso los ojos cerrados de ella mientras disfrutaba del beso de su novio. ¿Su novio? No, ya no. Ya no habría boda, no se casaría en noviembre y no volvería a ser feliz jamás.

El teléfono de Violeta comenzó a sonar. Vero había apagado el suyo, y desconectado el de línea, pero no había tenido en cuenta el móvil de su abuela.

—No le digas que estoy contigo, por favor —rogó.

—Pero Verónica, él...

La mirada de su nieta no le dejó opciones.

—Hola. Dime, Alex... Es que estaba hablando con mi hermana, por eso no te podías comunicar. No, no está aquí. No. Creí que estaba contigo... Bueno, no te preocupes, ya lo encenderá y podrás hablar. Adiós.

—Eres muy mala mintiendo, abuela —sonrió tristemente Vero.

—Querida, no sé qué hacer. No puedo verte así.

—¿Podrías pedirle a tía Margarita que me aloje en su casa por unos días? —pidió. Tenía que irse, sabía que Alex no tardaría en llegar.

Mientras Violeta hablaba con su hermana por teléfono, Vero metió algunas cosas en un bolso. En cuanto estuvo lista, tomó un taxi y se fue a casa de su tía.

Un minuto después llegó Alex a la casa de Verónica. La conversación telefónica que había tenido con Violeta lo dejó más que convencido de que estaba allí.

Con el rostro desencajado, le preguntó por ella sin siquiera saludar.

—No está aquí— fue la fría respuesta.

Pero él no le creyó. Corrió a la habitación de Vero y al no encontrarla, esa fortaleza que siempre lo había acompañado en los momentos difíciles de su vida esta vez lo abandonó. Se dejó caer en la cama y se tomó la cabeza entre las manos.

Violeta lo observaba desde la puerta. Sentía pena por Alex. No sabía por qué, pero le era imposible odiarlo. Se lo veía tan desolado y triste.

—Cuéntame que pasó —le dijo sentándose a su lado.

—Usted ya lo sabe —fue la inesperada respuesta.

—Sé lo que vio Verónica. O lo que creyó ver. Y ahora te pregunto: ¿estabas besándote con una mujer en tu oficina, Alex?

—Sí y no —respondió él con un suspiro. Era una respuesta ambigua, pero era la verdad.

—¿Qué quieres decir? —Violeta estaba a punto de perder la paciencia. Es más, no tenía idea de por qué estaba teniendo esa conversación con él. Dadas las circunstancias, lo único sensato hubiese sido que lo sacara de la casa a escobazos. Pero ahí estaba, sentada en

la cama de su nieta que tenía el corazón roto, con su novio también destrozado, pidiéndole explicaciones que al parecer no podía dar.

—Violeta, le contaré todo tal cual sucedió...

Y lo hizo. Cuando terminó, Violeta se mantuvo un segundo en silencio. Le creía.

—¿Así que esa tal Caroline te besó inesperadamente? —preguntó al fin.

—Sí. Y sin haber mediado ni una sola palabra entre nosotros, pues yo estaba al teléfono y aún no había podido correrla de la oficina. Violeta, yo no tuve, no tengo, ni tendré nada con esa mujer. Verónica es mi vida...

—¿Y por qué la tenías tomada de un brazo?

—No lo hacía. La sorpresa por lo que ella hizo fue tal, que casi me caigo, y tomé lo que tenía más a mano para no hacerlo —declaró.

—Y justo tenía que entrar Vero...

—Sí. Violeta, maldita mi suerte, pero así fue... Y ahora aquí estoy, a punto de morirme si no logro hablar con ella. Por favor, dígame dónde está.

—Mira Alex. Yo te creo. Pero Verónica no lo hará. Está demasiado ofuscada para hacerlo. Espera dos días y luego, cuando las aguas se calmen, yo misma te llamaré para que vengas a hablar con ella ¿entendido?

—¡Dos días! Eso es demasiado, es una eternidad, es... —protestó él.

—Es el tiempo que necesitamos para que Verónica se enfríe y pueda escucharte. Déjala sola un par de días, hombre. Estoy segura de que podrás soportarlo.

No, no podía. Y menos sabiendo que ella estaba mal, que estaba sufriendo. Pero tenía que obedecer a Violeta, no tenía otra opción.

Se fue a su casa maldiciendo a Caroline, ¿cómo carajo se le había ocurrido...? Y también maldijo su suerte. Al parecer, todo jugaba en su contra. El destino, el mismo que lo había unido a Verónica, ahora los separaba. Si todo hubiese ocurrido un minuto antes o un minuto después, en lugar de estar tragándose las lágrimas, en ese instante estaría haciéndole el amor a su chica sobre el escritorio. Si Miriam hubiese estado en su puesto, la estúpida de Caroline jamás habría entrado a la oficina. Si el finlandés que hablaba un pésimo inglés no lo hubiese llamado, él la habría sacado con viento fresco de allí en menos de treinta segundos. Si Vero hubiese llegado antes o después, se habría encontrado con un panorama distinto... Y ellos no estarían pasando por el día más horrible de sus vidas.

Ahora todo dependía de que Caroline le explicara a Verónica que él no tuvo nada que ver en ese beso. Y de que ella le creyera.

Lo peor de todo era que no veía plausibles ninguna de las dos posibilidades. Oh Dios, ¿qué haría? Esperar dos días como le había dicho Violeta. Dos interminables días sin ella. No sabía cómo iba a soportarlo.



Capítulo XXXIV

Esos dos días sin ver ni hablar con Verónica fueron para Alex una verdadera pesadilla. Ni siquiera se molestó en ir a la oficina, porque sabía que no podría trabajar. Ni trabajar, ni dormir, ni siquiera comer... Lo único que hacía era mirar su nueva BlackBerry con la esperanza de tener un llamado, un mensaje, algo. De ella o de Violeta. Nada.

El miércoles no pudo más, y a las ocho de la mañana estaba llamando a la casa de Verónica. Pero Violeta le dijo que su nieta continuaba negándose a hablar con él, y que no pensaba volver aún a su hogar.

Colgó. Bien, había llegado la hora de hacer algo. Verónica tendría que escucharlo aunque tuviese que atarla para ello. Qué ironía... un par de días atrás estaba pensando en lo mismo, pero con otros fines más placenteros.

Estaba seguro de que ella se había marchado a la casa de alguien de la familia. ¿Estaría con su prima Natalia o con su tía Margarita?

Decidió comenzar a buscarla en casa de Margarita. Sabía dónde era porque el día en que llevó a Vero a la concesionaria para elegir un coche que jamás llegaron a comprar habían ido con Natalia, y luego la habían dejado en la casa de su abuela.

Fue la propia Verónica quien abrió la puerta. Por un segundo se miraron a los ojos. Fue un momento electrizante, pues en ambas miradas hubo un destello de deseo seguido de uno de dolor y otro de furia. Verónica intentó cerrar la puerta, pero él se lo impidió, y entró por la fuerza.

—¡Vete! No quiero verte —le gritó ella.

—Oh, sí lo harás. Y me escucharás. Entiendo que estés dolida por lo que creíste ver, pero creo que merezco que oigas lo que tengo para decirte... —no quería rogarle, pero seguramente terminaría haciéndolo. Se estaba muriendo por dentro al verla tan triste.

Parecía tan pequeña, tan frágil. Deseaba tomarla en brazos y besarla hasta hacerle olvidar el terrible momento.

—¿Qué me dirás? “¿No es lo que parece?”. Lo vi, Alex. Lo vi con mis propios ojos. Tú y Caroline... Eres un hijo de puta, ¡te odio!

—No me odias. Hace un par de días me amabas, Princesa.

—Hace un par de días tú no eras este Alex. Y ya no soy ni seré jamás tu princesa.

—¿Qué quieres decir? —preguntó él. Pero en realidad no quería oír la respuesta.

—Que no me casaré contigo. Que no quiero volver a verte. Que deseo que te vayas de esta casa, que desaparezcas de mi vida y no regreses jamás.

Sonaba firme y serena, pero sólo en apariencia. En realidad, estaba temblando.

—Verónica, por favor... —y en un intento de convencerla, le tomó el rostro con ambas manos y la besó como sólo él podía hacerlo.

Ella se resistió débilmente. Tenía la boca cerrada pero cuando el presionó con su lengua, ella se dejó llevar. Ambos se perdieron en un apasionado y profundo beso.

—¿Ves que no me odias, mi cielo? Dame una oportunidad de...

Verónica reaccionó. Que su cuerpo la traicionara no quería decir que su corazón hubiera sanado como por arte de magia. No. Esta vez no permitiría que él la embaucara con sus besos, con su sensualidad...

—Vete, Alex.

Ella se volvió y le dio la espalda para que él no pudiese ver cuánto le dolía todo eso. Así, de espaldas escuchó cómo se abría la puerta. Y cómo Alex murmuraba “Siempre te amaré” antes de salir y cerrarla tras él. Entonces no pudo contenerse y comenzó a llorar desesperadamente. Apoyada en la puerta cerrada, sentía correr las lágrimas por sus mejillas y sangrar su corazón. ¿Por qué tenía que pasar algo así?

“Alex, te quiero más que a mi propia vida. Pero no puedo perdonarte. Deseas a otra mujer, y es justamente una que me hizo daño ¿cómo pudiste hacerme eso? Te burlaste de mí y de nuestros sueños... Oh, jamás podré olvidarlo”.

Los días fueron transcurriendo, a veces demasiado rápido y a veces se hacían interminables.

Alex volvió al trabajo. Y Verónica regresó a su casa y a sus estudios. Pero el dolor continuaba intacto, ni un poquito había menguado.

Una tarde, mientras regresaba de la Universidad, sin saber por qué se encontró en la puerta de La Escala. No tenía idea de cómo había llegado hasta allí, pero lo cierto es que en su mente comenzaron a agolparse uno a uno los recuerdos...

Se quedó paralizada. Permaneció inmóvil, dejando rodar las lágrimas por su rostro, ignorando a quienes la observaban con pena. De pronto sintió una mano en su hombro, levantó la vista y se encontró con la intensa mirada azul de Gaspar Verdi, el colega de Alex.

Él estaba de pie frente a la pequeña ventana de su estudio mientras disfrutaba de un café cuando la vio aparecer en la esquina. Como era habitual ella destacaba por su singular belleza, y era inevitable distinguirla entre la multitud. No lo pensó dos veces. Si lo hubiese pensado, quizás no lo habría hecho, pero se encontró de pronto corriendo por las escaleras, con alas en sus pies para alcanzarla. Pero cuando la vio de cerca y notó que estaba llorando, su corazón se detuvo. Había pensado en ella infinidad de ocasiones, y en casi todas se la había imaginado en situaciones de índole puramente sexual. Nunca esperó sentirse tan alterado por verla así, desvalida y sola, llorando.

Se acercó lentamente, y cuando ella notó su presencia, la tomó en sus brazos.

Verónica parecía una muñeca, no tenía voluntad. Su alma estaba hecha añicos, y se dejó llevar por ese rostro conocido que la miraba con ternura. Era tan alto como Alex, y también fuerte como él. Imaginó que era su hombre lindo quien la estaba abrazando y apoyó su cabeza en su hombro.

Gaspar la condujo a una de las calles laterales, sin quitarle su abrazo, y le tendió un pañuelo. Vero se quedó mirándolo sin saber qué hacer, y entonces él secó sus lágrimas, una a una.

Ella permaneció con los ojos cerrados, su dolor era tan inmenso que ni siquiera

podía hablar. Gaspar estaba perdido. Le pasaba delicadamente el pañuelo por el rostro, por sus tersas mejillas, por la comisura de sus labios, sin dejar de contemplarla. Era tan hermosa, tan frágil. Deseó fervientemente ser su dueño, y protegerla de todo y de todos. Sabía que Alex se había comportado como un hijo de puta con ella, y sintió ganas de golpearlo. ¿Cómo podía ser tan estúpido? Arriesgar su relación con Verónica por una mujer como Caroline.

Cuando Alex se la presentó tiempo atrás en la fiesta de los Britos Fontanal, no sabía qué clase de fardo le estaba tirando encima. Veinte minutos con Caroline fueron suficientes para que Gaspar deseara acogotar a su amigo. Era verdaderamente insoportable. Bella, pero tonta. Hizo lo posible por deshacerse de ella, pero fue imposible. Era como un gran perico dorado que no paraba de parlotear. Gaspar tomó un trago, luego otro, y luego otro. Y cuando Caroline fue al toilette a empolverar su hermosa nariz esculpida quirúrgicamente, huyó despavorido. Borracho como una cuba, esa noche terminó vomitando a un lado de la carretera. Entre arcada y arcada, maldijo a Alex, a Caroline, y hasta a los Britos Fontanal por el espantoso momento que le había tocado vivir.

En el cumpleaños de Alex se cuidó muy bien de no toparse con ella. De todos modos, esa noche había sido terrible, tanto para Caroline como para él, y no habían estado de humor para nada. Mejor así, pues no hubiese soportado ni treinta segundos a su lado.

Por eso no entendía cómo el tonto de su amigo había sido sorprendido en brazos del perico. Hacer sufrir así a la hermosa Verónica. Era incomprensible. La noticia corrió como reguero de pólvora por toda la ciudad, y cuando se enteró se indignó.

Normalmente él jamás se hubiese aprovechado de una situación así. Le gustaba muchísimo la novia de Alex, fantaseaba con tenerla y aprovecharía cualquier ocasión de estar con ella sólo por el placer de observar tanta belleza. Pero pasar de la fantasía al acto... nunca se le habría cruzado por la cabeza, si Alex no hubiese sido tan vil. No valoró lo que tenía, entonces... ¿por qué él debía respetar a su chica? Era evidente que no la quería de verdad y lo de la boda había sido una cortina de humo. Seguramente se lo había propuesto para poder acostarse con ella. Y lo había logrado.

Se preguntó si él también podría hacerlo. Verónica parecía tan triste. Su maravillosa boca estaba tan cerca. Hubiese bastado un solo movimiento y...

Pero Verónica abrió los ojos de pronto y se alejó.

—Gracias, Gaspar. Ya estoy mejor —susurró.

—¿De veras? ¿Puedo ofrecerte algo, un café, un jugo? Sé por qué estás así, Verónica. Vayamos a tomar algo. No te ves nada bien —le dijo sin apartar los ojos de los suyos.

Ella no sabía qué hacer. Se sentía muy mal, estaba algo mareada y le vendría bien hablar con alguien. Si hubiese estado con Alex, jamás habría aceptado una invitación de otro hombre, pero ya no lo estaba. Así que aceptó. Por un lado porque necesitaba algo dulce para estabilizar su tensión sanguínea. Y por otro porque... necesitaba hablar con alguien que conociera a Alex, que le explicara por qué la había engañado así.

—Está bien, vamos. Pero no a La Escala —le pidió a Gaspar.

Fueron a un bar cercano, cuando la mesera se acercó él ordenó un Cuba libre para cada uno.

“Oh, no. Cuba. ¿Lo hace adrede?”, se preguntó ella, contrariada.

—¿Qué sucede? Mira, algo fuerte te hará bien. Estás muy pálida.

—No es por eso... Oh, Gaspar. Tú sabes lo que ha pasado. Dime ¿qué hice mal? —quiso saber sin poder contenerse.

—¿Tú? Nada. Estoy seguro de que no has hecho absolutamente nada mal. Verónica, cuando te conocí te advertí que habría competencia. Alex siempre despertó pasiones, y bueno, también respondió con la suya.

—Pero íbamos a casarnos —replicó ella con los ojos llenos de lágrimas.

—Lo sé, nena. Lo sé. Pero Alex es así, las mujeres se obsesionan y él no puede decir que no. Ya sabes lo que pasó con Sabrina...

—Pero eso ya terminó, Gaspar. Alex no es un acosador.

—No lo es, pero sucumbió a los juegos de seducción de su secretaria. Nunca la tomó en serio, pero vivió con ella y la embarazó. Y luego tuvo que pagar las consecuencias. Es un Don Juan, y a veces le salen mal las cosas...

Ella no podía creer lo que estaba escuchando. ¿Vivió con ella y...? Diablos. Apuró el trago y miró a Gaspar con los ojos brillantes por la ira. Si Alex tenía un hijo y no se lo había dicho, confirmaría su sospecha de que se había entregado en cuerpo y alma a un desconocido.

—¿Qué pasó con el niño? —preguntó sin más vueltas.

—¿No lo sabías? Sabrina sufrió un aborto y le echó la culpa a Alex. Él no quería tener hijos y además había mantenido la relación en secreto pues como te dije antes, jamás la tomó en serio. Por eso toda la locura de la demanda por acoso, la indemnización y todo lo que ya sabes.

Además de decepcionada, ahora Verónica estaba hecha una verdadera furia. Alex no sólo le había sido infiel con Caroline, sino que le había ocultado parte de la historia con Sabrina. Y la parte más importante.

Tenía ganas de golpearlo. No le extrañaba la reacción de su ex secretaria. Alex podía provocar las más intensas pasiones.

Sacudió la cabeza y le hizo una señal a la mesera para que le trajera un segundo trago.

—Bien, Gaspar. Hay cosas que ignoraba pero te estoy muy agradecida por ponerme al tanto. Al parecer siempre soy la última en enterarme de todo.

—Oh, Verónica. Lo siento. No era mi intención... —y en un gesto audaz le acarició el rostro a través de la mesa.

Ella no se movió. Cuando llegó su trago lo apuró hasta el fondo.

—No te preocupes. Alex y yo no nos casaremos, así que ya no importa...

—Lo sé. También lo siento. Así son los poderosos, creen que pueden jugar con la gente. Alex cree que puede manejar a las mujeres así como dirige su empresa. Olvídate de todo ¿quieres bailar?

—¿A qué te refieres cuando dices su empresa? Alex no es el dueño, lo es su familia.

—¿Eso te dijo? Pues no. Alex es el dueño, y sus padres son sus empleados. Alex tiene el sesenta por ciento de las acciones, así que podemos decir que es él que manda allí. Él dirige el negocio, él hace y deshace.

A Verónica ya no la sorprendía nada. Sabía que Alex era rico, pero no que era el dueño de todo. Pero no lograba recordar si le había mentido, o si ella supuso que... Oh, ya no podía recordar... La cabeza le daba vueltas y vueltas.

—Ey, ¿te sientes bien? —preguntó Gaspar. Ella parecía confundida.

—Humm... sí. Nunca me había sentido mejor.

—Entonces ¿bailamos? —insistió.

—Bueno.

No quería pensar. El bailar siempre había borrado las preocupaciones de su mente. Se puso de pie, y Gaspar la condujo a la pista, donde se escuchaba un romántico tema en español que hablaba de amor y de despecho. Bailaron mejilla con mejilla, pero cuando Gaspar intentó besarla, Verónica lo rechazó enérgicamente.

—¿Qué haces? —le preguntó mirándolo a los ojos.

—Vero, lo siento, perdóname si me apresuré a...

—Oye Gaspar, te diré algo. No intentes nada conmigo porque no resultará. Ya no estoy con Alex pero lo sigo amando como una tonta, a pesar de que es un maldito embustero.

—Pero te fue infiel con Caroline, te ocultó lo de la empresa, y lo de Sabri...

Ella no le permitió continuar.

—Ya lo sé. Y todo terminó entre nosotros. Lo de la secretaria no me importa. Lo de la empresa, menos. Pero no puedo tolerar que me haya traicionado con esa mujer.

—Entonces... —intentó decir Gaspar.

Pero a ella súbitamente se le habían aclarado las ideas.

—Entonces nada. Continúo amando a ese desgraciado —le dijo, decidida.

—Verónica... olvídate de él. Lo mejor para ti es no relacionarte con poderosos porque puedes salir herida. Esta gente no tiene escrúpulos. Toman lo que quieren y luego se van.

Ella estaba hastiada. Quería irse de allí, llegar a su hogar, sentirse segura en los brazos de su abuela, que era la única que la amaba incondicionalmente y podía protegerla de casi todo.

—Me olvidaré de él, de ti, de todos. Adiós Gaspar. Y gracias por los tragos.

¿Irse? Él quería retenerla a como diese lugar.

—Espera... Tú me gustas mucho, Vero. De verdad me enloqueces. Dame una oportunidad por favor. Te demostraré que no soy como ellos. Yo no soy rico, y no te traicionaré jamás... —le dijo cuando ella ya se estaba yendo.

Verónica se volvió y lo miró de arriba a abajo. Y luego soltó una carcajada. Se estaba volviendo cínica.

—¿Me dices que no me traicionarás y sí lo haces con tu amigo? Alex te dio una oportunidad, y también su amistad y su apoyo. Y sabiendo que soy su chica, o mejor dicho que lo fui, jamás debiste poner tu mirada en mí. Eres igual a él, Gaspar.

Pero él no se resignaba...

—Verónica, por favor escúchame...

—Lee mis labios, Gaspar: vete a la mierda.

Y diciendo esto, tomó su bolso y se retiró del lugar dejándolo de una pieza. Los hombres eran todos iguales, unos embusteros. Y éste ni siquiera le gustaba. Alex en cambio...

“Oh, mi hombre lindo. ¿Por qué, por qué? Me has mentido, me has hecho sufrir... Te amo pero jamás podré perdonarte. Y si estás sufriendo lo mismo que yo, pues me alegro, te lo mereces”, pensó mientras se alejaba.

Ellos sufrían como unos condenados, pero había un par que estaba de parabienes. Tan dichoso estaba ese par que habían destapado una botella de champagne francés para

celebrar.

—Por nosotras —dijo Caroline levantando su copa.

—Por nosotras —repitió Cecilia sonriendo.

Era maravilloso lo que había sucedido. Se había filtrado en la empresa que la boda estaba suspendida. Ellas sabían que no sería algo temporal...

—Esto nos demuestra que estamos en buen camino, querida. Dios está de nuestro lado, te lo dije.

—Me lo dijiste. Era una injusticia que esa tonta se llevara a mi Alex —dijo Caroline entusiasmada.

—Y a mi sortija... —acotó Cecilia.

—Hablando de tu sortija, supongo que Verónica aún la tiene en su poder...

—insinuó Caroline.

Era cierto. Y estaba segura de que ni Ian ni Alex harían nada por recuperarla. Pues bien, ella no se quedaría con los brazos cruzados, y rescataría la joya de la familia, que algún día Caroline tendría en su dedo. Claro, eso si Cecilia se lo permitía.

Ni corta ni perezosa, averiguó el teléfono de Verónica y la llamó.

Verónica se sorprendió de recibir una llamada de la madre de Alex, justo ahora que ellos estaban separados.

—Iré directo al grano. Quiero que devuelvas la sortija de la familia —le dijo con prepotencia.

La sortija. Lo había olvidado. El día del desastre se había quitado ambas sortijas, y no había vuelto a pensar en ellas. Así que eso quería esa malvada. No le importaba su hijo, ni su sufrimiento, sólo la maldita sortija. Pues la tendría, porque ella no quería nada de Alex ni de su familia.

—No tengo problemas en regresarla. Se la daré a Ian.

—No, dámela a mí —le ordenó Cecilia.

—He dicho que se la daré a Ian —Verónica se mantuvo firme y luego colgó. ¿Qué se había creído esta mujer? Ella no era una muñequita que cualquiera podía manejar.

Primero su hijo lo había intentado, y había sido su Barbie Puta por un tiempo... Pero ya no. Ya no lo sería más.

Al recordarlo, sintió una punzante necesidad entre sus piernas. Cómo deseaba a ese hombre. Lo tenía cada noche en sus sueños, y no era suficiente. Él le había hecho daño, le había mentido y ya no volverían a estar juntos, así que cuando terminara la caja de píldoras anticonceptivas, ya no volvería a tomarlas. El sexo sería algo del pasado. Tenía que anesthesiarse porque de lo contrario, no sabía cómo iba a hacer para soportar la abstinencia de Alex.

Al otro lado de la línea, Cecilia continuaba apretando el tubo entre sus manos, furiosa. Qué niña estúpida. Se había atrevido a desafiarla. Bien, lo importante era que iba a devolver la sortija sin resistirse, y en verdad no esperaba recuperarla tan fácilmente. De la mano de Verónica a la de Ian, luego a la de Alex y finalmente a la de Caroline, que era lo mismo que decir que ya era suya.

Miró a su futura nuera, y luego sonrió. Tenía que llevarse muy bien con ella. Levantó su copa y continuaron brindando y riendo por la inesperada victoria.

Mientras tanto, Verónica continuaba ofuscada. Maldita bruja. La odiaba por su prepotencia, porque había sido muy dura con ella, y sobre todo por lo que le había hecho a Alex. Esa mujer le había arruinado la vida. Por su abandono, él había crecido solo y resentido, y eso le partía el corazón a pesar de todo lo que había pasado. Tenía ganas de gritarle en la cara todo lo que pensaba de ella, y luego olvidarse de Cecilia para siempre...

¿Por qué no? Lo haría. Iría a la revista, le diría todo lo que tenía atorado en la garganta y luego le lanzaría la sortija a la cara.

Por primera vez en una semana, sintió deseos de vestirse. Era un espectacular día de sol y hacía bastante calor, por lo que decidió ponerse una blusa de tiritas y una colorida falda de gitana. Y así vestida, con el hermoso cabello suelto que le llegaba a la cintura se marchó a enfrentarse con su ex futura suegra.

La oficina de la revista estaba un piso más abajo que la de Alex. Ocupaba toda la planta y estaba decorada en blanco y negro. “Parece la casa de Cruella de Vil”, pensó Verónica ni bien entró.

Afortunadamente no se había encontrado con Alex en el ascensor. Ese era su mayor temor, pero una vez que se decidía a hacer algo, nada podía detenerla. Y sin querer recordó cómo lo había seducido aquella noche para que la llevara a su departamento y la desvirgara. Se le llenaron los ojos de lágrimas, pero pestañeó para disiparlas y continuó andando. No tenía ni idea dónde estaba Cecilia, pero escuchó su irritante voz y hacia ella se dirigió.

—Y es tan estúpida esa niña que ni siquiera se dio cuenta de que montaste la escena para ella...

¿De quién hablaba? Esa odiosa mujer vivía para hacerle daño a la gente.

—¡Qué tonta es! —dijo riendo otra voz, demasiado familiar.

Caroline. Estaba con ella. Ahora sí que se arrepentía de haber ido. No, en realidad estaba más que bien. Le daría la sortija grande a Cecilia y la pequeña, la que Alex le había traído de New York, se la daría a Caroline. Era lo justo, ella había ganado.

—Piensas rápido, querida —continuó diciendo Cecilia—. ¿Cómo se te ocurrió hacer eso?

—Pues vi a Verónica a través del cristal de la puerta, y Alex aún no la había visto porque continuaba al teléfono. Cuando ella se acercó, calculé el segundo exacto en que entraría y lo tomé por sorpresa. El pobre casi se cae cuando lo besé, se tambaleó y se tomó de mi brazo para conservar el equilibrio. Si lo hubiese hecho un segundo antes o un segundo después, el efecto no había sido el mismo.

—Eres muy lista, Caroline —rió Cecilia.

Verónica se quedó paralizada detrás de la puerta. Ese par de zorras malditas estaban hablando de... Mierda. Su corazón latía demasiado aprisa mientras pensaba.

“Jesús, me he equivocado, y cómo... No fue culpa de Alex. Fue Caroline quien nos tendió la trampa. Qué tonta fui, por Dios. ¿Cómo pude? Debí confiar en él, debí confiar en Alex. Ahora me doy cuenta de todo... Él jamás me haría algo así... ¿estaba ciega? ¿Me volví loca? ¿Cómo pude creer que...? Ah, Maldita hija de puta, te odio. Las odio a ambas. No fueron ustedes quienes me separaron de Alex, sino mi necedad y mi orgullo, pero no puedo dejar de odiarlas”.

La ira crecía en ella con tanta fuerza que se arremolinó en su estómago y luego ascendió hasta su boca. No pudo aguantar más, y se precipitó dentro de la habitación con el rostro desencajado y los ojos lanzando llamas.

Cecilia y Caroline casi se mueren de un infarto cuando la vieron entrar. Estaba hecha una furia y temieron por su integridad física. Sobre todo Caroline, que gritó pidiendo

ayuda.

Inmediatamente el lugar se llenó de gente, pero Verónica no se amedrentó. Se acercó a Cecilia y la miró a los ojos.

—Tú... Eres una maldita zorra. Le rompiste el corazón a tu hijo cuando era niño y no has escarmentado. Tenías la llave de su felicidad en tus manos, podías haberme contado lo que sucedió, pero elegiste tu puta sortija. Aquí la tienes —y luego de morder esas palabras, dejó la sortija en la mesa, pero Cecilia no hizo ni un ademán para tomarla.

Estaba paralizada. Nunca se había sentido tan avergonzada. Aun así hizo un gran esfuerzo para no demostrarlo y levantó la cabeza, altiva.

Pero Verónica no había terminado. A pesar de que iba llegando más y más gente, ella estaba ciega y nada le importaba. Se acercó a Caroline, que empezó a retroceder hasta quedar pegada a la pared, como un ridículo vinilo dorado.

—Y tú... Tú eres una reverenda hija de puta. Eres malvada como una serpiente y yo preferí seguir tu sucio rastro en lugar de escuchar al hombre que amo.

Y al igual que Alex lo hizo aquella noche en que Caroline la golpeó, tomó a la mujer del cuello y acercándose a su congestionado rostro le espetó lentamente:

—Jamás vuelvas a tocarlo.

Caroline parecía una mariposa clavada por un alfiler, batiendo las alas desesperada. Comenzó a gritar y a revolverse, pero Verónica estaba como poseída por el demonio. Tenía una fuerza poco habitual en una chica de su edad y su tamaño.

Justo cuando Vero comenzaba a disfrutarlo, sintió que alguien la tomaba por detrás y la retiraba. Y también sintió un bulto bastante conocido contra su trasero. De inmediato supo que era Alex quien la había alzado en el aire y la mantenía así, apretándole los brazos, para inmovilizarla.

—Basta, Verónica —le susurró al oído, y ella se calmó.

Alex la dejó en el suelo y luego la tomó de la mano y subieron a su oficina. Verónica estaba eufórica, ahora todo se arreglaría. Alex y ella volverían a estar juntos, y le quemaba la boca el deseo de besarla hasta que el mundo acabase. Oh, qué día tan maravilloso. Juntos de nuevo en todo, en la boda, en la cama. La vida le sonreía y Verónica sonreía con ella.



Capítulo XXXV

Verónica no se esperaba la reacción de Alex. Ella había imaginado otro escenario: Besos, abrazos, un “olvidemos todo” quizás... Caricias, palabras bellas murmuradas al oído, un “siempre juntos”, una follada allí mismo... ese tipo de cosas.

Pero nada de eso sucedió. Por el contrario, Alex, el mismo, que días atrás le rogaba que lo escuchara, la apremiaba con sus besos, y le decía que la amaba, estaba a años luz de Verónica.

El Río de la Plata y su azul sin igual eran al parecer más interesantes que ella. Luego de escuchar toda la historia él le había dado la espalda y permanecía en completo silencio.

Justo ahora que nada les impedía estar juntos, Alex permanecía distante y frío.

No sabía cómo actuar... ¿debía esperar pacientemente a que él se dignara a mirarla? ¿O debía obedecer a sus instintos más básicos y acercarse? Deseaba tanto tocarlo...

En ese preciso instante, tocarlo hubiese sido un completo desacierto. Alex se encontraba confuso detrás de esa máscara inescrutable. Todo había sido una trampa.

Debió darse cuenta de que Caroline podía llegar a ser tan calculadora y malvada. Todo ese sufrimiento no había sido producto de una lamentable casualidad, sino que había habido una premeditación, una clara intención de hacer daño. Y su propia madre estaba involucrada, por haber sido cómplice de esa absurda mentira... y por haber priorizado a esa estúpida sortija antes que la felicidad de su propio hijo. Descubrir que había sido víctima de Caroline y de Cecilia no fue lo peor. Lo más duro fue caer en la cuenta de que si no hubiese sido por el hecho fortuito de haber oído la verdad tras una puerta, Verónica jamás lo habría siquiera escuchado. Ella, el ser que él más amaba en el mundo, no había confiado en él. ¿Qué podía esperar entonces de los demás...?

Había hecho lo imposible por hablar con ella, pero todo había sido inútil. Nunca le había dado motivos para desconfiar de él... ¿Por qué entonces no le dio el beneficio de la duda? Con lo de Sabrina, ella se había mostrado comprensiva y le había creído. ¿Por qué no hizo lo mismo esta vez? La amaba, amaba a Verónica por encima de todas las cosas, pero le dolía el corazón por no haber podido contar con su confianza, con su amor incondicional.

De Cecilia y Caroline no podía sorprenderlo nada. ¿Qué se podía esperar de un burro más que una maldita patada? Pero de Vero, de su adorada Vero esperaba mucho más. Se moría de ganas de abrazarla, y de olvidar todo, pero decidió que le haría caso a su orgullo, se mantendría apartado de ella y la haría pensar.

Cierto que no era la forma en que le hubiera gustado castigarla. Lo que en realidad quería hacer era besarla hasta hacerle daño. O mejor, ponerla en sus rodillas y darle unos buenos azotes, para que aprendiera a confiar en él.

Sí. La mantendría alejada un tiempo. Tenía que hacerlo. Pero sólo un tiempo, porque ya no resistía más sin ella...

—Alex...

—Dime, Verónica.

—Mi amor... ¿no vas a abrazarme? Te he extrañado tanto...

—No, no voy a abrazarte. Ahora lo que necesito es estar solo. ¿Puedes retirarte por favor? Le pediré a Charlie que te lleve a casa.

—¿Qué? —murmuró ella incrédula.

—Que le pediré a Charlie que...

—No. No necesito a Charlie ahora. Te necesito a ti. Ya he comprendido que todo esto fue una trampa y...

—Verónica, por favor, vete ya. No me escuchaste cuando te rogué que lo hicieras... ahora soy yo el que necesita pensar.

—¿Te estás vengando de mí? —preguntó dolida.

—Tómalo como quieras, pero déjame solo —fue la terminante respuesta.

A Verónica se le llenaron los ojos de lágrimas.

Con un nudo en la garganta y con el corazón en la mano, cumplió con lo que él le había pedido. Lo dejó solo... y se fue desolada.

—Odio decir “te lo dije”, pero realmente te lo dije —le recriminó Violeta al enterarse de todo lo que había sucedido.

—Lo sé, abuela. Me dijiste que no me apresurara a hacer suposiciones, y a tomar decisiones sin escucharlo...

—Y tú hiciste exactamente lo contrario, Verónica. Ahora pagarás las consecuencias. Es lógico que Alex necesite estar solo, quizás es la primera vez que lo decepcionas y...

—¿Lo he decepcionado? —preguntó alarmada— ¿Eso crees?

—Sí. Alex esperaba que confiaras en él, o por lo menos que le dieras el beneficio de la duda...

—Pero lo que yo vi... ¿Cómo iba a imaginar que...?

No pudo continuar. Estaba destrozada, porque su abuela tenía razón. Le había fallado a Alex y era lógico que él reaccionara de esa forma. Le dolía el alma por haberlo decepcionado, pero así era. Y ahora debía esperar...

Estaba abatida y se recluyó en su habitación, pues sólo deseaba dormir. Era la única forma de olvidar todo lo que estaba pasando y de darle a Alex el tiempo que necesitaba para sanar su herida.

Violeta se sentía muy satisfecha. Ella siempre creyó en Alex, y ahora se confirmaba su intuición. Adoraba tener la razón pero no quería admitirlo. Le partía el alma ver a Verónica tan triste, pero creía que era justo que recapacitara. De todas formas, quería hablar con Alex, así que decidió llamarlo por teléfono.

—Hola, querido.

Alex se sorprendió al escucharla llamarlo así. De la boca de Violeta sólo esperaba sapos y culebras.

—Violeta...

—Lo sé todo. Hice bien en confiar en ti, no me has defraudado.

—Pues en esa casa ha sido la única que lo ha hecho. Gracias.

Se lo escuchaba tan triste...

—Alex, sé que le estás dando una lección a Vero. Lo que te pido es que no la hagas sufrir demasiado, que no sea largo el escarmiento...

—¿El escarmiento? Bueno, quizás podríamos llamarlo así —dijo él, reflexivo.

—Está muy bien, querido. Es necesario, es justo. No deja de sorprenderme pero...

—¿Por qué la sorpresa? Tengo sobrados motivos para hacerlo, Violeta. Usted lo sabe —murmuró.

—Por supuesto, lo que me sorprende es que es la primera vez que te veo hacerle daño, sin otro objetivo que la simple venganza. Oh, lo siento, quise decir escarmiento... —dijo ella sin ironía.

Alex no supo qué decir. Era cierto. Cuando la había dejado de ver, a fines del año anterior, tenía una meta altruista: evitarle a Verónica un sufrimiento mayor. Pero ahora... Estaba tan tentado de olvidarse de todo y correr a buscarla. Quería perderse en su cuerpo, yacer enredado en sus cabellos, sobre ella, dentro de ella.

Y de pronto se le ocurrió. Un día más de sufrimiento no le iba a hacer daño. Por el contrario, la iba a poner a punto para lo que él tenía en mente.

A la mañana siguiente, sonó el teléfono y Violeta contestó. Luego le dijo a Verónica:

—Te ha llamado la secretaria de Alex, querida. Necesita que pases a supervisar la entrega de las últimas piezas de mobiliario del pent-house. Faltan muy pocos días para que los dueños se instalen, y él quiere que tú controles que todo esté como lo habías planificado.

—¿No ha dicho si Alex estará...? —preguntó esperanzada.

—Lo que ha dicho es que él no estará. Tuvo que viajar a Buenos Aires esta mañana, así que date prisa.

Oh, qué pena. Tenía la esperanza... ¿Cuánto duraría este martirio? Sabía que ella se lo había buscado, pero estaba desesperada por verlo.

Pasó toda la tarde en el pent-house, dirigiendo la instalación de los muebles y efectos decorativos que faltaban para dejarlo habitable. Ya se habían retirado todos los empleados, y sólo le restaba esperar una obra de arte que estaban a punto de entregarle para engalanar el bellissimo comedor.

Recorrió el departamento extasiada. Era tan hermoso. ¡Qué feliz sería esa familia! Se preguntó si tendrían hijos. No sabía nada de ellos. De lo que sí estaba segura es que serían muy dichosos en ese lugar. Había sido pensado con amor, construido con amor, decorado con amor...

Alex... decir amor y decir su nombre era una sola cosa.

“Cuánto te extraño, corazón. Si me perdonas, te juro que jamás volveré a desconfiar de ti. Me has dado sobradas pruebas de tu lealtad... y yo debí escucharte. Soy una tonta, y ahora tendré que sufrir que te alejes de mí. Sólo pido que si volvemos a estar juntos, todo sea como antes”.

Un sonido interrumpió sus cavilaciones. La llamaban de la recepción, necesitaban que bajara. ¿Qué pasaría? ¿Sería algún problema con la pintura? Era lo único que ella no

había elegido, así que no tenía idea. Descendió. Uno de los encargados sostenía un paquete enorme, de su misma altura. Cuando se lo entregó, Verónica recordó inmediatamente la gigantografía que le había obsequiado a Alex en su cumpleaños, y se le llenaron los ojos de lágrimas. Este paquete era tan similar... Subió con él a cuestras y se preguntó qué habría hecho Alex con su fotografía, ahora que estaba tan enojado con ella. ¿Estaría destruida en un bote de basura? Su corazón sangró de sólo pensarlo.

De regreso en el departamento tuvo la respuesta. Lo que tenía en las manos era exactamente eso: su gigantografía a escala real. Ella y Vainilla en el jardín de su casa, bañadas por el sol. ¿Qué significaba eso? Alex no podía ser tan cruel de enviarle de vuelta su regalo. Tenía muchas ganas de llorar, pero se contuvo al escuchar un extraño sonido. Era como... agua. Y provenía de arriba. ¿Sería posible que uno de los obreros hubiese dejado el grifo abierto? Corrió por las escaleras, temía un desborde que arruinara su bella obra. El sonido provenía de la master suite. Más precisamente de una de las duchas. Verónica se acercó temerosa. Se sentía como la protagonista de una película de terror. ¡Oh! Había alguien duchándose. Se adivinaba la silueta de un hombre a través del cristal empañado de la mampara. ¿Qué podía hacer? Estaba paralizada, no sabía si huir o enfrentarlo. Lo que menos quería era observar a un hombre desnudo, pero algo tenía que hacer, no iba a permitir que...

“Oh, Dios mío...”. Sentía que estaba a punto de desmayarse. La cabeza le daba vueltas, se le nublaba la vista. Ante sus ojos, tenía el trasero más bello del mundo, la espalda más perfecta, las piernas más maravillosas. Tenía a su hombre duchándose frente a ella, y de pronto, todo el vapor le parecía una nube. De pronto se sintió en el mismísimo cielo... Soltó un grito, y él se volvió lentamente. Su piel enjabonada brillaba. Sus bellos ojos de gato centelleaban. No dijo nada. Sólo sonrió, y le tendió una mano.

Verónica entró vestida al plato de la ducha, y lo acorraló contra el cristal. Alex la abrazó y ella se lo comió a besos.

Besó su boca, su mejilla, sus párpados. Mordisqueó su cuello, su adorable nuez de Adán, y cuando llegó a su oído murmuró sólo una palabra: “Perdón”. Lo sintió tensarse y luego relajarse mientras le apartaba los empapados cabellos del rostro y la miraba con deseo, y con una abrumadora ternura.

Verónica se derretía entre sus brazos. Para ella la felicidad tenía sólo un nombre: Alex Vanrell. Se sentía como la espuma que se deslizaba por el resumidero a sus pies. Y se transformó en fuego, toda ella. Su cuerpo clamaba por el de Alex, y a él le pasaba lo mismo.

Él sentía que había terminado su horrible agonía. Estaba dichoso porque al fin estaban juntos. Ella era su vida, y ya no podía soportar la tortura de la distancia. Su orgullo se fue a la mierda, el escarmiento se fue a la mierda... ¿Por qué había de sufrir como un condenado, si podía estar con ella, junto a ella, dentro de ella? Era todo lo que quería en la vida, y ya no podía resistir. Le arrancó la ropa con urgencia hasta revelar esa piel que tanto amaba. Desnudos, con sus cuerpos adheridos, se devoraban mutuamente la boca.

Luego él se detendría a saborear cada centímetro del maravilloso cuerpo de Verónica porque en ese momento lo que quería era follársela. Así de simple. La penetró con fuerza, así como estaban, de pie y empapados. Tenía un coño magnífico y él casi se volvió loco a fuerza de desearlo. Cuando ella lo oprimió, él tuvo que apoyarse en la pared. Esa sí era una tortura, una desesperante y hermosa tortura. Si tenía que castigarla, lo haría así, embestida tras embestida contra el muro de la ducha. Oprimió sus nalgas para introducirse más profundamente, y contempló extasiado cómo Verónica echaba la cabeza

hacia atrás, mientras gemía pidiendo más...

Se volvió loco y le mordió el cuello que ella le ofrecía. Le encantaba morderla, adoraba apretarla. Y algún día, cuando estuviese seguro de poder dominar ese torrente que estaba a punto de salir de su verga, la pondría sobre sus rodillas, y le daría una buena tunda, por haberlo sometido a ese sufrimiento.

Pero ahora sólo pensaba en resarcirse dentro de su cuerpo, una y otra vez. ¡Cómo la quería! Se derramó en ella, y una vez más, le dio la vida en esa acabada. Su pene no dejaba de bombear semen caliente en su receptiva vagina, y él no cesaba de gritar su nombre...

No hablaron demasiado esa tarde, por lo menos de lo que había pasado. Había comenzado a diluviar, pero ellos no lo notaron. Entre toallas húmedas y ropas empapadas, continuaban como dos desquiciados, follando una y otra vez, para recuperar el tiempo perdido.

—Eres una pequeña zorra, ¿lo sabes, verdad? —le dijo Alex, jadeando.

—Mmm, ¿ya no soy tu princesa? Cómo han cambiado las cosas —dijo ella con un enojo mal fingido.

—Lo eres. Eres mi princesa, mi puta, mi zorra. Cómo te gusta hacer cosas sucias, mi cielo. Y decirlas... —murmuró él con el deseo pintado en la mirada.

—¿He dicho algo malo? —preguntó ella asombrada.

—¿Malo? Yo no diría eso. Yo no lo llamaría decir algo malo a pedir “fóllame duro” o pedir “más adentro”. No es propio de una lady, pero... ¿quién quiere una lady...? Yo prefiero a mi Barbie Puta —le dijo Alex, mientras descendía por su cuerpo—. Y ahora, te comeré el coño, y espero que continúes pidiendo lo que tu cuerpo necesita. Adoro complacerte, mi cielo.

Y estas fueron sus últimas palabras antes de perderse entre sus piernas. Verónica elevó las caderas para facilitarle el trabajo y cerró los ojos. Era imposible ser más feliz. Ese departamento tenía magia...

Minutos después ella estaba intentando recomponer su cabello, que era una verdadera maraña. Se miró al espejo y se dijo que aunque pudiese hacerlo, esa cara de recién follada no se le iba a borrar tan fácilmente.

Alex le prestó una mano, y comenzó a peinarla de pie, detrás de ella. Cuando sus ojos se encontraron en el espejo, él preguntó:

—¿El departamento ha quedado como lo esperabas, mi amor? ¿Han cumplido todas tus instrucciones?

—Sí. Para mí ha quedado perfecto. ¿Tú qué piensas? —le preguntó volviéndose a mirarlo.

—Pienso que has cumplido a la perfección la consigna. ¿La recuerdas?

—¿Cómo no hacerlo? Me dijiste que lo decorara a conciencia, como si fuese para mí. Que no escatimara, porque la gente que aquí viviría era muy exigente. Y así lo hice, creo. Decoré este departamento como decoraría el mío, si lo tuviese.

—Lo has hecho —dijo simplemente Alex.

—Sí, ¿verdad? Ha quedado monísimo, sobre todo...

—No, lo has hecho. Verónica, cuando digo “lo has hecho”, a eso me refiero. Has decorado tu propio departamento. Aquí viviremos en poco más de un mes, contando la luna de miel —le explicó Alex sonriendo.

Verónica no estaba segura de haber entendido. Se afirmó en el mármol y lo miró, incrédula.

—¿Qué? Alex, por favor, no bromees.

—No bromeo, aquí viviremos tú y yo, mi cielo. Sé que mi departamento actual no era del todo de tu agrado, así que pensé que éste podría...

—¿Me estás diciendo que compraste un departamento de dos millones de dólares? —lo interrumpió Verónica exaltada. Ella pensó que vivirían en el de Alex, y tenía la esperanza de ir cambiándolo poco a poco. Lo de los sanitarios portátiles la sacaba de quicio.

—No, te estoy diciendo que tú lo compraste. Está a tu nombre, Verónica. Es mi regalo de bodas para ti.

Vero no podía cerrar la boca, por eso él la ayudó, pero con un beso.

—Ven, siéntate porque tengo la impresión de que estás a punto de desmayarte, Princesa —y la obligó a tomar asiento en la tapa del inodoro.

—Pero... ¿es un departamento de dos millones de dólares, Alex! Y lo has puesto a mi nombre. ¿Estás loco? Todo ese dinero... Entonces ¿eres realmente rico? —le preguntó. Recién estaba cayendo en la cuenta de cuán rico era su novio.

Alex sonrió.

—Pues... sí.

—¿Tú eres el dueño de los negocios Vanrell, de todos ellos?

—Sí lo soy. Y sí, dejé que creyeras otra cosa, pues temía que te alejaras de mí. Tu abuela es bastante prejuiciosa con eso.

—No me importa lo que piense ella, mi amor. No vuelvas a ocultarme nada, por favor. Puedo quererte igual aunque seas asquerosamente rico...

Ésta vez Alex no sonrió, directamente soltó una sonora carcajada.

—Ay, mi vida. Qué bella eres. En realidad somos ricos. Tú y yo, querida. Tienes que hacerte a la idea, porque la mía es malcriarte mucho. Te amo tanto, Verónica. No hay dinero, no hay posesión alguna que pueda pagar todo lo que me das. Si tú no me amaras, yo sería un indigente.

A Vero se le llenaron los ojos de lágrimas. Lo entendía porque a ella le pasaba lo mismo. Lo abrazó, conmovida, y murmuró en su oído: “Gracias, mi amor. Muchas gracias”.

Él la miró sonriendo y le preguntó:

—¿Puedo tomar eso como un sí?

—¿Un sí a qué? —preguntó ella, confundida.

—A que en señal de agradecimiento por el obsequio que te acabo de dar, tú me hagas lo mismo que la última vez que estuvimos aquí...

Verónica sonrió. No necesitaba un pent-house para eso. Sería un placer, literalmente, sería un placer.

—Veremos. Los pintores ¿habrán dejado una escalera por aquí? —dijo, seductora.

E inmediatamente, se puso de rodillas, y lo adoró con su boca.



Capítulo XXXVI

Los últimos días de octubre transcurrieron en forma vertiginosa. Es que hasta una boda sencilla implicaba infinidad de preparativos. Que el vestido, que el pastel, que la música...

Verónica, como no podía ser de otra manera, se encargó de la ambientación, tanto del escenario de la boda en sí, como el de la carpa donde sería la fiesta. En realidad se trataría de una reunión familiar, con menos de cien invitados.

Para Alex, los deseos de Verónica eran como órdenes. No objetó absolutamente nada, así que ella fue dueña y señora en la planificación de la ceremonia. Bueno, está de más aclarar que Violeta intentó meter la cuchara en varias oportunidades, pero ella le permitió intervenir solamente en lo que a la reforma del vestido concernía.

Era un vestido más que simple, y muy apropiado para una boda al sol. Si bien era largo hasta los pies, la gracia estaba en la tela, una especie de encaje antiguo, de esos que ya no se veían. Como Vero era más delgada que su madre, Violeta hubo de ajustárselo un poco. El paso del tiempo no había afectado en nada su nivea blancura. Era la segunda vez que sus agujas tocaban ese vestido, y le había costado muchísimo terminar de arreglarlo pues no podía dejar de pensar en su querida Isabel. Era el vestido perfecto para una novia joven, y con él, Verónica parecería un ángel. O una virgen, pensó ilusionada.

Si supiera...

Mientras Violeta se afanaba en el maniquí, el angelito se afanaba en... bueno, en el animal que tenía Alex en la entrepierna. Estaban en el probador de Armani Montevideo donde habían ido a elegir el atuendo de Alex para el día de la boda. Verónica insistió en acompañarlo, después de todo no había ninguna tradición que dijera que la novia no podía ver al novio en su traje antes del matrimonio. Es más, ella no quería verlo vestido, sino todo lo contrario...

Cada traje le quedaba mejor que el otro. Era tan armonioso, tan perfectamente proporcionado, que todo le sentaba de maravillas. Se vestía, salía del probador y caminaba delante de ella para que le diera su opinión.

—Bien, ¿cómo me queda? —preguntó él resoplando. Era el quinto traje que se probaba y Verónica siempre le encontraba uno más. Se sentía como un tonto modelo en un desfile. ¿Es que era el muñeco de la muñeca?

—Mmm... No sé. Date la vuelta, por favor —pidió ella con una mueca. Le quedaba perfecto, se veía imponente, pero iba a dilatar ese momento todo lo que le fuese posible, porque Alex era un regalo para la vista. Vestido o desnudo, siempre lo era—. Mira corazón, tienes que tener paciencia... es que no me decido —le dijo ella con una mirada pícara. Ojo por ojo, pensó recordando aquella tarde en que él le había pedido que fuera su ángel de

Victoria's Secret y había terminado siendo la Barbie Puta.

Y Alex por fin se dio cuenta de las intenciones de esa diablesa. Se estaba recreando la vista... Bien, ahora él comprobaría cuánto le había gustado lo que había observado.

Se metió en el probador, y la llamó:

—Ven, Princesa. No puedo con el nudo de esta corbata —dijo.

Verónica se apresuró a ayudarlo, pero lo encontró con la corbata en el suelo... la camisa en el suelo... los pantalones en el suelo... Estaba sentado en un puf, desnudo y excitado.

A ella se le hizo agua la boca y cayó de rodillas al instante para devorarlo, pero él no se lo permitió.

La sentó en sus rodillas y deslizó un dedo debajo de la falda. Luego debajo de las bragas. Lo que suponía, caliente y húmeda.

—¿Has estado jugando conmigo, Verónica? ¿Crees que soy tu Ken de carne y hueso? Pues el único muñeco que hay aquí es éste... —le dijo empuñando su pene y golpeándole una pierna con él.

Ella se quedó sin aire. Era cierto. Había estado deleitándose, en una riquísima paja mental al observar a ese soberbio ejemplar de macho vestido de gala.

Pero Alex no se detuvo a esperar respuesta, sino que la penetró así como estaba, sentada sobre él. A Verónica le pareció interminable el descenso sobre el enorme pene. Una vez que lo tuvo todo dentro de ella, comenzó a jadear y a moverse presa del deseo que la estaba consumiendo. Sentía tanto placer. Era un placer inesperado, intenso.

—¿Te gusta, mi vida? —preguntó él, mientras la ayudaba a cabalgar sobre su miembro.

—Sí... —respondió Verónica entre gemidos ahogados. El orgasmo llegó en menos de un minuto para ella, así de lista estaba.

Como en otras ocasiones, él le tapó la boca para que no gritara. Sería un problema que alguien entrara alarmado por esos gritos, y se encontrara con esa escena digna de una película porno. Verónica estaba tan excitada que le mordió la mano, y él la retiró, y la sustituyó por su lengua. Y luego la hizo hincar en el suelo frente a él. Ella aún estaba temblando.

—Abre —ordenó.

Ni bien obedeció, Alex le introdujo el pene en la boca.

Verónica estaba de rodillas entre las piernas de Alex, succionándole el miembro sin dejar de mirarlo a los ojos. Tenía gusto a sal... y ella se preguntó si tendría el coño así de salado. Como fuera, eso estaba exquisito, así que continuó jugando con él, hasta que Alex echó la cabeza hacia atrás, la tomó de la nuca, y en una violenta embestida, le llenó la boca de semen. Era como un río caliente y espeso, y Verónica no pudo tragar todo a tiempo.

Alex observó esa boca... hinchada, roja, y con un hilo de leche asomando en la comisura y casi se vuelve loco. Sin saber bien lo que hacía, la tomó del cuello y le dio un beso profundo. Saliva y semen... en una batalla de lenguas que no tenía fin. Jamás había hecho algo así, y estaba sorprendido de su propia audacia. También se sentía un perverso, comerse su propio... Mierda, qué descontrol.

—Señor Vanrell, ¿necesita ayuda? —se escuchó una voz del otro lado de la puerta. Ellos se separaron avergonzados.

—Nnnno. Gracias. Ya me han ayudado —dijo él, mientras Verónica se tapaba la boca para no reír.

Estaba saciada y dichosa. En dos días cumpliría sus diecinueve, y en exactamente

una semana, se casaría con Alex.

El domingo no se vieron, Alex tenía su despedida de soltero. Verónica ya la había tenido el viernes, y todo había sido bastante divertido, pues Betzabé, Yami y Natalia inventaron mil cosas sorprendentes. Esperaba que la de Alex fuera también entretenida, pero no demasiado. En realidad estaba algo nerviosa. Temía que llevaran chicas a la fiesta, y que el alcohol y la euforia hicieran lo suyo...

Se fue a la cama temprano, quería dormir para no pensar.

Y así estaba, profundamente dormida, cuando el teléfono sonó. Sobresaltada miró el reloj de su mesilla de noche. Marcaba las 00:01. ¿Quién diablos llamaba a esa hora? Respondió sin mirar quién era.

—¡Hola!

—Feliz cumpleaños, mi vida...

—¡Alex! Oh... Alex. Gracias, corazón.

—¿Te he despertado? Es que quería ser el primero.

—Lo eres, lo fuiste y lo serás. Siempre eres el primero, y puedes despertarme cuando quieras.

—Vero, te amo, ¿te lo he dicho alguna vez? —preguntó él.

—Déjame pensar —hizo una pausa y luego rió. Sí, se lo decía cada día—Yo también te amo. Ahora dime, ¿cómo va tu despedida de soltero? No escucho música, ni voces, ni...

—Pues no va. Ya ha terminado —dijo él.

—¿Y eso? —preguntó Verónica asombrada.

—Es simple, por una puerta entraron las chicas, y por la otra salí yo —explicó con sencillez.

—Oh...

—Además, tenía algo importante que hacer. Debía ir por tu obsequio.

—¿Otro? ¿No te parece que ya...? —protestó ella una vez más.

—No, no me parece. Lo tengo conmigo y no podrás decir que no, ya que no se rechaza un regalito de cumpleaños —dijo él, muy decidido.

—¿Y qué es? —quiso saber ella, curiosa. Después de todo, para eso era mujer.

—Asómate a la ventana y míralo. Espero que te guste, mi cielo —agregó él antes de colgar.

Verónica salió corriendo de la cama y se acercó a la ventana.

Allí abajo, en la calle, estaba Alex, en su indolente pose habitual, recostado sobre un coche. Era un hermoso escarabajo de VW último modelo, color rosa y con techo solar. Y tenía un moño gigante sobre él.

Vero gritó de felicidad, y así como estaba, en camiseta y bragas, bajó las escaleras y se precipitó a la calle.

Alex salió a su encuentro y la alzó del suelo mientras la besaba como enfebrecido...

—Ah, mi vida... Cómo te quiero... Feliz, muy feliz cumpleaños... —murmuró luego en su oído.

—El festejo será doble. Hoy es mi cumple y mañana también se cumplirá un año de nuestro encuentro en La Escala. ¿Lo recuerdas, Alex?

—Si lo recuerda o no, te lo dirá en la mañana, señorita. ¿Cómo es posible que estés desnuda en plena calle, en los brazos de un hombre, Verónica? ¿Qué dirán las vecinas? —preguntó Violeta a los gritos. Si las vecinas no se habían enterado, con esos alaridos seguro que ahora lo sabrían.

—Abuela, mira lo que Alex me ha obsequiado... —comenzó a decir ella mientras él le ponía su saco, que le llegaba a las rodillas. Con eso quedaría momentáneamente solucionado el tema de las bragas, para tranquilidad de Violeta y sus vecinas.

—Muy lindo, querida. Sólo recuerda que si bebes, no...

—Violeta, yo me encargaré de que Vero no beba. Cuando lo hace se pone... demasiado chispeante —dijo él guiñando un ojo.

Verónica se sonrojó al recordar aquella noche en la casa de los Britos Fontanal, donde apuró dos copas y luego... pasó lo que pasó en el coche.

—Jóvenes, es todo maravilloso, pero éste no es el momento ni el lugar. Así que tú, Alex vete a tu casa, y tú Verónica, compórtate como la señorita decente que eres, y sube a tu habitación inmediatamente. Les recuerdo que aún no están casados —dijo Violeta en un tonito que no admitía ningún tipo de réplicas.

Ellos se encogieron de hombros. Habría que obedecer... Afortunadamente sólo faltaba una semana para la boda.

—Hazle caso a tu abuela, Princesa. En la mañana volveré y daremos un paseo en tu coche. Me encomendaré a Nuestro Señor y seré tu copiloto —dijo Alex riendo.

Ella se puso de puntillas y le susurró al oído:

—¿Y podremos detenernos para poder mamártela un poquito? Ese es mi deseo de cumpleaños. Si me lo concedes le verás la cara a tu Señor, cuando estés acabando en mi boca.

Muy suelta de cuerpo besó la nariz de su hombre que había quedado atónito, y con su impertinente abuela pisándole los talones, entró a la casa.



Capítulo XXXVII

Verónica recibió varios regalos el día de su cumpleaños. A la mañana se despertó con flores. Alex le había enviado diecinueve rosas rojas en un arreglo inigualable. Más tarde la llevó a almorzar junto a Violeta, y ambos la sorprendieron obsequiándole un mini vestido para su perrita Vainilla. Era un vestido de novia, con velo de tul. Y traía un collar rosa con una pequeña V con piedritas, idéntica a la de Vero y a la de su abuela.

Verónica estaba radiante, y se la veía más hermosa que nunca. Su abuela la miraba extasiada... la hacía feliz verla tan contenta.

Y Alex... él estaba tan enamorado que no podía quitarle los ojos de encima, comía observándola, bebía observándola, hasta conducía observándola.

Habían ido a almorzar en el coche de Vero, pero Violeta había advertido que si conducía su nieta, ella no se subía al coche. Así que Alex fue el que manejó hasta el restaurante, y luego de vuelta a la casa. Recién cuando dejaron a Violeta, Verónica pudo conducir su flamante VW. Y lo hizo muy bien. Alex pensó que siempre debería manejar ella, así él tendría completa libertad para observarla. Era lo más bello que había visto en su vida, y cuando estaba con Vero, todo lo que había a su alrededor le resultaba difuso. Había demasiada gente ese lunes en la calle, así que resultó imposible encontrar un lugar discreto para que ella cumpliera con su deseo de cumpleaños. Se sentían algo frustrados, pero no del todo. Tendrían una vida entera para cumplir sus deseos; los de ella, los de él, los de ambos.

A la tarde, llegó Luciano con más regalos que Vero abría con el entusiasmo de una niña. Ahora eran tres los que observaban la dicha de la persona que más amaban en la vida.

El festejo terminaba allí porque Alex estaba cubierto de trabajo. Debía dejar todo listo para poder irse de luna de miel sin nada pendiente. Iban a disfrutar de quince maravillosos días en Playa del Carmen en un resort de seis estrellas. Al día siguiente, Alex la pasó a buscar a las siete en punto y la llevó a La Escala. Ella no podía creer todo lo que había pasado en un año.

Ese año descubrió el amor. Aprendió a disfrutar del sexo. Supo que su belleza era un arma que le podía abrir muchas puertas, pero que también podía provocar violentas pasiones. Lo más valioso que le había dejado ese año se podía resumir en una sola palabra: Alex. Y también sería lo más importante, lo más amado en los años venideros.

—Recuerdo cada detalle del día que nos conocimos —murmuró Vero una vez que se instalaron en una mesa cerca de la ventana.

—¿Qué recuerdas? —quiso saber él— Cuéntame, Princesa...

—Todo. Cuando te vi en la puerta, y me pareciste tan guapo que casi me caigo de la silla. Cuando nuestras miradas se encontraron una y otra vez... —respondió.

—Me deslumbraste, Verónica. De veras lo hiciste. Jamás había visto tanta belleza.

Cuando pasaste la lengua por la cuchara, el suelo cedió bajo mis pies. Cuando desapareciste de pronto, me desesperé, mi amor.

—Doy fe de ello —acotó una voz a su lado.

Era Mario, el mesero que había aportado su granito de arena para que ellos se conocieran.

—¡Mario! —exclamó Vero, se puso de pie y lo abrazó.

“Qué chiquita tan linda... Y yo continuó siendo un viejo verde”, pensó por enésima vez.

Alex le dio la mano mientras en sus labios se dibujaba un “gracias” silencioso.

—Es un placer verlos ¿cómo han estado? —preguntó Mario.

—Mejor imposible. Mario, el sábado nos casaremos y tú estás invitado —dijo Verónica, mirando a Alex de reojo.

Él asintió ¿cómo no hacerlo? El mesero había tenido una participación importante en su felicidad. Mario los felicitó y luego les trajo el menú. Ah, el amor. La fuerza más poderosa del mundo, sin duda.

Verónica tenía un tema pendiente con Alex. Algo que no se había atrevido a preguntar. Se dijo que no podía dilatarlo más; no debían existir secretos entre ellos.

—Alex... Cuéntame lo de Sabrina. Me refiero a lo del embarazo, y todo lo que me ocultaste en su momento.

Él se sorprendió tanto que casi se ahoga con la bebida. No se lo esperaba. Había enterrado el asunto de Sabrina bien profundo, y no entendía cómo estaba ahora sobre la mesa.

—Vero... ¿cómo lo supiste? —balbuceó.

—Te lo diré después. Ahora cuéntame qué fue lo que realmente sucedió.

Y Alex se lo contó. Hasta el último detalle. Cuando terminó, no se atrevía a mirarla...

—¿Qué piensas, Princesa?

—Pienso que ojalá no hubieses tenido que pasar por eso. Y que ojalá hubieses confiado en mí lo suficiente para contármelo. Pero pensándolo bien, yo te he dado señales de no ser muy comprensiva, así que... Olvídalo, Alex.

—¿De verdad no estás molesta? —preguntó él, incrédulo.

—De verdad. Dime algo, ¿sientes haber perdido al bebé?

La respuesta fue inmediata.

—No. No lo siento.

—Ahora sí estoy molesta.

—¿Por qué? No quería tener un niño con ella, Vero. No la amaba. Verónica lo tomó del rostro y lo miró a los ojos.

—Escúchame bien, Alex Vanrell. Un hijo debe ser una bendición siempre. Es maravilloso tenerlo con alguien que amas, pero si no es así, no importa.

Él la observaba sorprendido. La madurez de Verónica no dejaba de asombrarlo. Tenía sólo diecinueve años, y él veintinueve, pero en ese momento se sintió como un niño a su lado.

—¿Sabes qué? Tienes razón. Aún soy un chico, ya ves —le dijo con la culpa reflejada en su verde mirada.

—¿Sabes qué? Tienes que crecer. Porque yo quiero tener muchas bendiciones contigo —respondió ella.

Alex sonrió encantado. Nunca pensó que se iba a alegrar de escuchar algo así...

—Cuenta con ello, Princesa.

Y luego brindaron por los hijos que tendrían, que luego de discutirlo un poco acordaron que serían tres. Fue un buen trato, pues ella quería cinco y él dos.

—Dime, Verónica. ¿Cómo lo supiste? ¿Quién te habló de los detalles de lo de Sabrina? —quiso saber él de pronto.

Y Vero le contó lo de Gaspar. Mientras lo hacía, el rostro de Alex se transformaba.

—¿Fuiste a bailar con ese bastardo? —le preguntó furioso.

—¿Eres sordo? ¿No escuchaste nada de lo mal que me sentía, de lo triste que estaba? —murmuró ella, dolida.

—No habrías estado tan mal, si hubieses creído en mí. Verónica.

—Pues no era la primera vez que me ocultabas algo, así que...

—¿Te gusta Gaspar? —le espetó él. Después de todo era un tío atractivo, con un físico trabajado en el gimnasio. Era arquitecto como él, pero sin dinero, lo que para Verónica era una ventaja. Los celos lo estaban matando.

—Tú no sólo eres sordo, también eres tonto. Oh, mierda. ¿Por qué estamos discutiendo, Alex? Se supone que éste es nuestro aniversario...

Él la observó y se puso en pie. Sin demasiada delicadeza tiró de ella y la pegó a su cuerpo. Tomó el exquisito rostro entre sus grandes manos y la besó. Una y otra vez, salvajemente, hasta dejarla sin aire.

—Feliz aniversario, Princesa —murmuró sobre su boca.

—Feliz aniversario, mi amor.

—No más secretos entre nosotros, por favor. Y no más Gaspar, te lo ruego —le pidió sonriendo.

—Te lo prometo. Te amo —susurró ella.

—Yo también, pero tengo deseos de matarlo...

—Alex —dijo ella, golpeándolo suavemente.

Y volvieron a besarse para deleite de todos los presentes, especialmente de Mario, el mesero que esperaba paciente con la humeante bandeja entre sus manos.

Esa cena, fue la última vez que Verónica y Alex se vieron, por lo menos estando solteros.

Y finalmente llegó el gran día. Hacía más de veinticuatro horas que Verónica y Alex no hablaban, ni siquiera por teléfono. Violeta insistió en que era lo mejor, Verónica estaba muy emocionada, y no quería que llegara al “altar” con los ojos enrojecidos de tanto llorar. El altar... hubiese sido tan lindo que su nieta no fuese tan rebelde, y tan atea. ¿Por qué no podía ser como cualquier novia y casarse ante un sacerdote? “Porque si lo hiciese así, no sería Verónica”, le dijo una voz interior.

Vero era única. A veces era un torbellino; tenía tanto carácter que ganaba todas las pulseadas. Y a veces era como un ángel, con esa increíble belleza, y esa forma de ser tan tierna. Era valiente y talentosa. Violeta sabía que Dios le había quitado mucho, pero también que le había dado tanto... Y también sabía que su nieta iba a ser muy feliz, pues se casaba enamorada, y con un hombre que besaba el suelo que ella pisaba. No podía pedirle más a la vida.

Luciano también estaba muy conmovido. Su hermanita, casada. Le parecía algo

insólito. Por un lado la veía como una niña traviesa, y por otro estaba asombrado de la madurez que había adquirido ese último año. La adoraba, y se la entregaría a Alex de mil amores, pues sabía que él era el único que podía hacerla feliz. Ojalá él pudiese alcanzar un tercio de esa felicidad que ellos derrochaban ese día. Y sin querer se encontró pensando en Betzabé. Hacía varios meses que no hablaban. No lo hacían desde aquel tórrido e inesperado encuentro el día del cumpleaños de Alex. Mientras su hermana jugaba con su novio en la piscina, él lo hacía en la cama de Betzabé. Habían decidido darse un tiempo para pensar. Y la boda de Verónica sería la oportunidad que Luciano esperaba para retomar lo que nunca debió interrumpir. Y mucho menos por una aeromoza de plástico, casada e infiel.

Otro que se veía muy dichoso era Ian. Ver a su hijo tan feliz le llenaba el corazón. Le hubiese gustado que tanto Inés como Cecilia compartieran esa alegría con ellos, pero sabía que era difícil. Su madre estaría presente, por supuesto. Inés jamás se perdía un evento social relacionado con la familia. Ella era tan Vanrell como Alex, y esa chiquilla también lo sería, así que asistiría a la boda de su único nieto y presumiría un poco. Tenía muchos motivos para hacerlo. Alex era tan guapo, y Verónica... debía reconocer que no había en su círculo social una mujer más hermosa. Tendrían niños adorables. Esperaba que los tuvieran enseguida. Sospechaba que se le estaba terminando la cuerda, y un bisnieto sería el broche de oro perfecto para su perfecta vida.

De Cecilia no habían sabido nada más.

A Alex eso le importaba tres pepinos. Su madre le había hecho daño a Verónica, y junto con ella, había vuelto a lastimarlo a él. El perdón estaba muy lejos de lo que Alex sentía con respecto a Cecilia. En eso pensaba mientras esperaba la entrada de su princesa. O más bien la salida, ya que estaban al aire libre, con el Océano Atlántico enmarcando el bello cuadro. Por eso se sorprendió de ver a su madre allí, sentada en la última fila. Estaba muy bella, con esa elegancia que la caracterizaba. Vestía de negro, y una capelina también negra, ocultaba sus rubios cabellos. Levantó la cabeza y los ojos de ella se encontraron con los de Alex. Cecilia estaba llorando. Era la primera vez que él la veía llorar, y lejos de conmoverse le pareció muy extraño. Sólo esperaba que no le echara a perder la boda. Ya le había arruinado la infancia, y estuvo a punto de destruir la relación que había construido con Vero. Lo único que faltaba era que montara una escenita en plena ceremonia.

Pero sus pensamientos se vieron interrumpidos con la llegada de la novia. Alex sintió que el corazón se le salía del pecho cuando la vio caminando hacia él del brazo de Luciano. Encandilaba de tan bella. Él esperaba que estuviese guapa, pero no se imaginaba cuán hermosa podía estar vestida de novia. Tenía el encanto de sus diecinueve años, y una elegancia innata. No podía ser de otra manera... nada de plumas, tules y tonterías. Sólo una flor a un lado de la cabeza recogiendo su cabello. Un precioso vestido envolviendo su figura perfecta. Y esos zapatos. Alex adoraba sus eternas plataformas con tiritas, ésta vez inmaculadamente blancas. De Barbie Rosa a su mujer. Y se estremeció de sólo pensarlo. Suya...

“Hoy eres más que una princesa, hoy eres mi reina. Eres la dueña de mi corazón, de mis pensamientos, de cada uno de mis actos. Todo lo que hago es por y para ti, Verónica”, pensó emocionado.

Vero tenía los ojos llenos de lágrimas. En minutos sería la esposa de Alex. Si no fuese porque su hermano la sostenía, no podría mantenerse en pie. Miró a su novio mientras se acercaba, y una vez más la abrumó esa sensación de flechazo a la que ya debería haberse acostumbrado, pero no... Jamás podría. Es que se veía tan guapo. La hamaca en la que

estaba montada desde que lo conoció ascendió hasta el cielo, las mariposas estaban de fiesta en su vientre, y ella se sentía perdida, totalmente perdida de amor por él. “Eres mi principio y mi final hombre lindo. Y cuando te tome la mano, seré tu mujer ante la ley porque en los hechos ya hace mucho que lo soy. Tú me hiciste mujer, corazón... Ah, ¡cuánto te amo!”.

Se veía tan tímida cuando pasó del brazo de su hermano al de su hombre...

La ceremonia duró menos de tres minutos. Fueron los que tardó el juez en leerles sus derechos y obligaciones, y declararlos legalmente marido y mujer.

Ellos no escucharon ni una palabra, parecían abstraídos del mundo, mirándose a los ojos como si quisieran comerse el uno al otro. Firmaron, se colocaron mutuamente las alianzas, y luego un sacerdote amigo de Alex bendijo esa unión que según él “había sido armada en el cielo, pues un ángel los había tocado para que estuviesen juntos por toda la eternidad”.

Verónica no creía en ángeles... pero una vez ese hombre hermoso le había dicho que ellos habían cantado cuando ella vino al mundo... Y si Alex lo decía, así debió ser. Ella creía en él y con eso tenía suficiente.

El beso que se dieron luego no fue nada angelical. Más bien todo lo contrario. Cuando el sacerdote les hizo la señal de la cruz, Alex no pudo resistir más. La elevó en el aire, y mientras ella le echaba los brazos al cuello, él le buscó la boca como un desesperado. Se besaron largamente, y estaban tan concentrados en ello, que ni escucharon los cerrados aplausos de los concurrentes.

El beso culminó en un interminable abrazo. Aún estaban fuera del entorno que los rodeaba. Eran ellos dos solos, y el mar...

—Te amo, Alex. Te amo más que a mi vida —susurró ella, emocionada.

—Y yo a ti... Ah, Verónica, tú eres mi vida —las lágrimas caían libremente por su rostro y él no hacía nada para detenerlas. Hundió su cara en el cabello de ella, y deseó no tener que quitarla de allí. Aspiró su perfume a flores, sintió el latido de su corazón en su propio pecho, y se aferró a ella como si fuese un niño.

Lentamente fueron regresando a la realidad.

En un rincón, Cecilia observaba el cuadro y pestañeaba una y otra vez, pues el maldito rímel se le había metido en los ojos. Años sobre un escenario lloriqueando y aún no había aprendido a usar el maquillaje adecuado para poder lagrimear sin problemas. Es que no sabía que se iba a emocionar tanto en esa boda. Todavía creía que Verónica no era la mujer adecuada para su hijo. Era demasiado joven, y esa rebeldía que adivinaba en sus ojos no era apropiada para la mujer de un exitoso empresario. Tampoco pensaba que Caroline fuera la chica ideal para Alex. Esa era demasiado... tonta. Su hijo era complejo y exigente, y la estúpida de Caroline no hubiera podido satisfacerlo jamás.

Finalmente la pequeña Verónica se había llevado el premio. Sorprendente. Era muy hábil tras esa apariencia de hada buena. Esperaba que ese matrimonio durara más que los suyos. Y que no la hicieran abuela demasiado pronto, que una mujer que no representaba más de cuarenta no podía ser abuela.

Tenía que encontrar la forma de acercarse a Alex. Sabía que era difícil lograr su perdón, pero era su hijo y lo amaba. Diablos, adoraba a ese chico... ¿Cómo podían ella e Ian haber hecho algo tan perfecto? Era demasiado bueno para ser cierto, pero ella no se lo merecía, lo sabía muy bien. Por eso no se enojó cuando vio que Alex la esquivaba hábilmente. No quería tener ningún contacto con ella. Bien, lo entendía. Era consciente de que no había sido una buena madre. En realidad no había sido una madre en lo absoluto, ni

buena, ni mala, pero ya era tarde para remediarlo.

De todos modos, ella había asistido para una sola cosa. Era algo que había decidido hacer, y nada la detendría.

Cuando vio que Verónica se dirigía al baño, sin que nadie se diese cuenta, fue tras ella.



Capítulo XXXVIII

Había llegado el momento de ponerse cómoda. Violeta le había confeccionado una falda muy ligera y bastante corta para que pudiese cambiar la parte inferior del vestido si la larga falda la agobiaba. Y Verónica, por su cuenta, y a escondidas de su abuela, se había comprado unas zapatillas color rosa con pequeños brillos que le daban el toque de glamour necesario para usarlos en una fiesta.

Fiel a su estilo, se quitó la flor del cabello, y luego giró ante el espejo... Bien, muy bien. Ella era así, informal y alocada, y mientras a Alex le gustara, era suficiente. Sonrió al darse cuenta de que más que una novia, parecía una colegiala... Sí, seguramente su hombre lindo apreciaría su atuendo al recordar alguna tarde ardiente que habían sabido disfrutar.

Cuando estaba a punto de salir del baño, alguien entró. Verónica se encontró con la mirada de Cecilia en el espejo y el corazón se le aceleró. La había visto de lejos, la había evitado toda la tarde. Verónica no quería que nada empañase su fiesta de bodas. No quería enojarse, no quería pelear, y mucho menos que Alex pasara un mal momento por culpa de su madre. Y ahora aquí estaba. Su presencia no auguraba nada bueno.

Vero se volvió y la enfrentó. No permitiría que Cecilia la maltratara ni que intentase amedrentarla.

—Hola Verónica —dijo al fin.

—¿Qué quieres, Cecilia? —no le simpatizaba en absoluto su suegra y no tenía deseos de fingir.

—Te he seguido hasta aquí sólo por una cosa. Sé que no me quieres, es más, sé que mi hijo me odia. Y si te soy sincera, querida, creo que esta boda es un error.

—Ya sé lo que piensas y no me interesa, ¿tienes algo nuevo que aportar? Porque si no, me marchó ya —le dijo Verónica, resuelta.

—Espera —la detuvo con un gesto—. Te he dicho que necesitaba estar a solas contigo por un motivo. Dame tu mano —ordenó.

Verónica vaciló. Por un breve instante sintió temor. Cecilia tenía los ojos inyectados en sangre, como si hubiese estado llorando.

Estaban solas en el recinto del lavabo, una frente a la otra, contemplándose. El rostro de su suegra no tenía ni color, ni expresión. Parecía un cadáver, pero Vero no sintió lástima. Era una mujer dura y egoísta, y sabía que no podía esperar nada bueno de ella.

Cecilia estaba muy decidida a hacer lo que se había propuesto, así que, como vio que Verónica dudaba, ella misma le tomó la mano y depositó algo en su palma. Cuando Verónica bajó la vista, se encontró con la sortija de la bisabuela de Alex, la Condesa Alexandra Van Reell. ¿Por qué Cecilia se estaba desprendiendo de la joya que tanto deseaba?

—Quería darte esto. Es tuya. Tú eres la señora Vanrell ahora —le dijo suavemente. No podía ser cierto... Cecilia renunciando a la sortija sin que nadie se lo pidiese. Verónica estaba perpleja.

—¿Por qué lo haces? —preguntó.

Cecilia la miró y pestañeó confundida. Ni ella misma lo sabía. Sólo sentía que esa sortija era de Verónica, y ella no acostumbraba a quedarse con cosas que no le pertenecían.

—Sólo ponla en tu dedo, Verónica. Y no preguntes más —respondió.

—No. Quiero saber. Dime... —quería averiguar si había alguna remota posibilidad de que tuviesen algún tipo de relación con ella.

Luego de una pausa bastante prolongada, Cecilia suspiró y le dijo sin mirarla...

—Esa sortija me recuerda que he traicionado a mi hijo. Lo he hecho hace veinticuatro años, y lo he vuelto a hacer días pasados. No voy a pedir perdón, no lo haré. Pero no la quiero.

Verónica no supo qué decir. Se puso el anillo en el dedo medio, pensativa.

Cecilia estaba muy tensa, ya no soportaba más el desgaste que le significaba enfrentarse a Verónica y a sus propios fantasmas. Tomó el pomo de la puerta, pero antes de salir, se volvió y murmuró:

—Hazlo feliz —y luego se marchó de la fiesta.

Vero estaba atónita. Miró su mano y sacudió la cabeza. Y por primera vez en todo ese tiempo, estuvo de acuerdo con su suegra. Lo haría feliz. Había sido creada para hacerlo feliz. Y quizás también su misión sería ahora officiar de nexo entre madre e hijo, y ya no más de piedra de la discordia. “Qué ironía”, se dijo mientras salía del baño observando la piedra que brillaba en su mano.

—Aquí estás, mi cielo. Te he buscado por... ¿Me parece a mí o te has cambiado el vestido? ¿Y traes puestas zapatillas? Verónica, eres...

—¿Qué soy? —preguntó sobre su boca.

—Única —dijo él. Y agregó— única, maravillosa, bella. Te amo.

Ella le echó los brazos al cuello. Estaban en medio de la pista de baile, y se escuchaba uno de los temas preferidos de la pareja. Alex apoyó su frente en la de Vero y cerró los ojos. Una vez más la magia los envolvió. Cuando los abrió vio que Verónica lloraba en silencio.

—¿Qué tienes, mi vida? Dime, ¿qué te pasa? —se inquietó.

Ella lo miró a través de las pestañas mojadas y murmuró:

—Simplemente soy feliz. Inmensamente feliz corazón. Mientras estés conmigo no me hace falta más nada.

La música continuaba pero ellos estaban inmóviles en el centro del salón amándose con la mirada. Alex besó sus mejillas, bebió sus lágrimas. Con los brazos en torno al cuerpo de Verónica, la levantó del suelo, para tener el rostro frente al suyo.

—Eres mía... —murmuró fascinado, como si acabara de descubrirlo.

—Y tú, mío —afirmó ella.

—Así es...

—¿Para siempre? —preguntó Verónica, ahora sonriendo.

—Para siempre, mi vida. Para siempre... —fue la respuesta de Alex. Y luego la besó. Los labios de Vero sabían a lágrimas, pero por dentro, su boca sabía a gloria. Y a vainilla... Oh, ¿dónde estaba la perrita?

—¿Y Vainilla? —preguntó de pronto, sobre la boca de ella.

Verónica sonrió, y le señaló a la mascota.

Cuando la vio, Alex soltó una sonora carcajada. Vainilla estaba en los brazos de Inés. Lo más gracioso era que Inés le hablaba al animal como si fuese una persona, y ella le correspondía mirándola atentamente y moviendo la cola.

Ian se acercó a ellos riendo también.

—¿Qué me dices, hijo? ¿No están como para una foto esas dos?

—Por supuesto, son tal para cual. Tómales una y luego la subes a Facebook, ¿eh?
—respondió Alex guiñándole un ojo a su padre.

Tenía todo lo que amaba allí en esa fiesta. Su familia, sus amigos... Y a Verónica. Pero ya había llegado el momento de huir, pues estaba loco de deseos de estar con su bella princesa a solas.

La tomó de la mano y le susurró:

—Nos vamos ya. Esta fiesta terminó para ti y para mí, Verónica.

—¿Y comenzará otra luego? —preguntó ella, pícara.

—Tienes la idea fija, ¿eh? —se burló él.

—Sólo porque tú me inspiras...

Instantes después, y sin que nadie lo notara, Verónica y Alex se escabullían de la fiesta, y se dirigían al Hotel Conrad de Punta del Este para vivir su esperada noche de bodas.

—¿Tienes prisa, corazón? No puedo seguirte el paso... —observó Verónica al llegar.

—Es que tengo miedo de que aparezca tu abuela con las últimas recomendaciones para tu primera vez y te ponga ansiosa, mi cielo.

—No creo que nada pueda ponerme ansiosa ya —le dijo, risueña, mientras entraban a la lujosa habitación.

—¿No? —le preguntó Alex alzando una ceja— Si fuese tú no estaría tan seguro...

A Verónica se le secó la garganta de pronto.

Él se inclinó a sus pies, y lentamente le desató las zapatillas sin dejar de observarla. Luego tiró de los cordones para quitarlos de los pequeños orificios, y enseguida los tensó en sus manos.

Vero estaba embriagada de deseo. Su corazón comenzó a latir muy deprisa, se le aflojaron las rodillas y la sangre se agolpó en sus sienes cuando lo oyó decir con voz grave:

—Pon las manos al frente, Verónica. Las muñecas juntas. Ahora voy a amarrarte. Y te aseguro que te pondrás más que ansiosa, mi vida. Puedes apostar por ello.

Y una vez más, Verónica se dejó llevar. Haría cualquier cosa que Alex le pidiese, lo que fuera.

Sin dudas no sería una noche de bodas tradicional, pero ellos no eran una pareja tradicional. Les había costado muchas lágrimas vencer a la adversidad, pero habían superado todos los obstáculos y su amor se había visto fortalecido. Y había llegado el momento de comenzar a escribir su propia historia de vida juntos.

Harían lo que fuese necesario para mantenerse unidos siempre. Después de todo... ¿qué no sería capaz de hacer Verónica para estar con Alex? Y él, ¿qué no haría por esa boca...?

Epílogo

Alex se miró al espejo y casi se muere de la impresión. Otro rasguño, y éste sí que se notaba. Eran tres líneas rojas en el cuello, bajo su oreja izquierda. Volteó para observar cómo iban los otros. Oh, eso no se veía nada bien. Tenía dos arañazos en la espalda, y uno de ellos bastante grande por cierto, pero ya estaba cicatrizando. También tenía un mordisco en el hombro muy evidente, que ya había pasado de rojo a morado.

“Ay, Vero. ¿Qué voy a hacer contigo? Me estás matando de placer, pero también me estás arruinando, mi cielo”.

Palpó su torso y pudo sentir las costillas asomando. Literalmente estaba quedando piel y huesos. Estaba desconcertado. Había escuchado de amores que matan, pero no de esa forma. Es que Verónica se había soltado realmente.

Era tan apasionada y vivía el sexo con tanto entusiasmo que a veces, en el fragor del encuentro amoroso, le producía a Alex algunos daños menores que él en ese momento apenas notaba, pero luego...

El día anterior, una señora mayor se lo quedó mirando cuando emergió de la piscina del hotel, y le preguntó si se había peleado con un gato. Él no supo qué carajo responder. ¿Qué podía decirle? “Es que tengo una gata en celo en mi cama, señora. Se la presento...”. No podía decir nada, y menos cuando Verónica siempre se mostraba tan compungida por haberlo lastimado involuntariamente, y luego pasaba el día entero curándole las heridas con besos. No, no tenía de qué quejarse, ahora que lo pensaba. Vamos, que él era un hombre y el placer que ella le daba, bien valía un poco de dolor y unas insignificantes marcas de uñas y dientes. Que no eran tan evidentes, después de todo. Quizás tendría que ir a la playa en traje de neopreno y a la piscina en camiseta para evitar miradas suspicaces, pero eso era sólo un detalle, porque no pensaba prescindir de las largas y apasionadas sesiones amorosas con su increíble esposa.

Todavía no podía creer que Verónica fuese suya. Su mujer... Con uñas largas y dientes afilados, pero nadie es perfecto. A él mismo le gustaría hincarle los suyos en su tersa y sedosa piel como había hecho otras veces, pero últimamente los roles se habían intercambiado.

Ambos continuaban brindándose intensos momentos de placer, pero la que perdía el dominio de sus actos era ella. Y él gozaba como un loco y aguantaba estoicamente las consecuencias de ese descontrol.

Hacía diez días que estaban en un resort cercano a Playacar que también era club de

golf, deporte que a él lo apasionaba, pero jamás había pisado los verdes campos, no habían visitado ninguna de las atracciones de la Riviera Maya, y ni siquiera habían hecho lo que tanta ilusión le hacía a Verónica: nadar con delfines.

Pasaban varias horas al día en la cama. A veces hasta comían en ella, desnudos, jugando con las frutas y el helado de todas las formas imaginables, y de otras que ellos se encargaron de descubrir.

Y si fuese por él podrían continuar así toda la vida, el problema era que faltaban pocos días para volver al mundo real, y ambos estaban en condiciones bastantes desfavorables. Él lastimado, y ella delgada y con un bronceado bastante tenue. Se notaba que había pasado más tiempo a la sombra que al sol...

La tarde anterior, habían decidido suspender un poco las actividades amoratorias que les estaban produciendo un evidente deterioro físico, y se fueron a la playa. Una cosa llevó a la otra, y terminaron follando lo más discretamente posible en uno de los camastros. Cuando terminaron, se encontraron con algunas miradas y sonrisitas extrañas de parte de otros huéspedes. ¿Se habrían dado cuenta? Ah, qué más daba...

Alex se secó el pelo con la toalla, mientras se preguntaba cómo harían para recuperarse un poco, y que la familia no creyera que la había llevado a alguna batalla en Medio Oriente en lugar de a la península de Yucatán. Tenía que poner un freno a esas actividades tan intensas, dedicar tiempo a alimentarse bien, a tomar sol, a nadar, en fin, a todo lo que solían hacer las personas normales y no los enfermos sexópatas como ellos.

¿Podrían hacerlo? Cuando salió del baño, supo que la escenita que tenía frente a sus ojos daría por tierra con todos sus buenos propósitos. Verónica estaba tendida en la cama completamente desnuda y con los largos cabellos regados en la almohada. Su cuerpo perfecto estaba salpicado de pétalos de rosa al igual que la cama en forma de corazón. Había encendido velas aromáticas, incluso había algunas flotando en el enorme jacuzzi.

Alex sintió que se le aflojaban las piernas...

—Ven, corazón... ¿te gusta lo que te he preparado? —preguntó ella dulcemente tendiéndole los brazos.

Él miró a su alrededor y respondió con voz ronca:

—Me encanta. Pero lo que más me agrada es lo que está sobre la cama.

Verónica sonrió, sensual.

—¿Te refieres a los pétalos de rosa?

—No precisamente, mi vida —respondió avanzando y arrodillándose en la cama junto a ella.

“Aquí vamos de nuevo. Eres tan hermosa que aunque sé que te volverás loca y me rasguñarás lo poco que me queda sano, no puedo evitar desear perderme en tu cuerpo”.

Con algo de suerte, sólo se llevaría un pequeño mordisco cuando ella se corriera. Pero bien podía arrancarle un trozo de carne que apenas lo notaría, con ese coño divino apretando su verga hasta sacarle jugo. “Eres lo mejor y lo peor que me ha pasado en la vida, Verónica. No sé si saldré vivo de entre tus piernas, pero no me importa”, pensó tan resignado como ardiente. Y con los pensamientos turbios por el deseo, comenzó a besarla desenfrenadamente. No tenía que tocarla para saber que estaba lista. Siempre lo estaba, igual que él.

La penetró con fuerza hasta el fondo, y ella arqueó la espalda y gimió.

“Oh, aquí tenemos a la gata de nuevo”, pensó, y se preparó mentalmente para ser arañado en el instante más inoportuno. ¿Cómo podía alejarse de ella cuando la tenía acabando bajo su cuerpo, convulsionada de placer? Ni muerto se iría de allí, así que tendría

que soportar cualquier... Un momento, no tenía por qué ser así.

Verónica abrió los ojos frustrada cuando él se retiró de su vagina segundos antes de que alcanzara el orgasmo.

—¿Qué diablos te pasa, Alex?

Él sabía lo lunática que se puede poner una mujer cuando le quitan el dulce justo “antes de”, pero no le importó. Se dirigió al armario sin decir una palabra y buscó entre sus cosas. Sí, eso podría servir.

Cuando se acercó a la cama, Verónica abrió los ojos asombrada.

Alex traía un cinturón de cuero en sus manos.

—¿Qué me harás? —preguntó alarmada.

—No te golpearé, Verónica, tranquila.

—¿No me golpearás? —y Alex casi se cae al suelo de la impresión cuando percibió la decepción en su voz.

“Así que quieres eso, mi cielo. Yo pensaba amarrarte como lo hice en la noche de bodas, esta vez no sólo para tenerte a mi merced, sino para evitar que me dejes la piel en jirones, pero dadas las circunstancias... ¿Quieres que te dé unas nalgadas, Verónica? ¿Quieres que lo haga?”, pensó, excitado por la idea.

Hacía un tiempo la hubiese zurrado con mucho gusto por no haber confiado en él, por haber sido tan terca con tantas cosas que él quiso obsequiarle y no aceptó, por provocarcelos... Cualquier pretexto hubiese estado bien para eso. Pero lo cierto es que temía asustarla. Y también tenía miedo de no poder contenerse y correrse inmediatamente, pues verla así lo excitaría al máximo.

“Soy un perverso, lo sé, pero es lo que ella me provoca”, se dijo.

—La verdad es que te mereces que te golpee. Mira lo que me has hecho hace un rato —le dijo mostrándole el rasguño del cuello.

—Lo siento, yo... —comenzó a decir ella, pero el destello de sus bellos ojos, le quitaba crédito a su aire de culpabilidad.

—Y no sólo eso, Verónica. Has probado mi paciencia en más de una oportunidad, y creo que hoy te daré una lección por todo ello, querida.

—¿Ah, sí? ¿Y qué me harás? —preguntó burlona. Quería que él supiese que no le temía. Deseaba que... no sabía muy bien qué era lo que deseaba, pero no le tenía miedo precisamente.

—¿Qué te haré? En principio no te correrás hoy, o en todo caso lo harás cuando yo te lo permita. Y lo harás controladamente esta vez Verónica. Nada de mordidas ni rasguños, yo me encargaré de eso. Pero antes...

Y sin que ella pudiese prevenir el movimiento, la tomó en sus brazos y la obligó a ponerse boca abajo sobre sus piernas. El trasero de Verónica estaba en un primer plano, a la vista de Alex. Y era una vista maravillosa.

—¿Sabes qué? He cambiado de idea. Tú estás necesitando un escarmiento desde hace mucho y yo te lo daré.

Y sin ningún contrato, ni papeleo de por medio, sin límites estipulados ni palabras de detención, le aplicó una fuerte nalgada con su palma. Fue lo bastante dura como para hacerla saltar en sus rodillas y hasta lanzar un pequeño grito.

—¿Y eso por qué? ¿Qué he hecho? —preguntó ella con un hilo de voz. Le había dolido de verdad y entendió lo que había sentido Anastasia, la de Cincuenta sombras de Grey, su libro preferido.

—En principio, volverme loco.

Y otra nalgada la hizo estremecer.

—Y esta otra, es por ser tan hermosa y volver locos a todos los que te miran.

La tercera no fue tan fuerte, y ahora la loca era Verónica, pero de deseo.

—Y esta última es por haber tomado del cogote a Caroline, mi dorada amiga.

Esa no fue una nalgada, fue un pequeño golpe, casi una caricia y Vero sonrió.

—Puedo soportar tus castigos —murmuró aún boca abajo sobre sus piernas.

—¿De veras? —murmuró él alzando una ceja. Y diciendo eso la levantó, la tomó de las muñecas y la amarró con el cinto a la cabecera de la cama.

Ella no se opuso. Estaba disfrutando del juego, tanto como lo hizo en la noche de bodas, cuando él le ató las manos con los cordones de sus zapatillas.

—Pues cuánto me alegro —continuó diciendo Alex—. Yo he soportado los tuyos hasta ahora, así que ahora me vengaré, mi amor.

Y así como estaba, la tomó de las nalgas como si fuese una copa del más exquisito manjar, y le devoró el coño con ansiedad. Estaba totalmente trastornado por esa parte del cuerpo de Verónica. Lo lamió, lo mordisqueó, y frotó su rostro contra él. Era suave y delicioso...

Ella se corrió gritando y moviendo las caderas contra el rostro de Alex. Deseaba tomarlo de la cabeza y oprimirlo entre sus piernas como lo había hecho tantas veces, pero al estar atada no podía hacerlo y eso la frustraba. Así que ése sería su castigo. No le estaba gustando nada, ella quería recibir, pero también adoraba dar.

—Suéltame ahora

Él la observó jadear con las magníficas tetas moviéndose al ritmo de su respiración y estuvo a punto de desatarla, meterle la verga hasta el fondo nuevamente y permitir que ella hiciera lo que quisiera. Pero un instinto salvaje que se había apoderado de él al verla indefensa y vulnerable como un pájaro palpitando en su mano, no le permitió dejarla en completa libertad. Tenía ya el demonio en el cuerpo y no podía parar. Le desató las manos sólo para amarrarla boca abajo al cabecero de la cama.

—Ahora comienza lo bueno, Princesa —le dijo al oído.

Y luego se puso en pie, y se dirigió al baño. Necesitaba un par de cositas más para lograr lo que se había propuesto.

—¿Qué haces? —preguntó Verónica desde la cama. Estaba bastante incómoda en esa posición.

Se sentía expuesta. Le ardían las nalgas por los golpes que le había proporcionado Alex instantes antes y le dolía todo el cuerpo de la ansiedad por lo que estaba por ocurrir. No tenía ni idea de qué podía ser, pero sospechaba que a la larga le daría mucho placer. Lo que le preocupaba era el “mientras tanto”.

Alex no le respondió y regresó a la habitación con el pene a punto de estallar, anticipando un momento más que placentero.

—¿Qué hago? Ya verás... —le dijo.

Se colocó de rodillas entre las piernas de ella, y...

“Ohhh... ¡Esto está helado! No me esperaba algo así. ¿Qué me harás, mi amor? ¿Qué es eso que me estás echando encima?”, pensó y se revolvió, inquieta.

—Tranquila, Princesa. Es sólo acondicionador de cabello. No encontré otra cosa y quería aliviarte el escozor. ¿Te duele, Vero? —preguntó mientras le extendía la crema por las nalgas.

—Mmm... ahora no. ¡Qué dulce eres! Te confieso que tenía miedo de que... ¡auch!
—Verónica ni en sueños se imaginaba que Alex le haría lo que le estaba haciendo.

Utilizando el cremoso acondicionador, él había comenzado a introducirle un dedo muy lentamente en el punto más íntimo y secreto de su ser, pero estaba tan estrecho que hasta un simple dedo le resultaba doloroso.

Cuando le aplicó la loción se había sentido muy relajada, pero ahora estaba tensa, inquieta, avergonzada...

Alex la había tocado infinidad de veces allí. Se lo había tocado, se lo había besado y también lamido, pero jamás intentó hacer lo que ahora le estaba haciendo, y Verónica se sentía demasiado invadida. Era la última puerta de su intimidad, algo prohibido y temía que fuese también doloroso. Él adivinó sus pensamientos.

—No temas, mi vida. No te haré más daño del que tú puedas soportar, te lo aseguro.

“Lo mismo le dijo Christian a Anastasia, y luego...”, pensó Vero. Pero Alex no era Christian. Alex no estaba jodido por dentro, no quería hacerle daño y esto era un juego sexual que sólo perseguía darles placer a ambos. Entonces se relajó, y luego comenzó a disfrutarlo de veras.

Cuando Alex notó que ella ya no se resistía, intensificó la penetración de su dedo, y además agregó otro. Ayudado por la crema de cabello, sus dedos se deslizaban fácilmente y Verónica ya no sentía dolor. El placer comenzó a recorrer sus terminaciones nerviosas, y de verdad lo estaba gozando. Tanto que sin quererlo, elevó su trasero y presionó los dedos de Alex para que la penetraran más profundamente.

Él tomo eso como un sí, e intensificó la actividad de sus dedos. Vero jadeaba y gemía, no cesaba de moverse. El roce de la sábana contra su clítoris contribuía a enloquecerla aún más.

—Alex... por favor, te lo ruego —murmuró con una voz que hasta a ella le sonó extraña.

—¿Qué deseas, Verónica? Dime.

—No lo sé.

—¿Seguro que no lo sabes? ¿Qué deseas? —insistió él.

Y Verónica no pudo soportar más esa dulce tortura que la estaba transformando en una hembra descontrolada y hambrienta.

—¡Quiero más! Por favor —le dijo casi gritando.

Alex estaba a punto de perder la cabeza, pero intentaba dominarse, porque sabía que necesitaba controlar la iniciación de Verónica en el sexo anal para que quisiera continuar haciéndolo. Si le quedaba un mal recuerdo estaría perdido y perdería también ese maravilloso culo.

—No sé si estás lista, mi amor. ¿Sabes que te dolerá? Te haré daño, pero también te gustará.

—No me importa, Alex. Por favor —rogó desesperada.

Entonces él no pudo retrasar más el deseado momento. Se colocó entre sus piernas, y luego tomó una almohada y la puso debajo del vientre de Verónica para elevar su pelvis. Una vez que la tuvo como quería retiró cuidadosamente los dedos y le separó las nalgas con ambas manos.

Su hermoso culo quedó totalmente expuesto a los ávidos ojos de Alex, dilatado, húmedo, listo. Él cerró los ojos y comenzó a presionar su verga en la pequeña entrada muy lentamente.

Cuando la enorme cabeza del pene entró en Verónica, ella gritó y quedó paralizada. Alex se detuvo y le susurró al oído:

—¿Recuerdas tu primera vez, mi vida? También te dolió al principio. Esta es otra

primera vez, por favor no me pidas que me retire ahora...

Parecía tan urgido al decirle eso, que ella se esforzó por complacerlo. Cerró los ojos, e intentó relajarse, pero el pene de él era tan grande y estaba tan duro... Era demasiado para su pequeño culo virgen.

Sin embargo lo amaba tanto, y deseaba tanto complacerlo...

—Hazlo, corazón. Soy toda tuya —susurró.

Y Alex estuvo a punto de volverse loco.

Comenzó a moverse rápidamente, pero avanzando muy poco en cada embestida. Verónica gemía y en un momento se mordió el labio tan fuerte que comenzó a salirle sangre. Él tomó la toalla que había traído del baño y se la puso delante de esa hermosa boca.

Ella la mordió. Sabía que iba a dolerle más y no quería aullar como si la estuviesen matando ni seguir maltratando sus labios. Y evidentemente Alex también lo sabía, por algo había traído la toalla.

Él estaba ya fuera de control, y continuó penetrándola hasta que todo su miembro estuvo dentro de ese apretado y maravilloso culo.

El dolor era intenso, pero Verónica sentía los enormes huevos de Alex golpeándole el coño y eso, sumado al roce de la sábana le provocó un orgasmo gigantesco, que transformó su cuerpo en una máquina de placer. Se olvidó del dolor, y se relajó.

Y comenzó a disfrutar esa magnífica follada por detrás. Alex estaba loco de gusto, tanto que si ella lo hubiese arañado o mordido, lo hubiese considerado un premio. Le había provocado mucho dolor y ella lo había soportado por él y por el placer que ello le brindaba, así que nunca más se quejaría por nada de lo que Verónica le hiciese. Todas las demostraciones de pasión y locura orgásmicas serían bienvenidas y que los demás pensarán lo que se les antojara. No le importaba nada. Su orgullo de macho le susurró al oído: “Te estás follando a la más linda, le estás haciendo el culo por primera vez”, y eso bastó para que estallara en la corrida más grande de los últimos tiempos.

Verónica ya no sentía dolor sino un gran alivio por ese manantial que él le había dejado en su interior.

—Ah... qué maravilla —dijo él antes de desplomarse encima de ella. Con una mano le desató el cinturón, liberándola, pero ella no se movió. Parecía una muñeca de trapo. Tenía los ojos cerrados y la satisfacción pintada en su rostro. Aún conservaba alguna lágrima en las pestañas y un poquito de sangre en el labio, pero estaba hermosa y relajada. Él le besó la mejilla y lentamente se fue retirando.

Se quedaron mirándose el uno al otro, ella boca abajo y él a su lado, de perfil, sin dejar de acariciarla.

—Te amo —murmuró Alex.

Verónica sonrió y le dijo:

—Lo sé.

—Me has dado el regalo más intenso y excitante, tu otra virginidad, Vero.

—Lo sé.

—¿Así que sabes todo? —se burló él.

—Ajá.

—¿Y qué más sabes? —preguntó Alex sonriendo.

—Que haré cualquier cosa que me pidas siempre, mi amor —respondió ella.

—¿Cualquier cosa, Verónica? ¿No habrá más tabúes entre nosotros?

—Sí, cualquier cosa. Y no, no habrá tabúes entre tú y yo —dijo ella, convencida.

—Bien, señora Vanrell. Lo que harás ahora es lo siguiente: me mostrarás como sale mi leche de tu culo.

Verónica abrió los ojos como platos. Este hombre no tenía límites. ¿Y quién los quería? Ella no, desde luego. Este hombre era su hombre, y ella haría lo que a él se le antojara, pues sabía que de ello sólo obtendría placer. Así que no se lo hizo repetir. Y Alex terminó de volverse loco, cuando ella se puso en cuatro, y luego apoyando la cabeza en la cama, separó sus nalgas y le mostró lo que él le pedía.

“Qué estupenda luna de miel”, pensó él. En menos de diez segundos su pene ya estaba en forma de nuevo. Entonces tomó con un dedo una gota de su semen que manaba del culo de Verónica, y se la puso a ella en los labios mientras le decía.

—Verónica, no te muevas, que aprovecharemos esa lubricación extra. Te follaré nuevamente, mi cielo. Y esta vez será por donde a ti más te gusta.

Y todo volvió a comenzar y continuó de ese modo el resto de los días de su ansiada, perfecta y apasionada luna de miel. Pasión, deseo, piel y más piel. Sin límites infranqueables, sin tabúes. Sólo ellos, sus manos, sus bocas...

—¿Para siempre, Alex?

—Para siempre, mi cielo, para siempre...



Unas palabritas...

Siempre digo que no escribo; yo realizo experimentos. Y esta novela es precisamente eso, un experimento de blog que fue tomando cuerpo hasta transformarse en lo que hoy es Por esa boca. No la habría terminado sin el incentivo de los comentarios y no la habría publicado si mis seguidoras no me hubiesen animado y si esta editorial no hubiese confiado en ella.

Quiero agradecerles a todos su apoyo incondicional y muy especialmente a Betzabé de Chile, Paqui de España, Miriam de México, y Lorena y Marta de Argentina. Chicas, han sido mis conejitas de indias, mis opinólogas preferidas, mi gran motor. Mil gracias por ello.

Todo es posible en esta vida... si puedes imaginarlo, puedes hacerlo.

Hasta pronto.

Mariel

